
El padre de
MI HIJO ES EL AMOR
de mi vida
D.A. LEMOYNE
SEDUCCIÓN SICILIANA - LIBRO 4

D. A. LEMOYNE

Derechos de autor © 2025


El padre de
MI HIJO ES EL AMOR
de mi vida
D.A. LEMOYNE
SEDUCCIÓN SICILIANA - LIBRO 4

El padre de

MI HIJO ES EL AMOR

de mi vida

D.A. LEMOYNE

SEDUCCIÓN SICILIANA - LIBRO 4



Página de la autora en Amazon con una lista de todos los libros.



Haz clic aquí y escucha la lista de reproducción en Spotify

Lover – Taylor Swift
Can't Help Falling in Love – Haley Reinhart
Shallow – Lady Gaga & Bradley Cooper
Hold My Girl – George Ezra
Beyond – Leon Bridges

Libros de la autora

La Obsesión del Magnate Griego: Una brecha de edad y un romance de segunda oportunidad (La Familia Lykaios nº 1)

El amor que el siciliano rechazó

Una esposa con fecha de vencimiento

Una farsa que siempre fue amor

El padre de mi hijo es el amor de mi vida

Devoción siciliana: protegida por el **(Siguiente)**

Una Navidad con el pecador **(Siguiente)**

La Hija que esconde al siciliano **(Siguiente)**

Es emocionante ser el objeto de su deseo.

Es como bailar al borde de un precipicio sin ninguna protección.

El riesgo de caer es lo que hace que todo se sienta tan intenso.

Chiara Moretti
(El padre de mi hijo es el amor de mi vida)

D. A. LEMOYNE
dalemoynewriter@gmail.com
Copyright © 2025

Título original: O Pai de Meu Bebê é o Meu Amor
Título: El padre de mi hijo es el amor de mi vida

Primera edición 2025
Carolina del Norte - EE. UU.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida o transmitida por ningún medio ni en ninguna forma, incluyendo fotocopias, grabaciones u otros métodos electrónicos o mecánicos, sin la previa autorización por escrito de la autora, excepto en el caso de breves citas incluidas en reseñas críticas y otros usos no comerciales permitidos por la ley de derechos de autor.

Nombre de la autora: D. A. Lemoyne
Traducción: Matías San Miguel
Corrección: Dani Smith Books
Corrección: Walter Bezerra Cavalcanti
Lectora beta: C. Freitas
Diseño de portada: L.A. Designer Editorial
Ilustraciones: Mery Ribeiro
Ilustraciones: Gah Ilustra
Imágenes: Adobe Stock y Freepik
ISBN: 978-65-01-25313-8

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares, negocios, eventos e incidentes son productos de la imaginación de la autora o se utilizan de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, o con eventos reales es pura coincidencia.

Índice

Sinopsis
Nota de la autora
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21

Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48

Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61
Capítulo 62
Epílogo 1
Epílogo 2
Bônus - Michele Parisi Trovato
Obras de la autora
Palabras de la autora
Sobre la autora

Sinopsis

Advertencia: Puede contener desencadenantes.

Aviso: El padre de mi hijo es el amor de mi vida, libro 4 de la serie ***Seducción Siciliana***, es un volumen independiente. Los siguientes libros de esta serie pueden leerse por separado, pero es probable que contengan spoilers de los anteriores.

Giuliu Parisi Trovato es un multimillonario nacido en una de las familias más tradicionales de Sicilia.

Inflexible, poderoso y controlador, maneja sus negocios con la misma determinación con la que conquista a las mujeres.

El magnate también es conocido por su encanto irresistible y por su desinterés en compromisos amorosos duraderos, ya que no desea turbulencias emocionales en su vida.

Chiara Moretti, una joven de origen igual de privilegiado que Giuliu, creció en un ambiente donde su padre representaba todo lo que ella no quería en una pareja. Él era infiel, y su comportamiento deshonesto dejó una marca profunda en el corazón de la italiana.

Cuando, tras un examen de rutina, se enfrenta a una posible muerte temprana, decide que no puede seguir postergando su mayor sueño: ser madre.

Ya tiene claro quién es el candidato ideal para ser el padre en su plan de reproducción independiente: un siciliano mujeriego y atractivo que no quiere ataduras afectivas y que, por eso mismo, jamás luchará por la tenencia del bebé.

Al hacerle la propuesta al seductor, él acepta, pero impone la condición de que el niño sea concebido de manera tradicional.

Aunque ambos están decididos a mantener sus corazones intactos, la cercanía física y emocional comienza a derribar sus defensas.

Sin embargo, un peligro los acecha.

La mafia albanesa, buscando vengarse del siciliano, se convierte en una amenaza para la mujer que él ama y para su hijo aún por nacer.

Para todos aquellos que estaban ansiosos por la historia de otro siciliano sexy y posesivo, capaz de hacer cualquier cosa por la mujer que ama.

Carolina del Norte, diciembre de 2024.

Nota de la autora

El padre de mi hijo es el amor de mi vida, libro 4 de la serie ***Seducción Siciliana***, contará la historia de Giuliu Parisi Trovato y Chiara Moretti. Ambos personajes ya son conocidos para quienes siguen las series ***Seducción Siciliana*** y ***Hechizo Italiano***. Pero si este es tu primer libro de este universo, no te preocupes: cada obra es independiente, con una pareja diferente como protagonista, y no depende de los libros anteriores para entenderla. El único detalle, como ya aclaré en el aviso anterior, es que puede haber algunos spoilers de libros anteriores.

Ahora, hablemos de los personajes.

Giuliu es conocido por los lectores porque apareció en los libros ***Amor Siciliano***, ***El amor que el siciliano rechazó***, ***Una esposa con fecha de vencimiento*** y ***Una farsa que siempre fue amor***, además de haber sido mencionado o aparecer en otros libros de la serie ***Hechizo Italiano***. Chiara también forma parte del gran clan que reúne a los Parisi Trovato, Andresano y Moretti.

Giuliu es un empresario inmobiliario, implacable en los negocios y en la intimidad.

No suele permanecer con la misma mujer por mucho tiempo. Está cómodo con su vida de soltero y no se imagina comprometiéndose.

Chiara, en cambio, tiene profundas heridas por el hogar disfuncional donde creció, con una madre que aceptaba las infidelidades del padre.

Cuando la joven se enfrenta a una posible muerte temprana, decide que no puede seguir esperando para cumplir sus sueños, y su sueño más grande es ser madre. Entonces tiene la "brillante" idea de elegir al siciliano como padre de su bebé, pero pronto la pasión entre ellos se convierte en sentimientos más profundos.

Entre miedos, inseguridades y un amor inesperado, nuestra pareja tendrá además a la mafia albanesa intentando destruir su

felicidad, pero nuestro héroe no escatimará esfuerzos para proteger a la mujer que ama y al hijo que está por nacer.

Por último, mis libros siempre son historias únicas, pero mi universo literario está todo conectado, así que en ocasiones encontrarás personajes de una serie en otra.

De todas formas, siempre explicaré de dónde vienen y dejaré una nota al pie que menciona la obra correspondiente.

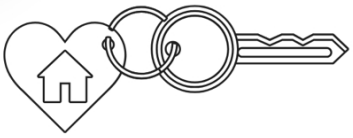
Espero que te enamores del mundo que inventé, tanto como yo disfruté creándolo.

Un beso cariñoso y buena lectura.

D. A. Lemoyne



Chiara



Prólogo

Pasado

El sonido de la tierra cayendo sobre el ataúd de mi padre debería conmoverme.

¿No es eso lo que nos enseñan mientras crecemos, que debemos amar y honrar a padre y madre?

Lo único que logro sentir, sin embargo, es alivio. Alivio por mí y por todos aquellos cuyas vidas él destruyó con su egoísmo y maldad.

Desde donde estoy, puedo ver la tumba de una de sus víctimas más sufridas: Greta Andresano, la mujer que, durante casi cuatro décadas, compartió con mi madre, la esposa oficial, el título de "amor de su vida".

No, no puedo olvidarme de Heike Schulz tampoco, una alemana que solo hace poco descubrimos, estuvo presente en la vida de mi padre al mismo tiempo que Greta y *mamma*.

Algunas revistas de chismes, supongo que para atraer la atención del público, lo llamaron "el hombre que amó a tres mujeres".

Es increíble cómo la sociedad romantiza la traición masculina. Si alguien me lo preguntara, lo afirmaría sin dudar: Dino Moretti jamás

estuvo enamorado de ninguna de ellas, ni de las muchas otras amantes que tuvo.

La persona más importante en la vida de mi padre era él mismo.

—Se acabó —dice Donatella, mi media hermana, cerca de una hora después, cuando ya estamos saliendo del cementerio, y yo asiento con la cabeza.

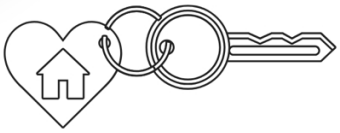
Solo vinimos mis hermanas y yo. Gaetano, Ricco, Tommaso y Gianni, nuestros hermanos, se negaron incluso a darle a Dino un último adiós.

—Soy una persona horrible —dice Giovanna, que también es hija de Greta—. Porque estoy segura de que no lo voy a extrañar. ¿No es triste que alguien termine su vida sin que ni siquiera sus hijos derramen una lágrima por él?

—Dino cosechó lo que sembró —dice Donatella—. El único legado que nos dejó fue ser el ejemplo perfecto de todo lo que no queremos ser: un embustero que no conocía el concepto de amor ni de lealtad.



Chiara



Capítulo 1

Florencia

Meses después

—¿Qué vas a hacer hoy? ¿Te gustaría dormir en casa? —pregunta Giovanna.

Ya no vivo en Florencia, sino en Milán, aunque vengo seguido a la ciudad donde nací, porque aquí vive mi madre, igual que mis hermanos, excepto Donatella, que reside en Estados Unidos.

Giovanna se ha estado turnando entre Florencia y Sicilia porque, aunque su residencia principal está en las afueras de Palermo, compró una propiedad aquí para poder estar cerca de Greta cuando su madre la necesitara, ya que la matriarca Andresano libró una batalla contra el cáncer durante años.

Niego con la cabeza, pero no digo nada más.

—Chiara tiene una cita con su novio, un médico que está buenísimo —dice Donatella, mi hermana, tan chismosa como yo.

—¿Novio? ¿Y no pensaste que yo debía saberlo?

—Iba a contártelo, pero estaba esperando a ver si funcionaba entre nosotros.

Es la primera vez en mi vida que me arriesgo a tener una relación. Cuando era más joven, sentía curiosidad por los novios porque aún no tenía idea de lo fácil que es que alguien te mienta en la cara sin el menor remordimiento.

Al igual que mi madre, yo parecía tener mal ojo para los hombres, porque el primer tipo que me interesó resultó ser un sociópata.

Aprendí la lección: hay muchos "Dino Moretti" en el mundo, y debía tener cuidado de no entregarle mi corazón a alguien que no lo mereciera.

Ahora, más madura y segura, me siento lista para intentar amar. Tengo seis ejemplos a mi alrededor que salieron muy bien, porque todos mis hermanos están felizmente casados.

—Pensé que habías renunciado a la medicina —bromea Giovanna, en referencia al hecho de que durante un tiempo quise seguir la profesión de nuestra cuñada, Beatrice.

Antes de eso, quería ser abogada, pero fue solo cuando acompañé los preparativos del casamiento de una amiga, hace alrededor de un año, y vi en acción a la empresa que organizó todo, que entendí qué carrera quería seguir: organizar bodas, incluso antes de que la novia dijera "sí, quiero", ayudando al futuro esposo a preparar la propuesta.

Todo empezó como una especie de prueba, cuando me animé a organizar la boda de mi hermano Gaetano.

Ahí fue cuando me di cuenta de que planear una boda va mucho más allá del día más especial en la vida de una pareja; comienza antes, porque la mayoría de los novios ni siquiera sabe cómo hacer que la propuesta sea una fecha inolvidable.

La boda de mi hermano Gaetano fue tan exitosa entre la alta sociedad europea que pronto me empezaron a llover propuestas para que yo también organizara otros compromisos.

Mi negocio va tan bien ahora que vamos a expandirnos y empezaremos a ofrecer ceremonias de revelación de sexo del bebé, como una extensión de mis servicios. Y además, es un trabajo que no se siente como tal, porque me emociona mucho ser testigo de la felicidad de los padres.

—No seas pesada. —Finge regañarla Donatella, pero está sonriendo.

—¿Cómo es él? —pregunta Giovanna.

—Guapo. Cuatro años mayor que yo, y me hace sonreír.

—Parece una buena combinación, siempre y cuando no sea "demasiado gracioso". Nunca me han gustado los hombres sonrientes.

—¿En serio? Ni siquiera me había dado cuenta. Pensé que te habías casado con Santo por error.

Ella pone los ojos en blanco.

—Sí, no niego que mi marido jamás ganaría un premio por ser el más simpático del mundo, pero sabes a lo que me refiero. Hablo del tipo de hombres que sonríen demasiado. No sé, me parecen tontos.

—Braxton no sonríe en exceso, no te preocupes.

—Deja de fastidiarla, Giovanna. A quien tiene que gustarle ese doctor es a nuestra hermana.

—¿Braxton? ¿Es estadounidense?

—No, inglés. Ginecólogo. Rubio. De Piscis. Calza cuarenta y dos y tiene los ojos color café. ¿Alguna otra pregunta?

Ella mordisquea una uva.

—Si tu intención era avergonzarme, no lo lograste. Ustedes, igual que Blakely, Elodie, Beatrice y las Parisi Trovato, no son solo familia, también son mis mejores amigas. Nunca voy a dejar de preocuparme.

—Lo sé y te lo agradezco, pero esta vez creo que encontré a alguien especial. Braxton no es un tipo inmaduro, como la mayoría de los hombres de su edad. Sabe lo que quiere. Incluso insinuó que pronto viajaremos a Londres para conocer a su familia.

—¡Vaya! De eso no me habías dicho nada —dice Donatella, levantando las cejas como payasa.

Me encojo de hombros.

—No hay nada definido. Braxton solo dijo que en algún momento le gustaría que viajara con él al Reino Unido. Sus padres viven en Londres, así que intuí eso.

Giovanna me abraza.

—Estoy feliz por ti, hermana. No porque necesites a un hombre para sentirte realizada. Ninguna mujer depende de nadie más que de sí misma para alcanzar la felicidad. Pero sé que sueñas con casarte y formar una familia.

—Sí, y a veces me siento mal por desearlo a pesar del pésimo ejemplo que tuvimos en casa.

—Si pensáramos así, ninguno de los siete tendría una pareja con quien compartir la vida —dice Donatella—. Nuestra mayor respuesta a lo que Dino nos hizo es que, a pesar de todo, no logró contaminarnos. Amamos y somos amados. Nos tomamos en serio el concepto de familia y de respeto.

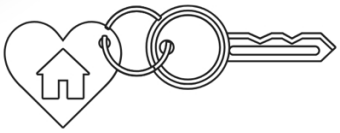
—Por favor, no hablemos de él —pide Giovanna—. Siempre pierdo el apetito cuando sale el tema "Dino". El hombre que ayudó a traernos al mundo no merece que lo recordemos. Para un narcisista, el peor castigo es el olvido.

Sonrío al pensar en cuánto ha madurado mi hermana desde que se casó con Santo. Sin embargo, tengo que disentir con ella.

Nadie crece con un padre como el nuestro y sale ileso del daño que sembró. Todos cargamos heridas provocadas por Dino. Algunas ya cicatrizadas. Otras, capaces de reabrirse con el más mínimo roce.



Chiara



Capítulo 2

Sicilia

Un mes después

—¿Puedes al menos disimular, por favor? —pide Giovanna, y escucho la risa de Allyson, la esposa del primo de Santo, que acaba de llegar y oyó lo que dijo mi hermana.

—¿Qué? ¡Yo no dije nada! —Intento hacerme la desentendida, desviando la mirada del siciliano descarado que responde al nombre de Giuliu Parisi Trovato.

No soy de esas personas que antipatizan con alguien desde el primer momento, pero desde que nos presentaron hace algunos años, jamás logré estar cerca de él más de cinco minutos. Tal vez porque, para mí, ese siciliano representa todo lo que detesto en un hombre.

Es guapo, encantador, carismático… y también un super mujeriego. Desde que nos conocemos (ni siquiera sé si unas pocas palabras intercambiadas cuentan como conocer a alguien), siempre que puedo, lo evito. Basta con que Giuliu aparezca donde yo estoy para que busque una excusa y me vaya. Incluso he dejado de venir a Sicilia algunas veces solo para evitar cruzármelo.

Me doy vuelta justo a tiempo para ver cómo otra mujer más se le acerca. Es la quinta que lo rodea en este momento, y todas parecen a punto de desmayarse cada vez que él les sonríe.

Me giro nuevamente hacia mi hermana, justo cuando la veo poner los ojos en blanco.

—Tu cara viene con subtítulos y traducción simultánea en diez idiomas, Chiara. Nunca juegues al póker. Pasarías vergüenza.

—Está soltero, Chiara. Tiene derecho a divertirse cuanto quiera —dice Allyson, defendiendo a su cuñado.

—¿Ahora a usar mujeres y cambiarlas con la misma facilidad con la que uno se pone otra camisa al final del día se le llama divertirse?

—Todos ellos eran así antes de madurar —dice mi hermana, pero enseguida parece fastidiarse—. ¿Para qué me acordé de eso? Pensar en Santo con otras mujeres todavía me da celos.

Me río.

—En este caso, "loca" te queda perfecto, porque cualquiera que los mire cinco minutos se da cuenta de que tu esposo está loco por ti, hermana —le digo.

Hoy es el cumpleaños de mi sobrino siciliano mayor, el primogénito de Santo y Giovanna, Edoardo, y vine desde Milán para pasar el fin de semana con ellos y celebrar en familia.

En pocas horas, llegarán también mis otros cinco hermanos.

Pensar en eso me entristece, porque recuerdo que uno de ellos (el octavo hijo de Dino, Rainer) nunca tendrá la oportunidad de estar con nosotros.

¿Cómo es posible extrañar a alguien con quien nunca conviviste? En mi caso, eso es exactamente lo que siento. Todas las noches, antes de dormir, rezo por el alma de mi hermano alemán, Rainer Schulz.

Hace pocos meses reuní el valor para conocer a Heike, su madre, porque quería saber algo sobre la historia del hermano del que solo supe después de su muerte.

Algunas piezas del rompecabezas encajaron, otras no.

Heike volvió a contar, como ya había hecho con mis hermanos, la historia de que Dino le había dicho que todos nosotros (los siete

hijos de Carina y Greta) sabíamos de nuestra relación con Rainer y lo rechazábamos.

No dudo que haya sido así, que Dino haya inventado esa mentira, pero por el amor de Dios, la mujer convivió con mi padre toda la vida y seguro sabía qué clase de basura era. ¿Nunca se le ocurrió que podía estar mintiendo? Lo cierto es que nunca tendremos respuestas. Ella lo niega, y yo no voy a insistir, porque aunque no crea que sea la mejor persona del mundo, entiendo que para una madre debe ser doloroso sacar a relucir la historia de un hijo muerto.

Miro alrededor del jardín, donde los niños corren por todos lados y algunas personas bailan, mientras una banda toca una tarantela. No soy de bailar mucho, pero la energía que se respira me dan ganas de intentar algunos pasos.

Después de que la guerra entre los Moretti y los Andresano terminó, logramos formar un gran clan. Todos mis hermanos están casados y tienen hijos, menos yo, pero nada se compara con la familia Trovato[1].

Juro por Dios que a cada rato aparece un pariente nuevo de algún rincón de Sicilia.

—Sin querer hacer de abogada del diablo, pero haciéndolo igual —dice Lexi, la esposa de Carmine, otro primo de Santo, al acercarse —, creo que Giuliu usa tanto como lo usan a él. Las mujeres con las que sale saben que no está buscando una relación seria.

—No sé si creer en eso —respondo—. Ellas miran a Rafaelle, Carmine y Lucca, los tres ya casados, y deben pensar: quizá yo también pueda convertir a otro de los hermanos en "un hombre de familia".

—Puede ser que llegue ese momento. Yo no creo que ninguno de los que nombraste, mi marido incluido, tuviera en mente un "felices para siempre". Se dio así, se enamoraron.

Hago el gesto de cerrarme la boca con un cierre.

—¿Qué significa eso? —pregunta Allyson, riéndose.

—Significa que si no tengo nada bueno para decir, mejor me quedo callada.

—Dilo de una vez.

—Está bien, míralo nada más. Giuliu parece absolutamente cómodo en su propia piel. No creo que en su caso vaya a pasar. Dicen que un rayo no cae dos veces en el mismo lugar. Entre los Parisi Trovato, cayó tres veces, pero yo creo que Giuliu y Michele van a llegar al final de sus vidas solteros.

—Puede ser —dice Lexi—, pero, sin querer sonar molesta, ese desprecio tuyo por Giuliu parece una especie de atracción abrumadora entre dos polos opuestos, ¿sabes?

Siento que se me calienta la cara, porque aunque lo considere un mujeriego, no puedo negar que el hombre es hermoso.

—Por favor, ¿de dónde sacaste eso? Nunca llegué a cruzar dos frases seguidas con él.

—Y eso solo confirma lo que dije, porque tú hablas con todo el mundo.

—Deja de fastidiar a mi hermana, Lexi. Chiara está saliendo con un médico, y aunque le pareciera guapo Giuliu, jamás sería infiel. Además, no quiero que tu cuñado le ande detrás. Lo quiero como si fuera de mi sangre, pero no puedo negar que es un peligro para los corazones femeninos.

—¿Pueden dejar de hablar de mi vida sentimental como si yo no estuviera aquí? No soy una niña. Sé cuidarme. Incluso si no estuviera en una relación, Giuliu sería mi última opción.

—Voy a fingir que no te oí decir que nunca le darías una oportunidad a mi *bambino*, Chiara —dice Ginevra, la madre del descarado, apareciendo de la nada a mi lado—. Nada me haría más feliz que casar a otro de mis hijos, y encima con una muchacha como tú, que es prácticamente de la familia.

—La adoro, Ginevra, pero lamentablemente, ese sueño suyo nunca se va a cumplir.

—No se puede ganar siempre —dice ella, sonriendo—. ¿Vendrías conmigo un momento a revisar la temperatura de ese postre cuya receta me dio tu madre, Chiara? No quiero que se arruine, y me da miedo dejarlo demasiado tiempo en la heladera.

—Claro.

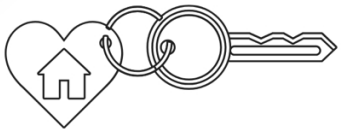
Poco después, mientras camino con ella hacia el interior de la casa de la matriarca Parisi Trovato, mi mirada se cruza con la de Giuliu.

Él estaba sonriendo a sus admiradoras, pero ahora se pone serio en cuanto me ve.

Tengo la intuición de que nuestra antipatía es mutua.



Giulia



Capítulo 3

—¿Qué pretendes hacer? —pregunta mi hermano Carmine.

—La única decisión que puedo tomar ahora mismo es detener las obras del complejo hotelero de inmediato. Todavía no he investigado a fondo qué demonios está pasando en Albania, pero si hay una mínima parte de verdad en las denuncias que nos hicieron, voy a cancelar el contrato.

—Tal vez no sea tan sencillo —dice Rafaelle.

—¿De qué estás hablando? —pregunto.

—Aún no tengo certezas, pero hay rumores de que la mafia albanesa está detrás de tu socio.

—¿Qué? Ni en broma. Conozco a Enver Hoxha desde que éramos niños.

—Lo sé, y no te diría algo así si no creyera que puede haber algo de cierto. Estemos atentos.

—Yo sugiero una investigación completa y confidencial —dice Lucca.

—No hay forma de mantener la investigación en secreto si detienes las obras. Va a levantar sospechas. No queremos a nuestras familias amenazadas por unos hijos de puta mafiosos. Tengo un plan mejor. En teoría, seguirás adelante con la construcción del complejo

hotelero. En la práctica, sin embargo, no podrá hacerse nada porque no tendrás los permisos necesarios del gobierno —explica Santo.

—¿Y cómo haremos eso? Me refiero a impedir que se otorguen los permisos de construcción —pregunta Rafaelle.

—Tengo contactos dentro del gobierno albanés. No será gratis, pero son personas que me deben favores —continúa Santo—. El proceso para autorizar el inicio de la construcción de Giuliu quedará "olvidado" durante algunos meses, hasta que tengamos certeza de si las denuncias son reales o no.

—La idea es buena, pero si la mafia albanesa está metida en esto, probablemente también tengan a algunos funcionarios del gobierno en su nómina.

—Sí, lo sé, pero no tienen a los funcionarios adecuados, los de alto nivel. Solo necesito tu aprobación para poner en marcha el plan.

Pienso en el hombre, un ambientalista, que me buscó hace dos días para decirme que los estudios preliminares, realizados en el momento en que se autorizó la construcción de mi nuevo proyecto, fueron alterados.

Según él, si seguimos con el proyecto, el impacto ambiental que causará el desvío de uno de los principales ríos de la región será devastador, con consecuencias ecológicas y sociales sin precedentes para las ciudades locales que dependen del agua del río para riego y consumo.

—Está bien. Hagámoslo.

Retroceder no es mi estilo. Si actuara según mi temperamento, detendría la obra sin dar explicaciones hasta aclarar la situación. Pero tienen razón. Tenemos que pensar en la familia.

Escuchamos que golpean la puerta y, enseguida, se abre.

—Permiso, sicilianos misteriosos —dice Berlín, mi cuñada, mientras se acerca a Lucca y se sienta en el regazo de su marido—, será mejor que regresen a la fiesta, o Ginevra vendrá a buscar a cada uno de ustedes de la oreja.

Soy el primero en levantarme.

—Jesús, tengo que alejarme de ustedes dos. Tanta dulzura me va a provocar caries.

Recibo una mueca como respuesta. En muchos sentidos, Berlín sigue siendo una niña.

Salgo de la biblioteca y no alcanzo a dar dos pasos cuando choco con la mujer que parece haberme detestado desde el primer segundo en que puso los ojos en mí: Chiara Moretti.

Estoy seguro de que la sorpresa no es solo mía, porque me da un empujón (si es que se puede llamar así a algo que viene de una criatura que parece tan frágil como una muñeca de porcelana), y termina directamente en mis brazos.

Instintivamente, la sujeto por la cintura y, por unos segundos, nos miramos, pero Chiara tarda apenas un instante en recordar quién soy (el último hombre que quiere cerca) y se suelta de mis brazos.

—Deberías mirar por dónde caminas —dice, con el rostro sonrojado y la respiración entrecortada.

Es la primera vez que estamos tan cerca sin otras personas alrededor y también es la primera en que noto cuánto me afecta.

No me muevo, aunque sé que debería. Chiara es hermana de quien es prácticamente mi cuñada, ya que considero a Santo como a uno de nosotros. Lo que significa que, aunque sea hermosa, está prohibida para mí, porque si llegáramos a estar juntos, se desataría un caos familiar cuando todo terminara.

Esa es la única razón por la que nunca me acerqué. Me sentí atraído por ella tan rápido como ella sintió rechazo por mí.

Sospecho el motivo por el cual no le caigo bien, porque una vez escuché, sin querer, una conversación entre Giovanna y mi primo en la que ella le decía a su marido que Chiara, de todos los hijos del maldito Dino Moretti, era la que más había quedado traumatizada por las infidelidades del padre, ya que cree que fue eso lo que terminó con la vida de Greta, la matriarca Andresano, a quien, al final, le tomó mucho cariño.

—Por lo menos podrías pedirme disculpas —dice.

En lugar de responder, dejo que mis ojos recorran todo su cuerpo, desde las piernas largas hasta la cintura estrecha, de los pechos medianos al cuello delicado... Un mentón que remata un rostro en forma de corazón y una boca carnosa que, incluso comprimida en una línea de evidente molestia, sigue siendo jodidamente sexy.

Chiara tiene unos ojos de un color que no existe en ninguna paleta. Oscilan entre el verde y la miel, y fue una de las cosas que siempre me llamaron la atención en ella porque, además, son muy expresivos.

La mujer es deslumbrante, aunque no parezca esforzarse mucho por arreglarse.

No lo necesita, claro. Es del tipo que luce bien con jeans, camiseta blanca y zapatillas, o con un vestido veraniego un poco por encima de las rodillas, como el que lleva puesto ahora.

Es hermosa sin intentarlo.

—¿Por qué debería disculparme? Fuiste tú quien se lanzó sobre mí.

—¿Qué?

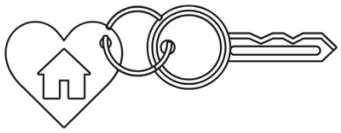
Parece ofendida, y ese era justo el efecto que buscaba: sacarla de su pose de princesa intocable.

Después de la charla densa con mis hermanos y mi primo, un poco de diversión no me viene mal.

—Te vi mirándome todo el día, tal vez hasta me seguiste para tener la oportunidad de fingir este choque.



Giuliu



Capítulo 4

—¿Qué dijiste?

Ella se lleva la mano abierta al cuello, como si fuera una garra.

Parece un gesto nervioso, como si intentara calmarse, lo que me dice que la atracción que siento por ella no es solo cosa mía.

Inmediatamente imagino mi mano en el mismo lugar, pero no con la delicadeza con que Chiara lo hace; apretando su carne para sentir sus latidos mientras la...

¡Mierda!

—No pudiste dejar de mirarme desde que llegaste.

Ella da un paso atrás, como si de pronto hubiera notado que tengo un virus altamente contagioso.

—Lamento herir tu ego, Giuliu, pero estaba mirando a las mujeres que babeaban por ti y pensando que, así como hay cursos de defensa personal física, debería haberlos para el corazón también. Esas pobres inocentes no tienen idea del peligro que corren.

—Créeme, *bella,* ellas no están interesadas en mi corazón. Una habitación, una cama, yo desnudo. Deja volar tu imaginación y te vas a acercar bastante más a la verdad.

—Eres un imbécil, Giuliu Parisi Trovato.

—Y tú, una suertuda, Chiara Moretti, porque si no fueras familia, te demostraría que ese enojo que tienes conmigo no es otra cosa

que deseo.



Chiara

Estoy a favor de la paz mundial.

Aunque tengo un temperamento fuerte, como todos mis hermanos (y le atribuyo ese rasgo a Dino), me considero una persona relativamente controlada, pero la audacia de este hombre... ¡Dios!

Quiero arañarlo y borrarle esa media sonrisa cínica de esa boca bonita y...

No. Nada de boca bonita.

Una boca común. Un hombre común. Lo de ordinario le queda perfecto a Giuliu. Intento convencerme a mí misma, porque en realidad, nada en ese siciliano es común, empezando por la altura, los hombros anchos, el cuerpo de jugador de rugby, los ojos azules, la mandíbula cuadrada...

Digamos simplemente que una persona podría pasarse un buen rato describiéndolo, y la balanza de esa descripción saldría muy a su favor, porque por cada gramo de mujeriego, tiene el doble de atractivo.

—Por segunda vez en el día, voy a disculparme por herir tus sentimientos, pero tú no me provocas nada, Giuliu. Los que se ofrecen demasiado fácil no son mi tipo.

—Yo no soy fácil, *cuore mio*; yo tomo lo que quiero, cuando quiero. Pero no te preocupes, no corres peligro conmigo. No me meto con mujeres que son familia, ni siquiera por afinidad.

—¿Y desde cuándo di a entender que quiero algo contigo? ¿Tu ego no tiene límites?

—Podría demostrártelo tan fácilmente, Chiara...

—Me importan una mierda tus reglas sobre la familia, Giuliu. Jamás voy a querer nada contigo.

—Entonces tal vez deberías controlarte un poco más para no ponerte tan temblorosa cerca de mí. O para no mirarme todo el tiempo cuando estamos en el mismo lugar, en las reuniones familiares.

—Tú estás completamente loco. ¡Tengo novio!

¡Dios mío, este hombre me saca de quicio! Acabo de revelar mi secreto, porque hasta ahora solo las mujeres de la familia sabían de Braxton, y por una razón muy simple: conozco a mis hermanos, y sé que le van a dar vuelta la vida si se enteran de que estoy con alguien. En ese sentido, es una suerte que él esté haciendo su residencia médica en Milán y no en Florencia.

Lejos de los ojos de los Moretti y los Andresano, lejos de la vigilancia constante que ejercen sobre mí, sobre todo porque soy la única soltera de los siete.

—¿Y el hecho de tener novio cambia en algo lo que dije? Hay muchas mujeres insatisfechas con sus parejas.

—Pareja suena a algo descartable. Braxton, mi novio, que también es médico, no es un caso temporal en mi vida.

Él sacude la cabeza con esa media sonrisa burlona, como si yo acabara de contar un chiste.

—No vas a hacerme sentir mal, querida. Hay una razón por la que solo busco compañeras, no novias. No quiero apegarme ni engañar a las mujeres con las que salgo. Sobre tu doctorcito, puedes llamarlo como quieras: novio, pareja, amigo con derechos, amante. El hecho es que él no te está satisfaciendo, Chiara.

La sangre me hierve. Nunca conocí a alguien que pudiera sacarme tanto de quicio como este siciliano insolente.

—No tendría cómo saberlo. Aún nos estamos conociendo. Nunca...

Dios, ¿por qué dije eso?

Hay algo en este hombre que logra arrancarme todo. Me detuve a tiempo, pero no lo suficiente como para que no entendiera el sentido de lo que dije.

—¿Nunca han tenido sexo?

—Hasta la forma en que te refieres a *hacer el amor* es asquerosa.

—El sexo no es tabú, princesa. Es una necesidad del cuerpo.

Intento pasar a su lado para volver al jardín porque si me quedo aquí un segundo más, podría matarlo.

—¿Puedes hacerte a un lado, por favor? —pido, usando cada gota de educación que mi madre se esforzó en darme a lo largo de la vida.

—¿Cuánto tiempo llevan juntos? —pregunta, ignorando por completo mi pedido.

—Eso no es asunto tuyo.

—¿Más o menos de un mes?

Suspiro, lo que en mi mente suena como un rugido de leona impaciente, pero por la forma en que me mira, divertido con nuestro enfrentamiento, temo que haya salido más como un maullido.

—Unos meses —respondo de mala gana, segura de que si no le doy lo que quiere, no me va a dejar en paz.

—¿Unos meses? Y todavía no sabes si él te satisface, lo que significa que nunca han tenido sexo. ¡Dios mío, Chiara, no estamos en la época victoriana!

—No todo el mundo entra en una relación pensando en sexo. Yo estoy buscando a alguien especial.

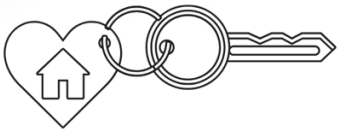
—No tengo nada en contra de tu "búsqueda" de ese alguien especial, pero en cuanto al sexo, estás equivocada, niña. Es lo primero que deberías querer con un hombre por quien supuestamente te sientes atraída, porque si no, vas a terminar saliendo con tu mejor amigo, y no en el buen sentido. Si no hay atracción al comienzo, ¿qué crees que pasará después?

—Habló el experto que no debe pasar más de dos noches con la misma mujer.

—Nunca me puse a contar, para serte franco, pero con cada mujer con la que estuve, sentí atracción. Eres hermosa, Chiara, y si un tipo logra mantener las manos lejos de ti, hay algo mal con él.



Chiara



Capítulo 5

El siciliano logra sacarme de quicio.

Giuliu, de un solo golpe, me lanzó un halago al llamarme linda, pero al mismo tiempo juzgó y "condenó" a Braxton sin tener ni idea del buen hombre que es.

Debería dejarlo ahí plantado con sus prejuicios, pero algo me impide darle la espalda.

Miro al hombre que irradia autoconfianza por cada poro.

¿Cómo le digo al maldito siciliano que, en realidad, Braxton ya ha querido, y mucho, no solo ponerme la mano encima, sino también otras cosas, pero que necesito confiar plenamente en él para poder entregarme?

Mi trauma con la relación triple de mi padre y sus mujeres, que dio lugar a hijos que durante mucho tiempo se odiaron entre sí, me hizo temer pasar por lo mismo que mi madre: ser traicionada toda la vida y, en nombre del "amor", bajar la cabeza.

Tengo dudas sobre ese tipo de amor. Para mí, se parece más a una obsesión o a una costumbre, porque no entiendo cómo puedes amar a alguien que no te respeta.

Sin embargo, lo que él acaba de decir despierta mis peores miedos.

A pesar de que mi novio es perfecto (guapo, caballeroso, amable y me trata como una reina), su beso ni siquiera me excita.

¿Y si el problema no es Braxton, sino yo?

Tomo una decisión. No puedo quedarme en este punto muerto para siempre. Mi novio está de viaje visitando a su familia en el Reino Unido, pero en cuanto vuelva a Milán, voy a dar el siguiente paso en nuestra relación.

Sintiéndome un poco más segura, encaro al siciliano arrogante.

—Gracias por abrirme los ojos. Si hubiera sabido que hablar contigo sería tan provechoso, lo habría hecho antes.

—¿Provechoso? —Por primera vez, no parece complacido.

—Tienes razón, Giuliu. ¿Por qué no disfrutar de las maravillas del sexo? Me siento completamente preparada ahora.

Me toma por sorpresa cuando me agarra de la mano y prácticamente me arrastra a una sala.

Al entrar, cierra la puerta y se recuesta contra ella. Creo que si cualquier otro hombre hiciera eso, me sentiría amenazada, pero no con Giuliu. Conozco a los Parisi Trovato desde hace mucho tiempo y sé que todos los hombres, sin excepción, son extremadamente protectores, aunque los dos solteros, Giuliu y Micheli, también sean unos descarados.

—¿De qué demonios estás hablando? —pregunta, perdiendo un poco de su arrogancia.

Me siento satisfecha de haber logrado romper su irritante calma, aunque no tengo idea de por qué parece tan enojado.

—Tienes razón. Soy una adulta. No hay razón para seguir postergando la decisión de dar el siguiente paso en nuestra relación. Me siento segura y lista.

—¿Te volviste loca? No vas a rendir un examen para sacar la licencia de conducir, Chiara. El deseo no funciona así. No te metas en la cama con cualquier imbécil si su sola presencia no te pone la piel de gallina.

El corazón se me dispara porque soy muy consciente de lo que acaba de decir. Es exactamente como me siento ahora.

Me toma solo dos segundos, sin embargo, sentirme terriblemente mal.

Tengo novio.

¿Qué dice eso de mí, el hecho de que con apenas un par de frases, el hombre que sé perfectamente que es un mujeriego pone mi cuerpo en llamas, mientras que el que ha estado saliendo conmigo durante meses no me provoca absolutamente nada?

Dicen que *de tal palo, tal astilla*. ¿Será que, al final, heredé el gen traidor de Dino?

No, todos mis hermanos están felizmente casados y absolutamente dedicados a sus esposas y esposos.

Lo que pasa es que Giuliu es un hombre atractivo y, por más que me caiga mal, no puedo fingir que ese siciliano no tiene un *sex appeal* capaz de despertar el interés de una muerta. Sería la misma reacción que tendría si viera un comercial con un actor o modelo guapo.

—¿Puedes darme permiso, por favor? Quiero ir a estar con mi familia.

—No antes de que me prometas que no vas a hacer ninguna estupidez solo porque estás enojada conmigo.

—¿Con estupidez te refieres a entregarme a una noche intensa, despertar con la piel brillando por la cantidad de orgasmos que él me dio y con el cuerpo satisfecho? No, eso no puedo prometerlo.

Sus ojos brillan de forma peligrosa.

—Chiara, hablo en serio.

Parpadeo hacia él.

—Yo también, Giuliu. Jamás imaginé que de ti vendría el mejor consejo de todos. Ahora déjame salir.

—¿Estás atravesando alguna especie de adolescencia tardía?

—¿Qué?

—Tu comportamiento es el de una adolescente.

—No, es el de una mujer adulta que está intentando aprender a tomar decisiones.

—Acostándote con un tipo por el que no sientes nada.

—¿No siento nada? No tienes idea de lo que estás diciendo. Braxton es el hombre de mis sueños.

Aparto la mirada porque incluso para mis propios oídos, esa mentira suena demasiado grande. Sí, Braxton es guapo, inteligente y

centrado en su futuro, pero, *¿el hombre de mis sueños?* Ni siquiera sé si ese tipo de ideal existe.

No puedo mirarlo porque me acuerdo de lo que dijo Giovanna, que mi rostro viene con subtítulos, pero Giuliu me toma del mentón.

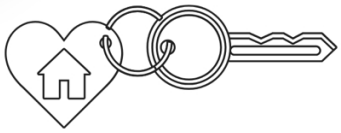
—No hagas nada que pueda lastimarte solo porque yo te irrité. Tengo ese poder sobre las personas. Eres hermosa y si no sientes deseo por ese tipo, sigue buscando hasta encontrar a alguien compatible.

Habla como un hermano mayor, lo que inexplicablemente me molesta. Me salvo de responderle alguna tontería porque escuchamos que tocan la puerta y la voz de Santo llamándonos a él y a mí, quizás porque somos los únicos miembros de la familia que faltan en la celebración.

Finalmente, Giuliu se mueve, pero sin apartar los ojos de los míos, y yo salgo prácticamente corriendo.



Chiara



Capítulo 6

—¿Todo bien? —pregunta mi cuñado Santo apenas pongo un pie en el pasillo.

—Sí, solo estaba hablando con Giuliu.

Él arquea las cejas, y es obvio que no me creyó.

Probablemente mi hermana ya le contó que no me cae nada bien su primo.

—¿Dentro de la biblioteca? —Empiezo a abrir la boca para responder, pero él hace un gesto y me interrumpe—. No quiero parecer el típico hermano mayor fastidioso, Chiara, pero me siento responsable por ti, así que te voy a dar un consejo. No cometas la estupidez de involucrarte con Giuliu.

No dice nada más, pero creo que puedo leerlo entre líneas: *porque no quiere nada serio y te va a romper el corazón.*

Santo no sabe que tengo novio, así que quizás piensa que me siento atraída por su primo, a pesar de que me cae pésimo.

—No tengo el menor interés en cometer un error así. Puedes estar tranquilo.

Gracias a Dios, Donatella aparece y me salva de esta situación incómoda. Ya es bastante feo que me regañen mis hermanos, pero que lo haga el primo del muy idiota es todavía peor.

—¿Dónde te habías metido? Llegué hace varios minutos y estuve buscándote. Sabes que no me voy a quedar mucho tiempo en Italia —dice mi hermana, mientras se acerca a abrazarme, pero, tan perceptiva como siempre, enseguida me mira a mí y luego a Santo —. ¿Pasa algo?

—Hum… nada. Vamos, estoy deseando tomar un poco de aire fresco.

No le doy tiempo de argumentar y paso mi brazo por el suyo, luego de regalarle a Santo una sonrisa incómoda.

—¿Qué fue lo que pasó aquí?

—No sé de qué hablas.

—Parecías necesitar que te rescataran, y Santo tenía cara de estar dándote una buena reprimenda. Conozco esa expresión de "tengo que protegerte para que no hagas una tontería". Me crié con tres hermanos varones.

—Santo malinterpretó todo porque, bueno, medio que me encontró dentro de la biblioteca con Giuliu.

Ella se detiene en seco y se para frente a mí.

—¿Qué?

—No me pongas esa cara. Antes de inventarte alguna teoría pervertida, recuerda que estoy en una relación.

—Ajá. Me acuerdo.

—¿Qué significa ese "ajá"?

—Nada.

—Dilo de una vez, Donatella.

—Solo recordé que cuando yo salía con Zelon, fuiste una de las primeras personas en decir que no parecía que yo estuviera enamorada de él, así que me siento libre de devolverte el favor.

—¿Y cómo puedes saberlo si ni siquiera nos has visto juntos?

—Además de hablar de ese tipo con el mismo entusiasmo que tendrías al decir que vas a ver una película aburrida, nunca hiciste ni el mínimo esfuerzo para que lo conociéramos.

—Primero que nada, no es un "tipo", es un médico que ya está haciendo su residencia, por cierto. Y segundo, si aún no lo he presentado es porque…

Ella levanta la mano como si me pidiera que hiciera una pausa.

—No me digas que estabas esperando a ver si funcionaba. Esa etapa de prueba ya pasó. Llevan más de tres meses juntos, así que ya es hora de que dejes de mentirte a ti misma y enfrentes la verdad.

—Vámonos de aquí. No quiero correr el riesgo de que alguien nos escuche.

Nos vamos hacia el fondo de la enorme casa de Ginevra, que, aunque tiene algunos invitados dispersos, está mucho más tranquila que el jardín.

—Habla —me pide.

—Tenía miedo de dejar que las cosas escalaran entre nosotros y arruinar lo que parece perfecto.

La veo abrir y cerrar la boca varias veces, como si estuviera por decir algo, se arrepintiera y volviera a pensarlo, lo que no es común en ella, que suele ser muy directa.

—¿Perfecto? —finalmente pronuncia esa única palabra.

—Es dulce y paciente. Nunca ha intentado presionarme y…

—Por favor, basta. Solo recuérdame, ¿cuántos años tiene ese hombre?

—Veintinueve.

—Y tú tienes veinticinco. Dos personas normales, sanas, libres y, hasta donde sé, que se gustan. Perdóname la franqueza, Chiara, pero eso no suena a una relación perfecta. No te atrae. Si fuera así, ya te habrías permitido ir más allá.

—Me encanta Braxton.

—¿De verdad? ¿O te encanta la idea de estar con alguien que consideras perfecto, como dijiste? Porque si es lo segundo, lamento reventarte la burbuja de la ilusión, hermana, pero las relaciones normales, reales, no son como los reportajes de revista ni como los comerciales de televisión. Yo amo a mi esposo, y estoy segura de que él también me adora, pero a veces discutimos fuerte. Así que te tengo una mala noticia, Chiara: no existe el matrimonio perfecto… de hecho, ni siquiera hace falta llegar al altar para saberlo. Las relaciones perfectas simplemente no existen.

—No quiero ser como mi madre ni como la tuya, que aceptaban todo de un hombre. Necesito tener algo de control sobre mis

sentimientos.

—¿Y la opción sería quedarte con alguien que no te hace latir el corazón solo por miedo a salir herida?

—Que el corazón se acelere es solo atracción física, y yo le recomendaría a cualquiera que tenga esos síntomas con frecuencia que vaya directo a un cardiólogo.

Ella se ríe.

—Te quiero, Chiara, y por eso mismo voy a suplicarte que no dejes tu vida estancada por miedo a repetir ese "modelo" de adoración ciega por un hombre como hicieron mi madre y la tuya. Mira a tu alrededor. Hay muchas parejas que sí funcionaron. Yo, Giovanna, Beatrice, Elodie, Blakely, Lexi, Berlín, Allyson. Tienes ejemplos de mujeres que se casaron enamoradas y son felices.

—Estoy bien con Braxton.

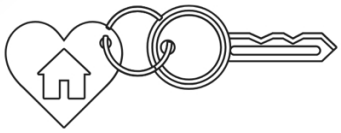
Donatella me dedica una sonrisa triste.

—Chiara, mereces estar mucho más que "bien"… Mereces tener a alguien que te haga soñar.

No le digo que sueño con un cuento de hadas cada vez que organizo una boda. Es un secreto que no me siento lista para compartir con nadie, ni siquiera con mis hermanas, las mejores amigas que podría desear.



Giuliu



Capítulo 7

—¡No! —dice Santo, en cuanto abre la puerta de la biblioteca de la casa de mi madre.

—Sé lo que estás pensando. No toqué a Chiara ni tengo intención de hacerlo. Las vírgenes no son lo mío.

—No tiene nada que ver con un himen o con la ausencia de uno, sino con el hecho de que Giovanna te va a arrancar la piel si lastimas a su hermana. ¿Y adivina qué? Me voy a sentar, tomar una copa de whisky de la mejor cosecha del Duque Rodrick Alistair Gastrell MacQuoid y ver tu tortura y posterior muerte.

—¿Te volviste loco?

—No estoy bromeando, Giuliu. Sabes perfectamente que meterse con alguien de la familia política solo puede acabar mal, a menos que estés pensando casarte con ella.

—Chiara es hermosa, pero no quiero casarme con ella. De hecho, no quiero casarme con nadie. Solo estábamos conversando.

—¿Y desde cuándo tú solo conversas con una mujer bonita sin intención de llevártela a la cama?

—Con Chiara no. Como tú mismo dijiste, es familia. Regresemos a la fiesta de tu hijo antes de que *mamma* y Giovanna se molesten.

—Ustedes compraron un departamento en el mismo edificio.

—¿Qué?

—En Milán. Tú y Chiara invirtieron en el mismo desarrollo otra vez.

—¿Qué mierda estás diciendo?

Estuvimos a punto de ser vecinos en el pasado, pero luego Giovanna soltó en un almuerzo que su hermana había vendido el inmueble de repente. Llegué a pensar que era por mi culpa, pero en esa época Chiara apenas iba a Sicilia y ni siquiera daba señales de notar mi existencia, aunque cada vez que me miraba, era con cara de fastidio.

Después de lo que pasó hoy, empiezo a creer que sí, que vendió el departamento solo para no tener que respirar el mismo aire que yo.

Y la única explicación posible para esa antipatía absurda es que Chiara se siente atraída por mí y no sabe cómo manejarlo.

—Van a ser vecinos de penthouse.

—¡Mierda!

—Entonces concéntrate en lo que acabas de decirme y ten claro que ella es familia. O múdate a otro lugar.

—No. Quiero ese penthouse. Yo lo diseñé, carajo. ¿Cómo diablos ella no sabía que soy el dueño de la constructora? No puede ser que no sepa que mi principal negocio es el sector inmobiliario.

—Ella no lo sabe, o de lo contrario, no tengo dudas de que jamás habría cerrado el trato. Y no creo que esta vez vaya a vender el departamento. Giovanna dijo que Chiara está contando los días para mudarse.

—Entonces, sí sabes que la vez pasada vendió el otro por mi culpa.

Se encoge de hombros.

—Nunca lo dijo con esas palabras, pero creo que sí. Chiara nunca ocultó que no es tu fan. Júrame que tú nunca…

—Ni termines esa frase. Hoy fue la primera vez que estuvimos a solas, y aun así, solo fue porque le estaba dando un consejo.

Parece relajarse y luego se ríe en mi cara, el bastardo.

—Ahora sí debería preocuparme, porque ¿qué clase de consejo podrías darle a Chiara?

Que no se acueste con un idiota con quien está saliendo y por quien no siente ni una pizca de deseo, solo para no sentirse inadecuada.

Me bastaron cinco segundos escuchándola hablar del tipo para entender que su problema es que está buscando a alguien que no la amenace emocionalmente. Una pareja que la excite tanto como un vibrador. No, tal vez el vibrador le dé más placer.

Mierda, pensar en Chiara y un vibrador en la misma oración hace que mi mente vuele, imaginándola desnuda y…

Ah, carajo. ¡Debo estar mal de la cabeza!

—Consejos sobre la vida, en general —digo, desviando el tema, porque mi intuición me dice que Santo no sabe nada del imbécil ese con quien está saliendo, o si lo supiera, estaría seguro de que yo nunca me acercaría a su cuñada.

Hay algo que tenemos en común los Parisi, los Moretti y los Andresano: todos venimos de padres traidores.

—¿Y qué piensas hacer con respecto al departamento?

—Nada. No voy a renunciar a él. La sede de mis negocios se trasladó a Milán. Como te dije antes, diseñé hasta el último rincón de esos penthouses. Incluso el lugar donde va a vivir ella.

—Ella no se dio cuenta de que la constructora era tuya. ¿Cómo es posible?

—Porque la desarrolladora con la que firmó aún mantiene el nombre anterior, y tal vez ni siquiera lo cambie. La nieta del fundador, que ya pasa de los setenta, me dijo que sus abuelos fundaron la empresa juntos.

—Vaya, en el fondo sí tienes corazón.

—Nunca negué tener uno. Lo que dejé claro es que no pienso entregárselo a nadie en una relación.

Unos treinta minutos después, aunque mi cerebro lo niegue, mis ojos siguen cada movimiento que hace Chiara en el jardín de mi madre, lo cual es una ironía de mierda, ya que justo eso fue lo que le eché en cara antes.

Pero yo estaba siendo un bastardo egocéntrico. Consciente o no, ella siempre me mira.

Alguien podría decir que solo noté que me miraba porque yo también estaba pendiente de ella, pero no quiero pensar en eso, mucho menos ahora que sé que está comprometida con ese idiota poco interesante.

Decido que es hora de irme y entro a la casa para despedirme de *mamma*, pero ni siquiera llego a la sala cuando escucho la voz de Chiara detrás de mí:

—Si fuera paranoica, pensaría que compraste el penthouse al lado del mío a propósito.

Sonrío.

Seguro Santo se lo contó.

¡Maldita sea! No debería disfrutar tanto este juego con ella. Me doy la vuelta despacio y, cuando la miro, tiene las mejillas sonrojadas.

—¿Necesitaste un par de copas de vino para reunir el valor de acercarte a mí?

—Véndeme tu penthouse. Te pago el doble de lo que gastaste. Lo convertiré en mi propio piso.

—Tentador, pero no, gracias. Tu hermana o Santo, quien sea que te dijo que vamos a ser vecinos, debería haberte contado toda la historia. Soy el dueño de la constructora, *bella*. Si alguien tiene que irse de ese edificio, no soy yo.

Casi me da pena la expresión de sorpresa que pone.

Sí, tal vez sea divertido tenerla como vecina.

Divertido y peligroso, porque hay algo en esta mujer que, ahora que estuve lo suficientemente cerca como para notar cosas más allá de su belleza, no me deja alejarme.

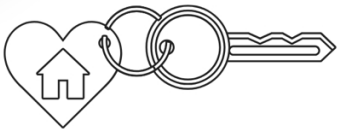
—No voy a vender mi departamento. No soy una niña. El hecho de que seamos vecinos no cambia nada. No nos caemos bien y solo tenemos que fingir delante de la familia. Ahí, podemos seguir ignorándonos.

No parece dispuesta a irse, pero Lexi se acerca y la llama.

La observo alejarse, con las caderas moviéndose con suavidad, el cabello largo cayéndole por la espalda, y me pregunto cómo demonios voy a resistirme a esta tentación, cuando pecar es justo lo que mejor sé hacer.



Chiara



Capítulo 8

Milán

Una semana después

Tuve que pedirle un favor a mi cuñada Beatrice, que aunque nunca ha trabajado aquí, conoce a los recepcionistas de este hospital, para que me dejaran subir sin avisar a mi novio, Braxton, de que estaba entrando.

Quiero darle una sorpresa. Pero, más aún, estoy decidida a poner nuestra relación a prueba, porque las palabras de Giuliu siguen rondando mi mente desde nuestro último encuentro:

"No tengo nada en contra de tu "búsqueda" de ese alguien especial, pero en cuanto al sexo, estás equivocada, niña. Es lo primero que deberías querer con un hombre por quien supuestamente te sientes atraída, porque si no, vas a terminar saliendo con tu mejor amigo, y no en el buen sentido. Si no hay atracción al comienzo, ¿qué crees que pasará después?".

Maldito siciliano mujeriego y sus consejos que tienen toda la razón del mundo.

Giuliu Parisi Trovato.

No logro creer que vayamos a ser vecinos. Con tantos inmuebles para comprar en Milán, claro que tuve que elegir de nuevo uno al lado del suyo.

De inmediato, mi misión de hoy, así como la imagen de Braxton, se desvanecen de mi mente, dando paso al recuerdo de ese siciliano hermoso y cínico.

Nunca he sido de enamorarme a primera vista, pero tampoco es común sentir antipatía instantánea y, sin embargo, ese hombre logra ponerme de los nervios.

Tal vez sea la forma en que parece cómodo consigo mismo, la seguridad que irradia. No creo que sea solo porque es muy guapo, sino porque sabe que también tiene poder; alguien a quien no quieres tener como enemigo.

Convencido, arrogante, un ogro total.

Aparco mi coche en una plaza cualquiera del hospital y me obligo a dejar de pensar en mi futuro vecino.

Planeo ignorarlo por completo en el edificio, fingir que no existe. En cuanto me vea con Braxton, su certeza de ser irresistible sufrirá un golpe, al menos en lo que a mí respecta. Y aunque fuera soltera, no me acercaría a alguien que, de entrada, dice que solo quiere "divertirse". Buena suerte a las valientes que decidan arriesgar su corazón.

¿Y a ti qué te importa, Chiara? En lugar de pensar en un hombre que ni siquiera te gusta, deberías enfocarte en que, tras meses de noviazgo, nunca has ido más allá de un simple acercamiento con tu novio.

Por más que tema enamorarme al punto de descuidar mi autoestima, debo admitir que Giuliu tiene razón: al menos algo de atracción física debería haber entre Braxton y yo.

Hasta ahora me he concentrado en evaluar cada cualidad de él (positivas y negativas) con el mismo empeño con que Sherlock Holmes persigue a los villanos de Arthur Conan Doyle. En todos los aspectos, él es perfecto. Nada que ver con mi padre, pero quizá ya llegó el momento de profundizar en mis "estudios" y comprobar si también hay compatibilidad física.

Entro al hospital sintiéndome aún un poco confusa sobre mi propósito aquí. La recepcionista me deja pasar sin más preguntas en cuanto digo mi nombre, tal como me explicó Beatrice que ocurriría.

Él es el hombre ideal, me digo al subir al ascensor. *Somos perfectos el uno para el otro. No todas las parejas tienen que estar locamente enamoradas o sentir una atracción arrasadora para que la relación funcione.*

Braxton es guapo, inteligente, y cuando yo me permita ir un poco más allá de lo que tenemos ahora, surgirá la química entre nosotros.

Me doy una última mirada en el reflejo del cristal del ascensor y me pregunto si le extrañará el vestido tan corto que llevo, pero forma parte de mi plan de seducción. Si todo sale como espero, lo invitaré a mi departamento (al que acabo de mudarme, algo que nunca hice en la dirección anterior porque él nunca fue a mi casa) con la excusa de cocinar para los dos. Lo que ocurra después, solo Dios lo sabe.

Me detengo frente a la puerta de su consultorio, que comparte con otros médicos residentes; algunos empleados me saludan con una sonrisa al pasar, pero otros muestran sorpresa, frunciendo el ceño en forma de "v", lo que me da la impresión de que me miran con… *¿compasión?*

No, claro que no. Ni siquiera conozco a esas personas; solo he venido dos o tres veces como mucho.

Seguramente es mi inseguridad pidiendo paso.

Dudo en entrar sin llamar, pero luego decido que no hay razón. Braxton ha entrado a mi empresa de organización de bodas sin anunciarse en más de una ocasión.

Me preparo para ofrecerle mi mejor sonrisa, abro la puerta… y me quedo completamente desconcertada al ver a una mujer, de su edad más o menos, gritándole a Braxton, que sostiene en brazos a una niña de unos tres años.

Durante varios segundos, mi cerebro se niega a funcionar, o mejor dicho, a captar lo que se dice. Ignoro lo que la mujer le reprocha y me pregunto qué hizo para que aquella paciente estuviera tan molesta.

Sin embargo, aunque mi mente intente escapar, hay detalles que no cuadran.

La niña abraza el cuello de Braxton, tal como yo lo hacía con mi padre cuando era pequeña y aún no sabía lo canalla que era. No es un comportamiento común en una paciente infantil con un médico. Con lo que sé de mis sobrinos, a esa edad suelen temer al pediatra.

Y Braxton no es pediatra. Es ginecólogo.

Finalmente, empiezo a conectar los puntos.

La mujer enojada.

El cabello de la niña, del mismo color que el de Braxton.

La mirada de sorpresa de él al darse cuenta de que lo estoy observando.

Y, por último, la guinda del pastel: la niña, que parece triste por los gritos de su madre, lo llama "papá".

Una escena muy parecida interfiere en mi memoria. Algo que solo llegué a entender años después.

Donatella, con la misma edad que aquella niña ahora, llamando a Dino "papá" mientras *mamma* y yo salíamos de la iglesia después de la misa del domingo. Él apretando mi mano y avanzando, mientras yo miraba atrás y veía las lágrimas deslizarse por su rostro.

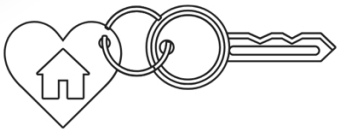
Nunca hablamos de aquello y ni siquiera sé si el episodio la marcó, pero a mí sí.

Y entonces lo comprendo todo.

Yo soy la otra.



Chiara



Capítulo 9

El impacto fue tan grande que no pude moverme, pero ahora escucho todo lo que la mujer dice.

—Si llego a saber que me estás engañando otra vez, te arruino la carrera, Braxton. No me engañas. Empecé a sospechar cuando borraste todas tus redes sociales. Eso solo puede significar que no quieres que tu amante sepa que tienes familia.

Amante.

Esa palabra, aunque estuviera dirigida a otra persona, no me afectaría tanto; a mí me dan ganas de vomitar.

Como un robot, no puedo hablar ni moverme. Probablemente ni siquiera estoy respirando.

La confusión y la incredulidad pelean dentro de mí, porque no puedo creer que esto esté pasando.

—Chiara, ¿puedes esperarme afuera? —me dice Braxton, aparentemente ignorando a la mujer, que según parece es la madre de su hija—. Ahora voy contigo.

Finalmente, la rubia se gira hacia mí, sorprendida al verme, pero luego mira a su esposo y, en un parpadeo, parece comprender todo.

—Tú, maldito, miserable traidor, ¿tenías una cita hoy con la otra mientras ni siquiera fuiste a ver a tu hija el fin de semana?

Un sudor frío me recorre la espalda, y es bueno que esté en un hospital, porque siento que voy a desmayarme en cualquier momento.

Mi instinto me dice que huya.

No es un deseo noble, pero es el mismo que nos ataca cuando estamos en peligro o en una situación de extremo bochorno, y lo único que queremos es protegernos.

La escena en la iglesia, cuando mi padre ignoró a Donatella, vuelve a mi mente.

Recuerdo que miré a *mamma* y luego a Greta. Las dos mujeres parecían tristes, o al menos eso pensaba yo entonces, con mi percepción de niña.

Ahora, sin embargo, puedo entender esa escena desde otro ángulo. Tenían vergüenza, como si se sintieran culpables, cuando en realidad el único que debería sentirse mal era el miserable traidor que fue mi padre, porque ambas, al involucrarse con él, eran apenas adolescentes.

No soy yo quien debe sentirse avergonzada. Es ese imbécil traidor.

Respiro profundamente para armarme de valor y enfrentar una situación para la que he cuidado toda mi vida para no tener que pasar, y aun así, acaba de caerme en el regazo.

—No soy la otra —empiezo, y aunque mi voz tiembla, de algún modo me felicito porque logro que suene casi normal y con un tono moderado—. No tenía ni idea de que estuviera casado ni de que tuviera una hija.

—¡Chiara!

—¡Cállate! —le digo a Braxton, pero mirando a su esposa.

En ese instante, noto que alguien acaba de llegar detrás de mí.

—Ah, lo siento, doctor Braxton. No sabía que estaba con pacientes.

Suena como dudosa y por un momento nadie dice nada.

Sin embargo, tal vez anticipando que la conversación podría volverse muy fea, la madre de la hija de Braxton le quita la niña de los brazos y se la entrega a una mujer que ahora reconozco como enfermera.

—¿Puede quedarse con ella unos minutos, por favor? Ya salgo.

Pronto está frente a mí de nuevo, y sé que si no hablo ahora, perderé el valor.

—Como le dije, me llamo Chiara. No está obligada a creerme, pero juro por mis sobrinos que jamás estaría con un hombre casado. Soy hija de un traidor que mantuvo tres familias al mismo tiempo y sé por lo que pasó mi madre. No haría que otra mujer sufriera así. No sé si le sirve de consuelo, pero nunca nos acostamos. Estaba esperando a confiar lo suficiente en él, y ahora le doy gracias a Dios por hacer eso.

Siento que me vaciaron por dentro, como un globo de gas al que le pincharon un alfiler, pero al mismo tiempo me invade una oleada de alivio y ni sé bien por qué: si es por haber superado la vergüenza y decirlo en voz alta, si es por nunca haber tenido sexo con ese hijo de puta, o si es por no haber entregado mi corazón a ese tipo.

De cualquier forma, la poca fe que tenía en los hombres acaba de quedar dañada, y sé que tardará en reconstruirse.

—¿Y por qué debería creerte? —pregunta con arrogancia, como si quisiera confrontarme, y en lugar de enojo, siento pena.

Mi madre recibió muchos consejos de amigas para dejar a mi padre porque la estaba engañando prácticamente desde el matrimonio.

Pero cada vez que alguien bien intencionado intentaba ayudarla, ella no aclaraba la historia con Dino, mi padre (porque no había nada que aclarar, toda la alta sociedad italiana sabía de las dos familias, y hace poco descubrimos que eran tres) y se enojaba con el buen samaritano que arriesgaba su pellejo para abrirle los ojos.

—No tienes ninguna razón para eso. Así que, en lugar de tratar de demostrar que digo la verdad, cree en ti misma.

—¿Qué?

—Cuando llegué, estabas diciéndole a Braxton que era un maldito traidor, que estaba con la otra y que no fue a ver a su hija el fin de semana. Una vez, poco antes de que muriera la mujer que fue "la otra" de mi padre, hablé con ella y me dijo que le hubiera gustado escuchar sus propios instintos sobre él. Haz eso. Tienes una opción:

amarte más a ti misma que a este miserable traidor. Elige amarte a ti misma.

No sé si mis palabras tendrán algún efecto, porque por lo que sé, la mayoría de las mujeres perdonan al marido y culpan a la amante.

Tampoco espero que diga algo. Camino unos pasos hacia ese imbécil.

—Tienes mucha suerte de tener una hija, porque si no fuera por la niña, te expondría ante todo el mundo y me aseguraría de que ni siquiera termines tu residencia en Italia. No te atrevas a buscarme nunca más o pondré a mis hermanos tras de ti, y te aseguro que no te va a gustar el resultado.

Todo el respeto que sentía por Braxton ya desapareció, pero ver que su cara está pálida y que parece entrar en pánico cuando menciono la posibilidad de que mis hermanos lo persigan, me hace despreciarlo aún más.

—Chiara, yo...

—No intentes arreglar las cosas entre ustedes —dice su esposa, y tengo mi respuesta: *sí, ella lo perdonará.*

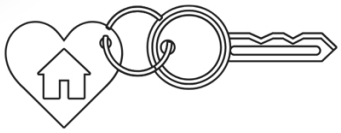
—No te preocupes. No quiero nada con ese desgraciado, y ni que viniera cubierto en oro lo volvería a saludar.

Salgo del consultorio sin mirar atrás, decidida a poner la mayor distancia posible de esa pareja, pero apenas llego al pasillo, veo a la niña.

Me acerco y paso los dedos por su mejilla, mientras rezo en silencio para que no se convierta en una nueva Chiara y que el daño que le cause su padre a su madre no le impida, algún día, entregarse a un amor verdadero.



Chiara



Capítulo 10

—Si te comes una cucharada más de ese helado, voy a vomitar — dice Giovanna en la videollamada—. *Además de tener una pinta horrible, parece demasiado dulce. Solo el nombre ya me da caries: algodón de azúcar caramelizado.*

No hago caso a lo que dice y agarro otra porción enorme de esa mezcla cremosa, de una heladería recién inaugurada en Milán.

—No pienso ahogarme en azúcar. Estoy tratando de consentirme, de compensar lo que viví hoy. Podría haber comprado zapatos o ropa, pero es muy aburrido ir de compras sin una amiga cerca.

—Chiara, ese idiota no vale la pena. Engordar por un traidor es la mayor estupidez del mundo —responde Donatella—. *¿Te acuerdas de lo que me dijiste cuando estaba saliendo con Zelon? Sufrir por un desgraciado como Braxton es desperdiciar tus preciosas lágrimas. Ni siquiera te gustaba tanto.*

—No sufro por él, sufro por mí. Hice todo mal.

—Explícate.

—No me gustaba Braxton como hombre. Me encantaba la idea de estar con él porque el hijo de puta parecía perfecto.

Veo que las dos se miran.

—Díganlo de una vez.

—*¿Qué?* —pregunta Donatella—. *¿Quieres oír lo obvio? La perfección no existe. Ya te lo dije.*

—Creo que me expresé mal. Quise decir que quería a alguien con un carácter lo más distinto posible al de nuestro padre. —Dejo el pote de helado en el suelo porque empiezo a sentir náuseas, ya que casi nunca como azúcar—. Y terminé fijándome en uno igual. ¿Cómo pude equivocarme tanto?

—*Chiara* —dice Giovanna—. *No te atrevas a culparte porque Braxton o cualquier otro desgraciado que entre en tu vida en el futuro sean como son. Si todas las personas sin carácter vinieran con una etiqueta de advertencia, nadie caería en sus mentiras. Un hombre abusivo, sea física o emocionalmente, como los traidores, rara vez muestra quién es de entrada porque si no, la "víctima" no se dejaría engañar.*

—*Tiene razón, hermana. Sabes que voy a terapia hace años para entender la relación de mamma con Dino, y por todo lo que aprendí, igual que el hombre agresivo, el infiel no muestra su verdadera personalidad al principio. Te hace sentir especial al inicio para que creas que nadie te amará como él. Cuando está seguro de que estás rendida, te humilla hasta convencerte de que no eres nada sin él. Y luego empiezan los abusos, físicos o emocionales, y las traiciones.*

—No llegué a esa etapa con Braxton. Creo que, en el fondo, mi intuición me avisó que me estaba metiendo en un lío porque cada vez que pensaba en avanzar con él, algo en mí me hacía retroceder.

—*Escuchar la intuición es importante. Ahora, viéndolo en perspectiva, piensa que pudo haber sido peor si hubieras tenido sexo con él* —argumenta Donatella.

—Sí, lo sé. En el momento en que me fui de ese hospital, debería haber olvidado que Braxton existe, pero la imagen de la expresión de su esposa no se me sale de la cabeza.

Mis dos hermanas asienten, como si entendieran lo que quiero decir, y Giovanna habla:

—*Es la cara de una mujer que sabe que la están engañando, que está segura de que su pareja no vale nada, pero al mismo tiempo tiene la esperanza de que algún día cambiará, ¿no?*

—Sí. Es como ver a *mamma* y a Greta en una versión más joven. Además, está la niña. Cuando la vi en el pasillo, mi corazón se partió en dos pensando si ambos padres se dan cuenta del daño que le están haciendo. Braxton porque es un traidor, y la mujer, cuyo nombre ni sé, porque acepta que la engañen y, de alguna forma, le muestra a la niña que hay que aceptar todo en nombre del amor.

—*Eso es la mayor estupidez que le pueden enseñar a alguien* —dice Donatella—. *El amor no acepta todo porque antes de amar al otro tienes que amarte a ti misma. El límite que pones al amor que sientes por tu pareja debería ser tu salud mental, porque una persona que acepta que la humillen hasta creer que merece golpes o agresiones verbales o físicas, me está dejando claro que necesita ayuda y quizá ni siquiera se da cuenta.*

—La hija de Braxton me hizo recordar un episodio en particular que nos involucra a las dos —le cuento a Donatella, hablando rápido de la escena que recuerdo al salir de la misa.

Ella me mira confundida.

—*No me acuerdo de eso. Tal vez te marcó más a ti que a mí. Pero tengo muchos otros episodios en la memoria, mientras crecíamos. Fueron tantas escenas de nuestra madre humillada en la calle...*

Se detiene y respira, mirando hacia arriba, y no tengo duda de que está intentando contener las lágrimas.

Greta fue sin dudas la mayor víctima de Dino, porque desde que entró en su vida, la destruyó y siguió con esa maldad durante casi cuatro décadas.

—No quería que ustedes dos se sintieran tristes.

—*No lo has hecho. Siempre puedes contar con nosotras* —dice Giovanna.

—Me gustaría que los chicos no supieran de esto. Sé bien lo sobreprotectores que pueden ser. Por más que me encantaría ver a Braxton recibir una paliza, nuestros hermanos no se detendrían ahí. Querrían destruir la carrera del desgraciado y eso podría perjudicar hasta el sustento de la niña.

—*Eres demasiado buena, Chiara* —dice Donatella.

—No lo soy. En mi mente, ya hice un muñeco vudú con ese imbécil y lo pinché entero. Por suerte para él, hay una inocente en

esta historia: la hija. No quiero cargar con la culpa de que la niña se quede sin lo material porque nuestros hermanos impidieron que el miserable ejerciera la medicina en Europa, o quién sabe, en el mundo.

Giovanna se ríe.

—*No dudo que sean capaces de eso y más.*

—Gracias por escucharme, pero creo que tengo náuseas y voy a salir a correr para que todo ese azúcar en mi cuerpo baje.

—*¿Ya te topaste con Giuliu?* —pregunta Donatella.

—Gracias a Dios, no.

—*Él todavía no se mudó. Según me dijo Santo, debería hacerlo en unos días.*

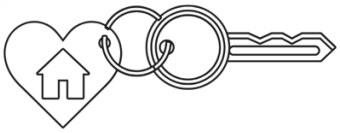
—Haré todo lo posible para no encontrarme con él.

—*La antipatía entre ustedes...*

—Ni pienses en eso, Donatella. Ahora, más que nunca, estoy fuera de querer acercarme a tipos despreciables. Besos, chicas.



Giuliu



Capítulo 11

—No voy a ir.

—*Revina va a quedar muy decepcionada* —dice el hombre que pensé que era un amigo, pero que en este momento es una gran incógnita en mi vida, por teléfono.

—No prometí que iría, Enver.

—*¿Qué puede ser más importante que celebrar el compromiso de tu amigo de la infancia?*

Pienso un momento.

¿Amigo? No estoy seguro de que todavía merezca ese título. Si las investigaciones concluyen que eres culpable de falsificar datos en el proyecto en Albania, todo entre nosotros habrá terminado.

—Me estoy mudando hoy, como sabes. Me tomará unos días dejar todo en orden.

—*Si necesitas ayuda con algo…*

—No, contraté una empresa. Solo supervisaré cuando empiecen a traer mis cosas.

—*¿Alguna novedad sobre los permisos para el complejo turístico en Albania?*

Aprieto el teléfono con rabia, porque aunque esperaba que tocara el tema, es decepcionante ver que cada una de mis sospechas se confirma.

Cuando comencé a investigar las denuncias que me hicieron, todavía guardaba algo de esperanza de que el hombre que conocí toda la vida, Enver Hoxha, no estuviera involucrado en ese lío, pero mientras más profundizamos, más probable es que esté metido hasta el cuello en esa mierda.

—Ninguna. No harán nada hasta que tengamos todos los permisos.

Intento mantener la voz neutral para que no sospeche que solo el hecho de pensar que me traicionó me dan ganas de arrancarle la cabeza.

No sé si funciona, sin embargo. Cuando conoces a alguien toda la vida, también ocurre lo contrario. Al menos, si es inocente, Enver nota mi duda porque no suelo manejar mis negocios así.

Solo pensar que la mafia albanesa esté detrás de todo esto me hace querer cerrar el proyecto de inmediato, porque si hay algo de lo que mis hermanos y yo siempre nos hemos enorgullecido es de no perjudicar a nadie cuando emprendemos un negocio nuevo, sea el área que sea.

La idea de que arruinemos el sustento de toda una región con la construcción del resort me hace querer no solo detener las obras, sino también castigar a quien intentó engañarme.

Sé, sin embargo, que Santo y mis hermanos tienen razón. No podemos poner a nuestra familia en riesgo. Nos reunimos con expertos en seguridad, más específicamente con Amos, el cuñado de Gianni Andresano, y nos explicaron cómo actúa la mafia albanesa en caso de represalias. No se trata solo de nuestra protección, sino también la de la segunda generación de Parisi Trovatos.

—*No sé por qué tardan tanto en dar los permisos* —dice Enver, reanudándome a la conversación—. *Si quieres, puedo intentar agilizar las cosas y...*

—Hazlo y haré que cancelen el contrato para siempre.

—*Ups, ¿qué bicho te picó?*

—No haremos nada ilegal para que liberen las obras. Nunca actué fuera de la ley.

—*Yo tampoco. Dime, ¿alguna vez se te cruzó por la cabeza que yo pudiera estar haciendo algo que no cumpliera con las normas de*

construcción?

—Tengo que colgar. Acabo de llegar a casa. Mándale saludos a Revina de mi parte.

No espero a que responda. Nunca he fingido en la vida, y andar con cuidado no es parte de mi personalidad.

Hasta no tener claro qué pasa, no lo condenaré, pero tampoco lo quiero cerca.

Aún sin salir del coche, miro hacia el elevador que lleva a las dos penthouses.

Sé que Chiara ya se mudó porque Santo me comentó algo, que sonó como otra advertencia para que me alejara de ella, que era lo que pensaba hacer de todos modos.

No planeo estar con ninguna mujer por mucho tiempo, pero eso no significa que me metería con alguien comprometida, sin importar lo hermosa que sea.

Pienso en la única conversación privada que tuve con ella.

Chiara no se siente atraída por ese imbécil, no importa las excusas que se dé a sí misma. Estar meses con alguien sin tener sexo debería ser una maldita señal de que no hay suficiente atracción.

Me obligo a sacarla de mi mente.

Chiara no es problema mío y mientras más lejos esté de ella, mejor. Con o sin novio, hay una cantidad infinita de mierda que podría pasar si nos involucramos.



Chiara

Corto la llamada con mis hermanas y después de tirar el resto del helado, corro al clóset y busco en unas cajas que todavía no tuve tiempo de ordenar un top y short para correr.

Me pongo las zapatillas y salgo de casa sintiéndome acelerada, como si tuviera taquicardia, y otra vez pienso que no debería haber comido tanto azúcar cuando llevo meses sin probar dulces.

Decido bajar por las escaleras, pero me doy cuenta de que cometí un error porque, de repente, el lugar comienza a dar vueltas a mi alrededor, como si estuviera borracha o drogada. Excepto que no consumí alcohol ni me he drogado en toda mi vida.

He oído que el exceso de azúcar puede causar esto, como si estuvieras "drogada", pero pensé que era un mito urbano. Ahora tengo la prueba de primera mano de que ese mito es realidad, y necesito apoyarme en la pared para no caer.

Saco el celular del bolsillo del short porque mi corazón late cada vez más rápido, como si alguien tocara un tambor dentro de mi pecho, y tengo miedo de perder el conocimiento mientras calculo cuánto tardaría una ambulancia en llegar.

Bajo despacio y estoy casi llegando al primer piso.

Toco la pantalla para completar la llamada, al mismo tiempo que escucho el ruido de una puerta (probablemente la que da al garaje) abrirse.

Un fuerte mareo me ataca otra vez y sé que necesito ayuda, pero antes de poder moverme, estoy frente a frente con la última persona que querría ver después de Braxton: Giuliu Parisi Trovato.

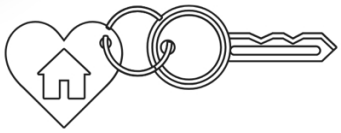
La sorpresa en su rostro es evidente, pero pronto se transforma en una sonrisa irónica.

Intento abrir la boca para decir algo ingenioso, aunque cada célula de mi cuerpo sabe que no estoy bien.

El celular se me cae de la mano y pierdo el enfoque. Al mismo tiempo, las piernas me fallan. Poco después, todo se vuelve oscuro.



Chiara



Capítulo 12

—¿Qué pasó? —pregunto al abrir los ojos.

Aún no logro enfocar bien lo que hay a mi alrededor, pero siento que estoy atrapada en un muro caliente de músculos.

—No sabía que verme te pondría tan nerviosa que te desmayarías.

—¿Giuliu?

—Sí, soy yo. ¿No me ves?

Me recuesta en algo blando, creo que en un sofá, y quiero acurrucarme y dormir, pero sé que no puedo porque me llevó a su casa.

¿Cómo lo sé? Simple. Yo todavía no tengo sofá.

—Creo que no estoy bien.

—Llamaré a un médico.

Aunque mi mente sigue confusa por el desmayo, algo se enciende en mi cerebro: Giuliu no es un amigo.

No nos agradamos y por más cómodo que sea su sofá, necesito salir de aquí.

Me esfuerzo para sentarme.

—No hace falta. Sé qué fue. No estoy acostumbrada a comer azúcar y me devoré todo un pote de helado. Me sentí un poco mareada y quería salir a correr para ver si mejoraba.

—Para alguien que está dopada de glucosa, tu razonamiento suena muy coherente.

En un instante comienzo a volver a la normalidad.

¿El engreído siciliano cree que planeé el desmayo?

Me pongo de pie con dificultad y, aunque me observa atentamente, no hace ningún movimiento para ayudarme.

Debería irme inmediatamente, pero no me muevo todavía. Mis ojos recorren el traje negro que lleva y noto, al levantar la vista hacia su cuello, que la corbata está un poco floja en el cuello de la camisa, como si la hubiera aflojado al llegar a casa.

Tardo unos segundos en encontrar su mirada porque no quiero ser grosera, después de todo, me ayudó, pero por otro lado, ese hombre tiene el poder de sacar lo peor de mí.

Cuando finalmente lo enfrento, no hay ni una sombra de risa en su rostro, como pensé que habría.

—No planeé desmayarme a tus pies. De hecho, esperaba que hubieras cambiado de opinión y hubieras vendido tu penthouse. Puedo hacerte una oferta que no podrás rechazar.

Lo veo, medio hipnotizada, quitarse el saco del traje.

—No hay oferta que me haga irme de aquí. No necesito dinero. El penthouse que diseñé fue hecho a medida para ser mi hogar.

Maldita sea, ¿por qué tenemos que sentir lo mismo respecto a nuestros apartamentos? Lo que dice va justo con lo que pensé la primera vez que vi el plano.

Hogar. El lugar, aunque es moderno, es también acogedor.

—Tengo que irme.

—¿Y las "gracias"?

—¿Qué?

—No me agradeciste por haberte salvado.

Siento que me arde la cara de la vergüenza porque tiene razón. Nada justifica ser maleducada.

Mientras decido si sigo el protocolo social o lo ignoro, siento que me recorre con la mirada.

—¿Eres diabética?

—¿Qué?

—Dijiste que te sentiste mal por el helado.

—No soy diabética ni compulsiva. Solo tuve un día horrible.

No me pregunta más porque, claro, lo único que debe interesarle a un tipo como Giuliu sobre mujeres que no son de su familia es la velocidad con la que se quitan la lencería.

—Prefiero que vengan sin lencería.

—¿Qué dijiste?

Se encoge de hombros.

—Solo repito tus palabras. Dijiste que *"lo único que debe interesarle a un tipo como yo sobre mujeres que no son de su familia es la velocidad con la que se quitan la lencería"*, así que estoy diciendo que prefiero que mis parejas vengan sin nada. —Me guiña un ojo—. Me ahorra tiempo.

Toda la sangre me sube al cerebro.

—Eres un cerdo, Giuliu Parisi Trovato. No me interesa tu vida sexual.

Sonríe, indiferente a mi enojo.

—Y tú, eres demasiado seria para ser alguien tan joven, Chiara —dice y me siento avergonzada.

Jesús, ¿estaba bromeando? ¿Qué tiene este hombre que me vuelve loca?

Tengo que salir de aquí antes de hacer alguna tontería, como lanzarle algo.

—Gracias por ayudarme —digo, sin volver a mirarlo a los ojos.

Empiezo a caminar hacia lo que supongo es el vestíbulo de entrada, asumiendo que el diseño de ambos penthouses es igual, cuando lo escucho decir:

—En realidad, me gusta desnudar a mis mujeres. Es casi como desenvolver un regalo.

Sé que me está provocando porque puedo sentir el sarcasmo en su voz. Giuliu debe pensar que soy una monja, ya que sabe que nunca tuve sexo con Braxton, con quien estuve meses.

Debería alejarme y dejar a ese idiota solo, pero no puedo.

Como si algo se hubiera apoderado de mi cuerpo, regreso y me quedo frente a él.

—Yo también creo eso. Nada es más placentero que desnudar a tu pareja pieza por pieza. Me gusta hacerlo. Pero que él me desnude

a mí, no. Prefiero mostrarme y que él se quede mirándome.

Mi valentía (o locura temporal) desaparece tan pronto como sale la última palabra de mi boca, y como una niña que acaba de hacer una travesura, intento salir corriendo.

Sin esfuerzo, Giuliu me jala de vuelta.

—Créeme, no debes jugar conmigo, Chiara.

Su mirada me quema y mi reacción a su cercanía es tan intensa que me pregunto si será otra vez el problema del azúcar. Pero en el fondo sé que no. La sensación de fiebre la provoca él.

—No sé de qué hablas. Solo dije lo que me gusta.

Lo veo respirar hondo y dilatar las fosas nasales. Giuliu baja la cabeza hacia mí y siento el calor de su cuerpo.

Es como estar encerrada en una jaula con un depredador. Sé que debo huir mientras pueda, pero la loca en mí disfruta la emoción del peligro.

Solo nos separan unos centímetros y siento frío en el estómago.

—Tienes suerte de tener novio.

—¿Por qué?

—Porque estoy loco por demostrarte lo peligroso que es para chicas como tú jugar con fuego. Ni siquiera el hecho de que casi seas de mi familia me detendría.

Sé que con solo decir que terminé mi relación con Braxton conseguiría lo que mi cuerpo imprudente quiere, pero no digo nada.

Se acerca tanto que creo que me va a besar. Juro que si muevo un milímetro la cabeza hacia arriba, sentiré sus labios en los míos.

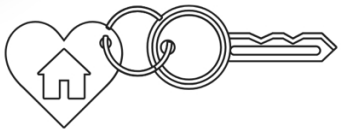
Pero pronto me suelta.

—Conmigo estás a salvo. No ando con la mujer de otro, no importa qué tan excitante sea.

Salgo de su apartamento apenas termina de hablar, no porque tema que no cumpla su palabra, sino porque no confío en mí para no decirle la verdad: que lo único que le impide poner a prueba lo que ahora sé que es una atracción física intensa es mi fobia a los hombres sinvergüenzas. Y eso sé que no lo detendría.



Chiara



Capítulo 13

Días después

Sabía, en el momento en que me levanté de la cama, que sería un día "de esos".

Mamma siempre decía que tengo una especie de sexto sentido, pero en este caso particular no necesitaba ser una genio ni tener una bola de cristal para saber que cualquier reunión que involucre a las Danville (madre de la novia y la novia, respectivamente) no podría terminar bien.

Soy cien por ciento italiana, con sangre caliente corriendo por mis venas, así que ver a dos adultas comportándose como bebés malcriadas no es precisamente mi idea de diversión.

Me esfuerzo por mantener la cara de piedra mientras ellas se quejan sin parar de todo y de nada, pero por dentro estoy hirviendo de rabia.

La reunión de hoy debería ser la última, ya que faltan solo unos meses para la boda. Después de haber rehecho toda la organización de la ceremonia y la fiesta media docena de veces a pedido de estas socialités inglesas, finalmente me dieron el "ok", solo para que anoche me llamaran diciendo que había algunos "detalles" por ajustar.

Juro por todo lo más sagrado que la mujer cree que se va a casar con el príncipe heredero de Inglaterra, porque estoy esperando el momento en que me pida que le haga un masaje en los pies.

Si el futuro esposo no fuera amigo de los Parisi Trovato y si mi cuñado Santo no los estuviera recomendando como clientes para mí, ya le habría aconsejado a la futura esposa que buscara otra empresa para la organización.

Miro a la mujer que, con la boca cerrada, parece la imagen de un hada, pero cuando empieza a hablar tiene la dulzura de un dragón furioso.

He lidiado con novias difíciles en los meses que llevo con mi negocio, y con todas, sin excepción, he logrado encontrar el equilibrio en medio del caos, pero la señorita Danville está poniendo a prueba mi cordura.

Quizás Dios la puso en mi camino para probarme.

Constance, una amiga de Lexi que casi se hizo monja, decía que nuestra misión en la Tierra es amar a quienes no son fáciles de querer, porque convivir con personas adorables es sencillo y cualquiera puede hacerlo.

Por mi parte, creo que la mejor forma de amar a algunos "seres cercanos", como las dos que están aquí frente a mí, es no mantenerme tan cerca de ellas.

Ambas abren las carpetas que siempre llevan consigo y actúan como si yo no estuviera presente, como si pudieran decidir todo sin importar si sus demandas se aceptan o no.

—No puedo casarme solo con flores rosas esparcidas por la iglesia y como decoración en el salón. —La más joven vuelve a la carga—. Además, estaba pensando si podríamos contratar un globo aerostático para mi llegada, en vez de un coche.

La miro esperando que en cualquier momento me diga que es una broma, pero lo único que veo en sus rostros es expectativa. *¡Sí, realmente creen que eso es posible!*

—Incluso podríamos hacer que los padrinos lleguen también en globos —dice la madre de la novia, y lo que pienso es que el amigo de los Parisi Trovato debería correr mientras pueda, porque está entrando en una trampa familiar.

Doy la sonrisa más falsa de mi vida mientras pienso cómo empezar a explicar el problema con esa idea "maravillosa".

—En verdad, nunca había oído hablar de una llegada tan creativa —ellas me sonríen como si de repente fuéramos mejores amigas, pero sé que cuando termine de explicar, cambiarán de opinión—, sin embargo, hay varios motivos que desafortunadamente impedirán que estos cambios se realicen. El primero es que la iglesia que elegiste, señorita Danville, está en el centro de Palermo, lo que hace imposible el aterrizaje de un globo.

Listo, ya me gané una suite con vista panorámica al cielo. Ya puedo considerarme la reina de la diplomacia, porque si dijera lo que realmente pienso sería algo así: *¿cómo puedes ser tan estúpida de pensar que un globo puede aterrizar en medio de las concurridas calles de la capital de Sicilia?*

Se miran entre ellas y luego me enfrentan.

—¿Y si…? —comienza la madre de la novia, pero le hago un gesto con la mano para que se detenga, porque mi paciencia está al límite.

Entre sus exigencias, quisieron elegir personalmente a las meseras porque, según dijeron, ninguna podía ser tan bonita como para distraer la atención de los invitados hacia la novia.

Y no solo eso. Querían aviones haciendo acrobacias en el cielo después de la ceremonia, cuando los novios salieran de la iglesia, aunque ni ella ni el futuro esposo tienen ninguna relación con la aeronáutica; y en ese momento tuve que esforzarme para no reír mientras le decía que la licencia para hacer esas acrobacias, así como la contratación de pilotos y aviones, está fuera del alcance de mi empresa.

—Por favor, déjame terminar. Como deben recordar, en nuestro contrato se estipulan seis reuniones para acordar todos los detalles de la boda. En la última, tú, señorita Danville, estuviste de acuerdo con todo y firmaste un documento en el que aceptabas que sería imposible hacer cambios después de ese punto. Aunque fuera posible que llegaras en un globo, no habría tiempo para organizarlo antes de la ceremonia. Claro que siempre está la opción de cambiar el evento a una finca, pero yo consideraría terminado el contrato actual, recibiría el pago completo y comenzaríamos de nuevo.

No entiendo cómo los padres pueden criar a sus hijos así. Crecí entre la riqueza, igual que mis hermanos, y ninguno de nosotros es malcriado ni cree que la gente tiene que arrodillarse para cumplir nuestros caprichos.

Ella hace un gesto con la mano que, para mí, significa "el dinero no es problema", y sé que debo llevar la conversación más allá de los gastos o arruinará todo mi trabajo.

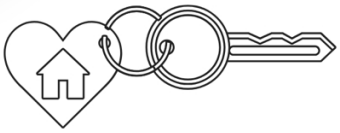
—Además, ya tengo compromisos para los próximos dos años —finjo mirar la agenda frente a mí—, así que la boda tendría que posponerse. No tengo fechas disponibles antes, lamentablemente.

Aunque es verdad que mi agenda está llena, en realidad espero que cambie de idea y busque otra organizadora. Esta mujer es una pesadilla.

—O simplemente puedo contratar a otra empresa organizadora —dice la novia.



Chiara



Capítulo 14

—Sí, por favor, haz eso.

Le sonrío con la esperanza de parecer amable, pero no digo nada.

Ahora me mira como si estuviera frente a un enemigo, saca el teléfono de su bolso y cuando empieza a hablar con alguien al otro lado de la línea, cambia por completo, convirtiéndose en la personificación de la dulzura.

—¿Por qué no? —pregunta la clienta insoportable después de decir que quiere contratar a otra empresa y probablemente escuchar un "no"—. ¡Ni siquiera tiene tanta experiencia!

Si pudiera adivinar, apostaría que habla con el novio, y lo confirmo poco después al escuchar su voz, impaciente y muy alta, como si estuviera en altavoz.

—La elegiste después de ir a la boda de Gaetano y Blakely. Dijiste que no aceptarías a otra persona y no vas a hacerme quedar mal frente a los Parisi Trovato, Andresano y Moretti. Chiara no tenía disponibilidad, pero hizo una excepción por pedido de Santo.

—Lo sé, pero ella no quiere…

—Estoy en medio de una reunión, así que hablaremos más tarde, ¡pero te advierto que no causes problemas con la cuñada de uno de mis mejores amigos, Anlei!

—Está bien. Solo fue una idea.

Cuelga y me vuelve a mirar como si fuéramos mejores amigas. Luego se gira hacia su madre.

—Dejaremos lo del globo para el primer aniversario de bodas, mamá.

Unos minutos después salen, y pienso que será un milagro si el matrimonio dura seis meses, y más aún un año.

Lo único seguro, sin embargo, es que no seré yo quien organice la fiesta si siguen juntos hasta entonces.

Regreso a la mesa, pero en cuanto me siento, suena mi celular. Me extraña cuando veo que es del consultorio de mi ginecóloga.

—¿Hola?

—Señorita Moretti, ¿cómo está? Habla la secretaria de la doctora Galli Fiore. Me pidió que la contactara porque desea verla.

Siento que la sangre se me hiela. La semana pasada tuve una consulta de rutina y varios exámenes, como siempre. La llamada solo puede significar que encontraron algo anormal en alguno.

—¿Cuándo quiere verme?

—Lo antes posible.

El miedo sube a niveles vertiginosos.

—¿Puedes decirme de qué se trata?

—Lamentablemente no. Si quiere, puedo darle una cita para hoy mismo.

—¿Hoy?

—Sí. La doctora Fiore me indicó que le dijera que cuanto antes venga, mejor.

Cierro la agenda frente a mí porque todo lo demás que debería hacer hoy puede esperar; mi gerenta sabe tanto como yo sobre la empresa. Me levanto para tomar el bolso como si tuviera plomo en los pies.

Podría llamar a mi cuñada Beatrice, pero no quiero alarmar a nadie antes de estar segura de qué se trata.

No soy ingenua y durante un tiempo quise estudiar medicina, así que sé que cuando una ginecóloga quiere hablar contigo, hay una posibilidad de que haya encontrado algo que pueda ser cáncer.

O que ya lo es.

La lucha contra esa maldita enfermedad que terminó con la vida de Greta devastó a los Andresano. No les voy a traer ese dolor ahora ni preocuparé a Ricco, Luna y *mamma* con este asunto todavía.

—No creo que vuelva hoy —le digo a mi secretaria y cuando estoy en el elevador, mi celular vibra con un mensaje.

Número desconocido: *"Necesito ir a tu apartamento. Algo fue instalado mal. La fuente del cable está en tu clóset de abrigos. Lo mandaré a arreglar pronto, pero tengo que ir hoy y hacer algo provisional".*

El que llama no necesita identificarse para que sepa quién es.

Es el insoportable siciliano.

"No recuerdo haberte dado mi número".

El teléfono suena y casi lo ignoro, pero quizás hablar con él sea una buena distracción, justo lo que necesito después de la llamada de la secretaria de la ginecóloga.

—*No seas gruñona, Chiara.*

—Buenas tardes, Giuliu. Seguro que Ginevra estaría horrorizada por tu falta de educación.

—*No quieres que sea educado, quieres que reduzca al máximo el tiempo que hablamos, y eso es justo lo que voy a hacer. Solo necesito que me des el código para poder entrar en tu casa, acceder al servidor de internet y…*

—No. Tendrás que ver porno desde otro lugar. No entrarás a mi departamento mientras yo no esté.

—*No veo porno desde los quince, cuore mio. ¿Ya te dijeron que esa manía de sacar siempre un tema de sexo cuando hablamos se está volviendo bastante obvia?*

—¿Qué?

—*Me deseas, Chiara.*

—¿Que no me guste que entres a mi departamento significa que quiero tener sexo contigo? Solo no confío en que no andes husmeando mi colección de vibradores.

—¿Tienes vibradores?

Su tono cambia y, maldita sea, eso me excita.

—Enormes. Y mi respuesta sigue siendo no. Nadie entra sin que yo esté presente.

—Michele viene a mi casa. Pasará la noche en el departamento. Veremos un partido juntos, pero sin cable no será posible.

Maldita sea, no juega limpio. Giuliu sabe que adoro a Michele.

—Te daré el código, pero controla la tentación de revisar mi ropa interior.

—No suelo coleccionar tangas de mujeres comprometidas.

—¿Sabes lo pervertido que suena eso?

—Lo que sé es que para alguien que tiene novio, te encanta este juego entre nosotros. Quizás sea hora de decirle adiós al Señor Perfecto y buscar a alguien con sangre caliente, cariño.

—¿Como tú? No, gracias.

—No como yo, Chiara. Para estar conmigo tendría que ser tu "para siempre", porque nunca te conformarías con otro tipo. Y no busco un "hasta que la muerte nos separe", princesa.

—En tu caso, la muerte nos separaría rápido, Giuliu. No aguantaría ni un mes antes de matarte.

—Ah, Chiara, qué pena que estés prohibida para mí. Debes ser una delicia en la cama con toda esa rabia contenida.

—Que poco caballero eres...

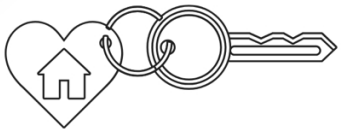
—Lo dice la dama que me acusó de querer robar sus tangas y espiar su colección de vibradores.

—Puedes entrar, pero no te acerques a mi dormitorio. El código es 768431.

—Gracias, vecina. Si necesitas un poco de azúcar… no, mejor un poco de picante en tu vida, ya sabes dónde encontrarme.



Giuliu



Capítulo 15

—*Vamos a un bar a ver el partido* —dice Michele por teléfono.

—No, Chiara me autorizó a entrar a su departamento.

—*¿Por qué me cuesta creerlo?*

—Cedió. El resultado es el mismo. No pienso quedarme mucho tiempo —digo, mientras escribo la clave para abrir la puerta principal de su casa—. Nos vemos en una hora.

Entro decidido a ir directo al clóset de abrigos, resolver lo que vine a hacer y salir.

Sin embargo, al llegar a la sala, me detengo y miro alrededor, no por curiosidad, sino porque no puedo moverme. Me sorprende el contraste con mi penthouse, que parece más una extensión de mis oficinas que un hogar.

La residencia de Chiara, aunque claramente no está completamente decorada, tal vez porque no ha desempacado todo, tiene vida propia; cada detalle muestra cuidado. Me toma un par de segundos entender un poco el alma de la hermana de Giovanna.

Por donde miro, veo facetas de su personalidad que hasta entonces desconocía. El lugar no coincide con la joven distante que cuando habla conmigo parece soltar cuchilladas.

¿O soy yo el problema para ella? Porque noté que es simpática y extrovertida con todos, y se lleva bien con mis hermanos, siendo yo

la única excepción.

Me fijo en la estantería baja a la izquierda y veo que hay marcos con fotos por todos lados. Al acercarme noto que casi todos son con sus hermanos o sobrinos y solo uno con Carina, su madre.

Una foto en particular me llama la atención: está en la casa de Santo, en Sicilia, sentada en el pasto, y todos los sobrinos la "asfixian" en un abrazo grupal.

Su sonrisa de pura felicidad es algo que quizás nunca pueda olvidar, porque parece completamente realizada rodeada de niños.

Carajo, es hermosa.

No es solo belleza clásica. Hay algo más en Chiara que hace que sus ojos, boca y sonrisa, incluso la irónica, la vuelvan deslumbrante.

La belleza por sí sola no me atrae más que para una o dos miradas rápidas. Siempre busco algo distinto en una mujer que me llama la atención, y cada vez es más difícil porque las que conozco parecen salidas de una línea de producción.

Es como si hubieran sido entrenadas para hablar y pensar igual. Puedo predecir sin error cómo será una noche con cualquiera que me guste.

No hay sorpresas ni nada inesperado.

La única excepción en mucho tiempo (quizás siempre) es mi vecina atrevida.

Chiara es una mezcla intrigante de niña y mujer. Por un lado parece muy segura, como cuando habló de que yo no tocase su colección de vibradores (¿será verdad que tiene una?), pero por otro hay vulnerabilidad en ella.

Oculta, disfrazada, pero estoy seguro de que no siempre la esconde. Aquí, dentro de su departamento, no puede ocultar que en el fondo es una romántica. El tipo exacto de mujer que no busco.

Nunca tuve mucha fe en el amor de pareja, considerando lo que hizo mi padre con *mamma*.

Como concepto es bonito, y tal vez el amor entre amigos y hermanos sea sincero, pero en cuanto a relaciones de a dos, tengo dudas.

Nunca me vi en una posición en la que quisiera seguir adelante con alguien porque pronto me aburro, pero no puedo negar que mis

hermanos, los Andresano y Ricco, el hermano de mi vecina, encontraron su "para siempre" y parecen felices.

¿Es eso lo que quiere ella?

Recuerdo cuando Giovanna comentó que su hermana probó varias profesiones, pero solo al abrir una empresa de organización de bodas parece que encontró la carrera que le gusta.

No necesito ser psicólogo para adivinar que alguien que trabaja organizando el día soñado de una pareja tiene muchas probabilidades de desear un amor para sí misma.

¿Chiara busca un "para siempre" a pesar de todo lo que vio con su padre mientras crecía?

No tengo duda de que el entorno en el que fue criada influyó mucho en quién es hoy. No soy particularmente sensible y aún así, después de lo que vivimos en mi familia, me volví cínico respecto a relaciones y amores eternos.

Quizás la situación familiar de ella la marcó más de lo que cualquiera imagina.

¿Por eso acepta salir con un idiota en vez de buscar a alguien con quien sea realmente compatible? ¿Necesita no gustarle ni sentir deseo para sentirse segura de no terminar como su madre o Greta, la fallecida madre de sus medios hermanos, usadas y maltratadas por un canalla?

No es asunto tuyo, me dice la razón, y me obligo a dejar la foto en su lugar y seguir adelante.

Unos diez minutos después, tengo todo resuelto, pero antes de salir le mando un mensaje.

"Tu colección de vibradores es interesante, pero creo que fuiste modesta con el tamaño. Quizás necesitas un modelo real, por encima del promedio, para inspirarte. Sabes dónde encontrarme si necesitas ayuda, princesa. No agarré ni una tanga. Prefiero las de encaje. Si quieres salir de compras, puedo guiarte".

Fue un acto calculado para mantener viva su rabia conmigo. Chiara es obviamente inexperta, pero yo no, y sé que esta atracción

entre nosotros es del tipo que podría hacer que el planeta cambie su propio eje.

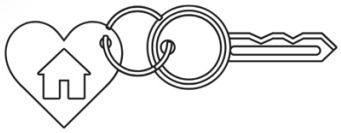
Si no fuera quien es, estaría más que dispuesto a tenerla en mi cama apenas la convenciera de dejar al idiota, pero no soy tan imbécil. Aunque creo que comete un error al salir con alguien a quien creo que siente como a un hermano, él no representa peligro para el corazón de Chiara; yo sí.

Cierro la puerta de su departamento diciéndome a mí mismo que no volveré.

Es prohibida porque es familia. Y a la familia se la protege, no se la lastima.



Chiara



Capítulo 16

Salgo del consultorio sintiéndome abrumada, con el corazón aún acelerado por el miedo y las piernas temblorosas.

Hice todo lo posible por mantener la calma durante la explicación de la médica y la posterior biopsia. Al fin y al cabo, crecí (igual que mis hermanos) teniendo que fingir que nada de lo que vivíamos, como el hecho de que mi padre tuviera dos familias paralelas, me afectaba.

Representar un papel debería ser lo que mejor sabemos hacer los hijos de Dino, pero al llegar al ascensor y ver mi reflejo, recuerdo lo que dijo mi hermana: que mi rostro viene con subtítulos.

Estoy hecha mierda.

En el momento en que me encontré cara a cara con la médica, supe que lo que iba a decirme me asustaría, y no tardé en confirmarlo.

Me explicó, con la calma irritante de los profesionales de la salud, que había encontrado un pequeño nódulo en mi seno izquierdo durante el examen de imagen que me hicieron.

Apenas pronunció la palabra "nódulo", pensé en Greta y se me heló la sangre.

Dijo que era diminuto y que, como me hago controles regularmente y en el último no había nada, quería realizar la biopsia

solo por precaución.

Explicó que el procedimiento consistía en tomar una pequeña muestra del tejido para un análisis patológico, una medida necesaria para descartar sospechas de malignidad.

Malignidad.

Mientras intentaba escuchar y entender sus explicaciones técnicas, esa palabra me taladraba el cerebro, como una daga fuera de control.

Ya no soy la chica espontánea que fui alguna vez, cuando todavía era adolescente y creía, como una tonta, que la vida era puro corazones y arcoíris. Maduré, sobre todo después de acercarme a mis hermanos por parte de padre y ver la devastación que Dino causó en sus vidas. Así que ahora tengo dominio sobre mí.

Como la adulta que soy, escuché todo lo que dijo la médica y luego me mantuve serena durante el examen, pero ahora que estoy sola en el coche, ya estacionada en la cochera de casa, empiezo a hiperventilar.

Todavía agarrada al volante, una película empieza a proyectarse en mi cabeza. Es como ver la vida que construí desde mi infancia, escena por escena, desarrollarse ante mis ojos.

Navidades, cumpleaños, las inseguridades de la adolescencia, las mentiras que nos decía mi padre y, después, cómo ya ni siquiera se molestaba en ocultar la verdad.

Y finalmente, cuando pude llamar hermanos a mis medio hermanos. Cómo la rabia se fue diluyendo hasta transformarse en un amor fuerte, leal e intenso, aunque no planificado.

Pienso en todo, pero después pienso en mí.

En lo que viví y en lo que, a pesar de todas las apuestas en contra, soñé.

Es en ese punto que la película de mi vida se convierte en fotografías sueltas. Una caja de imágenes que vengo postergando ordenar.

Es hora de mirarlas y poner en secuencia lo que quiero para el futuro, más allá de mi vida profesional.

Quiero vivir.

Y ahora que el miedo me alcanzó de una forma que solo las situaciones límites consiguen hacerlo, ahora que por primera vez me veo obligada a enfrentar mi propia mortalidad, aquello que venía evitando pensar, la verdadera razón por la que permití que Braxton se me acercara aun sin sentir nada por él, me invade con la fuerza de una tormenta: mi deseo de ser madre.

—Por favor, Dios, dame esa oportunidad.

Si el resultado de la biopsia es negativo para un tumor maligno, me juro que no volveré a posponer ningún plan. Viviré con intensidad, porque el mañana podría no llegar jamás.

Todo el mundo habla sobre la fragilidad de la vida, pero, paradójicamente, creemos que somos inmortales.

Ya no quiero seguir esperando. Tendré al hijo con el que tanto he soñado y voy a ser la mejor madre del mundo para él. Sin embargo, después de la experiencia con Braxton, planeo hacerlo a mi manera: será fruto de una producción independiente.

Nadie puede garantizar que el padre de mi bebé no será como el mío, o incluso peor.

Camino hacia el ascensor, un poco más tranquila por haber puesto orden en el caos que tenía dentro.

Entonces recuerdo que apagué el celular al entrar a la consulta y, mientras espero a que llegue el ascensor, decido encender el aparato. Apenas se ilumina la pantalla, veo un mensaje del contacto que tengo guardado como BS, un código para *"bastardo siciliano".*

BS: *"Tu colección de vibradores es interesante, pero creo que fuiste modesta con el tamaño. Quizás necesitas un modelo real, por encima del promedio, para inspirarte. Sabes dónde encontrarme si necesitas ayuda, princesa. No agarré ni una tanga. Prefiero las de encaje. Si quieres salir de compras, puedo guiarte".*

¡Dios mío! ¡Es tan imbécil, tan engreído, tan descarado! Entonces ¿por qué no consigo odiarlo?

En lugar de eso, me estoy riendo como una idiota. Como por arte de magia, la opresión en el pecho se me pasa.

La puerta del ascensor se abre y salgo sin mirar a dónde voy, hasta que dos brazos fuertes me detienen.

Inmediatamente, sin siquiera mirarlo, sé a quién pertenecen. O al menos mi piel lo sabe, porque donde él me toca, me arde.

—Suéltame.

—Fuiste tú quien fingió no verme.

—Esto nunca va a funcionar. —Finalmente lo miro y me doy cuenta enseguida de que fue un error, porque Giuliu está hermoso con una camiseta blanca que marca su pecho musculoso y el cabello todavía mojado de la ducha. Nunca creí que me gustarían los tipos con barba, pero la verdad es que me gusta todo en él.

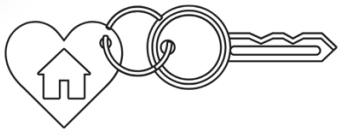
Su belleza me afecta tanto que bajo la mirada, tratando de disimular. No sirve de mucho, porque noto que está descalzo y tiene unos pies enormes. El jean también le marca los muslos como si se lo hubieran cosido encima.

—¿Qué es lo que no va a funcionar, princesa?

—Ser vecinos. Soy demasiado joven para ir presa por asesinato.



Chiara



Capítulo 17

Me mira con esa media sonrisa que es pura ironía, luego se forma una "v" entre sus cejas y, antes de que tenga idea de lo que pretende hacer, estira la mano hacia mí y, con el pulgar, toca la piel debajo de mi ojo.

—¿Quién te hizo llorar?

—¿Qué?

Al principio me confunde, porque no logro hacer que mis neuronas funcionen de inmediato cuando su dedo, naturalmente caliente, toca mi rostro.

—Lloraste. Tienes la piel muy clara y puedo ver que está irritada debajo de los ojos. Ya vi llorar muchas veces a mi madre como para ignorar las señales. Solo dime a quién tengo que matar.

Doy un pequeño paso hacia atrás porque la tentación de tomar en serio sus palabras es demasiado grande. Aunque Giuliu sea un descarado, hay un rasgo común entre todos los Parisi Trovato. Igual que mis hermanos, son extremadamente protectores.

—Es tu imaginación.

—Jamás vas a poder mentirme, Chiara. Cuéntame qué pasó.

—¿No tenías algo que ver? Si mal no recuerdo, dijiste que Michele venía a tu casa.

—Eres muy tierna con ese intento patético de cambiar de tema. Mi hermano ya llegó. Programé mi celular para que se activara cuando alguien entrara al ascensor que sube a la terraza. Como no estoy esperando a nadie más, solo podías ser tú.

—Podría haber estado con Braxton. —Sigo resistiéndome a ceder porque, por más ridículo que sea, mi corazón se acelera solo por verlo preocupado por mí.

¿Qué tan estúpido es eso? Giuliu solo está representando al macho alfa protector que lo criaron para ser.

—¿Viene él?

—Terminamos —respondo, sin más, porque no voy a explicar bajo ningún motivo que mi ex era exactamente el tipo de imbécil del que he huido toda mi vida.

Espero que haga alguna broma, pero en lugar de eso, su expresión se endurece.

—Solo quería agradecerte por haberme dejado entrar a tu departamento.

Intento no decepcionarme tanto. Giuliu claramente me está despidiendo. ¿Y por qué no lo haría? No somos capaces de pasar cinco minutos juntos sin discutir.

El problema es que no quiero estar sola hoy. Todavía estoy muy asustada con el examen médico y, sobre todo, con el resultado que saldrá en breve.

Sin embargo, prefiero perder un brazo antes que admitir debilidad frente al siciliano arrogante.

—El partido está por empezar y… —Michele aparece detrás de Giuliu, pero en cuanto me ve, se detiene, pasa junto a su hermano y me da un beso en la mejilla—. *Ciao, bella*. Qué bueno que llegaste. No tenía ganas de ver el partido con un hombre feo. ¿Hay alguna chance de que nos hagas compañía?

Me muero de ganas, no porque me guste el fútbol, sino porque al menos me distraería del resultado del examen.

—No entiendo nada de fútbol —digo, ignorando el hecho de que, aunque Giuliu me está mirando fijamente, no parece contento con la invitación de su hermano—. Así que mejor los dejo solos.

Michele me mira y luego a su hermano, como si intuyera algo, pero no dice nada. Claramente espera que Giuliu reitere la invitación.

Tan avergonzada como se puede estar, ya no soy capaz de mirar a ninguno de los dos y decido ponerle fin a la escena patética que estoy dando.

—Estoy segura de que no quieren mi compañía. Hablo sin parar y soy curiosa. Voy a interrumpirlos cada cinco segundos para pedirles que me expliquen las jugadas.

Aliviada por haber recuperado un poco de dignidad, los esquivo con la intención de dirigirme a la otra puerta, la que lleva a mi departamento, ya que en este edificio solo están nuestros dos penthouses.

—Ven a ver el partido con nosotros. —Escucho la voz de Giuliu y mi mano se congela sobre el panel del código.

Antes habría respondido con alguna grosería y habría seguido de largo, pero estoy demasiado ansiosa para proteger mi orgullo.

—¿Estás seguro? —Me doy vuelta para mirarlo, justo cuando Michele me guiña un ojo y entra en el departamento con un "nos vemos en un ratito".

—Sí. No saber de fútbol no es un gran problema.

La soledad es una mierda por sí sola. Pero la soledad combinada con la ansiedad, que es mi caso, ya que sé que difícilmente podré dormir esta noche, me hace actuar de forma imprudente.

—¿Puedo llevar algo?

—¿Tienes dulces en tu casa?

—Justo tengo, de casualidad.

—¿Helado? —me provoca, con la expresión tensa relajándose un poco.

—Estoy dejando esas drogas pesadas por ahora. Pensaba en una tarta helada que preparé.

—No hace falta decir nada más. Solo tráela.

Reprimo una sonrisa. Al parecer, aquí somos golosos. Pero entonces recuerdo que no estoy charlando casualmente con un amigo, y que solo voy a su casa porque Michele, en cierto modo, lo obligó a invitarme.

—No tienes que dejarme ir solo por cortesía. No parecías muy feliz cuando tu hermano me hizo la invitación.

Durante varios segundos, me observa sin decir nada. O mejor dicho, su boca no dice nada, porque la forma en que Giuliu me mira hace que me tiemblen las piernas.

—Eres bastante más joven que yo, pero no eres una niña, Chiara. Sabes que buena parte de esta guerra entre nosotros es puro deseo. Y ahora, la última barrera que me impedía acercarme a ti ya no existe.

Dios mío... qué arrogante es.

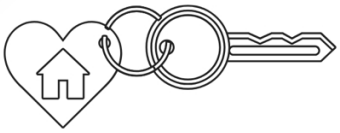
—El hecho de que haya terminado con Braxton no significa que tengas el camino libre. No me interesa lo que tienes para ofrecer.

—Perfecto. Mantén eso en mente porque no tengo nada para ofrecerte. Tienes media hora para prepararte antes de que empiece el partido.

Después de eso, me da la espalda y regresa a su departamento sin decir una palabra más.



Giuliu



Capítulo 18

—¿Cuál es tu problema con ella?

Michele está tirado en uno de los sillones de mi sala de televisión, pero aunque la pantalla de ciento sesenta y cuatro pulgadas que compré hace unos días está encendida, ninguno de los dos presta atención a las entrevistas previas al partido que están pasando en ese momento.

—No tengo idea de qué estás hablando.

—No puedes mentirme, hermano. De todos los defectos que tienes, la mala educación no es uno de ellos, y aun así no te molestaste en ocultarle a Chiara que no era bienvenida.

—Ya que me conoces tan bien, deberías entender la razón por la cual no quiero a Chiara aquí.

Tarda un poco, simplemente me mira antes de sacudir la cabeza.

—No puedes acostarte con ella.

—No tengo la intención de llevarla a la cama.

—Pero quieres.

—¿Qué esperas que te diga, Michele? ¡Chiara es hermosa y tengo sangre caliente corriendo por las venas!

—No vengas con eso, Giuliu. Hemos estado rodeados de cientos de mujeres hermosas a lo largo de la vida y jamás dimos un paso

hacia ellas si tenían la más mínima conexión con la familia, precisamente porque sabíamos el desastre que sería cuando todo terminara. La tensión entre ustedes dos, cualquiera puede notarla.

—Que ambos estemos excitados no significa que vaya a pasar algo.

—Tenlo claro. Ni siquiera puedo empezar a enumerar el desastre que sería si llegaras a lastimar a Chiara. A menos que tengas la intención de casarte con ella, como Lucca hizo con Berlín, mantente alejado. —Hace una pausa y sonríe, el muy idiota—. Bueno, en tu caso será un poco difícil, considerando que son vecinos.

—No tiene gracia.

—Desde mi punto de vista, sí. Puedes tener a la mujer que quieras, menos a la que más deseas en este momento.

—Ni siquiera la voy a ver. Este será mi domicilio principal, pero no planeo dejar de viajar, así que las posibilidades de encontrarnos serán mínimas. Y si no la hubieras invitado hoy, el problema estaría resuelto.

—Podías haber dicho que no.

Reclino la cabeza contra el sofá y cierro los ojos.

Sí, podría haberlo hecho, pero algo en su rostro me mostró que no quería quedarse sola. Estoy seguro de que lloró hoy, más temprano. No me considero una persona sensible, pero, de una manera que no logro entender, no quiero que vuelva a llorar, por el motivo que sea.

¿Por el imbécil con el que terminó? ¿Él la dejó?

Espero que no le haya hecho daño o le arrancaré la cabeza al hijo de puta.

—No pude decir que no, aunque sabía que era lo correcto —respondo finalmente.



Chiara

Decido meter todo mi miedo debajo de la alfombra, igual que mi madre hacía con toda la porquería relacionada con Dino durante su matrimonio.

También me niego a pensar que ir al apartamento de Giuliu es como entrar en la guarida del lobo, porque sé que hay una fuerte atracción física entre nosotros.

No puedo seguir recordando que el resultado del examen saldrá en poco tiempo o me volveré loca, así que me doy una ducha rápida, me pongo un short y una camiseta, me hago una coleta en el cabello y me preparo para salir. Pero antes de alcanzar la puerta del cuarto, suena mi celular con la llegada de un mensaje.

Romy: *Hola. ¿Algún problema si voy a visitarte a Milán en unos meses? Puedo ayudarte a desempacar unas cajas.*

Me resulta extraña la propuesta porque no es típico de Romy ofrecerse para venir a Italia. Desde que se fue, nunca más insinuó querer volver de forma definitiva, salvo en una o dos ocasiones especiales.

Romy Bernard fue enfermera de la abuela de Lexi, la cuñada de Giuliu. Es una pelirroja divertida y graciosa por fuera, pero hay algo medio apagado en sus ojos que siempre me hizo pensar que guarda muchos secretos.

Aunque tiene una edad parecida a la mía, incluso cuando se mudó a la casa de Ginevra, la matriarca de los Parisi Trovato que asumió la responsabilidad de cuidar a doña Leonitina, Romy no salía de casa ni hacía nada que una chica de nuestra edad quisiera hacer.

Creo que un corazón triste reconoce a otro, y por eso nuestra amistad fue casi instantánea desde el momento en que nos conocimos.

De hecho, creo que hoy en día, Romy está mucho más cerca de mí que de Lexi, que fue quien nos presentó.

No tienes que inventar excusas para venir a verme. Solo dime si todo está bien.
¿Necesitas algo?

Aunque no habla mucho sobre su pasado, sé que Romy viene de una familia humilde. Me contó que su madre la obligaba a participar en concursos de belleza, aunque desde pequeña siempre soñó con dedicarse a la medicina.

No sé cómo hizo para liberarse de eso porque nunca quiso entrar en detalles, pero me alegra que haya logrado seguir la carrera que deseaba.

Romy: *No necesito nada que el dinero pueda comprar. Solo te extrañé.*

Puedes venir cuando quieras. ¿Cuándo piensas llegar?

Ya tengo la tarta en la mano y estoy por llegar a la puerta de la casa de Giuliu.

Romy: *Tal vez en los próximos meses.*

Esta vez, le respondo con un mensaje de voz porque no puedo escribir mientras sostengo el pastel frío.

¿Quieres que te llame?

Romy: *No. Solo estoy un poco melancólica. Hablaremos con calma después.*

Entiendo que está cerrando una puerta con lo que acaba de decir. Aprendí a conocerla. Por fuera parece loca y sonriente, tal vez una sombra de lo que fue algún día. Por dentro, sospecho que Romy esconde algún secreto.

Estaré aquí en cualquier momento.

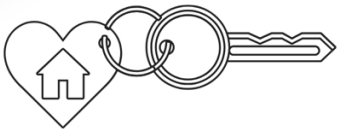
Alargo el brazo para tocar el timbre, pero me detengo a mitad del movimiento porque la puerta se abre y el hombre, que no debería tener derecho a ser tan guapo, aparece frente a mí.

—Llegas tarde.

—En realidad, estoy medio minuto adelantada. Y, hablando en serio, deberías buscar ayuda para esa manía de espiarme por las cámaras. Cuidado no te obsesiones conmigo, Giuliu. No quiero romperte el corazón, pero ya te adelanto que no tienes la menor oportunidad conmigo.



Chiara



Capítulo 19

Su cuerpo se mueve con una velocidad que nunca habría creído posible en alguien de su altura, y su rostro se detiene a centímetros del mío.

—No juegues conmigo, Chiara. Estoy loco por besarte esa boca.

Después de lo que viví hoy, merecía lanzarme a algo completamente insano, como besar al siciliano guapo, por ejemplo. El problema es que no estamos en una discoteca, donde después podría simplemente irme.

Giuliu no es solo "casi" familia. También es mi vecino.

—Te mordería si lo intentaras.

—Maldita sea, puedes ser provocadora incluso sin proponértelo, ¿no?

—No entendí.

—¿Tú crees que amenazar con morderme me haría retroceder?

Trago saliva con el corazón desbocado por lo que acaba de decir, mientras algunas imágenes de nosotros dos desnudos en la cama invaden mi mente.

—¿Ni siquiera si te doliera?

Me horroriza lo que acabo de preguntar y siento que el rostro me arde de vergüenza.

—Chiara…

—Ey, ustedes dos, el partido es aquí adentro. —Michele interrumpe otra vez, y le agradezco a Dios por eso, porque está claro que hoy no estoy pensando con claridad. Creo que dos encuentros con Giuliu en un solo día es más de lo que mi cerebro puede soportar.

Paso junto a él a la velocidad de la luz y voy directo a entregarle el postre al hermano de Giuliu, que está a solo unos pasos detrás.

Horas después, con la luz de la sala apagada y el partido en marcha, consigo sentirme un poco más tranquila, aunque no tengo el valor de mirar hacia Giuliu.

Ajeno a la tensión entre nosotros, Michele come palomitas de maíz y, de vez en cuando, me hace preguntas sobre por qué decidí venir a vivir tan lejos de mi familia.

No estoy tan lejos, pero creo que, para los estándares sicilianos, vivir en una ciudad más al norte, cuando toda mi familia está en Florencia, debe equivaler a haberme mudado a otro planeta.

Hay algo muy común en todos los Parisi Trovato del sexo masculino: no importa si tienen un año o cien, quieren a sus mujeres al alcance de la vista.

—Me gusta ese jugador —hago mi primer comentario espontáneo cuando un tipo con un pantalón ajustado, que le marca el culo a la perfección, celebra un "touchdown", que aprendí con ellos que es un término del fútbol americano para describir una jugada que suma el puntaje máximo. Es el equivalente al gol en el fútbol, que los estadounidenses llaman "soccer" y que tanto se ama en mi país.

Se marca cuando el balón cruza la zona de anotación del equipo contrario o cuando un jugador lo recibe dentro de esa misma zona a través de un pase.

Michele explicó que él y Giuliu se fascinaron con ese deporte cuando estudiaron algunos años en Estados Unidos.

—Niña, si tus hermanos te escuchan decir eso, te mandarán a un convento —dice Michele.

—¿Qué dije de malo? ¡Tiene un culo precioso! Y sobre el convento, hubo una razón por la que no me quedé en Florencia: estaría demasiado cerca de cuatro ogros.

—Ya eres adulta. No necesitas esconderte —habla Giuliu por primera vez, aunque sé que me ha estado observando más a mí que al partido. Sentí su cabeza girada hacia mi dirección.

—No me gustan los conflictos innecesarios. —Me levanto porque en la pantalla ya apareció la mesa redonda donde los comentaristas analizan el juego.

Es embarazoso lo bien que me sentí entre ellos dos.

¿O sería más acertado decir *"es embarazoso lo bien que me sentí cerca de Giuliu"*?

Hay algo en ese hombre que me hace sentir que, aunque estallara una guerra nuclear, a su lado estaría a salvo.

Sé que, si estuviera en casa, el miedo por el resultado del examen que sale mañana no me permitiría relajarme.

—No te vayas todavía. Hiciste que el partido fuera mucho mejor, si no, me tocaría ver la cara fea de mi hermano.

Las luces aún están apagadas, así que me permito, por primera vez, observar al maldito arrogante.

Siento que mi cuerpo se tambalea por la intensidad con la que me mira.

¿Cómo es posible que, incluso en la oscuridad, pueda notarlo?

—Tengo que despertarme temprano mañana —me obligo a decir, y veo que los dos hacen intención de levantarse también, pero como ya se está volviendo un hábito cuando estoy cerca de Giuliu, salgo corriendo y me despido de espaldas con un "chau".

Apenas llego a casa, noto que empezó a llover fuerte. Camino hasta la puerta que da al exterior de la azotea y, sin pensar en lo que estoy haciendo, la abro y salgo a la lluvia.

Inmediatamente quedo empapada, pero también me siento viva. No intento protegerme, camino hasta la baranda y dejo que el aguacero me cubra por completo.

La lluvia cae tan fuerte que parece que me clavaran agujas por todo el cuerpo, pero al menos ese dolor no me deja pensar que, con menos de veinticinco años, tal vez mi vida se detenga por una enfermedad silenciosa y mortal.

Yo creía que tenía tiempo, años por delante. Pero ¿y si no los tengo?

Miro hacia arriba y mis lágrimas se mezclan con la lluvia. Aquí puedo llorar sin que nadie lo note. Sin que me pregunten por qué.

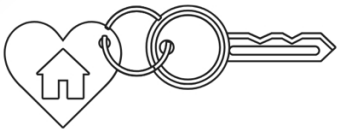
Me siento triste, pero también libre.

¿O será que en realidad me siento sola?

Giro sobre mí misma, recibiendo el agua por todo el cuerpo y, quizás, hasta dentro de mí. Quiero lavar el miedo y escuchar que alguien me diga que todo va a estar bien, aunque sea mentira.



Giuliu



Capítulo 20

Michele se fue al cuarto apenas Chiara salió, pero yo no me moví del lugar. La tensión sigue aferrada a cada parte de mí, desde el momento en que ella llegó.

No quiero que empiece a jugar conmigo, porque sé perfectamente dónde va a terminar eso.

Yo, con mi deseo satisfecho. Ella, con el corazón hecho pedazos.

Una tormenta empezó a desatarse en cuanto Chiara se fue, y durante unos segundos escuché el sonido de la lluvia golpeando la puerta que da al área exterior, hasta que tuve la sensación de que alguien abrió la puerta que da a la terraza de su departamento.

Primero pensé que estaba alucinando, pero salí de todos modos. Solo una pared de vidrio separa los dos departamentos por fuera, y fue entonces cuando la vi, con el rostro hacia el cielo y los brazos rodeándose a sí misma.

¿Qué demonios le pasa? ¿Está tratando de matarse por culpa del imbécil del médico? ¿La lastimó tanto?

Nunca vi a nadie tan triste en mi vida.

No pienso. Actúo. Me dirijo a su departamento.

Sé que en teoría no debería marcar el código que ella me dio en confianza, solo para ayudarme con el problema de la televisión por

cable, pero preferiría estar muerto antes que permitir que Chiara se enferme por culpa de un miserable que ni siquiera la excitaba.

Abro la puerta y en pocos pasos la alcanzo, pero algo me detiene y me quedo mirándola.

Parece una mujer completamente distinta a la que se muestra en público.

Lo que siempre me llamó la atención de Chiara fue su contraste con la madre. Al igual que Greta en su momento, Carina deja ver en el rostro y en sus escasas sonrisas que, aunque superó al imbécil de su ex marido, él le dejó cicatrices profundas.

Chiara, al menos frente a la familia, es lo opuesto. Ella parece liviana y sonriente.

No hay alegría en la mujer que tengo frente a mí ahora. Solo veo fragilidad y soledad.

—Chiara —la llamo cuando estoy lo suficientemente cerca como para tocarla apenas estirando el brazo, pero aun así no reacciona.

Tal vez no me oyó por el sonido de la lluvia, o tal vez simplemente decidió ignorarme.

—Tienes que salir de la lluvia. —Nada todavía. Y yo no soy de los que se quedan esperando a que algo pase. Cuando pasa casi un minuto y ella sigue sin moverse, la jalo hacia mis brazos—. No vale la pena. Tú eres mucho más que el imbécil que te rompió el corazón. Ya se te va a pasar.



Chiara

Lo escuché llamarme desde la primera vez, pero no me di la vuelta porque no quería que nadie me viera en un momento de tanta fragilidad, y sobre todo, no quería que Giuliu se acercara cuando he pasado la vida entera escondiendo tan bien lo rota que estoy por dentro.

Tal vez debería decirle que no es mi corazón lo que está roto, es mi espíritu y mi fuerza los que están al límite, porque tengo un miedo atroz de no llegar a vivir todo lo que tenía planeado. Pero no hago nada de eso, solo me dejo envolver por los brazos del protector más improbable que jamás imaginé.

—Ningún hombre vale una pulmonía —dice, con ese estilo de ogro-príncipe que empieza a gustarme.

—Eres pésimo consolando.

Se aleja solo lo justo para mirarme a los ojos y sostiene mi mentón.

—No voy a dejar que te enfermes por culpa de un imbécil que ni siquiera te excita.

Dile la verdad. Desahógate con él y cuéntale por qué estás asustada.

Abro la boca, pero no logro decir nada, y sé por qué: no quiero que Giuliu sienta lástima por mí.

Tal vez no me quede tanto tiempo como pensaba, y aunque sé que no va a pasar nada entre nosotros (porque jamás voy a enamorarme de un idiota), me gusta cómo no oculta que me desea.

El miedo por el resultado del examen, combinado con el hecho de que incluso bajo la lluvia su cuerpo está tan caliente como una fogata (y me siento protegida en su abrazo), me vuelve imprudente. Entierro el rostro en su pecho.

Por un momento, es como estar contra una pared de concreto, no solo porque está lleno de músculos, sino porque Giuliu se queda completamente paralizado. La mano que se movía sobre mi espalda se detiene casi encima de mi culo, y dejo de respirar.

No me doy cuenta de lo que estoy haciendo hasta que siento mis dedos enredarse en su cabello empapado, y cuando eso sucede, no puedo controlarme.

El cabello de Giuliu es grueso y abundante, corto, pero no tanto como suelen llevarlo los hombres, y me encanta sentir los mechones entre los dedos. Soy mucho más baja que él, así que tengo que ponerme en puntas de pie para intentar tocarlo mejor, y cuando lo hago, el brazo que rodea mi cintura me atrae con fuerza contra él.

Tengo los ojos cerrados porque si los abro, me voy a obligar a detenerme. La conciencia va a atacarme y a decirme que desear ser besada por él está mal.

No quiero pensar con la cabeza. Quiero que mi corazón siga latiendo con esta locura que nunca antes sentí.

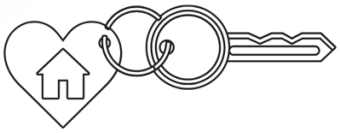
Escucho su respiración.

—No quieres besarme, estás herida porque ese imbécil te lastimó, pero…

—Quiero saber cómo se siente que tú me beses. Tal vez no vuelva a pasar, porque eres justo el tipo de hombre del que siempre me mantuve alejada, pero no quiero pensar en el después. No tengo el corazón roto, Giuliu. Mi corazón está sediento de ganas de vivir.



Chiara



Capítulo 21

Yo sé lo que va a pasar y podría detenerlo, pero no quiero.

Una sola vez, en la adolescencia, me permití interesarme por alguien que yo elegí, y no por un tipo que encajara en lo que empecé a considerar como el molde del novio ideal.

En ese entonces, la atracción imprudente resultó ser el mayor error de mi vida.

Desde entonces, dejé de escuchar lo que mi cuerpo pedía y empecé a razonar sobre quién podía interesarme sin representar un riesgo para mi corazón.

Pero al menos esta noche estoy dejando esas reglas encerradas en un cajón.

La lluvia parece caer con más fuerza ahora. O tal vez sea el ritmo acelerado con el que late mi corazón el que amplifica todo, haciéndome sentir excitada.

Giuliu ha sido el único hombre, hasta ahora, capaz de hacer hervir mi sangre, y aunque sé que no pasará de un beso, no quiero alejarlo.

Por un momento fugaz, nuestras miradas se encuentran, y es casi como mirar a alguien a través de un vidrio, de tan fuerte que cae la lluvia sobre nosotros. Contradictoriamente, no tengo frío. Giuliu es calor y refugio.

No hacen falta palabras porque los dos queremos lo mismo, y cuando sus ojos bajan a mi boca, siento que todo mi cuerpo tiembla.

En este instante, nada podría alejarme de sus brazos, porque necesito este beso tanto como el aire en mis pulmones.

Giuliu me atrae aún más hacia él y la sensación es como si mi cuerpo estuviera entre barras de hierro.

Es emocionante ser el objeto de su deseo. Es como bailar al borde de un precipicio sin ninguna protección. El riesgo de caer es lo que hace que todo se sienta tan intenso.

Una diminuta parte de mí todavía lucha contra esta necesidad absurda, porque sé que Giuliu no es el hombre adecuado para mí, pero esa parte racional no está al mando de mi cuerpo ni de mi mente ahora.

Ser suya, aunque solo sea por un momento, da miedo, pero también despierta mi cuerpo como si lo recorrieran corrientes eléctricas.

Él me toma por la nuca, con la mano enorme agarrando con fuerza mi cuello y mi cabello, los dedos deslizándose entre los mechones, y cuando se inclina hacia mí, con su boca finalmente sobre la mía, un suspiro se escapa de mis labios.

Su beso no se parece a ninguno que haya recibido antes.

Él no lo duda, lo toma todo.

No deja lugar a dudas sobre cuánta hambre tiene de mí.

El sabor de sus labios es mucho mejor de lo que imaginé. Es como si me hubieran enchufado a una corriente mucho más potente de la que puedo soportar, y en un instante, el mundo desaparece a nuestro alrededor.

Su boca devora la mía y cada movimiento de su lengua me hace gemir, así que aprieto aún más nuestros cuerpos.

No quiero que se detenga. No me importa que este deseo sea irracional y peligroso. Ahora que empezó, necesito mucho más de lo que me está dando.



Giuliu

Desde nuestro último encuentro en Sicilia, no he podido dejar de pensar en la boca de esta mujer, y ahora que parece tener tanta hambre de mí como yo de ella, mando al carajo cualquier pensamiento que no sea el deseo primitivo de probarla.

La lluvia se intensifica, pero solo lo noto por los truenos, porque no hay nada que consiga captar mi atención más que Chiara.

Carne contra carne, nuestro contacto es como una descarga eléctrica; su boca es puro néctar, calmando mi sed.

No hay barreras ni prohibiciones; todo desaparece ante la fuerza de mi deseo.

Probar sus labios es como tener acceso a una bebida rara; sus gemidos y su lengua despiertan todos mis sentidos.

Sus manos recorren mi pecho y su cuerpo se enrosca contra el mío.

La levanto, acomodo sus muslos alrededor de mi cintura y, cuando empujo mi verga dura contra su vagina, ella echa la cabeza hacia atrás, completamente entregada.

No tengo una sola gota de romanticismo en mí, pero estoy seguro de que nunca veré algo tan hermoso como la expresión de placer en el rostro de Chiara.

Parece una diosa del agua, con la boca entreabierta y la cara vuelta hacia el cielo, mientras sus piernas se cierran en mi cintura y se frota contra mí, tratando de encontrar alivio a su excitación.

Ya no hay dudas, solo urgencia, deseo abrumador y necesidad. Nuestros cuerpos están prácticamente fusionados en medio de la tormenta furiosa, pero la fuerza de la lluvia no se compara con el deseo que sentimos.

Sus labios se mueven sobre los míos, a veces suaves, a veces hambrientos, como si quisiera arrancar todo lo que pudiera de este beso. Hay una sincronía natural entre nosotros, como dos mitades que forman un todo y que saben exactamente qué hacer para dar placer al otro.

—Una noche —digo, dejando caer las palabras en un breve respiro.

Ella sigue besándome, como si no me hubiera oído, pero yo sé lo que quiero, y no son besos castos bajo la lluvia.

—Nos daremos una noche y luego seguiremos adelante. Nada tiene que cambiar.

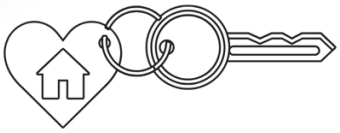
Por fin abre los ojos. Me observa en silencio unos segundos, hasta que me pregunta:

—¿Nada tiene que cambiar y nadie tiene que saberlo?

No es tanto lo que dice, sino el tono en que lo dice, lo que me deja claro que ella ha salido del trance del deseo.



Chiara



Capítulo 22

Un secreto.

Sí, eso fue lo que me propuso. Y aunque parte de mí sabe que lo que Giuliu está ofreciendo encajaría con nuestra situación actual (ya que, si las familias se enteran de cualquier vínculo entre nosotros, todo se convertiría en un completo desastre), lo que se me viene a la mente es que, incluso sin querer, también fui un secreto en la vida de Braxton.

Estuve meses con un hombre casado.

No soy tan moderna, y antes de que vuelva a besarme y eso me impida pensar con claridad, me suelto de sus brazos y regreso al departamento.

No me importa si decide seguirme. Voy directo al baño y espero que mi silencio y huida sean, por sí solos, una explicación suficiente.

Paso al menos una hora bajo el agua caliente intentando ordenar mis ideas.

No puedo involucrarme con Giuliu. Sé quién es y, sobre todo, sé lo que es.

Un hombre guapo que no forma lazos con ninguna pareja, que seguramente tiene a alguien distinto en cada rincón del mundo.

No, jamás aceptaré las sobras de un hombre, no importa cuánto sus caricias y sus besos hagan que mi cuerpo se sienta flotando

entre las estrellas.

Cierro la ducha y tomo una toalla.

No necesito un hombre para cumplir mis sueños. Solo deseo una oportunidad para vivir mi mayor sueño: tener a mi bebé.

Mi hijo o hija será mi verdadero amor, ese que nunca me va a traicionar ni a romper el corazón, como siempre nos decía *mamma* a Ricco y a mí.

Regreso a la sala después de ponerme un pijama y, tal como lo esperaba, él ya se ha ido.

Me digo a mí misma que no me siento sola. Tengo una familia grande que me adora y un corazón completo, no hecho pedazos como el de Greta y el de *mamma* durante casi toda su vida.

Voy a catalogar lo que pasó hoy como una locura temporal.

Me acuesto en la oscuridad y, enseguida, esa "locura" de ojos azules hermosos y boca sexy vuelve a mi mente. Pasan muchas horas antes de que logre relajarme y dormir.



Días después

—¿Qué te pasa, Chiara? —me pregunta mi secretaria, Tessia.

—¿A mí? Nada, todo bien.

No logro mirarla a los ojos al responder. Empecé a tomar en serio lo que dijo Giovanna: que mi rostro es un libro abierto.

—No voy a insistir si no quieres desahogarte, pero no te ves bien. Tienes ojeras, derramaste café sobre un contrato y, en mi opinión, estás a punto de desmayarte.

—Solo estoy un poco ansiosa por una respuesta que recibiré hoy.

—¿Un nuevo contrato?

—No. Es algo personal.

—Lo siento. No quise ser entrometida.

—No lo fuiste.

—Si no me necesitas, me voy.

—Puedes irte, toma el resto del día libre. De hecho, voy a bajar contigo.

Unos minutos después de despedirme de mi secretaria, salimos juntas a la planta baja.

—Espero que lo que sea que te esté atormentando pase pronto —dice—. No sé qué te está ocurriendo, Chiara, pero tienes una familia maravillosa con la que puedes contar y no tienes porqué cargar con todo sola.

—Yo no…

—Perdona que sea tan indiscreta, pero de verdad me preocupo por ti, jefa, y creo que eres muy reservada, incluso con quienes tienes cerca. Pase lo que pase, habla con tus hermanas. Eres una suertuda, Chiara, porque tus mejores amigas son de tu propia sangre.

¿Cómo podría explicarle que estoy aterrada porque, dentro de poco, voy a saber si el pequeño nódulo que encontraron en mi pecho podría ser un cáncer? No voy a asustar a Donatella ni a Giovanna con algo que, lo sé, representa una pesadilla para ambas por todo lo que vivieron con la enfermedad prolongada de Greta.

—Voy a estar bien. Gracias por preocuparte.

—Sabes que puedes llamarme en cualquier momento, ¿verdad?

—Sí, lo sé. Gracias de nuevo. Tengo que irme.



No tengo idea de cómo llego al consultorio. Siento como si tuviera un algodón gigante atascado en la garganta, haciéndome ahogar, pero me mantengo firme frente a la doctora, mientras pienso que debí llamar a Luna, la esposa de Ricco, para que me acompañara.

Estoy segura de que mi corazón podría detenerse en cualquier momento.

No lo hice porque no quería ponerla en la posición de tener que mentirle a Ricco. No sería justo.

Fue mejor así. No quiero que mi familia sufra por anticipado, aunque sé que, si el resultado de la biopsia confirma un tumor maligno, tendré que reunirlos a todos para hablar.

Dios, dame una oportunidad más y te prometo que me daré una vida tan hermosa que te sentirás orgulloso de mí, pido justo cuando la secretaria abre la puerta para que entre al consultorio de la doctora Galli Fiore.

Primero respiro hondo y siento ese olor típico de los consultorios médicos y los hospitales.

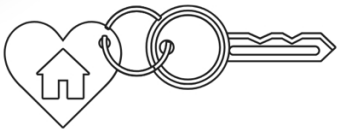
Limpio y frío.

De repente, un pensamiento absurdo me atraviesa: no quiero saber. O, al menos, no hoy. Y cuando estoy a punto de decirle que necesito unos días más antes de que me dé el resultado de la biopsia, Galli Fiore me mira sonriendo y dice:

—Entra, Chiara. Tengo buenas noticias.



Chiara



Capítulo 23

Escucho vagamente a la doctora darme las explicaciones técnicas, pero solo estoy presente en cuerpo, porque mi mente vuela alto, pensando en todas las posibilidades para el futuro.

—Como te expliqué, el nódulo es benigno. El nombre técnico es fibroadenoma.

—¿Hay alguna causa para que aparezca?

—La causa del fibroadenoma no está completamente clara, pero se cree que está relacionada con un aumento de la sensibilidad del organismo al estrógeno. No necesita ser removido quirúrgicamente, al menos por ahora. La decisión de operar o no depende de varios factores, incluyendo el tamaño del nódulo, si causa molestias o si crece rápido, pero el tuyo es muy pequeño, así que, comparado con otros casos que he visto, la posibilidad de que crezca es mínima.

—¿Entonces eso es todo? ¿No necesito preocuparme más?

Quisiera besarle los pies a la mujer por darme esa noticia maravillosa.

—No. En tu examen de rutina el próximo año revisaremos si ha crecido y, si es el caso, decidirás si quieres remover el nódulo.

Me muestra algunos gráficos en su notebook, señalando las diferencias entre nódulos benignos y malignos, y luego señala imágenes de mi mamografía y ecografía.

Intento registrar todo lo que dice, pero me aferro a lo principal: que los fibroadenomas no evolucionan para convertirse en cáncer.

Es como si me quitaran un peso enorme de los hombros.

La doctora Fiore habla con tanta claridad y seguridad que me siento confiada en su diagnóstico.

El miedo que me acompañó estos días poco a poco se va transformando en la certeza de que tendré un futuro.

Y mi futuro incluye tener un hijo o hija a quien amaré más que a mí misma.

—Doctora, ahora que sé que está todo bien, quisiera preguntarle algo que he tenido en mente por mucho tiempo, pero que la posibilidad del cáncer me hizo ver con claridad. No quiero esperar más.

—Claro, Chiara. Estoy aquí para aclarar cualquier duda que tengas.

Dudo un momento, porque nunca hablé de esto con nadie.

—No es sobre el nódulo. Como le dije, es algo en lo que he pensado durante años, pero que ahora quiero realizar lo antes posible. Quiero ser madre.

Al decirlo en voz alta, siento de inmediato una especie de euforia que se esparce dentro de mí.

Puse mi deseo en palabras y ahora sé que no voy a dar marcha atrás.

—¿Y qué piensa tu pareja? —pregunta con cuidado.

—Hum… en realidad ya no tengo novio. —*Porque es un infiel miserable que tiene una esposa y una hija hermosa y no las aprecia,* pienso—. Mi intención es ir por una vía independiente. Quiero saber su opinión sobre buscar un donante en un banco de esperma.

Me mira con expresión neutral un momento, y cuando vuelve a hablar, su tono es mesurado.

—Es una decisión compleja, y me refiero a ser madre. ¿Estás segura de que eso es lo que quieres?

—Sí. No hay duda. Sé que este nódulo fue un llamado de Dios para decirme que la vida se me estaba pasando. Soy buena planeando, pero muy mala para cumplir mis sueños.

—Creo que todos somos así, Chiara.

—No me entendió. Soy como una arquitecta mental, pero muero de miedo de dar el primer paso. Odio los comienzos. Soy buena con lo que sigue, pero arrancar algo me paraliza.

—Y ahora, el comienzo que deseas es ser madre.

—Sí, justo eso.

—Las mujeres ya no dependen de un hombre para criar a sus hijos. Eres joven, pero ya eres empresaria y puedes proveer lo que tu hijo o hija necesite, supongo. También vienes de una familia grande y unida —dice, y no me sorprende que sepa quiénes son mis parientes, tanto de los Moretti como de los Andresano, porque ambas familias son muy conocidas en toda Europa—. Solo te pregunto si has pensado con calma lo que significa ser madre.

—Sí, ya lo hice. Mi madre fue maravillosa criándonos y sé que puedo dar todo el amor que mi bebé necesitará.

—En ese caso, si no planeas la participación de una pareja, un banco de esperma es una opción válida y segura para muchas mujeres.

—¿Por qué siento que hay un "pero" en tu respuesta?

—Porque sí lo hay. No dudo que los bancos de esperma tengan procesos rigurosos de selección y que, en muchos casos, ofrecen perfiles detallados de los donantes, lo cual puede ayudarte a elegir.

—No quiero el perfil detallado.

—¿Cómo?

—Prefiero no conocer al padre de mi bebé.

—Entiendo. Si necesitas referencias de clínicas o especialistas que puedan guiarte en este proceso, estaré feliz de buscar algunos nombres para ti.

—Te lo agradecería mucho.

—Pero quiero que consideres algunas cosas antes de decidirte por un donante anónimo.

—¿Cosas?

—Aunque la idea de un banco de esperma sea una solución práctica, es importante que entiendas que hay algunos riesgos, principalmente relacionados con la salud del donante.

—¿A qué te refieres?

—Chiara, vi cómo llegaste hoy y tu reacción fue perfectamente normal, pero te asustaste con la idea de estar enferma. ¿Y si en lugar de ti, fuera tu hijo?

Entiendo hacia dónde quiere ir y siento un frío que me recorre las venas.

—Pero pensé que los bancos verificaban bien a los donantes.

—Sí, creo que los mejores lo hacen, pero siempre existe la posibilidad de que haya condiciones hereditarias que no se han detectado o que se manifiesten más adelante en la vida. La genética, como sabes, puede ser muy compleja.

—Dios mío, no lo había pensado.

—Si el donante es anónimo, ¿qué pasaría si en unos años aparece algún problema en tu hijo del que no tengas la menor idea?

—¡Dios mío! Encontrarlo sería un caos.

—Sí. Y desde mi punto de vista, incluso si supieras quién es, tendrías que acercarte a un extraño, tal vez con familia formada y que incluso podría arrepentirse de haber donado su esperma. Podría no estar dispuesto a tener contacto con la mujer que tuvo a un hijo suyo que él no desea en su vida.

Siento que me marchito por dentro, especialmente porque todo lo que dice tiene mucho sentido.

—¿Estás sugiriendo que abandone la idea de ser madre?

—No. Solo te hablo con pragmatismo. Creo que lo ideal es que conozcas lo más posible sobre el padre del niño que vas a tener. Saber el historial médico y familiar del donante te dará más seguridad.

—Pero no tengo novio.

—Sí, eso lo entiendo, pero tengo varias pacientes que consiguieron donación de esperma de amigos que nunca quisieron casarse ni lo harán. Es una situación en la que solo ganarías. Solo debes asegurarte de que sea alguien que nunca cause problemas con la custodia del bebé.

La imagen de Giuliu Parisi Trovato aparece de inmediato en mi mente.

Tendré un bebé lindo y sano, y no tendré que preocuparme de que él quiera la custodia algún día.

—Necesito a un mujeriego que no quiera esposa ni hijos.

—¿Cómo?

Sonrío mientras empiezo a trazar un plan mental.

—Tengo al candidato perfecto, doctora. Muchas gracias por sus consejos.

La emoción y la esperanza recorren mi sangre mientras salgo del consultorio.

Giuliu es el único candidato viable y la idea de pedirle que sea el donante es perfecta.

Lo que pasó esa noche me dio una buena muestra de lo tentador que será convivir con mi vecino siciliano. El deseo entre nosotros es muy intenso, pero si lo convierto en el padre de mi hijo, jamás me permitiré acercarme a él con intimidad, porque eso complicaría las cosas.

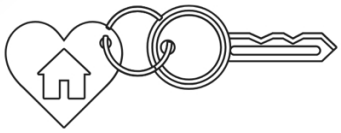
Tendré a mi hijo y, de paso, protegeré mi corazón de la atracción que siento por él.

Y él, por su parte, seguro tendrá miedo de tocarme, sabiendo que hacerlo significaría crear un vínculo que no desea con la mujer que tendrá a su hijo.

Ahora solo falta convencerlo de que acepte donar su esperma.



Giuliu



Capítulo 24

—No estoy preocupado —les digo a mis hermanos en la reunión semanal que tenemos para actualizarnos sobre el proyecto en Albania.

—*Deberías estarlo. No creo en esa mierda de que "perro que ladra no muerde", Giuliu.*

—¿Qué esperabas, Carmine? Era obvio que iban a intentar contraatacar —respondo, refiriéndome a que los guardias de seguridad del terreno donde supuestamente sería el complejo hotelero vieron a varios hombres rondando el lugar—. Si se confirma que es la mafia albanesa involucrada, ¿crees que se quedarían con los brazos cruzados?

Mi molestia no es con mi hermano mayor, sino porque no me gusta que mis planes se salgan de control. Cuando tenga la certeza de que Enver está metido en este asunto sucio, lo haré pagar. Por ahora, todo es incertidumbre.

Tenía claro que en el momento en que las obras se pusieran en pausa, esos hijos de puta de la mafia albanesa mostrarían sus garras.

—*¿Qué sabemos de ellos hasta ahora?* —pregunta Rafaelle.

—*¿De la mafia albanesa?* —interviene Lucca.

—*Sí*.

Me encogí de hombros antes de responder:

—Primero, creo que llamarles mafia es un halago. Por lo que han descubierto los hombres a quienes he encargado la investigación, además de lo que Amos ya nos contó, es una organización criminal pequeña, comparada con las mafias rusas y la Cosa Nostra.

Nos miramos todos porque hablar de mafia en Italia no es un tema cómodo. Tenemos familiares lejanos y de los que nunca quisimos acercarnos, como un brazo de la mafia siciliana.

—*¿Y qué más?* —pregunta Michele.

—Está reconocida como organización criminal y opera en varios países. Se expandió globalmente tras la caída del comunismo en los noventa. Su estructura organizacional no es rígida como la de otras mafias poderosas, sino basada en grupos familiares. Por eso están en muchas regiones. La mafia albanesa es difícil de atacar y, en consecuencia, desmantelar.

—*Sí, investigué sobre eso* —dice Santo—. *Hace años la organización criminal conocida como Hermandad Rusa, que es un brazo de la Bratva y ahora más poderosa, intentó exterminar a la mafia albanesa, pero solo lograron, por un tiempo, acabar con el grupo familiar que lideraba entonces. Pronto se reestructuraron y volvieron a la actividad.*

—*¿En qué actividades están?* —pregunta Carmine.

—De todo un poco —empiezo—. Están en tráfico de drogas, armas, tráfico de personas, especialmente secuestro de mujeres jóvenes, a quienes venden como esclavas sexuales, contrabando y lavado de dinero. El tráfico de heroína es una de sus principales fuentes de ingresos actualmente.

—*¿Y por qué diablos, con tanta mierda para sacar dinero, les interesaría un complejo hotelero en Albania?* —pregunta Lucca.

—Creo que el dinero nunca les alcanza —continúo—. Quieren una parte de todo, especialmente de un negocio dentro del territorio albanés. Además, creo que están pensando a largo plazo. Con Enver Hoxha como mi socio, y si realmente falsificó los informes del proyecto con ayuda de la mafia albanesa...

—Los mafiosos no se quedarán solo con ese proyecto. Quieren ser socios de la constructora de Giuliu en el futuro, beneficiarse de todo lo que él construya ahí, tal vez pedir la mayor parte de las ganancias, porque una vez que Giuliu acepte esos estudios fraudulentos, no importará si el público o las autoridades saben o no; él quedará a merced de los albaneses —concluye Michele y yo asiento, de acuerdo.

—Sí, así es, y por lo que he descubierto, al igual que otras organizaciones criminales, la forma habitual en que actúan para evitar que la población proteste contra ellos es mediante la violencia y la intimidación, principalmente.

—¿Y las autoridades? Para que los hoteles funcionen se necesita un montón de permisos e inspecciones —argumenta Rafaelle.

—En ese caso usarán métodos más sutiles y bien planeados para conseguirlos, como corrupción e infiltración en sectores legítimos —explico.

—¿Crees que Enver Hoxha siempre estuvo metido con ellos? —pregunta Lucca.

—No tengo idea. A pesar de nuestra amistad de años, es la primera vez que entramos en un negocio juntos.

Miro por la ventana detrás de ellos.

Aún cuesta creer que un amigo de la infancia pueda operar con criminales, pero las pruebas se acumulan.

—No puedes verlo ya como amigo, Giuliu. Mientras no tengamos certeza, Enver Hoxha es un signo de interrogación —dice Rafaelle.

Sé que tiene razón y por eso siento amargura. Que alguien en quien confié toda la vida me haya traicionado despierta mi ira.

—Tal vez haya que contratar gente que no siga estrictamente la ley —dice Michele.

—¿Además de la empresa de Amos? —pregunto.

—Sí. Alguien que pueda investigar mucho más de lo que la policía puede —dice Lucca.

—Vamos a pensarlo.

Diez minutos después, la reunión por video termina y me preparo para salir cuando mi teléfono se ilumina con un mensaje.

Chiara: *Hola, Giuliu. ¿Tienes planes para esta noche? Si no estás ocupado, me gustaría invitarte a cenar.*

Leo y releo el mensaje para asegurarme de que no estoy loco, porque cuando salí de su casa hace unas noches estaba convencido de que no volveríamos a hablarnos, salvo en reuniones familiares, ya que pensé que la había asustado con la forma hambrienta en que la besé, pero sobre todo, por la propuesta que le hice.

Volví a mi apartamento sintiéndome un canalla por tratarla como a una mujer que solo conocería en un bar, sin vínculo alguno. Chiara es casi familia.

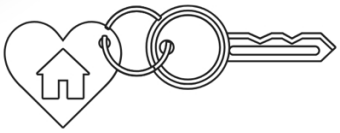
Considerando eso, no entiendo cómo todavía quiere hablar conmigo, sabiendo que solo busco sexo sin compromiso.

Detesto los mensajes porque nunca sabes qué quiere decir realmente la otra persona, así que decido llamarla.

—¿Por qué quieres verme?



Chiara



Capítulo 25

No esperaba que me llamara y mucho menos que fuera tan directo, pero rápidamente entendí que fui tonta por no intuir. Giuliu no es de los que mandan mensajes subliminales. No se deja engañar por nadie.

—Somos vecinos. ¿No puedo querer hablar contigo?

—La última vez que nos vimos saliste corriendo como si me tuvieras miedo.

—Tenía miedo de mí misma —confieso.

—Fue mejor así. Enredarnos...

—¿Sería un error? —pregunto, sintiendo que el corazón se me hiela en el pecho.

Escucho un sonido que, aunque creo que fue un suspiro largo, suena más como un rugido, y eso encaja con él, porque descubrí que Giuliu es de signo Leo.

—Nada de lo que pase entre nosotros, físicamente, sería un error, pero no puedo garantizar que no te rompa el corazón al final.

—No te preocupes. He cuidado muy bien mi corazón hasta ahora y quiero mantenerlo intacto. —Podría añadir que lo mantengo protegido porque me niego a entregarlo, pero ¿para qué bajar la guardia y mostrarle mis mayores miedos?—. Te llamé porque tengo una propuesta. En realidad, un pedido.

—¿Pedido?

—Sí, pero no creo que sea una conversación para tener por teléfono.

—Chiara, yo te quiero y no soy de los que se quedan con las ganas cuando desean algo. Si tu propuesta es que estemos desnudos en una cama, ten en cuenta que encajo en la descripción de un pecador, no de un santo. No te voy a advertir otra vez que estar conmigo puede ser peligroso para tu corazón.

—Dios mío, ¿tu ego no tiene límite? ¿Crees que quiero verte solo para proponerte sexo? No estoy tan desesperada.

—Sigue mintiéndote. La atracción entre nosotros es la más pura química, algo explosivo e incontrolable. No soy un chico guiado solo por el deseo, y aun así casi te arranco la ropa y te meto la verga bajo la lluvia esa noche.

Él no conoce la palabra moderación. No mide lo que dice. Es crudo e intenso, y por eso me deja con las piernas temblando.

Estaba de pie, mirando por la ventana de mi oficina, pero tras escucharlo, necesito sentarme de nuevo.

—No me importa lo que quieras. Lo que tengo que pedirte es un favor.

¿Un favor? No, lo que necesito pedir es algo que cambiará mi vida porque, si él acepta, podré cumplir mi mayor sueño.

—¿Qué necesitas?

Su tono cambia y sé que es porque, aunque Giuliu sea mujeriego, también es protector, honesto y, estoy segura, es la mejor opción para ser el padre de mi bebé.

—Como te dije, prefiero hablar en persona, pero si tienes un compromiso esta noche, podemos dejarlo para dentro de unos días.

Aunque me pase todo el fin de semana atormentándome con esto, pienso en silencio, pero como soy yo la que lo necesita, no puedo exigir nada.

Aguanto la respiración mientras espero su decisión. No soy tranquila, todo lo contrario, soy muy ansiosa, y pensar que Giuliu puede decir que no (o más bien, que hay mucha posibilidad de que lo haga) me deja el corazón en la garganta porque no tengo un plan "b".

La doctora Galli tiene razón. Siempre existe la posibilidad de que el donante anónimo tenga una condición de salud que aún no se manifiesta y que podría transmitirse a mi hijo. Cuando lo descubramos, puede ser tarde. Por otro lado, conocer la identidad del donante, aunque sea un desconocido, tampoco es garantía.

Es posible que un hombre haya donado su semen cuando era más joven, se haya olvidado de ello y no quiera tener contacto con la madre de un hijo que nunca planeó, aunque sea solo para ayudarla a identificar una posible enfermedad.

—No tengo planes para esta noche. Paso por tu casa a las ocho para llevarte a cenar.

—No hace falta, yo...

—Fuiste tú la que dijo que quería hablar conmigo en persona. Te voy a llevar a cenar.

—Lo que quise decir es que podría encontrarte en algún lugar.

Por primera vez en la conversación, se ríe con voz ronca.

—Ay, niña, quizá no tengas idea en qué te estás metiendo. Tú no haces las reglas, Chiara. Yo las hago. Si necesitas algo de mí, sea lo que sea, tendrás que aceptar mis condiciones. No te encontraré en un restaurante, te llevaré a cenar.

—La gente hablará si nos ven juntos.

—No sé qué quieres conmigo, pero no voy a esconderme.

—Eres un bruto, Giuliu.

—¿Debido a que no cedo a tus caprichos, princesa? Aún tienes tiempo de arrepentirte.

—No, estaré lista a las ocho.

Corto la llamada sin despedirme porque él tiene la habilidad de activar todos mis botones emocionales. No soy de pelear con mi propia sombra, suelo caer bien, o eso creía hasta conocer al siciliano arrogante.

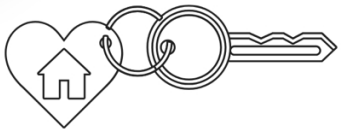
No importa. Debo ver el panorama completo y no quedarme en que es prepotente y mandón. Cuando nazca el bebé puedo volver a Florencia si ser vecinos se vuelve insoportable.

Lo que debo tener claro es que quiero un hijo con Giuliu.

Usar su material genético para una concepción in vitro es la mejor forma de cumplir mi sueño de ser madre.



Chiara



Capítulo 26

—*¿La señorita Anlei Danville aceptó todo?* —pregunta mi secretaria por el manos libres mientras conduzco a casa.

Tessia es demasiado educada porque sé que, como yo, odió cada segundo que tuvimos que tratar con esa novia loca y malcriada, y que en su mente, debe llamarla por algunos nombres muy desagradables, siendo "pequeña bruja" el más amable de ellos.

—Sí, gracias a Dios. Después de toda la locura de querer llegar en globo a Palermo, la señorita Danville terminó cediendo al acuerdo inicial.

Estaciono en el garaje, desconecto el teléfono y me preparo para salir del coche.

—*Tienes mucha paciencia, jefa. Yo ya la habría mandado a volar en un pestañeo. Yo jamás podría ser dueña.*

—No estoy de acuerdo. Esa mujer es capaz de agotar la paciencia de un santo.

Tessia es eficiente y práctica, pero tiene el temperamento más corto que el mío, lo que significa que las novias histéricas no están en su menú.

Hay una gran diferencia entre tratar con personas ansiosas por que el "gran día" sea perfecto e inolvidable y lidiar con mujeres

como Anlei Danville, que creen firmemente que el mundo debe detenerse para satisfacer todos sus caprichos.

—Ella habló de hacer una fiesta con llegada en globo para su primer aniversario de casados. Le desearé "buena suerte" en cuanto termine el contrato para la organización de su boda, porque tan seguro como que mañana saldrá el sol, no volveré a trabajar con esa mujer.

—Ni siquiera debiste aceptar el contrato para la boda, para empezar.

—Me sentí obligada a decir que sí. El futuro esposo de la señorita Danville es amigo de mis casi parientes, como sabes.

Ella sigue hablando un rato mientras camino hacia el ascensor, pero de pronto, un escalofrío en la nuca me obliga a detenerme, con el brazo aún en el aire, justo antes de presionar el botón para llamar al ascensor que me lleva al penthouse.

Miro hacia atrás con el corazón desbocado. Fui sobreprotegida por mi hermano toda la vida y, desde que nos unimos con nuestros medios hermanos, también por Tommaso, Gianni y Gaetano.

En mi mundo, no hay lugar para el miedo, porque siempre ha habido alguien cuidándome y asegurándose de que esté a salvo. Pero ahora, cada gota de mi sangre, o más bien ese mismo instinto que nos permitió sobrevivir en los comienzos de la humanidad, me está diciendo que corra.

Considero subir por las escaleras, pero no creo que sea buena idea hacerlo con tacones altos, sobre todo si de verdad hay alguien siguiéndome.

Presiono repetidamente el botón del ascensor, aunque sé que eso no hará que llegue más rápido. En cuanto se abren las puertas, casi me lanzo dentro y solo cuando marco mi piso y empiezan a cerrarse, vuelvo a respirar.

Solo unos centímetros me separan de estar a salvo, pero antes de que la puerta se cierre por completo, veo pasar a alguien frente al ascensor. No se detiene, pero alcanzo a notar que lleva un overol como el de los empleados del edificio. Siento ganas de abrir la puerta y disculparme de la vergüenza.

Si el hombre notó mi "huida", debe estar pensando que estoy loca.

Sacudo la cabeza al llegar a mi piso, ya mucho más tranquila, aunque mientras marco el código para entrar al apartamento, una parte de mi cerebro todavía intenta advertirme, diciéndome que hubo algo extraño en esa escena.

Necesitas encontrar algo para relajarte, Chiara. *Demasiado trabajo, novias neuróticas, el fin del noviazgo con ese imbécil de Braxton y el tema del nódulo están jugando con tu mente. Ese hombre no era más que un empleado inofensivo.*

Entonces, si ese es el caso, ¿por qué, incluso después de verlo con el uniforme igual al de los demás, no consigo relajarme del todo?

Me hago una nota mental para preguntarle luego al portero quién era ese hombre. También puedo revisar las cámaras si la duda persiste, porque todo el edificio está monitoreado.

Miro el reloj en mi muñeca y confirmo que perdí minutos valiosos. Ahora tengo que apurarme si quiero estar lista a tiempo para cenar con Giuliu.

Media hora después, todavía me estoy poniendo los aretes cuando suena el timbre. Antes de abrir, echo un vistazo a mi reflejo en el espejo.

Dios... tal vez no debería haber elegido un vestido tan sexy. Podría estar enviando el mensaje equivocado al siciliano.

¡Ni siquiera suelo vestirme así! ¿Qué demonios me pasa?

El vestido de tirantes, de seda rosa y que apenas me llega a la mitad de los muslos, ahora me parece demasiado ajustado y corto para una cena de negocios.

Sí, porque así es como voy a tratar este encuentro con Giuliu. Como un trato, en el que necesito convencerlo de donarme su material genético para poder convertirme en madre.

Todo parecía muy lindo y perfecto en el mundo de los planes, pero ahora, mientras camino hacia la puerta con las piernas temblorosas, me pregunto en qué lío me metí.

Sujeto la fría manija y la giro, sintiendo cómo se me va el valor, pero en cuanto abro la puerta y me encuentro cara a cara con el

hombre que quiero como padre de mi hijo, antes de que pueda siquiera saludarlo, Giuliu me recuerda por qué me cae tan mal.

—No deberías abrir la puerta sin antes mirar quién es por las cámaras.

—¿Y cómo sabes que no lo hice?

Ahora, deja que sus ojos me recorran de arriba abajo y mi nerviosismo se intensifica, pero sé que no es solo ansiedad: es excitación.

—No lo hiciste. Asumiste que era yo. Tal vez logres engañar a toda tu familia, Chiara, pero yo puedo leerte por completo. Eres impulsiva y apasionada, no importa cuánto intentes reprimirlo.

Juro que mi corazón golpea en el pecho como si quisiera romperme por dentro.

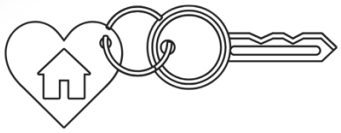
¿Cómo puede ser que Giuliu, con quien he evitado quedarme a solas desde que nos presentaron, vea más de mí que mis propios amigos o familiares?

—No soy impulsiva —intento defender mi dignidad.

—Sí lo eres. Y además, excitante. Estás preciosa con ese vestido, así que sugiero que salgamos antes de que olvide quiénes somos y sacie el hambre que tengo por ti.



Chiara



Capítulo 27

El espacio dentro del coche no parece lo suficientemente grande para los dos. O quizás soy yo quien siente la presencia de Giuliu tan intensamente que es como si nuestras pieles se tocaran, aunque haya varios centímetros de distancia y el tablero entre nuestras piernas.

Creo que pasé casi todo el camino conteniendo la respiración porque tengo la sensación de que si respiro profundo, quedaré hechizada por su aroma.

No ayuda que Giuliu, de vez en cuando, me mire. Lo noto aunque finja estar concentrada en las calles de Milán mientras él conduce.

Cuando me atrevo a mirarlo disimuladamente, es peor, porque veo sus manos grandes y bonitas sujetando firmes el volante y no puedo detener la mirada ahí; dejo que mis ojos sigan su perfil aristocrático.

De algo estoy segura: con Giuliu como padre, mi bebé será hermoso.

Mientras él conduce en silencio por la ciudad llena de movimiento, observo a las personas caminando; algunas apuradas, otras simplemente disfrutando la noche.

En grupo o solas, jóvenes o viejos, tristes o alegres; creo que cada una carga un universo dentro que los demás no imaginan.

Planes, miedos, rabia, deseo de venganza, sueños.

Secretos.

Una sonrisa se escapa de mis labios al pensar en el futuro.

Mi celular suena y me regresa al presente; al ver la pantalla, es un número desconocido. Normalmente no contesto porque suele ser telemercadeo, pero el nerviosismo me hace querer escapar, aunque sea hablando con alguien que quiera venderme un plan de internet o una aspiradora nueva.

—¿Hola?

—*Chiara, soy yo. No cuelgues.*

—¡Vete al diablo, Braxton!

Veo que Giuliu detiene el coche frente al restaurante al que iremos, pero cuando el valet se acerca, él hace algún gesto y el hombre retrocede de inmediato.

Estoy segura de que ahora toda su atención está en mí, aunque yo mire por la ventana a mi lado.

—*No puedes desaparecer de mi vida así, de un momento a otro, Chiara.*

—¿No puedo? Entonces quédate sentado y observa cómo lo hago.

—*Ni siquiera terminamos. ¡Sigues siendo mi novia!*

—No soy nada tuyo, imbécil. No salgo con hombres casados. Me engañaste. Ya te bloqueé en todas las redes sociales, las mismas cuentas que abriste a escondidas de tu esposa, y hubo una razón para eso. No quiero hablar contigo nunca más. Juro por todo lo sagrado en mi vida que si sigues acosándome, conseguiré una orden de restricción. Mejor aún, contaré todo a mis hermanos, lo que hiciste, cuánto mentiste y me engañaste. No tengas dudas, Braxton, ellos se encargarán de destruir tu carrera.

Cuelgo el teléfono, temblando por completo.

Dios mío, no debería haber perdido el control así frente al hombre que quiero que sea el padre de mi hijo.

Escondo las manos en el rostro para recomponerme, pero creo que Giuliu interpreta todo mal, sorprendiéndome y acercándome a sus brazos tanto como lo permite el cinturón de seguridad.

¿Cree que estoy a punto de llorar? No tiene nada que ver. En realidad, sería capaz de apuñalar a Braxton si apareciera delante

mío.

—Deberías haberle contado esto a tus hermanos o a mí.

Su voz suena dura junto a mi oído, como si intentara controlar la rabia.

Me besa el cabello y me aprieta más en su abrazo. Si tuviera todos mis sentidos en orden, lo apartaría, pero no puedo porque estar en sus brazos es como estar atrapada en un cuarto cálido.

—Puedo arreglar todo sola.

—Hablaré con ese maldito.

—No hace falta.

—Cuéntame qué pasó.

—¿No es mejor que entremos? En poco habrá una fila de autos atrás tocando la bocina.

—¿Te sientes bien para cenar?

—¿Qué? —Finalmente me alejo para mirarlo a los ojos.

—No estás llorando —dice, tocando mi rostro, y como si no creyera lo que ve, prende la luz dentro del coche.

—No, estoy enojada, nada más.

Su expresión se relaja.

—Vamos a entrar, Chiara, y ahí me cuentas qué te hizo ese imbécil.

—Ya no importa. No fue por eso que te sugerí cenar.

—Así no funcionan las cosas conmigo. Tú fuiste quien tendió ese puente entre nosotros. Yo acabo de cruzarlo hacia ti y ahora estás bajo mi protección, ya sea por un simple tropezón o para sacarte de encima a un hijo de puta que no acepta un "no".

Odio que lo primero que me venga a la cabeza sea lo delicioso que es estar junto a un hombre tan protector que no es de mi familia directa.

Es bueno que Giuliu tenga una característica única que me evita cometer el error de cruzar la línea y enamorarme: al siciliano no le basta una mujer.

Giuliu no es de nadie y creo que quiere seguir así para siempre.

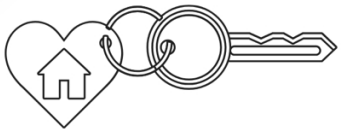
Sale del coche y rechaza al valet cuando el empleado del restaurante intenta abrir mi puerta.

Cuando veo que me ofrece la mano para ayudarme a bajar, me digo a mí misma que esto no es una cita, pero mi tonto corazón no lo entiende.

Es la primera vez que alguien con quien salgo me hace "sentir". Y me gusta.



Giuliu



Capítulo 28

Ella tiembla cuando mi mano se posa en su espalda.

—No voy a morderte en público —susurro.

Chiara se detiene y me mira, levantando el mentón.

—No tengo idea de lo que hablas.

—Tu piel está caliente, como si tuvieras fiebre, Chiara.

—No seas presumido.

—No es una duda, *bella*. Es una certeza. Me deseas.

Ella no responde hasta que la anfitriona nos guía a una mesa, pero en cuanto quedamos a solas dice:

—No vine a pelear. Tengo algo que necesito pedirte.

—Primero cuéntame del imbécil con el que hablabas por teléfono.

Llegan el mesero y el sommelier, y en los minutos siguientes hacemos nuestros pedidos. En cuanto se van, Chiara toma un sorbo del agua que acaba de servir.

—¿Por qué quieres hablar de él?

—Porque claramente te está molestando.

—Es embarazoso. Salí con él unos meses. Nunca fuimos… íntimos, y ahora doy gracias a Dios por eso.

—No sentías deseo por ese idiota.

Sus ojos se levantan hacia mí solo para escapar de nuevo segundos después.

—No, por eso mismo pensé que era perfecto. —Hace una pausa —. Te contaré todo, pero que no te rías de mí.

—No soy un tipo sonriente. Cuéntame.

—Después de nuestro encuentro en Sicilia, en la biblioteca de la casa de tu madre, quise dar un paso más en mi relación con Braxton.

—Quisiste probar que yo estaba equivocado, que te sentías atraída por él.

La penumbra del restaurante no me deja ver si se sonrojó, pero creo que sí, porque se lleva las manos a las mejillas como si las sintiera calientes.

—Braxton es inglés, así que nunca conocí a su familia, aunque él fingía que quería que fuera a Reino Unido para conocer a sus parientes, ¡ese cretino mentiroso!. Tampoco lo presenté a mis hermanos porque quería estar segura antes de que funcionara. Ahora sé que fue la decisión correcta.

La idea de que la hayan engañado me dan ganas de estrangularlo.

—Sigue.

—Fui al hospital donde él trabajaba sin avisarle. Quise dar un paso más en nuestra relación.

—Por mí.

Ella encoge los hombros.

—No sirve negarlo. Fue lo que me dijiste ese día lo que me hizo decidir. Cuando llegué a su consultorio en el hospital, había una niña en brazos de Braxton y una mujer discutiendo con él. Para acortar la deprimente historia, eran su esposa y su hija. La mujer me llamó "amante". Sin querer, me puse en la misma posición que Greta. No me malinterpretes, amaba a Greta, pero juré que nunca dejaría que un hombre me usara.

—Greta amaba a Dino. Tú ni siquiera sentías deseo por Braxton, Chiara.

Me regala la primera sonrisa espontánea desde que nos conocemos, que me deja sin aire por varios segundos. La palabra "belleza" queda corta para describirla.

—No eres tan mala consolando, siciliano.

—No te culpes. Él era un bastardo.

—Yo sí me culpé, sobre todo por la niña. Salí del hospital ese día y corté todo lazo con él. Lo bloqueé por todos lados y Braxton nunca supo la dirección de mi nuevo hogar. —Frunce la nariz, como si recordara algo—. ¡Dios, yo tenía todas las señales!

—¿Señales?

—Nunca fuimos a casa uno del otro. Me invitó muchas veces a su departamento, pero nunca tuve ganas. Tampoco lo invité a donde vivía antes de mudarme a este edificio.

—No creo que sea señal de algo, más bien quieres mantener tu vida privada.

—Tienes razón, pero con Braxton no quería intimidad de ningún tipo. ¿Cómo pude pensar que algo más podría pasar entre nosotros? —Hace una pausa otra vez—. No quiero hablar más de él.

—Un momento, antes de cambiar de tema. Dijiste que lo bloqueaste de todas las formas. ¿Cómo consiguió tu teléfono?

—No cambié el número. Creo que usó otro porque apareció como "anónimo".

—Debes contarles a tus hermanos.

—No puedo. Si lo hago, cualquiera de ellos, o hasta Santo y Holt, arruinarían la carrera de Braxton. Tiene una hija, Giuliu. Por más que sea un imbécil, destruir su carrera podría afectar el futuro de esa niña. No quiero cargar con esa culpa.

—Entonces déjame a mí.

—No creo que…

—No dejaré que ese desgraciado te persiga, Chiara. Quiero su nombre completo.



Chiara

Lo miro unos segundos, pensando en la situación. No creo que Braxton me persiga. No es tonto y debe imaginar que cualquiera de mis hermanos podría acabar con él.

Pero si mi plan para quedar embarazada funciona, lo último que quiero es pasar el embarazo con miedo, pensando que Braxton puede aparecer de la nada en cualquier momento.

—Está bien, te daré su nombre completo, pero basta de hablar del traidor. Es cosa del pasado. Estoy pensando en el futuro.

—¿Futuro? ¿Y por eso me llamaste para cenar?

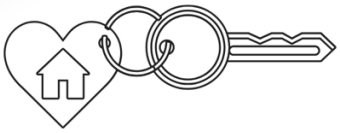
Respiro profundo y trato de sonar segura, porque veo en la expresión de Giuliu que no entiende nada.

Dios, tengo que ser rápida. Tengo que soltarlo todo o perderé el valor.

—Sí. Decidí cumplir un sueño antiguo: ser madre. Será un proyecto independiente, pero quiero un donante saludable que nunca busque la custodia del bebé, y por eso llegué a la conclusión de que tú eres el candidato perfecto. —Nada. Su expresión no muestra nada. Ni choque, ni rechazo, ni que piense que estoy loca. Con miedo de perder mi única oportunidad, decido jugar mi última carta, esperando que así acceda a ayudarme—. A cambio, estoy dispuesta a mudarme del penthouse. Mejor dicho, a venderte mi departamento. ¿No es una gran propuesta?



Chiara



Capítulo 29

—¿Qué acabas de decir? —pregunta, mirándome como si estuviera a punto de llamar al personal del manicomio para que vengan a buscarme.

O tal vez quiere llamar a mis hermanos. No sé cuál de las dos opciones sería peor.

—Quiero ser madre. Pienso hacerlo de forma independiente y...

—Ya te escuché, lo que trato de entender es cómo pensaste que aceptaría participar en algo así.



Giuliu

No sé qué me vuelve más loco.

La idea de tener un hijo que nunca quise.

Que Chiara diga eso como si yo fuera un pura sangre cuyo material genético ella aprobó.

La certeza que tiene de que no querría tener nada que ver con el futuro de mi hijo (en ese aspecto tengo que reconocerle cierto mérito, porque hasta la propuesta de hoy nunca se me había pasado por la cabeza tener un heredero).

O que crea que puede negociar un departamento a cambio de mi esperma.

—¿Has consumido alguna sustancia ilícita?



Chiara

Dios, nada salió como planeé. ¿Debería haberlo dejado comer antes? Giuliu parece enojado conmigo ahora.

—Tal vez no me expresé bien.

—Me trataste como a un caballo pura sangre reproductor, Chiara.

¿Cómo alguien puede mantener la voz sin gritar y al mismo tiempo parecer tan aterrador?

—No, perdóname, no quise decir eso.

Miro el mantel, pensando en la mejor forma de hablar con él sin tener que contarle sobre el susto que tuve con mi examen hace unos días. No quiero que Giuliu sienta lástima por mí. No me gustan las manipulaciones emocionales porque es una forma de controlar a la gente, y desprecio a los manipuladores.

El mesero llega con el vino que Giuliu eligió y doy gracias por la pausa, así tendré tiempo hasta que él se calme.

El hombre pregunta quién probará la bebida y Giuliu, como un caballero, hace un gesto hacia mí.

—Hum... Creo que deberías probarlo tú. No conozco mucho de vinos.

—¿Cómo es posible? Dos de tus hermanos tienen viñedos.

—Pruébalo tú. Confío en tu paladar.

Giuliu entrecierra los ojos, como desconfiado, porque no es la forma normal en que yo actúo con él, ya que siempre nos decimos cosas desagradables. La cuestión es que no estoy jugando, sino siendo sincera; quiero disculparme.

Poniéndome en su lugar, me sentiría terrible si alguien me dijera que de repente quiere mis óvulos para tener un hijo.

Lo veo llevar la copa a la boca sin apartar la mirada de mí y siento que se me calientan las mejillas al recordar el sabor de sus labios.

El mesero se va y casi lo llamo de nuevo, porque con la mirada que Giuliu me lanza parece saber lo que estoy pensando.

—Entonces, ¿qué quisiste decir? —Pone la copa en la mesa y retoma el tema donde lo dejamos antes de la interrupción del empleado.

No voy a contarle sobre el examen médico, pero tampoco puedo dejarlo completamente en la oscuridad sobre mi deseo de un proyecto independiente, o nunca me ayudará.

—No confío en los hombres. En ninguno. Por eso acepté salir con Braxton. Fue mi primer novio serio. Los otros fueron solo aventuras, pero seguían el mismo patrón. Chicos por los que no sentía nada. Creo que la historia de mis padres… en realidad, el triángulo amoroso de Dino con *mamma* y Greta me marcó mucho.

—Lo entiendo. Yo tampoco tengo fe en el amor, pero tanto todos tus hermanos, como los míos, excepto Michele, que como yo no quiere una relación a largo plazo, son felices en el matrimonio.

—Lo sé, y créeme, me alegra que hayan encontrado a su otra mitad. No creo que me pase a mí. Las chicas sueñan con velo y corona, normalmente. Yo tengo pesadillas con eso porque creo que después de unos años el tipo querrá algo nuevo. Alguien más joven, más bonita... en fin, no seré suficiente.

—Y en ese caso el problema será él, no tú.

—Quizá tengas razón, pero no evitará que me rompan el corazón. No quiero ser como mi mamá o Greta, dejarme manipular por un

hombre. Solo quiero a mi bebé, Giuliu.

Siento que ya no está tan enojado conmigo, así que le explico rápido la conversación con la ginecóloga y por qué pensé que él sería una buena opción.

—Tiene sentido lo que dijo, pero yo no soy una buena elección.

—Sí lo eres. Pasé los últimos días analizando todo con cuidado —digo, sintiéndome más segura—. Acabas de decir que no quieres una relación a largo plazo, lo que significa que todo está claro entre nosotros. Soy rica, nunca amenazaría tu patrimonio. Y tú jamás querrás la custodia del bebé. No quise sonar fría cuando te propuse venderte mi departamento. Quise ser práctica. Amo ese penthouse, pero te lo cederé con gusto si aceptas ayudarme, porque con mi mudanza no tendrás que verme embarazada. Estoy dispuesta a rogar si hace falta. Solo necesito que te hagas unos exámenes para asegurar que estás sano y...

—Lo estoy. Me hice un chequeo esta semana.

Dios mío, ¡realmente lo está considerando!

—Perfecto. Yo también estoy sana como un caballo... —Me detengo y me tapo la boca con la mano—. No quise decir eso. No me comparo con los caballos purasangre. Seré madre. La mejor del mundo.

—¿Y yo?

—Serás el hombre increíble que me ayudará en este proyecto.

—Me odias.

—No te odio, odio lo que representas: un soltero sinvergüenza.

Ah, y aquí vamos. Cállate, Chiara.

—Mejor ser un soltero sinvergüenza que un casado tramposo.

—Contra hechos no hay argumentos.

Se recuesta más en la silla, como si necesitara distancia para observarme mejor, y cruza los brazos frente al pecho.

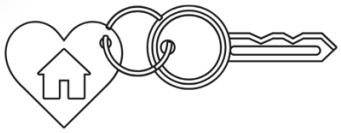
—Te mudarías para que no tengamos ningún lazo. ¿Olvidaste que somos casi familia por afinidad?

—Nadie lo sabría. Te prometo que nunca saldrá a la luz. Solo necesitas donar tu material genético y...

—Ya entendí esa parte y estoy dispuesto a ayudarte, pero en mis términos.



Chiara



Capítulo 30

Como si hubiera algún acuerdo previo, otra vez nos interrumpen, esta vez el mesero sirviendo la entrada.

A diferencia de la primera vez, cuando llegaron las bebidas, ahora la pausa no me trae alivio. En realidad, mi mente está a mil mientras pienso a qué tipo de "condiciones" se refiere Giuliu, y en cuanto el mesero se aleja, dejo salir mi duda en voz alta.

—¿Condiciones?

Ahora él sonríe, y sea lo que sea que tenga planeado, sé que será en su beneficio.

—¿Creíste que te sentarías a negociar conmigo sin recibir una contraoferta, Chiara? Tal vez deberías haberme conocido mejor.

—No entiendo. ¿Qué podrías querer de mí? Eres rico y ya te dije que nadie sabrá del bebé, no pido nada más que una contribución biológica.

—Tu oferta de venderme el penthouse no me interesa. No sé cuánto tiempo me quedaré ahí, pero no será para siempre. En algún momento volveré a Sicilia. Es mi hogar y donde está mi familia.

—¿Qué podrías querer de mí, Giuliu?

—Acepto ser el padre de tu bebé, o mejor dicho, el progenitor, porque no pretendo ser padre de nadie. Pero claro, tengo una condición.

—Te escucho. Mientras no sea robar o matar, puedes considerarlo aceptado.

—Cuidado, no tienes ni idea de lo que quiero.

—Dime.

—Te quiero a ti.

—¿Qué?

—No vas a quedar embarazada en un laboratorio, sino en mi cama.

Me agarro de los brazos de la silla y no lo dejo ahí sentado solo en la mesa porque eso llamaría mucha atención. Estamos en un restaurante de Milán donde solo van celebridades, y no dudo que haya algún paparazzi en la puerta. Tal vez hasta nos hayan fotografiado entrando. Si me vieran salir corriendo, crearían mil teorías.

Lo último que siempre quise fue salir en los diarios. Las celebridades en la familia son Donatella y Gaetano.

—Debes estar loco. ¿Quieres que sea tu amante hasta que quede embarazada?

El cínico se encoge de hombros.

—Llámalo como quieras. Novia, amante, compañera de sexo.

—Giuliu, tú nunca te quedas con la misma mujer, y ese intento de embarazar podría tardar meses. Aunque aceptara tu propuesta indecente, usando tus palabras, no me conoces nada si piensas que te compartiría con otras mujeres. ¿No escuchaste nada de lo que dije antes? Nunca me dejaré usar por un hombre y...

—Solo estaría contigo.

—No sabes ser fiel.

—No tienes idea de lo que dices. No eres la única que tuvo un padre infiel. Yo no engaño, Chiara. No soy el hombre ideal que sueñan las mujeres, porque no quiero casa, hijos, perro ni cerca blanca, pero soy cien por ciento honesto en mis relaciones.

—Lo creo, pero seguramente son relaciones de una noche. Lo que me propones es algo que nunca intentaste. No puedo tener sexo con alguien que sé que podría engañarme.

—No estaré con otra —repite.

—Te vas a cansar de mí. No soy experta.

¿No soy experta? Es el chiste del siglo, pero no estoy para discutir mi total inexperiencia con un dios del sexo ahora.

—Te deseo ahora.

—¿Y si pasan meses y no quedo embarazada?

—Tres meses.

—¿Qué?

—Intentaremos por tres meses, y cuando quedes embarazada, nos separamos.

—Tú tienes muchos viajes. Tendríamos que hacer una especie de calendario para saber cuándo estoy fértil.

—No.

—¿Cómo que no?

—Te tendré todas las veces que quiera, las que quiera. Esa es mi condición. No he tenido sexo con nadie desde que te besé porque eres la que quiero en mi cama ahora.

Siento fiebre en todas mis partículas. La forma en que lo dice es dominante y primitiva, casi me hace desmayar.

—Es una propuesta inmoral.

—Es justa. Tú quieres un hijo. Yo te quiero a ti.

—Necesito pensar.

—¿Por qué? Me deseas. Piensa lo que te propuse el tiempo que necesites y dime qué decides. Hasta entonces, tienes mi palabra de que no tocaré a nadie más. Ahora come, Chiara.

Casi le digo que ya no tengo hambre, pero sería mostrar cuánto me afectó su contraoferta y no quiero alimentar más el ego del siciliano, porque sé que entendería que no dudo por repulsión, sino por miedo a encariñarme.

—Si acepto, quiero un contrato por escrito de que nunca intentarás quitarme a mi hijo.

—Si accedes, tienes mi palabra, que vale más que cualquier contrato, de que nunca intentaré quitarte al niño.

—Necesito pensar. No era esto lo que planeé.

—Podría decir que yo tampoco planeé ayudar a concebir un bebé, pero aquí estamos.

—Eres frío.

—No tienes idea de cuánto, *bella*, pero para lo que importa, ten por seguro que me mantendré caliente.

—¿No te da vergüenza?

—¿De desearte desnuda y soñar con tu sabor en mi lengua? ¿De querer tus piernas alrededor de mi cintura mientras yo…?

—¡Dios mío!

Tomo la servilleta y seco una capa de sudor que se formó bajo mi labio superior, y cuando vuelvo a mirarlo, el idiota engreído está sonriendo.

—Me deseas. Con solo unas palabras te dejo rendida, Chiara. Es un trato en el que ambos ganamos.

—Puedes tener a la mujer que quieras.

—¿Puedo? Entonces di que sí. Te daré a tu bebé, pero mientras lo intentamos, te sacaré cada gota de placer.

Una hora y media después, cuando salimos del restaurante, doy gracias a la buena educación de Giuliu por tomarme del brazo mientras esperamos el coche.

No tiene nada que ver con el vino que bebí, sino con que su propuesta me dejó completamente perdida.

¿Puedo hacer esto? ¿Ir a la cama con un hombre lindo y sexy, pero también un mujeriego declarado?

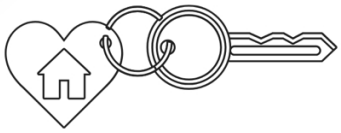
—¿Qué? —pregunto, sorprendida cuando me jala hacia su cuerpo y su mano sostiene la parte trasera de mi cabeza, haciéndome hundir en su pecho como si quisiera esconderme.

—Un paparazzi. Si no quieres que sepan de nosotros, mejor que no te vean conmigo.

—Gracias —murmuro contra el saco de su traje, un poco mareada por su olor delicioso y el calor de su cuerpo.



Giulio



Capítulo 31

—Tenemos que hablar con más detalles sobre mis condiciones si aceptas el acuerdo, Chiara —digo, sosteniéndola cerca de mi cuerpo, dejando que mis labios recorran el lóbulo de su oreja—. Si aceptas ser mía, habrá reglas.

—No seré tuya. Tendremos sexo —susurra.

—Mientras quede claro lo que somos, no hay peligro para tu corazón. Yo no engaño. No tienes que tener miedo de mí. Y sí, serás mía por un tiempo.

Parece gustarle lo que oye, porque ahora sus manos agarran la solapa de mi blazer. Es un gesto simple, pero creo que en el mundo de Chiara significa que al menos me está dando el beneficio de la duda respecto a su confianza.

¿Y quién puede culparla? Además de haber tenido un padre que no valía nada, su primer novio serio la puso en la posición de amante frente a su esposa e hija, algo por lo que ella luchó para nunca ser.

—Si vamos a hacer esto, no puedo simplemente acostarme contigo. Antes tenemos que convivir un poco.

Podría decirle que si no estuviéramos en público, tal vez apenas entráramos a mi coche, la haría desear quedarse desnuda para mí, pero de algún modo, su confesión me hace dar un paso atrás.

—¿En qué estás pensando?

—¿Podemos hablar un poco y no simplemente tirarnos desnudos en una cama?

—Carajo, Chiara, tienes que medir tus palabras. Pensar en ti desnuda me vuelve loco.

Muerdo su mentón, sin importarme que nos estén mirando. Esa mujer logra que mi autocontrol se disuelva con tanta facilidad que es irritante.

—Ven conmigo a mi departamento esta noche —me pide.

—¿Qué?

Ahora la luz me permite ver que su rostro está rojo.

—No estoy diciendo que acepto la contraoferta, Giuliu. Necesito pensarlo mejor, pero quiero pasar más tiempo contigo antes de decidir. Tengo… eh… una degustación de postres para una boda que estoy organizando. No comimos postre, así que…

Ella se sorprendería un montón si le dijera que en este momento quiero devorar el postre sobre su cuerpo, así que solo asiento con la cabeza.

Unos minutos después, ya estamos en el coche camino a casa, y mientras conduzco, me digo a mi mismo que podemos hacer que esto funcione entre nosotros.

—La semana que viene voy a Florencia —digo.

—¿Qué?

—Tu madre me invitó a su cumpleaños.

Con tantos familiares y los Andresano, Moretti y Parisi juntándose, cada semana es el cumpleaños de alguien, y siempre que puedo y estoy en Italia, voy.

Como pasó con Greta, mi madre también se acercó a la matriarca de los Moretti porque para *mamma*, cuantos más seres queridos estén reunidos, mejor. Ahora el clan crece cada vez más con bebés por todos lados y lazos de amistad fortalecidos.

—No sabía que ibas a ir.

—¿No quieres que vaya?

—No, es solo que… tenemos que tener cuidado. Nadie en mi familia puede saber.

No me gusta, pero sé que Chiara tiene razón. Ayudarla a cumplir su sueño de tener un bebé no significa que quiera participar activamente en su vida.

Además, si mi familia supiera que fui yo quien la embarazó, empezarían a especular que nos casaríamos.

—Mis hermanos no pueden saber porque necesito que estés vivo, y si sospecharan que estamos juntos, en cualquier nivel, tendrían dos opciones: que te maten o casarme contigo. Nunca me casaría contigo, así que solo quedaría cargar la culpa por tu muerte.

—Es lindo que creas que tus hermanos podrían matarme, Chiara. No me gusta la idea de peleas familiares, pero haremos las cosas a tu manera.

Ella parece aliviada y eso es casi insultante.

Algo en mi mente, cuando me hizo la propuesta en el restaurante, me hizo sospechar que Chiara podría estar mintiendo y que planeaba de alguna forma atraparme, pero me considero buen lector de personas y ahora sé que me equivoqué.

Chiara no quiere nada de mí más que mi esperma. ¿Cómo puede ser que siendo tan joven, sea tan desapegada? Sobre todo si es la única soltera entre sus hermanos.

—No mentiste cuando dijiste que no querías un padre presente para tu hijo.

Veo de reojo que se gira en el asiento para mirarme.

—¿Creíste que intentaba atraparte con un embarazo? ¿No escuchaste nada de lo que dije en el restaurante? No quiero un marido. No confío en los hombres.

Estaciono en nuestro garage y me giro hacia ella.

—Estabas en una relación hasta hace pocas semanas y si ese imbécil no fuera un traidor, probablemente te habrías casado sin amor solo para proteger tu corazón. Entonces, siguiendo ese razonamiento, ¿por qué no querrías lo mismo de mí?

—Porque tú me desestabilizas. No quiero enamorarme.

No esperaba que Chiara bajara la guardia y me sorprende su sinceridad.

—¿Y si pasa? Lo último que quiero es lastimarte.

—No pasará, Giuliu. Puede que no me engañes, pero eres el tipo de hombre en quien no podría confiar. Todo en ti es demasiado. Guapo, rico, encantador —baja la vista hacia su regazo—, el mejor beso que he probado, lo que significa que desde los dedos del pie hasta tu último cabello, vienes con una placa de "peligro" para mí. Además, aún no he aceptado nada.

No espera que abra la puerta del coche. Sigue directo al ascensor, como si su confesión la dejara al límite. La alcanzo en pocos pasos, molesto por su costumbre de huir de mí.

Chiara es la única mujer que me ha hecho eso hasta ahora. Estoy acostumbrado a que todas las mujeres traten de llamar mi atención.

Entro al ascensor y la puerta se cierra, lo que significa que presionó el botón para subir, ignorándome por completo.

Mi sentido común se va al diablo y el instinto toma el control.

La aprieto contra la pared del ascensor.

—No creas que seguiremos tus reglas.

—No dije eso, pero si crees que voy a ceder como estás acostumbrado con todas las mujeres con las que estuviste…

La callo con mi boca. El beso es puro deseo y locura. Mi lengua exige la suya y mi cuerpo quiere su rendición. Chiara me vuelve hambriento de ella, y sé que no está jugando. Hay algo en ella que despierta mi deseo como nadie antes.

Su reacción me enciende aún más. Acepta mi mando, pero también me roza, arqueando el cuerpo pidiendo más.

Se abren las puertas del ascensor, creo que en nuestro piso, pero aún no la dejo ir.

—No pienso en lo que pasó con otras mujeres. Desde que te toqué por primera vez, es tu cuerpo y boca lo que deseo. Eres tú a quien quiero.



Chiara

¿Puedo hacer esto? ¿Pasar tiempo con Giuliu, el hombre que elegí para ser el padre de mi bebé, sin enamorarme?

Sí, claro que puedo. ¡No soy una niña!

Los hombres tienen novias solo con el deseo de por medio, así que es posible que una mujer consiga lo mismo.

Aunque me siento relativamente valiente, le digo:

—Necesito pensar.

La distancia entre nuestros rostros es casi nula. Si Giuliu quisiera, con solo unos centímetros podría volver a tener su boca sobre la mía, pero me mira unos segundos y luego se aleja.

—Dijiste que tenías postres para ofrecerme. Todavía tengo hambre.

No soy tan ingenua para no entender el doble sentido de lo que dice, y mi cuerpo responde involuntaria e inmediatamente, inclinándose hacia adelante.

—Ah, Chiara, eres tan fácil de leer. Tu boca deliciosa me dice una cosa, pero tu cuerpo quiere otra. Entremos antes de que me quede sin voluntad.

Poco después, siento su mirada quemar mi piel mientras abro la nevera para sacar la caja de postres para la prueba de la boda.

Normalmente, cuando la novia decide dejar todo en manos de mi empresa, incluso la contratación del buffet, no soy yo quien hace la prueba, pero esta mujer ya me ha dado algunos problemas, así que quiero que todo salga perfecto para evitar disgustos.

—Te gusta el azúcar —digo, sin voltear, más para calmar mis nervios que por preocuparme por lo que come Giuliu.

No se sienta en un banco de la isla de la cocina como esperaba. En cambio, se quitó el blazer apenas llegamos y desde entonces tiene un hombro apoyado en el marco de la puerta, con los brazos cruzados frente al pecho mientras me observa.

—Estoy sano. No hay casos de diabetes en la familia, si esa es tu preocupación.

Me giro hacia él.

—No estoy preocupada. Sé lo que hace falta saber de tu salud. Ginevra habla mucho de sus *bambini*.

Tengo la caja de postres en la mano, pero no doy un paso para llevárselos.

Pareciendo darse cuenta de cuánto estoy de nerviosa, finalmente, él elige uno de los bancos altos de la isla para sentarse.

—Ven aquí, Chiara.

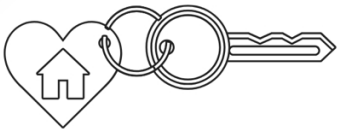
Mi instinto dice: *corre*.

Mi cuerpo y mi corazón ordenan: *entrégate*.

Somos dos contra uno, y para satisfacer mi deseo, camino con las piernas temblorosas hacia él.



Giulia



Capítulo 32

Sé que si respiro profundo, podría oler su ansiedad.

Mientras veo a Chiara acercarse a mí con la caja de dulces en la mano, sus ojos brillan.

No puede ocultar sus nervios, y de una forma inexplicable, me gusta verla tan claramente. Chiara no intenta seducirme, lo hace porque es irresistible.

Duda un momento, como si una batalla interna se desatara en su mente.

Aunque es joven, las malas experiencias familiares la han vuelto cautelosa, desconfiada.

La atmósfera entre nosotros parece vibrar con electricidad, y sus pasos lentos y vacilantes me hacen querer atraerla hacia mí y tomar lo que deseo, lo que ambos queremos, y mostrarle que conmigo no tiene nada que temer.

Se detiene frente a mí, la caja de dulces nos separa como si fuera un escudo protector, una barrera para mantener el control.

Sin embargo, nuestras miradas no se apartan y los ojos de Chiara, aunque ella no lo note, están llenos de promesas.

—¿Qué tienes para ofrecerme?

—Todo lo que dices parece tener doble sentido.

—En ese caso, hablaba de los dulces. Sobre lo que tu cuerpo tiene para entregarme prefiero descubrirlo por mi cuenta.

Le quito la bandeja de las manos y la dejo sobre la mesa. Con un movimiento que sé que no espera, la tomo de la cintura y la siento sobre el mármol frío.

Ella abre los ojos, mezcla de sorpresa y deseo.

La diferencia de altura entre nosotros es grande, así que cuando me acomodo entre sus piernas, todavía sentado en el banco alto, solo tengo que jalarla del cuello para tener su boca muy cerca de la mía.

—Déjame probar el dulce —pido, con una mano en sus muslos.

La toco a la altura de las rodillas, sobre la piel desnuda de sus piernas porque el vestido se ha subido más. Su piel es suave, Chiara está caliente, y cuando muevo apenas los dedos acariciando su carne, la siento estremecer al contacto.

Ella toma un dulce que parece un *cannoli*[2] pequeño y lo lleva a mi boca.

—Probé uno antes. Está delicioso —me dice bajito, deteniéndolo frente a mis labios.

Su respiración es entrecortada, y se siente el pulso del deseo entre nosotros.

No se trata de lujuria pura y simple, sino de ese tipo de lujuria cruda e instintiva, como si ambos estuviéramos colgando de un hilo pero tratando de controlarnos.

—Aliméntame, Chiara.

Temblorosa, duda un instante antes de llevarme el dulce a los labios.

Lo pruebo, y aunque está delicioso, es otro tipo de alimento lo que deseo. Tomo su muñeca y acerco sus dedos a mi boca. Están aún manchados con la crema que se salió del *cannoli*, y los chupo uno a uno.

Ella gime y su reacción desata mi locura.

La atraigo hacia mi regazo, haciéndola montarme, y tomo su boca.

No hay resistencia, al contrario, parece ansiosa por que la guíe.

Su espalda está apoyada contra la mesa de la cocina. La tengo como quiero, atrapada conmigo.

Comienzo el beso suave, nuestras bocas explorándose mutuamente, pero cuando ella agarra mi cabello, el deseo que sentimos explota entre nosotros, transformándonos en macho y hembra, algo profundo e intenso pidiendo paso.

Mi lengua encuentra la suya, una danza rítmica entrelazada de promesas no dichas. Es un beso voraz, y con él exijo su rendición.

Soy consciente de cada toque suyo, la presión suave de sus manos en mis hombros y nuca, la curva delicada de su cuerpo contra el mío mientras nos perdemos el uno en el otro.

Es deseo visceral. Instinto animal.

El cuerpo delicado entre mis brazos es receptivo y cálido, y lo único que sé en este instante es que necesito probarla.

Una de mis manos se cierra como garra sobre su culo, acomodándola sobre mi miembro, y la otra toca su cuello y nuca al mismo tiempo, llevándola toda hacia mí.

Al principio, Chiara parece tímida, un poco insegura, dejando que bese su boca y solo respondiendo a mis movimientos.

Me alejo para mirarla.

—No así, no entregándote solo a lo que quiero. Necesito ver a la Chiara real, sin miedo y deliciosa. Sé que está ahí dentro, en algún lugar.

Como queriendo mostrar que controla la situación, pasa la lengua rosada alrededor de sus labios, y eso dispara algo en mí. Cuando la atraigo para besarla de nuevo, responde con furia.

Atacamos los labios del otro con el hambre que solo quienes se desean intensamente pueden tener. Es una lucha mutua por obtener lo que necesitamos.

Mis dedos se enredan en los hilos de seda de su cabello, dejándola sentir la fuerza de mi deseo.

El calor entre nuestros cuerpos es como una fortaleza, creando un mundo solo nuestro, aislándonos del resto del planeta.

No hay nada más que necesidad, deseo voraz, bocas y manos buscándose.

Ella gime cuando mi lengua explora su dulzura y se mueve inquieta sobre mi regazo, buscando saciarse con mi verga gruesa y erecta.

Quiero llevarla a mi departamento y pasar toda la noche conociendo cada rincón de su sexy cuerpo.

Chiara despierta mi lado más rudo y hambriento.

Mi mano sube de su cintura hacia uno de sus senos, y ella se inclina hacia atrás, mordiendo el labio inferior y gimiendo ante la caricia.

Chiara es sensual por naturaleza, provocativa.

Deslizo el pulgar sobre su pezón derecho y ella susurra mi nombre.

Como si no pudiera controlarse, agarra mi rostro y toma la iniciativa de besarme otra vez, buscando mi lengua.

La devoro con una ansiedad que no recuerdo haber sentido antes. Dientes y labios tomando todo de ella.

Bajo una tira del vestido porque quiero sentir su piel en la palma de mi mano. Ella podría detenerme, pero no lo hace, y cuando dejo el seno expuesto y lo toco por primera vez sin la barrera de la ropa, los dos gemimos dentro de la boca del otro.

Acaricio el pezón, girando el pulgar sobre la punta dura, pero no es suficiente, y sosteniéndola por la cintura, la levanto para que el pecho quede a la altura de mi rostro, tomando el seno entero en la boca.

Chupo su piel, disfrutando su sabor, pero necesito más, así que me pongo de pie con ella en mi regazo y la acuesto sobre la mesa.

Chiara parece una diosa sensual medio desnuda, esperando que la devore.

—Eres hermosa.

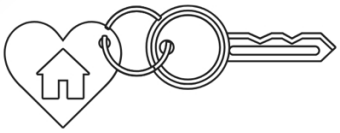
Ella intenta cerrar los ojos.

—No. Ábrelos, *principessa*. Puedes detenerme cuando quieras, pero quiero tus ojos en los míos.

A pesar del hambre insaciable que siento por ella, no tengo intención de jugar sucio. Conozco sus vulnerabilidades ahora y no usaré eso en su contra si no está lista para llegar hasta el final.



Giuliu



Capítulo 33

—Yo no... —empieza ella, pero me inclino sobre su cuerpo y beso su boca otra vez.

Paso mis labios por sus mejillas; luego beso su mentón, cuello, bajo la otra tira del vestido y chupo su pecho, recorriendo con la lengua el pezón.

—No voy más allá de lo que puedas manejar, pero estoy loco por probar tu sabor, Chiara. Eres todo aroma y calor, mi mujer fogata. Quiero quitarte la tanga y beberte.

Ella apenas respira y, cuando levanto la vista, sus pupilas están dilatadas.

Sentado entre sus muslos, subo aún más su vestido hasta que queda a la vista su lencería. Bajo el rostro, aspirando su aroma. Está tan mojada que lo siento a través de la tela.

Paso mis labios por la tela y Chiara gime fuerte.

Su cuerpo se mueve sin querer cuando agarro los costados de su ropa interior.

—Déjame probarte.

—No me lo pidas, haz lo que desees. Nunca permitiría llegar tan lejos si no deseara esto.

—No se le ofrece un banquete a un hombre muerto de hambre, Chiara.

—¿Soy tu alimento hoy?

—No, eres la única que deseo.

—Por ahora.

—Por mucho tiempo.

Quiero quitarle el resto del vestido, pero el instinto me dice que eso la pondría en guardia, así que solo deslizo la lencería por sus muslos.

Algo inexplicable, territorial, se extiende por mi pecho, como si fuera la primera vez que hago esto.

No veo frente a mí a una mujer que quiero llevar a la cama. Veo a Chiara, la que deseé desde el principio, pero que no me permití tener.

Tocarla así es como desenvolver un regalo largamente deseado. Uno tan perfecto y delicioso que borra al instante la memoria de todos los anteriores.

La ropa interior ya no me estorba y mis manos la recorren desde sus tobillos, subiendo por sus piernas y separando sus muslos.

Mirándola a los ojos, atento a sus reacciones, bajo y beso su vientre, y cuando mi pulgar toca el borde de su vulva, Chiara no me detiene, al contrario, responde con pasión, su cuerpo cobra vida propia mientras se mueve y levanta ligeramente las caderas.

Tiene curvas deslumbrantes que me hipnotizan, y quiero pasar días explorando cada centímetro de ella.

Bajo el rostro y veo su vulva hermosa. Chiara solo tiene un pequeño triángulo negro, y chupo la parte sin vello de su carne.

Con mis dedos separo sus labios vaginales y rozo su clítoris con los dientes.

Chiara es sensible, el más leve toque la hace temblar, y cuando paso la lengua por su vulva, lamiendo su deseo, casi salta de la mesa.

Muerdo la carne suave y ella planta un pie sobre el mármol. Sus manos se enredan en mi cabello mientras arrastro la lengua sobre su punto de placer, provocándola.

Devoro su vulva y no consigo todo lo que necesito. Es como meter la cara en un pote de miel. No creo que deje de chuparla nunca.

Agarro sus caderas y me deleito, comiéndola con la boca.

—Podría quedarme toda la noche con la cara entre tus muslos, Chiara. Tu sabor es una maldita adicción.

La penetro con la lengua, alternando con un dedo, pero sin meterlo muy profundo, porque parece tan hambrienta, como si no hubiera tenido sexo en meses, y no quiero lastimarla.

Ella gime mi nombre cuando aprieto suavemente su clítoris con los dientes, rogándome que la complazca.

Aprieto más su carne.

—¿Te gusta que te coma con mi boca? Aún no has visto nada, *cuore mio.* Te voy a volver adicta a mi verga. Haré que solo con oír mi voz me imagines dentro de ti.

Ella susurra, intentando levantar las caderas, pero no la dejo alejarse mucho, chupándola hasta que lo único que puede hacer es entregarse a mí.

Minutos después, siento en su respiración que está al borde del orgasmo, y cuando sorbo su clítoris como si besara sus labios, en un beso profundo y voraz, con mi dedo trabajando dentro suyo, ella gime largo y se entrega, gozando.

La chupo hasta que no queda nada y luego beso sus muslos y subo por su abdomen. Cada centímetro que recorro lo muerdo, chupo y lamo.

Cuando llego a la altura de sus ojos, su rostro está completamente relajado.

No hay mujer más hermosa que Chiara Moretti en cualquiera de sus versiones. Peleonera o sexy como ahora, me tiene hechizado por su belleza.

Le doy un beso suave en la boca y sus manos llegan a mi rostro. Por deseo, empezaría todo otra vez, pero no estoy seguro de poder parar y Chiara aún no tomó una decisión.

No seré uno más en su vida que la engañe, usando un momento de fragilidad para obtener lo que quiere.

Así, reuniendo cada mililitro de fuerza de voluntad y autocontrol, la cargo en brazos.

—¿Cuál es la puerta de tu habitación? —pregunto mientras camino por el pasillo con ella en brazos.

—No dije que... —empieza a protestar, aún con los ojos cerrados, aferrada a mi cuello.

—Shhhhh... No haré nada que no quieras, y no antes de que pongamos en palabras que tenemos un acuerdo. Por ahora, solo quiero llevarte a tu cama, *bella*.

—Mi cuarto es la segunda puerta del pasillo. Pensé que ya lo sabías, cuando estuviste aquí en mi ausencia y revisaste mis calzones —bromea.

Termino el recorrido en silencio y me sorprendo al llegar, porque todo está en tonos pastel, algo que recordaría el cuarto de una adolescente soñadora, no de una mujer de negocios que dice que no quiere enamorarse.

La acuesto en la cama, le subo los tirantes del vestido y le bajo la falda.

—No hacía falta que hicieras esto.

—El hecho de que no busquemos un futuro juntos no significa que no te trate como la reina que eres, Chiara.

—No quiero que me digas esas cosas. Lo que pasó fue solo sexo.

Tiene razón, pero algo en mí se rebela contra eso.

—Lo que pasó fue solo un aperitivo y quiero mucho más. Vas a ser mía, Chiara.

Salgo del cuarto antes de que la tentación de probar cuánto me desea supere a la razón. La boca de Chiara puede negar su deseo por mí, pero el mensaje que su cuerpo me envía es inconfundible.

Los dos tenemos una química perfecta.

Nunca me sentí tan conectado a una pareja y el instinto me dice que tal vez nunca logre ese vínculo de nuevo.



Capítulo 34

Florencia

—¿Qué está pasando entre tú y Giuliu, Chiara? —me pregunta Lexi, la esposa de Carmine, el mayor de los Parisi Trovato, en un momento en que quedamos las dos solas en el invernadero de flores de la casa de *mamma*.

Todos mis hermanos, sus parejas e hijos vinieron, pero entre los herederos de Ginevra faltan Michele y Rafaelle, ambos atrapados en viajes de trabajo. Giuliu también pasó la semana fuera de Milán, porque cuando desperté al día siguiente de nuestra cena, había una nota en mi mesita avisándome que él se iría de viaje. Fue extraño y dulce al mismo tiempo. No esperaba que se preocupara por no dejarme pensar que simplemente "desapareció" después de la intimidad que tuvimos.

—No sé si entendí tu pregunta. Solo somos vecinos.

No puedo decir, claro, que llevo una semana casi sin dormir pensando en lo que pasó en mi cocina. O que para aceptar ser padre de mi hijo en este proyecto independiente, Giuliu quiere intentar embarazarme "cara a cara"... Creo que hasta Lexi, que es un espíritu libre, se sorprendería con eso.

Ella me sonríe y levanta una ceja.

—No le diré nada a Carmine, pero debo avisarte que ustedes dos están dando muchas pistas.

—¡Dios mío, Lexi! ¡Qué confuso es todo!

—¿Vamos a dar una vuelta afuera? Si quieres, me puedes contar.

Acepto. Necesito aire fresco porque me siento ahogada. ¿Y si alguien más notó que no podíamos dejar de mirarnos? Sí, porque ni siquiera puedo echarle la culpa a Giuliu por esta indiscreción. Yo también lo busco con la mirada cada segundo.

No es tan fácil como pensé que sería involucrarme con alguien en secreto. En mi defensa, debo decir que nunca planeé que las cosas se volvieran íntimas entre nosotros. Solo quería su material genético para concebir a mi hijo. Pero después de nuestro último encuentro, no creo que pueda decir que no a la propuesta que me hizo. Tanto porque quiero a mi bebé más que a nada en el mundo, como porque nunca imaginé que un hombre pudiera hacerme sentir así.

Llegué a pensar que no estaba hecha para disfrutar el sexo como las mujeres que conozco, que había algo mal en mí.

La semana pasada descubrí que no era un problema mío, sino de las personas con las que me involucré hasta ahora.

—Si fueras un dibujo animado, podría ver tu cabeza hirviendo y humo saliendo por tus orejas —dice Lexi, cuando nos acercamos a un árbol en la parte trasera de la casa de mi madre.

—Giuliu y yo estamos trabajando en un acuerdo, y no puedo contarte nada más porque no me he decidido aún.

—Un acuerdo con un Parisi Trovato es peligroso, Chiara. Eres adulta y no quiero meterme, pero me importas mucho como para dejarte entrar sin aviso. Ellos nunca juegan para perder y son implacables cuando quieren algo.

—No creo que entiendas. Giuliu no me hizo una propuesta, fue al revés. Él simplemente dio vuelta las reglas y me contraofertó.

—¿Una relación sin compromisos?

—Algo así. Más que nada serían "encuentros", creo —minimizo.

—¿Has pensado en el lío que sería si tus hermanos se enteraran? Porque no importa la edad que tengas, Chiara, los muchachos siempre te van a ver como una niña.

—Lo entiendo de cierta forma, Lexi, pero aunque ellos piensen así, la realidad es que no lo soy.

—Entonces, si llegan a descubrirlo, ponte firme. —Ella sacude la cabeza—. Dios mío, ¿por qué tienen que sentirse atraídos él y tú? No veo cómo eso pueda terminar bien. No me malinterpretes, me encantaría que tú y Giuliu fueran pareja, pero siendo sincera, creo que los Parisi Trovato solteros son los más difíciles de atrapar.

—No tengo ninguna intención de atrapar a Giuliu, Lexi. Él no es mi tipo.

—Racionalmente, tal vez no.

—¿Cómo es eso?

—Cuando conocí a Carmine, supe de su fama enseguida. Me fascinó, pero además de estar segura de que no tendría oportunidad con él, imaginaba cómo sería estar al lado de un hombre sobre quien las mujeres se lanzan. Así que si me preguntaras antes si elegiría enamorarme de mi marido, la respuesta sería que no. Si recuerdo bien nuestras conversaciones, tú también decías que no querías nada con hombres que cambiaban de novia cada semana, así que por más guapo que sea mi cuñado, y lo es, porque si algo sabe hacer Ginevra es tener hijos hermosos, entre tú y Giuliu hay tantas diferencias que parecen de galaxias distintas.

—Como te dije, es complicado. Y sí, tienes razón, nunca elegiría a Giuliu para mi "para siempre", pero ¿y si decido vivir un poco?

—No estoy aquí para arruinar tus planes, querida. Solo asegúrate de proteger tu corazón y, si esta historia de ustedes, sea un experimento, un acuerdo o como quieran llamarlo, sale a la luz, no dejes que tus hermanos intenten matar a mi cuñado. Sería una pena que se rompieran las familias, sobre todo porque Giovanna quedaría dividida.

Suspiro.

—Lo sé, tienes razón, pero como vivimos en Milán los dos, es más difícil que noten algo.

—No es así, créeme. La atracción entre ustedes es magnética y cualquiera que preste un poco de atención la notaría.

—No me gusta mentir, Lexi, pero ¿te imaginas el caos si Ricco o mis otros hermanos se enteran?

—No solo ellos. Incluso Santo se volvería loco con Giuliu, porque sabe que mi cuñado no fue hecho para relaciones serias.

—¿Alguna vez tuvo una?

—No que yo sepa, pero eso no significa mucho, porque Lucca tampoco tampoco había estado mucho tiempo con otra hasta que vio a Berlín y supo que ella era suya. Te doy un consejo, Chiara. Los Parisi Trovato no dejan nada entre líneas. Si Giuliu quiere algo más contigo que solo pasar el rato, no te dejará dudas al respecto.

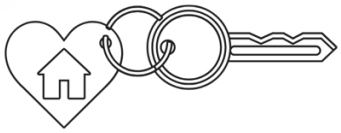
—No estoy enamorada de él.

Ella sonríe, como si supiera más de mí que yo misma.

—Por lo que entiendo, esto entre ustedes es reciente. Cuéntame cómo van las cosas dentro de un mes.



Giuliu



Capítulo 35

—¿Qué…? —pregunta ella, con cara de asustada cuando la tomo del brazo mientras pasa por el pasillo de la casa de Carina y la llevo al lavabo.

—Me estuviste evitando todo el día.

—No podemos quedarnos aquí. ¡Alguien podría vernos!

—Respóndeme, ¿por qué me evitaste? ¿Te asusté la semana pasada?

—¿Qué? No… yo… disfruté todo lo que pasó.

—Entonces, ¿por qué parecías querer mantener distancia?

—Al principio no quería, pero hablé con Lexi y me dijo que se nota cómo nos miramos todo el tiempo. Me aconsejó que no dejara que mis hermanos se dieran cuenta.

—¿Qué quieres hacer, Chiara?

—¿Hacer?

—No me gusta esa historia de mentir.

—No estamos mintiendo, solo estamos guardando nuestra vida privada para nosotros. Nadie tiene nada que ver. No quiero que mis hermanos se enteren porque si acepto tu contraoferta, esto entre nosotros no va a durar. ¿Para qué involucrar a las familias en ese acuerdo? Mis hermanos son muy protectores. Van a pensar que me

lastimaste cuando todo termine y no quiero arruinar la amistad entre nuestras familias.

Tomo su rostro y la beso hasta que nos falta el aire. Ella intenta empujarme, pero no resiste mucho. Pronto, Chiara me jala con desesperación.

—¿Por qué hiciste eso? —dice, con los labios hinchados por mis besos, cuando nos separamos un poco para respirar.

—No me gustan las omisiones. Es casi como mentir.

Me obligo a alejarme porque esta mujer me hace perder el control muy fácil.

—No es así.

Sacudo la cabeza.

—No va a funcionar.

—¿Qué? No puedes echar atrás el acuerdo ahora. Quiero más de lo que tuvimos ayer. Y a mi bebé.

Mis ojos bajan a su vientre.

Cuando me dijo en el restaurante que quería ser madre, lo único que pensé fue que esa era la oportunidad perfecta para darnos lo que cada uno quería sin que ella se lastimara. Pero ahora, por primera vez, estoy reconsiderando todo.

Si seguimos con nuestro trato, voy a tener un hijo con ella. Una parte de los dos crecerá dentro de Chiara.

—¿En qué piensas?

—En nada. Voy a cumplir mi parte porque te deseo.

Ella levanta el mentón, orgullosa.

—Nunca pensé que sería por otro motivo que no fuera el deseo. No necesito un padre para mi bebé. Ahora debo irme o sospecharán.

—Vas a volver a Milán conmigo en helicóptero.

—No…

—Fue una locura no aceptar el viaje cuando viniste, Chiara. Nuestros familiares van a sospechar mucho más si nosotros, que vivimos en el mismo edificio, no regresamos juntos.

—Está bien. Simplemente no vine a Florencia contigo porque no quería complicarme la vida. Lo que pasó la semana pasada fue una novedad para mí.

—¿Gozar?

—Gozar con un hombre.

—¿Nunca estuviste con alguien que te diera un orgasmo?

¿Con qué tipo de idiota incompetente has estado?

—Nunca tuve pareja. Si no fuera por tu propuesta descarada, sería una embarazada virgen. Nunca tuve sexo.

La sostengo por la mandíbula.

—No me mientas. Si crees que decir que eres virgen me va a hacer echarme atrás, no me conoces.

—No lo digo. Soy virgen. Todo lo que pasó entre nosotros ayer fue nuevo para mí, como lo será hacer el amor contigo. Y en cuanto a echarte atrás, no quiero que lo hagas. Soy miedosa, ya debes haberlo notado, y lo que sentí la semana pasada fue más de lo que nunca soñé. Quiero más.

Ella hace como si quisiera irse, pero la agarro del brazo.

—No es una relación común. Vamos a estar juntos porque tenemos un acuerdo. Serás mía hasta que te haga un hijo.

Maldita sea, mis propias palabras me vuelven loco. ¿Qué diablos me pasa? No quiero compromisos ni ataduras a largo plazo, pero al decir en voz alta que voy a embarazarla, siento esa sensación de posesión corriendo por mi sangre.

—Tenemos un acuerdo —repite ella—, pero recuerda que no puedes echarte atrás. Mientras estemos juntos hasta que quede embarazada, seré tuya, pero el bebé que tengamos será mío. No quiero que sepa que tú existes, Giuliu. Crecí con un padre que solo estuvo en papel, porque nunca le importamos. Mi hijo será el niño más amado del mundo. Es mejor criarlo solo con una madre, sabiendo que fue deseado, que saber que tiene un padre que nunca lo quiso.



Chiara

No espero que me diga nada más. Se lo dije a Giuliu, pero también a mí misma, porque necesito mantener los pies en la tierra.

—¿A dónde vas con tanta prisa? —me pregunta mi hermano Ricco cuando doblo una esquina en el pasillo, a pocos metros del baño, y miro rápido por encima del hombro, esperando que Giuliu no salga del baño justo ahora.

Tengo que pensar rápido para evitar que se arme una tercera guerra mundial en la casa de *mamma*, porque mi hermano, además de súper protector, no es ningún tonto.

En pánico, decido usar toda la artillería porque necesito sacar a Ricco de ahí.

—Quería quedarme un rato sola porque necesito hablar con ustedes. Con todos los hermanos, pero no quiero que *mamma* se entere.

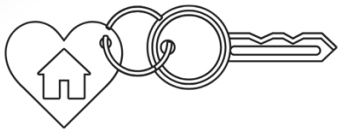
Él me abraza sin hacer preguntas, como hacía cuando yo era chica.

—¿Qué pasó?

—Vamos a llamar al resto del clan, pero sin que *mamma* se dé cuenta. Podemos hablar en la biblioteca.



Chiara



Capítulo 36

—Deberías habernos contado —dicen todos mis hermanos varones casi al mismo tiempo, y si no estuviera tan conmovida por la fuerza del amor que sienten por mí, podría reírme.

Miro a Giovanna y Donatella, buscando apoyo, pero ellas también parecen preocupadas, y eso es justamente lo que no quería.

No planeé contarles hoy a mis hermanos sobre el nódulo en el pecho, pero ahora que empecé a hablar, siento como si me hubieran dado un baño por dentro, lavando el resto del miedo que sentí ante la sola posibilidad de estar enferma.

Recuerdo la conversación que tuve con Lexi y que me insistió en que debía aprender a hacerme respetar. Mi amiga tiene razón. No se trata solo de que ellos piensen que nunca podré cuidarme sola, sino de todo en mi vida.

—No quise decir nada antes de estar segura —digo, mirando mis manos y sintiendo que se me llenan los ojos de lágrimas al revivir mi visita al médico, tanto para la biopsia como para buscar el resultado. Miro especialmente a los cinco Andresano—. No podía hacerlos pasar por eso después de lo que sufrieron con la muerte de Greta.

Oigo a Giovanna sollozar y Ricco se agacha frente a mi sillón.

—¡Dios mío, Chiara! —Me toma la cabeza y pega nuestras frentes —. No importa cuánto duela, somos una familia. Pensar que pasaste

por eso sola, con miedo...

No termina la frase y ni siquiera hace falta.

—No quería preocuparlos.

Mi hermano mayor se levanta y me ayuda a ponerme de pie. Pronto, todos están a mi alrededor en un abrazo tan fuerte y unido que me hace estar segura de que, sin importar lo difícil que sea la situación, podemos superarla juntos.

—Nunca más nos ocultes algo tan grave, Chiara —dice Tommaso, el segundo hermano mayor, y uno a uno, todos mis hermanos me van besando.

Por último, llega Gaetano, mi campeón favorito.

Sé que de todos, él fue quien más sufrió con la muerte de Greta, la matriarca Andresano, porque estaba de viaje y no llegó a tiempo para despedirse.

Me besa en la frente.

—No te preocupes por cuánto creas que esto nos va a entristecer, hermana, siempre estaré cerca para protegerte.

—Lo siento mucho, Gaetano. No quería molestarlos.

—No estamos molestos, *piccola*, pero sí nos culpamos por no haber estado cuando nos necesitaste.

—Si alguien tiene la culpa, soy yo. Perdónenme. Pero quiero pedirles que no se lo cuenten a *mamma* ni a sus parejas por ahora. Todos me mirarían diferente, con cuidado, como si yo fuera un cristal por romperse.

Y hay otra razón para pedirles que no se lo digan a sus esposos o esposas: si se entera la familia Parisi Trovato, sé que Giuliu cambiará conmigo. No quiero su lástima. Lo que quiero del siciliano es un bebé y varias noches de placer durante el proceso, si tengo suerte.

—No pensaba contarle hoy de todas formas —dice Ricco.

—Ni en el futuro, hermano. Nuestra madre ya tuvo suficiente tristeza en la vida por culpa de ese desgraciado que contribuyó a nuestro nacimiento —digo, refiriéndome a Dino Moretti—. Ella merece algo de paz. Estoy bien. Fue solo un susto y ya pasó.



—No me gusta la idea de que vueles en esa cajita, *bambina*. Pero, por otro lado, me alegra mucho que vuelvas a Milán con Giuliu. Amo a los chicos de Ginevra.

Ella no dice nada sobre los Andresano, pero sé que mi madre ahora adora a mis hermanos también. Al principio, la relación con ellos fue rara porque *mamma* se sentía culpable, como si intentara ocupar el lugar de Greta en sus vidas. Eso es lo que Dino hizo con nosotros. Fue el único pecador, traidor, maldito y estafador; sin embargo, nosotros, los hijos y las dos mujeres a las que engañó (tres si contamos a la madre de Rainer, Heike Schulz), nos sentimos culpables por vivir así.

De una manera torcida, toda la maldad que hizo lo transformó en el excluido, y ahora nosotros somos los eslabones de una misma cadena, forjada en el dolor y, por eso mismo, inquebrantable.

—Quiero hablar contigo, pero no hoy.

Todos mis hermanos ya se fueron, excepto Giovanna, porque Santo sigue con Giuliu en la sala principal.

No sé si el futuro padre de mi bebé lo hizo a propósito, dejando que los demás se fueran antes que nosotros, pero será más fácil salir sin que mis hermanos le lancen miradas amenazantes al siciliano.

—¿Hay algo en qué deba preocuparme?

—No, *mamma*. Es una decisión que tomé y quiero que seas la primera en saberlo, pero no voy a hablar de eso hoy. Es tu cumpleaños. Disfruta el resto de la noche.

Sé que ella y su nuevo esposo tienen una relación totalmente distinta a la que tuvo con mi padre. Él la adora, le presta atención, es compañero y fiel, todo lo que un corazón roto en mil pedazos necesita para sanar.

—*Vai con Dio, figlia mia, e abbi cura di te*[3].

Unos minutos después de despedirme de mi hermana y cuñado, Giuliu me abre la puerta de su coche, pero no antes de que note la mirada interrogativa de Giovanna. Claro que sé por qué. En la última fiesta en Sicilia, en el cumpleaños de mi sobrino, casi maté a Giuliu con la mirada y ahora viajo con él. Mi hermana es inteligente y pronto atará los cabos.

—¿Vas a pilotear de verdad? —le pregunto, porque escuché a Santo recomendarle que tuviera cuidado, cuando nos despedimos.

—Sí. ¿No confías en mí?

—No te conozco tan bien como para confiar, pero estoy muy emocionada por este vuelo. Nunca he tenido una cita tan emocionante.

En cuanto digo eso, quiero hundirme en el asiento del coche.

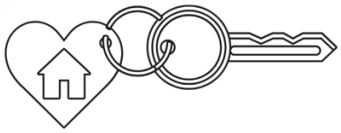
Jesús, esto no es una cita. ¡Es un viaje a casa!

—No quise…

—Considera que es una cita y terminémosla en mi departamento. No importa que nadie se entere, Chiara. Mientras estemos juntos, serás mía.



Giuliu



Capítulo 37

—¿Por qué pilotear si podrías tener a alguien que lo haga por ti y solo disfrutar el paseo?

—Relajarme no es parte de mi naturaleza. Me gusta la adrenalina corriendo por las venas.

—No me quejo. Nunca he volado en helicóptero de noche. Parece un sueño ver las luces allá abajo. Es como estar en un Olimpo viendo el mundo a nuestros pies.

No sé si ella nota lo desprevenida que está, pero yo sí. Chiara parece una niña a la que su mamá dejó sola en una tienda de dulces.

Observa todo lo que hay debajo de nosotros y hasta apretó mi muslo, excitada, cuando le mostré, poco después de despegar, la cúpula iluminada de la Catedral de Santa María del Fiore y algunos puentes de la ciudad donde nació.

Yo pretendía mantener todo entre nosotros lo más casual posible, pero no puedo. Nunca conocí a alguien como ella. Normalmente, las mujeres con las que he estado son más cautelosas con los novios porque han sufrido algún desengaño amoroso, pero Chiara es virgen, y como ella misma admitió, tuvo al hijo de puta del médico como su primer novio.

Aunque tenga una vida disfuncional, como todos los Andresano y Ricco (en fin, cualquiera que descienda de Dino Moretti, que lo lleve el diablo), sus otros hermanos encontraron pareja y fueron felices. Hasta Carina tuvo una segunda oportunidad.

¿Cómo puede una mujer tan joven todavía, que parece derramar amor por toda su familia, no querer al menos encontrar un compañero?

—Una vez escuché a tu hermana decirme que cambiaste después de un evento que involucró al hombre que causó la muerte de tu sobrino.

Sí, sin miedo a equivocarme, es una de las historias más descabelladas que conozco. Ricco, hace muchos años, tuvo un hijo con una mujer con la que tuvo una relación rápida. Aunque él vio claramente que ella era una interesada y usaría al niño como moneda de cambio, no quiso separar a madre e hijo al principio. Pero llegó al límite con el comportamiento irresponsable de esa mujer con el heredero y estaba a punto de pedir la custodia exclusiva cuando ocurrió una tragedia que terminó prematuramente con la vida del bebé.

Se descubrió que el responsable de la muerte del niño fue uno de los amantes de la madre.

Giovanna una vez mencionó que Chiara perdió todo su brillo de juventud después de eso, porque aunque la hermana de Santo no era cercana a la media hermana, Donatella sí lo era.

Chiara permanece en silencio durante el resto del camino, que dura más de una hora, y ni siquiera cuando aterrizamos en el helipuerto, en lo alto del edificio de mis oficinas en Milán, vuelve a hablar.

Entiendo que es un tema pesado para ella, pero no la dejaré evitar contarme sobre su pasado.

No importa cuánto miedo tenga a la intimidad, un vínculo eterno se forjará entre nosotros.

Ella no hace ningún gesto por bajarse del helicóptero, ni siquiera después de casi un minuto. Cuando la miro, tiene el rostro girado hacia la ventana.

—Ignorarme es una pérdida de tiempo.

—No te estoy ignorando, solo trato de entender por qué quieres hablar de mí.

—Porque quiero saber más de ti.

—No tendremos nada más que algunos encuentros sexuales, Giuliu.

—No vas a hacer que me rinda, Chiara. Quiero saberlo todo sobre ti.

Finalmente, se gira hacia mí.

—No fue solo la muerte de Nicolo lo que me cambió. Seguramente no escuchaste toda la historia.

—No estaba husmeando.

—Lo sé. No quieres meterte en problemas fuera de la familia, y por eso no...

—¿Fuera de la familia? Vas a ser la madre del único hijo que tendré.

Las palabras caen entre nosotros como un terremoto. No planeé decirlas, pero tampoco las retractaré. Sobre todo porque me golpean de forma inesperada.

A mi lado está la mujer que va a darle continuidad a mi linaje.

—Entendiste lo que quise decir. No habrá un lazo entre nosotros.

Abro la puerta de la nave y doy la vuelta para ayudarla a bajar, pero en lugar de dejarle el paso, la giro hacia mí en el asiento y creo una barrera que hace imposible que escape.

—Nuestro lazo nunca se romperá.

—No habrá lazo alguno. No quieres una relación.

—Yo te deseo a ti.

—A mi cuerpo.

—A ti.

Le beso la boca y al principio, solo por segundos, Chiara parece enojada conmigo, pero pronto se entrega con pasión.

Su temperamento me vuelve loco. Por fuera parece contenida, como si no se permitiera sentir, pero basta que la toque para que se transforme en llamas entre mis manos.

—No puedes besarme cuando quieras —protesta, pero sus dedos agarran mi cabello con fuerza y su boca busca la mía sin parar—. Nuestros encuentros tienen solo un objetivo.

—Dijiste que tenemos un acuerdo, así que créeme, *bella*: en cada maldita oportunidad te poseeré, y pienso empezar ahora mismo.

Se aleja un poco.

—¿Aquí? Me da vergüenza. ¿Y si alguien nos ve por las cámaras?

La inocencia de su pregunta me recuerda que Chiara es completamente inexperta. No puedo tratarla como si fuera un polvo de una noche.

—Nunca permitiría que alguien más te viera desnuda. ¿Olvidaste lo que te dije? Mientras estemos juntos, solo serás mía. Tengo un departamento anexo a mis oficinas; no quiero esperar a llegar a casa.

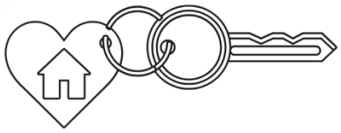
—No estaré contigo en el mismo lugar que...

—Nunca estuve con una mujer en ninguno de los departamentos de mis oficinas. Serás la única. Dime que sí, Chiara. Estoy en la delgada línea entre la locura y lo que me queda de cordura.

—Sí.



Giuliu



Capítulo 38

La saco del helicóptero con facilidad. Chiara es liviana y receptiva a mí.

No separo nuestras bocas mientras camino con ella hacia el ascensor privado que nos llevará a mi oficina, donde está el apartamento anexo.

Desconectarme del mundo que me rodea no es algo que haya experimentado antes, pero en este instante, solo existimos nosotros dos. La boca y el sabor de Chiara. El hambre recíproca. El deseo que no puede controlarse si estamos demasiado cerca.

—Giuliu, tu boca debería venir con una advertencia de "altamente adictiva" —dice sin dejar de besarme, murmurando contra mis labios.

—Te volviste mi adicción y todavía ni siquiera te hice mía.

Ahora se aleja un poco y abre los ojos. Chiara me observa con curiosidad. En ellos brilla el deseo, pero también algo más que no logro identificar.

Nunca conocí a una mujer como ella. Chiara me hace sentir, además de deseo, unas ganas de poseerla por completo, y ese hambre que solo crece cuanto más cerca estamos es un misterio que quiero descubrir.

Su audacia me provoca ganas de dominarla, pero al mismo tiempo, me tiene completamente atrapado, deseando descubrir cada una de sus facetas. A veces es peleadora e independiente. Al momento siguiente, actúa como una chica sin ninguna experiencia.

Miedo y coraje. Calor y frío. Chiara consigue atraparme en su red como ninguna mujer lo ha hecho antes.

La bajo al suelo recién en la entrada del apartamento, ya dentro de la oficina, y me mira, intentando mostrarse segura, pero tengo demasiada experiencia como para no notar que está ansiosa.

—Puedes echarte atrás.

—Nunca he deseado a un hombre hasta hoy. ¿Cómo voy a echarme atrás, Giuliu? ¿Y si nunca otro me hace sentir lo mismo? Quiero saber qué se siente estar con alguien que me desea con locura.

—De eso no tienes que dudar, *cuore mio.*

—Nunca me digas algo solo para ilusionarme, Giuliu.

—No soy así, Chiara. Cada palabra que salga de mi boca será intencional.

—Prométeme que jamás me vas a engañar.

—Te lo juro. Nunca tendrás que temer que te ilusione.



Chiara

No sé si él tiene idea de que lo que acaba de decirme es como recibir el mejor regalo.

La inseguridad y el miedo son lo que me impide ser yo misma, pero ahora, confiando en su promesa, tomo la iniciativa de besarlo. O al menos lo intento. Me pongo en puntas de pie, esperando que Giuliu me tome para sí.

Él pasa un brazo por la parte baja de mi espalda y con la otra mano, agarra mi nuca; su contacto me deja completamente erizada. Es como si alguien hubiera conectado un cable directo desde mi piel a mi corriente sanguínea.

Y entonces, sus labios toman los míos.

No con suavidad, sino de esa forma tan suya y posesiva. Exigiéndolo todo de mí.

Ni siquiera intento contenerme. Deseo tanto ser tomada por él, que mi cuerpo arde de deseo.

Me sumerjo en el beso y me siento mareada, como si mi cerebro se hubiera desconectado del cuerpo y solo quedara el instinto.

No sé cuánto tiempo nos besamos, pero cuando vuelvo en mí, ya estamos en el cuarto del apartamento.

Ese es el efecto que tiene este hombre sobre mí. Me levantó en brazos otra vez sin que lo notara y ahora me recuesta con cuidado sobre la cama. Giuliu se aparta un poco para mirarme, pero no por mucho. Enseguida sujeta mis tobillos y me jala hacia él.

—Es la primera vez que no siento miedo de vivir.

—Conmigo solo hay placer, Chiara. No hay lugar para temerle a nada.

Quizás tenga miedo de amarte, porque no eres lo que pensé. No eres un engreído arrogante. Cada segundo a tu lado me deja más fascinada.

Mis pensamientos comienzan a irse por un camino peligroso, pero él los interrumpe al besarme como si nunca pudiera tener suficiente de mí, y no puedo evitar gemir cuando su lengua devora mi boca y sus labios hambrientos toman lo que desean.

Toco su rostro y su cabello. Alzo las caderas para sentir más del peso de su cuerpo enorme sobre el mío y Giuliu gruñe dentro de mi boca cuando me froto contra él sin la menor vergüenza.

A través de su pantalón de jean puedo sentir lo gruesa y grande que es su verga, y eso solo me da más ganas de arrancarle la ropa.

Deja de besarme y cuando abro los ojos para mirarlo, los suyos brillan con un destello peligroso, casi animal. Un estremecimiento de placer recorre mi cuerpo al saber que yo provoqué ese efecto en él.

Sujeta mis caderas cuando intento otra vez levantarme para provocarlo, pero cuando paso el dedo por sus labios, parece cambiar de idea. Apoya un codo a cada lado de mi rostro y vuelve a encajarse entre mis muslos, haciéndome sentir cuánto me desea.



Giuliu

Chiara palpita contra mi cuerpo. Es deliciosa y apasionada, pero más allá de su belleza deslumbrante y su carita de muñeca, lo que me está volviendo completamente loco es saber que confía en mí lo suficiente como para bajar la guardia. Es como tener una joya rara entre las manos.

Devoro sus labios carnosos y subo su vestido lo justo para alcanzar su ropa interior.

Sin dejar de besarla, deslizo los dedos por su vulva, cuyo sabor no me dejó dormir bien en toda la semana.

Cuando toco su clítoris, gimotea dentro de mi boca, con nuestras lenguas danzando juntas, explorando, entrelazándose.

No dejo de acariciarla y sé el momento exacto en que va a acabar, porque me succiona la lengua con un hambre que jamás imaginé que una virgen pudiera sentir.

Con la otra mano recorro su cintura y su culo, acariciando su carne suave, delineando sus curvas. Quiero fundirme con ella, convertir nuestros cuerpos en uno solo, hundirme en su vagina y no salir nunca más.

El cuerpo de Chiara se ondula mientras intenta exprimir al máximo el orgasmo, y con cada movimiento de ella buscando mi mano, me acerco al borde del abismo. Nunca en la vida tuve que controlarme tanto.

Quiero abrirme el pantalón solo lo justo para sacar la verga y perderme en su vagina caliente y empapada, pero ella es virgen, y esta noche se trata únicamente de su placer.

Espero a que se calme después del orgasmo y, cuando su respiración casi vuelve a la normalidad, me incorporo para desnudarla. Pero apenas toco el borde del vestido, ella niega con la cabeza.

—Yo quiero hacer esto por ti. No sé si algún día tendré el valor de desnudarme para otro hombre, pero hoy voy a mostrarte que no tengo miedo, Giuliu. Deseo todo contigo.



Chiara

La mirada de Giuliu sobre mí hace que todos mis sentidos se conecten con él, trayéndome el recuerdo de su olor, su tacto, su sabor, como si todavía estuviéramos pegados el uno al otro.

Lo que siento en este momento es la lujuria más cruda.

El fuego de la pasión consumiéndome.

Un simple roce de sus labios me garantiza placer, pecado y escalofríos.

Estoy intoxicada con él y quiero más. Es como si hubiera esperado toda la vida por este momento, y, en lo profundo de mi mente, una vocecita me dijera que quizás acabo de tenderme una trampa, porque jamás voy a encontrar a alguien que se le compare.

Pero no quiero pensar ni tener miedo. Estoy lista para vivir, y al mirarlo a los ojos, me quito el vestido.

Pensé que se sentaría en la butaca a esperarme, pero está a menos de medio metro, tan cerca que puedo sentir el calor de su cuerpo.

Me recorre con la mirada de pies a cabeza, y sé exactamente lo que está viendo. Un conjunto de lencería lila y blanco, hermoso y sexy, porque cuando lo elegí esta mañana, pensé en él mirándome justo como lo está haciendo ahora.

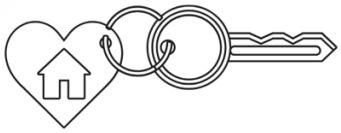
Giuliu no dice nada, pero sus ojos están oscuros cuando empieza a desabotonarse la camisa.

Quiero aparentar seguridad, pero ya quedó claro que soy una pésima actriz, así que me abrazo, sintiéndome expuesta.

—No, Chiara. No vas a cubrirte. Muy pronto serás mía. Ven aquí, pero no te quites nada más. Quiero desnudarte yo.



Giulia



Capítulo 39

Yo sabía que ella era preciosa. La vi casi desnuda la semana pasada, pero ahora, con Chiara vestida solo con lencería y sandalias bajas, esperándome para que la agarre... mierda, sé que jamás voy a poder olvidar esta noche.

Cada pedazo de piel expuesta, que tiene la textura delicada de la seda, la convierte en un ser casi mítico. Sus curvas parecen haber sido esculpidas por un artista enamorado, en busca de la perfección.

La lencería delinea su cuerpo de forma provocadora, mientras sus ojos son pura tormenta, reflejando los sentimientos tumultuosos que la atraviesan en este momento.

¿Será la misma confusión que me domina a mí? Porque lo que tengo con Chiara no se parece en nada a lo que había planeado. Admito ahora mismo que, más allá de nuestro acuerdo, no podría mantener las manos lejos de ella. La buscaría y la haría mía, porque no recuerdo que otra mujer haya despertado mi deseo con tanta violencia.

Me arranco la camisa de cualquier manera, rompiendo los botones en el proceso, porque perder el control sobre mi propio deseo me irrita.

Entonces la miro, y lo que veo en su rostro hace que una sola palabra cruce mi mente.

Inevitable.

Chiara y yo, no importa cuánto intentáramos huir el uno del otro, íbamos a encontrarnos así.

Lo nuestro va a suceder.

Nunca hubo vuelta atrás. Con o sin acuerdo para tener un hijo, ella sería mía.

En su silencio puedo sentir una infinidad de expectativas. Daría cualquier cosa por saber qué está pensando mientras me observa, ahora vestido solo con bóxer.

Sus ojos me siguen, atentos a cada uno de mis movimientos, como si anticiparan lo que va a pasar.

Chiara, igual que hice yo, recorre mi cuerpo con la mirada, y cuando nota la evidencia de mi deseo por ella, traga saliva.

Camino hasta donde está ella y tomo su mentón.

—No hay nada que puedas hacer que esté mal. Sigue tu instinto. Me vuelves loco solo con estar en la misma habitación que yo, así que no tengas dudas de que te deseo.

Mis dedos se deslizan, rozan sus hombros, y la veo estremecerse.

Inclino la cabeza hacia ella, pero el momento para la sutileza ha terminado, y tomo su boca en un beso profundo.

Me gusta cómo Chiara se resiste cuando la toco, pero al final cede, aunque no se dé cuenta, entregándose a mí y aceptando mi dominio sobre su cuerpo y sentidos.

Dejo que mis labios viajen por cada zona de piel expuesta. Cuello, escote... Bajo un tirante del sostén y atrapo un pezón con la boca.

Cada gemido de Chiara es como un hilo conductor de electricidad que intensifica mi excitación.

No bajo el otro tirante. Me gusta verla así, una mezcla de inocencia y descaro. Lasciva y deliciosa.

Sin romper el contacto visual, me arrodillo frente a ella y beso su abdomen.

En ese instante, la idea de que mi hijo va a estar creciendo ahí dentro en unos meses me alcanza, y me siento como un cavernícola al imaginar su cuerpo cambiando de forma para llevar a mi heredero.

Mis labios siguen su recorrido por su vientre y siento el calor que irradia.

—Eres irresistible para mí, Chiara.



Chiara

Mis rodillas están temblando solo por sentir la boca de Giuliu en mi vientre, y cuando me baja mi tanguita, tengo que apoyarme en su hombro porque me siento algo mareada. Son demasiadas sensaciones golpeándome, y no sé cómo lidiar con ninguna de ellas.

La intimidad no me ahoga como pensé que lo haría cuando tomara la decisión de acostarme con un hombre. Me hace sentir completa.

Ya no hay lugar para la vergüenza, solo deseo puro, y cuando él sube una de mis piernas a sus hombros, me dejo guiar, ansiosa por todo lo que me enseñará.



Giuliu

Con su vulva desnuda a centímetros de mi boca, la atraigo hacia mí por las caderas, y cuando separo sus labios vaginales y la lamo, gime y se frota contra mi cara.

La chupo hasta que acaba en mi boca, pero sigo sediento, así que la cargo en brazos y la llevo a la cama.

—Abre más las piernas para mí y baja el otro tirante del sostén, *bella*.

Parece un poco tímida, pero en esos ojos hermosos aún hay una chispa de desafío, aunque sé que es solo una fachada.

Chiara no se quita el sostén, deja ambos tirantes caídos, y el resultado es aún más erótico que si estuviera completamente desnuda.

Le quito las sandalias y le acerco un pie a mi boca. Le chupo un dedo y ella se estremece.

—Tú me quieres rendida.

—Te quiero de cualquier forma.

Recorro con la boca el interior de sus muslos y sus gemidos me enloquecen, porque apenas la he tocado y ya reacciona como si la estuviera penetrando.

La humedad empapa los labios rosados de su vulva, y no puedo resistirme: me lanzo a devorarla, saboreando su néctar.

Chupo su clítoris y, apenas empiezo a introducir un dedo en su interior ardiente, Chiara clava las uñas en mi cuello.

Hambriento, succiono su placer que escurre por mis labios.

La lamo, desde su abertura hasta el clítoris, y luego meto la lengua dentro de ella.

Ella me gime, y yo hundo aún más la cabeza entre sus piernas para chupar su clítoris. Ella grita y, sujetando mi cabello contra su cuerpo, alcanza el orgasmo. Sigo chupándole la vulva.

No puedo dejar de chuparla.

—Ven aquí, quiero sentirte —me pide.

—Todavía tengo hambre de esta vulvita.

—Qué grosero...

—Soy completamente sucio, Chiara. Un pecador.

Me quito el bóxer y me recuesto sobre ella, pero me detengo a medio camino para chuparle las tetas, con sus pezones duros de excitación.

Perfecta, desnuda, y con el rostro enrojecido por el placer que le di, Chiara es la visión misma de la seducción.

Uno nuestros labios, con las lenguas reanudando su danza. Bebo sus gemidos, hambriento por ella.

Ella también me toca, sus deditos exploran mi cuerpo, pero noto que no baja de mi cintura.

—Vi cómo me miraste. ¿Nunca estuviste con un hombre desnudo?

—Te dije que soy virgen.

—Pero podrías haber…

—Nunca hice nada.

—Acaricia lo que quieras. Soy tuyo.

—Creo que me gusta cuando tú mandas. Me pongo… hum… muy mojada al oírte darme órdenes, y también me encanta esa boca sucia tuya llena de groserías. Tal vez te conviertas en mi pecador favorito, Giuliu.

—Soy tu único pecador.

—Enséñame a pecar, entonces.

—Voy a hacer más que enseñarte a pecar. Voy a poner a mi hijo dentro de ti.

—No debería excitarme tanto escucharte decir eso.

—No debería darme tanto morbo imaginar tu vientre lleno con mi heredero, porque no lo planeé, pero la idea me vuelve loco, Chiara.

Estaba yendo despacio porque era su primera vez. No quería asustarla, pero concentrado en lo que dijo, que le gusta que yo mande, cosa que hago tan fácil como respirar, me incorporo y me siento sobre su torso. Tomo su mano y hago que sujete mi verga.

—Explora como quieras.

—Enséñame lo que te gusta.

Aprieto su mano alrededor de mi miembro y ella gime como si fuera ella quien recibe la caricia. Me mira con deseo y cuando me inclino y rozo mi verga contra sus labios, sin necesidad de que le ordene, los separa.

—Chupa la punta, pasa la lengua. Aprende a darme placer.

Parece tímida, pero cuando llevo mi mano hacia atrás y acaricio su clítoris, Chiara saca la lengua y me lame.

Deslizo la mano aún más entre sus piernas. Está empapada y cuanto más rápido toco su punto de placer, más traviesa se vuelve, abriendo la boca y chupando mi verga.

Sujeto su cabeza por la nuca y la hago levantar un poco, mientras yo me inclino hacia adelante.

El gemido que emite, con la boca parcialmente ocupada por mi verga, me quita el resto de control que me quedaba.

—Me vas a poder chupar cuando quieras, Chiara, pero ahora necesito entrar en esa vaginita. Estoy loco por hacerte mía.

No soy fan de la posición del misionero, pero no creo que siendo virgen pueda manejar algo más que eso la primera vez que se la meta, así que vuelvo a acomodarme entre sus piernas.

Ella tiembla de deseo, levanta las caderas y nuestras miradas se quedan fijas, sin apartarse.

—No te mostré mis exámenes médicos, pero estoy limpio. No voy a usar condón.

—Quiero un hijo tuyo. Si no confiara en ti, nunca te lo pediría.

Mi cuerpo está rígido de tensión, el deseo corre por cada gota de mi sangre.

Me inclino y muerdo un pecho mientras, con la mano abierta, toco su clítoris, sintiendo cómo se desliza por mis dedos.

Cuando paso la lengua por el pezón duro, ella gimotea, con su cuerpo ardiendo en mis manos.

Mientras chupo su teta, mis dedos tantean su vulvita, tocando su clítoris mojado.

Ahora dentro de su entrada, no dejo de masajear ese nudo duro, y cuando abre la boca, gimiendo, la penetro con el dedo, probando.

—Si duele mucho, pídeme que pare. Vamos sin prisa.

Excelentes palabras. Una gran prueba para mi corazón y mi cerebro, porque todo en mí quiere entrar profundo en ella.

—No me importa si duele. Quiero todo.

—Eres perfecta, Chiara.

Empujo mi verga dentro de ella, que se mueve inquieta, respirando corto.

Avanzo un poco más y gemimos los dos.

Entro y salgo para dilatarla y jalo una de sus piernas alrededor de mi cintura.

Agarro su otro muslo por abajo, angulándolo hacia mí, y me fuerzo a entrar en su vagina virgen, llenándola despacio, pero por completo.

Ella gime angustiada, y por unos segundos solo la beso y estimulo su clítoris. Cuando la siento más receptiva, saco mi verga y se la vuelvo a meter profundamente, apretando los dientes cuando se contrae a mi alrededor.

—Mírame, Chiara. —Hay lágrimas en sus ojos cuando me obedece —. Es la única vez que te haré llorar en mi vida. Nunca más pasará, *bella*.

Ella contiene el aliento porque los dos sabemos que lo que le juro es mucho más profundo, y no solo tiene que ver con sexo.

La reacción de Chiara derriba las últimas murallas que yo mantenía en pie. Me jala del rostro para besarme y empieza a moverse debajo mío, gimiendo delicioso cada vez que entro y salgo de ella.

No podría decir cuánto tiempo pasa mientras hago el amor con la mujer que va a tener a mi hijo, pero la hago acabar dos veces sobre mi verga, penetrándola despacio hasta finalmente conseguir lo que quiero.

Me levanto, apoyado en los codos, y ahora la embisto más duro, metiéndome hasta que nuestros cuerpos se deslizan cubiertos de sudor.

La vaginita apretada me recibe y aunque Chiara me muerde y araña, no me pide que pare.

Se contrae cada vez que salgo, volviéndome loco.

La penetro fascinado por el placer que muestra su rostro. Pero no solo Chiara está volando. Yo me siento como si fuera la primera vez que hago esto. La conexión entre los dos me tomó desprevenido por completo, y algo grita dentro de mí que el camino que cruzamos juntos tiene una sola dirección, y es hacia adelante. Lo que pasó antes de hoy va a desaparecer.

—Quiero tu cuerpo, Chiara.

Ella parece despertar del trance del placer.

—No soy tuya.

—Ya te hice mía.

Chiara clava las uñas en mis brazos, murmurando mi nombre, y creo que ni ella misma sabe si quiere lastimarme o pedir más.

Un lamento de deseo escapa de su garganta cuando llego a su clítoris y ella no tarda en apretarse a mi alrededor, llegando a un nuevo orgasmo.

Tomo su boca, metiendo mi lengua bien adentro.

Siento mis testículos golpear cada vez que la embisto, llevándola al límite. Mi cuerpo está dominado por la necesidad de liberación, y saber que voy a acabar dentro de ella me vuelve un animal.

—Voy a llenarte con mi semen.

—Quiero eso.

—¡Maldita sea, Chiara!

Bombeo dentro de su vaginita, loco de deseo.

Ella muerde mi boca, en una respuesta salvaje, y no tarda en acabar.

Su descontrol se alinea con el mío y el orgasmo sucede como nunca antes.

Beso su boca, con mi cabeza completamente saturada de pensamientos caóticos.

Supe que Chiara se convertiría en la única mujer que me conmovería hasta hoy, más allá de despertar mi deseo, desde la primera vez que la toqué. Pero el sexo, con el tiempo, es satisfacción física. No importa cuán creativa sea tu pareja en la cama, si no hay un lazo entre ustedes, la novedad pronto se vuelve aburrida.

Dentro de ella, sintiendo su vagina palpitar alrededor de mi verga, tengo la certeza de que estoy en casa.

No en una casa cómoda, una en la que no planeé estar.

Y tampoco una de la que me vea salir.

No, eso no tiene sentido. Mi mente sigue nublada por el deseo. Lo que pasó fue un sexo delicioso. Nada más.

—¿En qué piensas? —pregunta.

Le beso la frente, pero cuando vuelvo a mirarla, veo una arruga entre sus cejas, el miedo que siempre la acompaña cuando se enfrenta a hombres que le piden paso.

Tengo dos opciones: mentirle y decir cualquier estupidez, o aceptar que lo que pasó entre nosotros no fue solo un polvo más, como muchos que tuve.

Es algo sin nombre, y no sé si darle la bienvenida, pero indudablemente existe.

—Aceptar ser el padre de tu hijo fue el mejor acuerdo que hice en mi vida —le digo lo que puedo en ese momento.

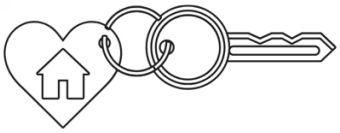
Ella cierra los ojos y sonríe. Luego intenta empujarme fuera de su cuerpo.

—Quiero ir a ducharme.

—No, quieres huir.



Giuliu



Capítulo 40

—Lo que no quiero es sentir.

—¿Sentir?

—Déjame ir, Giuliu.

Salgo despacio de adentro suyo, porque debe estar dolorida, y giro nuestros cuerpos, sentándola a horcajadas sobre mí.

—No te estoy reteniendo en contra de tu voluntad. Te pido que no huyas.

No hay sábana sobre nosotros, y Chiara, desnuda y enojada, es tan sexy como la mujer apasionada y dulce que me entregó todo hace un rato.

Apoya ambas palmas sobre mi pecho.

—Tenemos un acuerdo de sexo.

—Yo quiero más que solo tener sexo.

—No, no quieres eso. Soy solo una novedad.

—Tengo treinta y un años, Chiara. Ya se me pasó el tiempo de excitarme con polvos increíbles. Lo que pasó hoy fue distinto a todo lo que viví en la vida.

Le paso un mechón de cabello detrás de la oreja, pero tocar a esta mujer es una maldita adicción, así que me siento en la cama y la acerco más a mí.

—¿Sientes dolor?

—No tanto como para dejar de desear más.

—Ahora te voy a dar el control, mujer. Disfrútalo, no va a pasar seguido, pero no confío en mí para no lastimarte, así que descárgate conmigo. Úsame.

Ella me empuja de nuevo, recostándome, y me besa.

Por unos segundos me provoca, frotando su vulva contra mi verga, pero cuando agarro su cabello con fuerza, gime y empieza a bajar.

Miro hacia abajo y ver cómo mi miembro entra con dificultad en su apretada vagina me roba la cordura.

—Mira cómo te abres para mí, *piccola*. Tu vaginita aprendió a recibir cada centímetro de mi verga.

—Sigue así. Prefiero tu versión boca sucia. Prefiero que todo entre nosotros sea solo sexo —dice, y trata de hundirse en mí, pero pronto se queda sin aire porque la tengo demasiado grande.

—Cuidado... —La beso. Me vuelvo a sentar y la sostengo por la nalga, guiando sus movimientos para que no se lastime—. Te deseo. Más aún. Nunca me sentí tan conectado con una mujer antes.

Ella cierra los ojos, con la cabeza echada hacia atrás y la boca entreabierta de placer mientras chupo una de sus tetas.

Luego, durante más de una hora tuvimos penetración en esa posición, en la ducha, de pie, y cuando volvemos a la cama, la jalo sobre mi cuerpo.

—No te prometo un futuro, Chiara. Nunca quise eso antes y no sé si lo quiero ahora, pero jamás conocí a alguien como tú, así que quiero intentarlo.

—No es todo sobre lo que quieres, Giuliu. Entré en este acuerdo porque sueño con tener un hijo. Mi deseo es que estemos juntos como acordamos, hasta que quede embarazada, nada más.

—No será solo en la cama. Quiero que viajes conmigo. Que pases tiempo conmigo.

—Estás jugando sucio. Lo que me propones es una relación. Mis hermanos…

—Olvida nuestra familia. Somos solo tú y yo aquí. Te dije que nunca te haré daño y a esa promesa sumo que jamás te engañaré.

—¿Qué quieres de mí?

—Quedarme contigo hoy, mañana, y después también. Nadie puede garantizar un "para siempre", Chiara.

Ella vuelve a recostar la cabeza en mi pecho sin decir nada más y por mucho tiempo finge dormir.

No le dije las palabras correctas, pero juré no mentirle jamás, y soy un hombre que nunca se vio a sí mismo, a largo plazo, con alguien. No le prometeré algo que le rompa el corazón si nuestra relación no funciona.

Eventualmente, Chiara cederá y verá que mi propuesta nos sirve a los dos ahora.



Chiara

—Deja de fingir que duermes —me dice, pero no respondo porque solo Dios sabe la fuerza que hago para no salir corriendo.

Lo que Giuliu me propuso es lo último que quiero porque bastó esta noche para entender que podría enamorarme rápido de él. Y no creo que sea un enamoramiento pasajero, sería como lo que mis hermanas sintieron por sus maridos y que fue correspondido.

Si empezamos una relación, mi corazón bobo y necesitado bajará la guardia. Y luego, ¿qué pasará cuando venga el bebé? Todos lo sabrán y quizás él se sienta obligado moralmente a casarse conmigo por presión familiar.

No quiero un hombre que se comprometa solo porque voy a tener a su hijo.

Casi contengo el aire para fingir que duermo y, finalmente, Giuliu empieza a roncar.

Me sostiene en sus brazos, pero con todo el cuidado del mundo logro escapar.

Tomo su camisa del suelo y mi celular del bolso.

De puntillas de pie, salgo del cuarto.

Cuando Giuliu me dijo que tenía un apartamento en las oficinas pensé en algo como una suite, pero es un apartamento completo, así que voy a la sala porque no quiero despertarlo con mi teléfono.

Miro la hora.

Cuatro y dieciséis de la mañana.

Por favor, Romy, no te hayas ido a dormir aún. No tengo a nadie más con quien hablar de este lío en el que me metí.

—*¿Hola?*

—Soy yo, Chiara.

—*Lo sé, tengo tu nombre guardado, amiga.* —Hace una pausa—*. Espera, son las cuatro de la mañana en Milán. ¿Pasó algo?*

—Sí. Estoy en una emergencia y necesito tu ayuda. No será rápido.

—*Tengo tiempo. Solo dime que no estás herida.*

—No, ¿me escuchas con atención, por favor?

—*Habla.*

Le cuento todo, en detalle. Mi antipatía por Giuliu, el beso bajo la lluvia, el bulto y hoy.

Romy escucha en silencio, y a cada rato miro al pasillo para ver si Giuliu no despertó.

—*Dios mío, amiga, ¿te imaginas qué pasaría si las tres familias se enteran?*

—Lo sé, pero ahora no es mi mayor preocupación, sino conseguir a mi bebé sin permitir que el futuro padre me rompa el corazón.

—*Bueno, para mí los términos del acuerdo son claros.*

—Giuliu está tratando de violar las cláusulas.

—*No, por lo que dices, está siendo bastante decente.*

—Él se siente atraído por mí, Romy. No tengo la fortaleza para involucrarme con un hombre así y luego que me deje como hizo con todas las demás. Si es solo sexo, sabré cómo manejarlo. O al menos eso espero. Pero si hacemos lo que él quiere, actuamos como novios, me voy a encariñar.

—*Por lo que entiendo, no lo dejarás hasta quedar embarazada.*

—Sí.

—*Y hasta entonces él tiene acceso libre a tu cuerpo.*

—No es así. Por cómo hablas parece que me vendí por un bebé. Deseo mucho tener un hijo, pero si no me sintiera atraída por Giuliu, ni siquiera lo dejaría besarme.

—Lo entiendo, pero lo que trato de hacer es poner la situación en claro y... Dios, ¡es tan simple!

—¿Ah, sí?

—Sí. Solo tienes que quedar embarazada lo más rápido posible.

—No lo puedo creer, en serio, ¡eres una genia! Ni siquiera lo había pensado —digo, con total tono de sarcasmo.

—Creo que no me escuchaste: tienes que quedar embarazada lo más rápido posible para que él no tenga chance de romperte el corazón. Así cumplirás tu parte del acuerdo y serás tú quien diga adiós.

—Escuché bien, pero no puedo quedar embarazada cuando quiero.

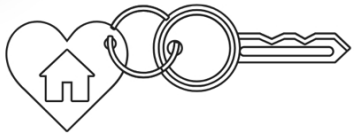
—Sí puedes, si subes la apuesta.

—¿Qué significa eso?

—Tienen que tener sexo como conejos. Tendrás que seducirlo en cada oportunidad, Chiara, hasta que ganes esta guerra.



Chiara



Capítulo 41

—¿Romy, estás loca? ¡Estamos hablando de Giuliu Parisi Trovato! Si lo que pasó entre nosotros esta noche fue solo una muestra, se nota que le encanta el sexo. Lo que significa que si hacemos eso cada dos segundos, como sugeriste, ¡capaz piense que encontró a su alma gemela!

—Creo que los nervios te están impidiendo pensar bien, Chiara. ¿Le has echado una buena mirada al futuro padre de tu bebé? El hombre es guapísimo y créeme, seguro ha tenido filas de mujeres que intentaron esa jugada y no lograron conquistarlo.

—Sí, estoy segura de eso, pero lo que digo es que darle lo que quiere no va a borrar de su cabeza esa idea de que deberíamos pasar tiempo juntos fuera de la cama.

—Aún no termino. Creo que además de aumentar las chances de que quedes embarazada, una buena tanda de sexo podría...

—Jesucristo, Romy, escucharte así me hace sentir como actriz porno.

—Cálmate un poco, Chiara. Sigues siendo una ex virgen recorriendo el camino del placer.

—Nunca intentes ser escritora. Mejor sigue de enfermera. Lo que dijiste fue, sin miedo a equivocarme, lo más cursi que escuché en mi

vida.

—*Estoy bien como enfermera, gracias. Volviendo a tu problema, no me refería solo a tener sexo sin parar, lo cual, por supuesto, puede acelerar tu objetivo, que es ser mamá.*

—No entiendo tu consejo, entonces.

—*Giuliu nunca tuvo novia, ¿verdad?*

—Creo que no. Por lo que entiendo, seré su primera relación seria.

—*Ahógalo con ternura.*

—¿Qué?

—*Sé tan dulce y pegajosa que él querrá embarazarte rápido para cumplir su parte del trato y librarse de ti. Mucho cariño, mucha ternura, un paquete de novia tan empalagoso que le podría causar caries.*

—¡Dios mío, sí! Eso tal vez funcione. Para alguien que nunca ha tenido una relación que no sea puramente sexual, una novia demasiado cariñosa, apasionada y ansiosa por llamar la atención podría ser la pesadilla de Giuliu.

—*Solo hay un problema con eso, Chiara.*

—¿Problema?

—*No caigas en tu propia trampa. Recuerda que esto es un juego y tienes que ganar.*

—No voy a tener tiempo para creer en esa farsa. Si tenemos sexo como conejos, y me pongo demasiado dulce, en quince días como mucho Giuliu me dirá que se acabó.

—*No puedes estar segura de que estarás embarazada en quince días.*

—Verifiqué y estoy en mi periodo fértil. Soy joven y sana, así que las probabilidades son grandes.

—*Estás aterrada.*

—Sí, lo estoy. Siempre vi a Giuliu como el hombre por el que nunca me enamoraría, pero creo que fue porque me forcé a odiarlo, poniéndole la etiqueta de "mujeriego, posiblemente infiel", como Dino. Él no es así, Romy. Giuliu puede tener a cualquier mujer en un chasquido, y eso se lo debo a su belleza y encanto, pero es

demasiado honesto. Nunca intentó parecer un príncipe para mí, como el canalla de Braxton.

—Tengo ganas de hacer un muñeco vudú con ese ex tuyo. ¿Cómo alguien puede jugar con la vida de otros así? Te hirió a ti, a la hija, a la esposa, ¿para qué? ¿Para demostrar que podía tener otras mujeres fuera de casa?

—Hombres como Braxton y Dino solo piensan en ellos mismos, pero no quiero hablar de ese canalla. Gracias por la ayuda, voy a poner mi plan en marcha ya.

—Pero cuidado con enamorarte, Chiara. Vi lo que pasó con Lexi. Cuando Constance, ella y yo armamos un plan para que fuera al baile de máscaras y causara un escándalo para salvar a su abuela, todo salió mal. Mi amiga terminó embarazada del mayor de los Parisi Trovato.

—Tal vez su plan funcionó demasiado bien, en realidad. En cuanto a mí, no te preocupes, no tendré tiempo de enamorarme. Solo necesito ser dulce como un bombón de dulce de leche argentino con Giuliu un tiempo y él querrá huir de mí como el diablo de la cruz.

—¿Me mantendrás informada de lo que va pasando?

—Sí. No olvides lo que te dije, nadie más puede saber de mi relación con Giuliu. En algún momento se lo diré a *mamma*, pero a mis hermanos se lo diré solo cuando quede embarazada, y todo entre el siciliano y yo haya terminado.

—No se lo diré a nadie, pero sabes que no importa cuánto tarde en salir la verdad, en cuanto descubran que Giuliu es el padre de tu bebé, les va a caer una tormenta a los dos, ¿no?

—Cuando dije que se lo diría a mis hermanos, me refería a contarles que estoy embarazada y que es un proyecto independiente, no a *quién* es el padre. Giuliu y yo no hemos hablado de eso todavía. No creo necesario contarle a la familia quién es el papá de mi hijo.

Ella se ríe.

—Estás ilusionándote, Chiara. Independientemente de los términos del acuerdo que hiciste con Giuliu, él es siciliano y, más que eso, un Parisi Trovato. ¿De verdad crees que no querrá participar en la crianza de su hijo?

—El bebé es mío.

—No, amiga. El bebé es de ustedes dos. Aunque Giuliu no quiera tener nada que ver con el niño, un día tu hijo o hija puede preguntar quién es su padre, ¿y entonces qué harás? ¿Mentir?

—Maldita sea, así dicho parece tan complicado.

—Porque lo es. Sé que tu ginecóloga argumentó que conocer al padre es más seguro en caso de futuras condiciones de salud, pero ella pensó desde lo clínico, no desde lo emocional. Si tu idea era no involucrar sentimientos, elegir a Giuliu como padre fue lo peor que pudiste hacer. Hay amor alrededor de ustedes por todos lados. Moretti, Andresano, Parisi Trovato, todos querrán que estén juntos.

—Sus deseos no servirán de nada si Giuliu y yo no queremos.

—¿Y tú no quieres? Porque cuando empezamos a hablar por teléfono parecías en pánico por la posibilidad de enamorarte de él.

—Nunca me enamoraría de un hombre que va a huir de mí, y eso es lo que pasará cuando ponga en marcha la Operación Dulzura.

Romy se ríe.

—Gracias por llamarme, Chiara, justo necesitaba hablar.

—No voy a preguntarte qué te pasa porque ya lo hice y acepto que no estés lista para contarlo, pero ven aquí. Aquí hay más que amigos. Somos tu familia, Romy.

—Iré. Ya estoy organizando todo para mi mudanza.

Hablamos unos minutos más por teléfono y después de colgar, decido poner mi plan en acción y voy directo a la cocina del apartamento.

Voy a preparar un súper desayuno para los dos.

Solo necesito mirar la nevera para entender que al menos esa parte de mi plan no va a funcionar. No hay comida, lo que significa que Giuliu no pasa mucho tiempo aquí.

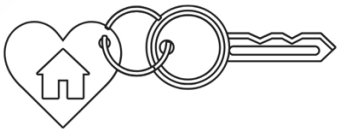
Vuelvo al cuarto y noto que sigue dormido, la sábana está totalmente fuera de su cuerpo, las piernas abiertas y... ¡Mierda!, a este hombre deberían prohibirle estar desnudo. No solo tiene un cuerpo deliciosamente musculoso en los lugares correctos, sino que es "enorme" lo que tiene allí, incluso en reposo.

Voy a la ducha, ya armando un plan B. Si no hay comida, yo seré su comida.

Todavía estoy un poco dolorida por la noche que pasó, pero no puedo postergar la Operación Dulzura.



Giulia



Capítulo 42

Chiara: *Pensé que podríamos desayunar juntos, así que te preparé algo. Seguro que tienes hambre.*

Leo el mensaje tres veces y luego reviso la hora en el celular para asegurarme de que todavía no estoy dormido.

No son ni las seis de la mañana y ella parece completamente despierta, lo cual va en contra de lo que había escuchado sobre ella hasta ahora, porque Santo comentó que ninguna de las tres hermanas (Chiara, Donatella y Giovanna) es de las que se levantan de buen humor.

¿Qué estás tramando, Chiara?

Me dirijo a darme una ducha rápida, y menos de cinco minutos después, me pongo un bóxer limpio.

El departamento es pequeño, un poco más grande que un estudio, pero con un dormitorio, y en pocos pasos llego a la cocina.

En la entrada, me quedo paralizado porque por un instante creo que estoy en medio de un sueño erótico.

Chiara está desnuda, acostada sobre la pequeña encimera, y tiene algo pegajoso (tal vez mermelada, que creo que las empleadas de la oficina guardan en la nevera por si tienen que preparar desayuno para mí o para algún socio) esparcido por todo el cuerpo.

—No encontré nada para cocinar, así que pensé que no te molestaría comer un poco de azúcar en la mañana.

Mi primer pensamiento es que algo anda mal en la escena. Chiara no es así. No es del tipo *mujer fatal*.

El deseo que me despierta verla tan desinhibida, sin embargo, vence cualquier pensamiento lógico y en dos pasos estoy sobre ella.

—Tú serás mi desayuno.

Ella sonríe y sus mejillas se sonrojan.

—Solo si quieres algo dulce y... —Separo sus piernas y hundiendo el rostro entre ellas, aprieto suavemente su clítoris entre mis dientes —. Ahhhhh...

—No juegues conmigo, Chiara. Por más que me guste verte así, esperándome, no quiero que cambies quien eres tratando de hacer lo que crees que deseo en una pareja. Sigo muerto de hambre y sed por ti. Jugar con mi deseo puede ser peligroso.

Chupo su clítoris.

La lamo, bebiendo su excitación mientras mi lengua busca su interior, con el pulgar masajeando el haz de nervios.

Sujeto sus muslos, manteniéndolos abiertos.

Chiara pronto llega al orgasmo gritando mi nombre.

Mi hambre es incontrolable.

Lo que siento por ella es un tipo de deseo que tiene reglas propias, sin límites.

Me incorporo y tomo su boca, mi lengua buscando la suya.

Muerdo su cuello, mis dedos hundiéndose en la carne de su culo.

La atraigo hacia el borde de la encimera.

—Dime cuánto te duele.

—El ardor no se compara con lo mucho que te deseo dentro de mí, Giuliu.

La atraigo hacia mí y, succionando sus tetas, empiezo a penetrarla. Chiara se aprieta contra mí.

No importa cuánto la haya penetrado en la madrugada, su vagina sigue tan apretada como la primera vez.

—Dime lo que quieres.

—Todo. Tómame entera.

La penetro profundamente, enterrándome hasta las bolas, y ella muerde mi hombro.

En poco tiempo, pierdo el control y la embisto con rudeza. Chiara grita mi nombre, pidiendo más.

Su vagina me abriga como una cueva caliente mientras bombeo.

La tomo sin piedad, beso su boca.

La penetro así por mucho tiempo, pero no la dejo acabar otra vez, llevándola al borde del orgasmo y deteniéndome luego.

Cuando finalmente permito que los dos alcancemos el clímax, ella parece medio desmayada.

—¿Te lastimé?

—No.

—Chiara...

Ella aún no abre los ojos.

—No deberías ser tan bueno en lo que haces. Solo quería un bebé.

—*Mi* bebé...

Ella no responde y eso me vuelve loco, aunque sé que no tengo derecho.

—Estoy cansada. Creo que voy a dormir un poco más, y ya que te gusta tanto cargarme en brazos, ¿me harías ese favor?

Está intentando bromear, pero ya aprendí a conocerla un poco, y sé que la ironía es su arma cuando se siente insegura.

¿Pero por qué? ¿No le di lo que quería, sexo apasionado?

—Podemos volver a casa —digo, después de acostarla y acomodarme detrás de ella.

—No quiero volver a casa todavía, pero no tengo opción. Solo voy a dormir un rato para que podamos irnos. Tengo hambre y me pongo de mal humor con el estómago vacío.

Ignoro las quejas y muerdo su nuca.

—Puedo solucionar lo de la comida con un chasquido de dedos.

—No, prefiero ir a casa. Media hora y estaré lista para ti.

Literalmente se desmaya del sueño, y la media hora se extiende por, al menos, una hora más.

La sigo manteniendo cerca de mi cuerpo, y me pregunto por qué hago esto. Nunca he sido del tipo de persona que se acurruca, pero

se siente tan bien sostenerla así.

Mi celular vibra avisándome que hay un mensaje y al principio decido ignorarlo, pero quien sea que se comunique un domingo a esta hora no parece tener mucha conciencia porque después empieza a sonar.

Beso su cabello y me levanto de la cama, tomo el teléfono y voy al pasillo cuando veo el nombre en la pantalla: Carmine.

—¿Qué pasó?

—*¿Dónde estás?*

—En Milán.

—*No es hora para secretos, Giuliu. Sé específico.*

—Estoy en las oficinas. En el departamento anexo.

—*¿Y Chiara?*

—¿Cómo sabes que no está en casa?

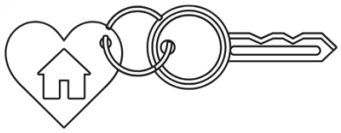
—*Dime que está bien.*

—Está bien. No hables en códigos, maldita sea. Dime de una vez qué pasó.

—*Hubo un ataque a tu departamento. Le dispararon al portero. Te lo explicaré con calma. No salgas de ahí, tenemos una reunión con nuestros hermanos en unos minutos.*



Giuliu



Capítulo 43

—Ya puedo hablar —digo a mis hermanos y a Santo en la videollamada, justo cuando cierro con llave la puerta del departamento anexo donde Chiara está durmiendo y voy hacia mi oficina—. Cuéntenme qué pasó.

—Como te dije hace un momento, hubo un intento de ataque en tu departamento, quisieron ingresar a la fuerza. Todo fue grabado, lo que nos dice que los idiotas no intentaban esconderse. Aunque usaban máscaras al entrar al edificio, hay cámaras en las calles. Se puede ver el rostro de cada uno al salir de los coches, a unas cuadras de distancia.

—¿Cómo consiguieron esas grabaciones?

—Amos las obtuvo.

—¿Dijeron que al portero le dispararon?

—Sí —responde Michele—. *Los guardias de la calle los vieron acercarse y hubo un enfrentamiento. Usaron al portero como escudo para escapar, pero antes de dispararle al hombre, dejaron un mensaje: "recuerdos de Albania para Giuliu Parisi Trovato".*

—¡Demonios! ¡Hijos de puta!

—Estás en medio de una guerra, Giuliu. Nosotros también. Y ahora tenemos que planear para que ninguno de los nuestros salga herido.

—Todos los que están cerca de nosotros corren peligro —digo.

—*Sí, por eso debemos armar un plan para mantener seguros a hijos y esposas hasta que logremos neutralizar a esos bastardos* —dice Carmine.

—¿Neutralizar? ¿Amos está involucrado? —pregunto.

—*Sí, también, pero cuando dije neutralizar me refería al otro cuñado de Gianni* —explica Michele.

—¿Qué?

—*Habla de Beau* —dice Lucca.

—*Digamos que Beau sabe más de mafias que Amos* —aclara Michele.

Beau Carmouche Le Blanc es, sin dudas, el tipo más misterioso que me han presentado. A primera vista, es solo un empresario de Nueva Orleans, pero no estoy tan seguro. Creo que hay mucho más detrás del cuñado de la esposa de Gianni que no conocemos.

Lo que Michele acaba de decir sobre el conocimiento de Beau respecto a la mafia solo confirma mis sospechas.

—¿Ya le avisaron? —pregunto.

—*¿Qué crees? Apenas supimos lo que pasó, contactamos a Gianni, que habló con Beau* —me cuenta Rafaelle.

—*Esto nos lleva a otra cuestión, porque mi cuñado quiere saber dónde está Chiara* —dice Santo, y me doy cuenta de que Carmine aún no le contó que ella ha estado conmigo todo este tiempo.

—Conmigo.

Veo que mi primo y todos mis hermanos, menos el mayor, me miran como si quisieran matarme.

—*Quiero saber qué significa ese "estar contigo"* —pregunta Santo, esforzándose por no explotar.

Sé que él considera a Chiara su responsabilidad para protegerla, también porque es hermana de Giovanna.

—Estamos juntos, eso es todo. Pero ella no quiere que el resto de la familia lo sepa.

—*¿Eso es todo? Maldita sea, Giuliu, ya hablamos de esto. ¿Sabes lo que va a pasar entre las tres familias si todo termina con el corazón roto de la chica?*

—¿Cuando empezaste a salir con Giovanna estabas seguro de lo que querías? Ni te molestes en responder, porque sé que no. Ninguno tenía idea. Apenas comenzamos y Chiara no quiere contárselo a la familia todavía.

Estoy minimizando mucho nuestra relación, pero ¿qué más queda por decir?

¿Acepté ser el padre del bebé que ella quiere tener de forma independiente y, a cambio, tendremos sexo un tiempo porque estamos locos de deseo?

¿O mejor dicho: *ese era el trato, pero ahora quiero más tiempo con ella*?

Para mis oídos, suena como un plan caótico.

—*Cuando dices que ella no quiere que sepa nada su familia, ¿te refieres a sus hermanos?* —pregunta Rafaelle.

—A todos, incluso a ustedes, pero si lo que dijeron sobre la invasión a nuestro edificio es verdad y la mafia albanesa está metida, al menos nuestra familia debe saber que estamos juntos, porque me voy de Milán. Volveré a Sicilia y Chiara vendrá conmigo.

Veo que todos, sin excepción, me miran sorprendidos.

—*¿Entonces esto es serio?* —pregunta Lucca, y sé que no puedo suavizarlo.

—Puede que esté embarazada.

—*¡Puta madre!*

—*¡Mierda!*

—*¡Maldita sea!*

No sé de dónde vienen las exclamaciones, porque son todas al mismo tiempo.

—*¡Jesucristo!* —Santo, paradójicamente, parece el más calmado —*. Espero que sepas que tienes dos opciones: casarte o morir, porque no hay forma de que sus hermanos te dejen vivir si no asumes al niño.*

—No voy a hablar de mi relación con ella. Es solo entre nosotros. Tiene veinticinco años, es empresaria y sabe lo que quiere.

—*¿Y el bebé?*

Miro a mi familia y antes de poder pensar en lo que digo, las palabras salen naturales.

—Si Chiara está embarazada, asumiré a mi hijo.

—*Vuelve a Sicilia. Después lo discutiremos con calma. Lo importante ahora es que estés seguro* —dice Rafaelle.

—¿Y el tiroteo? ¿Cómo está el portero?

—*Va a estar bien y nos aseguraremos de que reciba una buena indemnización y todo lo que necesite. Mamma quiere verlo. No vuelvas al departamento.*

—No es mi intención. Me iré hoy mismo a Sicilia.

Corto la llamada y me preparo para ir a la habitación, pero justo cuando me levanto, escucho pasos alejándose.

Mierda, ¿ella escuchó todo?

—¡Chiara! —Corro tras ella.

—¡Solo voy a vestirme! —grita, pero no deja de alejarse.

La alcanzo en el cuarto.

—Escuchaste mi conversación —digo.

—Sí. Te oí decir que te vas a Sicilia y no me importa. Estoy deseando irme a casa, de todos modos.

No escuchó todo. No me oyó decir que asumiré a nuestro hijo. Chiara piensa que la estoy dejando después de una noche intensa de sexo.

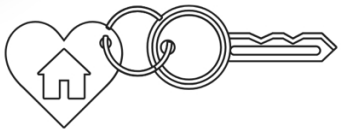
—Ven acá.

—No.

—No me voy. Los dos vamos a volvernos juntos a Sicilia, *bella*.



Chiara



Capítulo 44

—¿Qué acabas de decir?

Él ignora mi pregunta y me abraza.

—Me gusta cómo te queda mi camisa.

Podría decir que me gusta sentir su ropa sobre mi piel desnuda, pero eso sería entregar más de lo que quiero.

—No tengo nada para ponerme. Pensé que nos íbamos, así que quise usar tu camisa como vestido.

—¿Por qué saliste corriendo?

Miente.

No dejes que vea tu vulnerabilidad.

Pero algo más fuerte que la razón me detiene, y antes de darme cuenta, ya estoy confesando:

—Porque me sentí descartable cuando te escuché decirles a tus hermanos que te ibas a Sicilia. No debería sentirme así porque sé lo que acordamos, pero no pude evitarlo.

No sé qué dirá, pero cuando me toma en brazos, hago que mis piernas rodeen su cintura y me besa, me derrito.

Nuestro beso parece durar horas y ninguno de los dos quiere parar.

—No eres descartable —dice contra mis labios—. Y si mis hermanos no hubieran llamado, te habría llevado a mi

departamento. No pensaba salir de Milán, pero ahora tenemos que ir a Palermo.

Sigo con las manos en su rostro, perdida en el beso apasionado, pero pronto mi mente vuelve a funcionar.

—¿Estás loco? Mi vida está aquí.

—No quiero que te asustes por lo que voy a contarte, pero antes que nada, escúchame: no hay forma de que te deje sola en Milán.

—Giuliu...

—Chiara, estamos juntos y no voy a dejarte desprotegida.

Sé que, aunque no tengo idea de qué habla, es algo serio.

—Cuéntame.

—Ven.

Me toma en brazos y me lleva a la cama. Me sienta como si fuera una niña y se arrodilla entre mis piernas.

Durante varios minutos, Giuliu me cuenta sobre un proyecto que empezó en Albania, pero que decidió cancelar cuando un ambientalista lo contactó.

El hombre le dijo que los datos que le pasaron fueron manipulados por gente interesada que no quería proteger a la población local afectada por el desvío del río.

Me explica que tras pedir un estudio más profundo, está a punto de detener la construcción del complejo hotelero porque no ve forma de que la gente no salga perjudicada.

—¡Dios mío! ¿Y cuando empezaron las obras no lo sabías?

—No, *principessa*. Tengo muchos defectos, pero aprovecharme de inocentes no es uno de ellos.

—Entonces, ¿cómo...?

Me explica que un socio, en realidad un amigo de la infancia llamado Enver Hoxha, parece haberlo metido en este lío.

—¡Dios mío, Giuliu! Pero no entiendo qué tiene que ver eso con que no me dejarás correr riesgos, desprotegida.

—Hay mucho más que debes saber, Chiara. Mi socio, Enver Hoxha, probablemente está vinculado con la mafia albanesa.

—¿Mafia?

—Sí. Nunca pensé que las cosas llegarían tan lejos, pero intentaron invadir nuestro edificio. A uno de los porteros le

dispararon y, antes de perder el conocimiento, los hombres le dijeron que me mandaban "recuerdos de Albania".

Me salto a su regazo y me aferro a su cuello, porque la idea de que Giuliu podría estar muerto si no hubiéramos venido aquí es insoportablemente dolorosa.

—No quiero que mueras.

—¿Porque necesitas que te haga un bebé?

Me alejo un poco y le sujeto el rostro.

—No es gracioso.

—No me va a pasar nada, Chiara. Ni a ti ni a nuestro bebé.

—Él no...

—Sí, es mío, y voy a protegerlos a los dos.

—Puedo quedarme con mi familia. O con Santo y Giovanna en Sicilia.

—Les dije a mis hermanos que estamos juntos. No vas a Palermo para quedarte en otra casa que no sea la mía.

—¿Por qué hiciste eso? ¡Dios mío, qué lío! —Lo empujo y me levanto de su regazo—. Tú, siciliano, eres el único capaz de hacer que corra a tus brazos y dos segundos después quiera darte un puñetazo. ¡No debiste contarle a tu familia sobre nosotros!

Él se pone de pie y me mira fijo.

—Tenía que hacerlo porque tienen que saber que si algo me pasa, deben protegerte a ti y a nuestro *bambino*.

—¡No quiero que mueras! —digo, sintiendo que se me congela la sangre solo de pensarlo.

—Pensé que me odiabas.

—Me gustas en la cama. No tengo con quién compararte, pero...

Él me agarra del cabello y me besa con fuerza.

—Porque eres solo mía.

—Por ahora. En el futuro, seré una experta en placer.



Giuliu

La imagen que me viene a la mente, de Chiara dándole placer a otro, me desata una furia asesina.

—Te voy a dar todo lo que quieras y te enseñaré lo que quieras aprender sobre sexo.

—Hasta que me embaraces. Después, se acabó.

—Quieres garantías.

Ella me empuja.

—No quiero nada más que un bebé.

—Me quieres, pero te asusta porque piensas que voy a ser como tu padre. ¿Crees que eres valiente? No lo eres. Decidiste tener un hijo, pero en tu corazón sigues siendo una niña asustada.

—¿Por no querer que me lastimen?

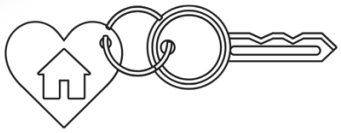
—Por ni siquiera intentarlo. Tienes tantos miedos que ni sabes cuál es el mayor. Miedo a que te traicionen, a no ser amada, a no ser suficiente para mí en la cama. No puedo prometerte que seremos un "para siempre", Chiara, pero nunca conocí a alguien que me hiciera sentir así y tú tienes ese poder. Me haces sentir cosas, ¡carajo! Cada maldita vez que te metí la verga esta noche, quise quedarme, pero no sé cómo llamarlo, así que te pido que te lances conmigo sin saber qué habrá al final.

No puedo mirarlo a los ojos.

—No puedo. La única vez que fui espontánea con un hombre, cuando era adolescente, después descubrí que él fue responsable de la muerte de mi sobrino y casi mata a mis dos hermanos. Soy pésima juzgando a las personas, Giuliu.



Chiara



Capítulo 45

—¿De qué estás hablando? —pregunta él, y aunque me arrepiento un poco de haberme abierto, decido que, si va a ser el padre de mi hijo (un bebé que quizás ya fue concebido), Giuliu tiene derecho a saber más sobre mí.

Sin embargo, necesito espacio, así que me alejo, apenas pudiendo respirar.

—Dijiste que mi hermana comentó que cambié cuando murió Nicolo, mi sobrino. Hubo una razón para eso. El primer hombre que me interesó me utilizó. Era mucho mayor y, aunque nunca voy a estar segura, creo que solo se acercó a mí para vengarse de Ricco.

—Chiara, no estás diciendo nada coherente.

—Era uno de los guardaespaldas de Naomi, la mujer que dio a luz a mi sobrino. Me niego a llamarla madre porque las madres, ante todo, deben proteger a sus *bambini*.

—Ven aquí.

—No puedo. Si quieres escuchar, voy a contártelo todo, pero siento que me ahogo. Hablar de esto siempre me provoca una crisis de ansiedad.

Veo a Giuliu ir hacia un sillón que hay en la habitación. Apoya los codos sobre las rodillas y me mira con una expresión indescifrable.

—Continúa.

—Como te dije, ese hombre se me acercó después de la muerte de Naomi y Nicolo. Yo era una adolescente. Me pareció increíble que un hombre mayor me viera. —Sonrío con incomodidad.

—Toda adolescente tiene enamoramientos, Chiara. Equivocarse forma parte del proceso de crecer.

—Con Dino como padre, debería haber sabido más sobre el carácter, o mejor dicho, la falta de carácter de algunos hombres.

—No fue tu culpa. Si ese tipo era mucho mayor, sabía perfectamente lo que estaba haciendo al acercarse a ti. Es el tipo de depredador que se enfoca en la vulnerabilidad, y siendo una adolescente, no tenías ninguna posibilidad frente a un plan de seducción.

—Era tonta y necesitada. No tenía la menor idea de quién era él. En ese momento, pensaba que mi padre sería una excepción y que había muchos más hombres buenos que imbéciles en el mundo. En resumen, casi me enamoré de un psicópata, Giuliu, dejándome seducir por el hombre que no solo fue directamente responsable de la muerte de mi sobrino, sino que casi mata a Ricco y a Tommaso[4]. Si eso no pasó, fue porque mis hermanos se adelantaron y me protegieron.

—Eres demasiado joven para cargar con tanta culpa, Chiara. Cada quien es responsable de sus propios problemas. Por más triste que sea esta historia, tú fuiste una víctima, no la causante.

—Ahora lo entiendo, pero esa experiencia me marcó profundamente. Pasé años sin dejar que nadie se acercara. Estaba confundida y no tenía con quién hablar porque sacar eso implicaba admitir que dejé que el asesino de mi sobrino me besara y se acercara a mí.

—¿Hiciste terapia?

—Sí, durante años, pero en ese momento no sirvió de mucho. Solo en el tercer intento con otro profesional empecé a reencontrarme.

—¿Y qué pasó?

—Conocí a Braxton.



Giuliu

Ya no puedo mantener la distancia y me levanto, atrayéndola hacia mis brazos.

—Tuviste tu cuota de idiotas en la vida, pero no es tu error que esos infelices no tuvieran ni una pizca de honor.

Ella hunde el rostro en mi pecho.

—Tengo miedo de ser como mi madre, de no saber elegir a alguien que valga la pena.

—Carina está bien con su esposo.

—Sí, pero solo después de años en los que dejó que mi padre aplastara su amor propio.

Beso la parte alta de su cabeza.

—¿Por eso casi no tienes fotos con tu madre?

—¿Qué?

—El día que fui a tu departamento a ver lo del cable, había portarretratos con tus sobrinos y hermanos, pero solo una foto con Carina.

Ella levanta el rostro hacia mí.

—Nunca me di cuenta de eso.

—No soy psicólogo, Chiara, pero tal vez es hora de que hablen. No culpo a tu madre ni a Greta, pero haber crecido viendo a dos mujeres someterse a un imbécil como tu padre claramente afectó tu forma de ver las relaciones.

Ella parece molesta, intenta soltarse, y creo que es porque toqué un punto sensible.

—¿Y tú qué sabes de relaciones?

—A largo plazo, muy poco, pero estoy seguro de lo que quiero, y es a ti. Sé que tienes miedo, y no voy a jurarte que todo saldrá bien

entre nosotros, porque lo que estoy sintiendo por ti es algo nuevo para mí, pero deseo algo más que lo que acordamos al principio.

La forma en que me mira me provoca una contracción en el pecho. Nunca vi una mirada tan intensa. Chiara es un torbellino de emociones.

—No sé si estoy lista para más —dice por fin, y se aleja de nuevo —. Estoy hecha un desastre por dentro, Giuliu, como puedes ver, pero soy un caos completo, con cada pedazo mío aún en su lugar. No quiero convertirme en escombros, así que, por ahora, nuestro trato inicial sigue en pie. Quiero a mi hijo y estoy dispuesta a dejar que las cosas entre nosotros fluyan hasta que me embarace, pero después de eso, ya no hay ninguna certeza.

Su terquedad me irrita. ¿Chiara no ve que estoy yendo mucho más lejos de lo que alguna vez pensé que era capaz? Hasta hace unos días, la idea de comprometerme ni siquiera era una opción para mí.

—Estás aterrada. Ni siquiera quieres intentarlo.

—Te equivocas. Una parte de mí sí quiere intentarlo, pero no me gusta cómo me lo estás ofreciendo. Como si solo tú tuvieras el poder de decidir. No estoy disponible para que tú elijas si me quieres o no. Tal vez me dé cuenta de que esto entre nosotros solo fue una emoción pasajera y que, apenas tenga lo que deseo, la confirmación del embarazo, pierda el interés.

—Yo no soy uno de esos tipos que te hicieron daño.

—No, tú eres el tipo honesto que dice que, aunque no tiene intención de lastimarme, sabe que es posible que ocurra.

Ella recoge la ropa del suelo y camina hacia el baño. Sin dudar, la sigo. Chiara está frente al espejo y me coloco detrás de ella, con ambas manos apoyadas en el lavabo, encerrándola.

—Quiero más que lo que tenemos.

Muerdo su cuello y Chiara levanta los brazos hacia atrás, acariciando mi nuca, sin detenerme cuando empiezo a desabotonar su camisa.

Su silencio me irrita, y sé que deberíamos intentar resolver las cosas antes de entregarnos otra vez al deseo, pero no puedo resistirme a ella.

Las caricias escalan rápidamente hacia un deseo incontrolable y la poseo de pie, observando cada expresión de su hermoso rostro reflejado en el espejo.

A pesar de la conexión intensa, no me entrega nada, y eso me enloquece. Nunca tuve que perseguir a una mujer. Todas me dieron mucho más de lo que pedí sin que tuviera que esforzarme, y la única que quiero que se rinda, se resiste.

El sexo comienza intenso, furioso, ambos luchando por el control, pero poco a poco, la pasión sustituye a la rabia, y los besos, así como las caricias, dicen mucho más de lo que nuestras bocas se atreven.

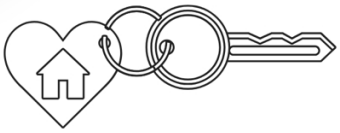
—No voy a hacerte daño —le juro cuando acabamos, aún dentro de ella y mirando su reflejo en el espejo.

Ella se da vuelta hacia mí, y estoy seguro de que es porque no quiere que vea lo que está sintiendo, lo cual se confirma cuando fija la mirada en mi pecho y no en mis ojos.

—Iré contigo a Sicilia, pero nuestro trato sigue en pie. Estaremos juntos hasta que quede embarazada.



Chiara



Capítulo 46

—No entiendo. ¿Estás camino a Sicilia? ¿Entonces la Operación Dulzura fue cancelada?

—No, mi objetivo principal sigue siendo quedar embarazada, Romy, pero no puedo darte detalles ahora sobre lo que pasó para que me mudara. Solo puedo decirte que acepté volar a Palermo con Giuliu por una cuestión de seguridad, mía y del bebé que tal vez llevo dentro.

—Me estás asustando, Chiara.

—Mira, de verdad no voy a darte detalles porque es un tema relacionado con los negocios de Giuliu, y hasta donde entiendo, mientras menos sepas, mejor.

—Está bien, no me gusta presionar, solo júrame que vas a tener cuidado.

—Como si tuviera opción, ¿no? Giuliu está actuando como si yo fuera la reina del mundo y él, mi guardián protector.

—A mí me parece sexy esa "actitud de macho alfa" de los Parisi Trovato.

—Sí, es medio estilo "hombre de las cavernas", pero no voy a negar que tiene cierto encanto.

—¿Cierto encanto? Yo diría que sería el sueño de nueve de cada diez mujeres tener a un hombre guapo y protector a sus pies.

—Parece que te cambiaste de bando. Como amiga, deberías estar abriéndome los ojos sobre los peligros de involucrarme con Giuliu.

—Lo siento, querida, pero ese barco ya zarpó del puerto. Solo para recordarte: ya estás "involucrada" con él hasta el último pelo.

Suspiro, sabiendo que tiene razón.

Giuliu alquiló un jet privado para volar a Sicilia porque me dijo que el de la familia no estaría listo a tiempo. Su apuro por salir de Milán me hizo entender que el asunto con la mafia albanesa es muy serio. No está simplemente haciéndose el superhéroe protector, él cree que hay un riesgo real de que alguien intente hacerme daño si descubren que estamos juntos.

Llamé al hospital para asegurarme de que el empleado del edificio que fue baleado estuviera bien y también para saber si su familia necesitaba algo.

Giuliu logró que me armaran una maleta porque no quería que volviera a nuestro edificio, ya que él tenía ropa en el apartamento anexo a las oficinas.

Salí de la ducha y poco después llegaron seis abogados. Luego, nos informaron que detectives de policía estaban subiendo para tomar su declaración.

Me sentí dentro de una película de acción aterradora.

Por más poder que tengan los Parisi Trovato, sé que no van a poder mantener el control de lo que está pasando. En algún momento se filtrará a la prensa, y por eso tomé la iniciativa de responder a los mensajes de mis hermanos, que querían saber dónde estaba, seguramente porque se enteraron del atentado en mi edificio.

Apenas dije por mensaje que me iba a Palermo con Giuliu, fue como abrir las puertas del infierno. El teléfono empezó a sonar mientras hablaba con Ricco y, en medio de nuestra conversación, entraron más llamadas de mis hermanos.

Al final, me rendí e hice una videollamada que, aunque fue algo caótica (con todos queriendo hablar al mismo tiempo), me permitió explicar que estaba a salvo.

La ansiedad de ellos fue tanta que ni siquiera me preguntaron dónde estaba en el momento del atentado, solo se tranquilizaron al

saber que Giuliu estaba "cuidando de mí".

No tengo dudas, sin embargo, de que en algún momento van a empezar a atar cabos.

Falta alrededor de una hora para aterrizar en Palermo y, como Giuliu se fue al cuarto del avión para una reunión con sus hermanos (según me dijo), decidí hacer algunas llamadas.

Primero a Tessia, mi gerenta y asistente, para explicarle que trabajaré de forma remota durante las próximas semanas, quizás meses, y que debe asumir mi lugar.

Es una suerte que de todos modos tuviera que venir a Sicilia en un futuro cercano, ya que la boda de Anlei Danville será aquí. Siempre asisto solo el día del evento para asegurarme de que todo esté como se debe, aunque tenga media docena de ceremonalistas verificando cada contrato *in situ* por mí. En este caso, sin embargo, fue la excusa perfecta, porque todos saben cuántos problemas me ha dado Anlei Danville. Llegar semanas antes a Sicilia no sorprendió a Tessia.

En total, para cada boda (ceremonia religiosa y fiesta), hay cincuenta empleados míos disponibles para garantizar un día soñado para los novios.

Tener que venir por la boda de Anlei Danville me ahorra explicarle a mis hermanos qué estoy haciendo en Palermo tanto tiempo en lugar de estar con mi familia en Florencia, donde también estaría segura. No veo, a largo plazo, cómo mantener en secreto mi relación con Giuliu.

Después de organizar mi vida profesional, decidí llamar a Romy. En este momento, es la única capaz de escucharme sin juzgar ni preocuparse de más. Por más que ame a mis hermanos, sé que jamás entenderían el tipo de vínculo que tengo con Giuliu, por el simple hecho de que, en este momento, ni yo misma soy capaz de comprenderlo del todo.

Las líneas entre nosotros están borrosas y algunos límites, desaparecidos.

Sudo frío, siento la garganta cerrarse al pensar en cuánto se me ha ido todo de las manos, porque no importa cuántas veces le diga en voz alta que todo seguirá como acordamos al principio. Cuanto

más tiempo paso con Giuliu, más logra derribar los muros de la fortaleza que construí para mantenerme a salvo.

—Lo sé, pero estoy en pánico, Romy. —Me obligo a volver a la conversación—. La cobarde que hay en mí cree que Giuliu está insistiendo en un "algo más" que ni siquiera él sabe cómo llamar, por pura terquedad, para salirse con la suya.

—Lo dudo. No voy a decir que esos sicilianos hijos de Ginevra no sean controladores hasta la médula. Seguí de cerca el inicio de la relación entre Carmine y Lexi. Pero macho alfa o no, hay algo seguro sobre los Parisi Trovato: solo hacen lo que quieren. Perdóname lo que voy a decir, Chiara, pero tú, en este momento, representas un gran lío en la vida de él. Le resultaría más fácil mantenerte a salvo, pero lejos.

—Puede que me quiera cerca porque sabe que existe la posibilidad de que esté embarazada.

—Sí, puede ser, pero tienes que admitir que, aunque Giuliu no lo diga, lo que siente por ti debe ser más que deseo, o no habría aceptado la propuesta de ser padre de tu bebé.

—Tengo miedo.

—Creo que cualquier mujer con dos neuronas, en tu lugar, lo tendría, pero ya no puedes retroceder.

—Sí puedo. Basta con confirmar que estoy embarazada y huir.

—Pero no quieres huir de él.

—No. Pensar en que Giuliu me rompa el corazón me da pánico porque sé que, si pasa, no será un final de relación como fue con Braxton. El siciliano está ganando cada vez más espacio dentro de mí y temo que llegue un momento en que ocupe cada parte de quien soy.

—Un día a la vez, Chiara. Trata de relajarte. Si realmente estás embarazada, no le hará bien al bebé con el que tanto sueñas que estés tan alterada.

Cuelgo y cierro los ojos, pero ni siquiera puedo dormitar.

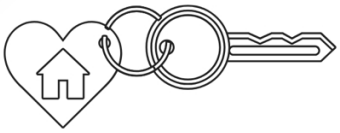
Al poco tiempo, mi cinturón de seguridad se desabrocha y alguien me alza del asiento.

No abro los ojos porque sé que fue mi ogro mandón favorito quien me cargó en brazos. Solo me dejo quedar recostada con la

cabeza en su pecho y, en poco tiempo, me quedo dormida.



Giulia



Capítulo 47

No fue mi intención espiarla, pero no pude evitar escuchar cuando le dijo a la persona con la que hablaba por teléfono que pensar en tener el corazón roto por mí la ponía en pánico, porque sabe que si eso pasa, no será un fin de relación como con el médico idiota, ya que estoy ganando cada vez más espacio dentro de ella y teme que llegue el momento en que dominaré cada parte.

—Sé que estás fingiendo dormir —digo, después de sentarme con ella en mis brazos—. Si te calma saberlo, no planeé volverme loco por ti, Chiara. Una parte de mí aún se resiste a aceptarlo. Eres como una huésped inesperada que ni siquiera yo sabía que quería recibir y que ahora no quiero que se vaya.



Chiara

Intento que sus palabras no me afecten, pero es imposible, así que me aferro a su camisa y tiro de su cabeza para besarlo.

Hay pasión como siempre, pero también algo más. Estoy cansada de luchar contra mí misma, contra los sentimientos que él no pidió poseer, que sacó de dentro de mí.

—No necesito ser una huésped permanente. Si quieres participar en la vida del bebé que no planeaste pero estás dispuesto a ayudarme a concebirlo, no te lo impediré, Giuliu, siempre que me jures que lo amarás. Pero nosotros dos podemos ser amigos. Hay varias parejas que logran eso.

Él me mira y adivino que en su mente visualiza el futuro, porque he aprendido a conocerlo al menos un poco y sé que su cerebro siempre está varios pasos adelante del resto de la humanidad. Sin embargo, no esperaba lo que dice a continuación:

—No logro imaginar un escenario en el que seamos solo amigos. No me puedo imaginar estar cerca de ti un día y no desearte.

—Como ya deseaste a otras mujeres.

—Nunca terminé una relación deseando aún a la mujer con la que estaba, Chiara.

—*Deseando*. Porque para ti todo se reduce a lo físico.

—Y para ti, todo se reduce al miedo, *piccola*.

—Lo que significa que somos un error juntos.

—No, quizás significa que nuestros errores encajan. *Deseo* es una palabra que uso para definir lo que quiero en mi vida, pero aún no encontré una etiqueta para lo que somos.

—¿Y la estás buscando?

—Puedes apostar que sí.

—No sé si me gusta hablar contigo.

—¿Por qué no?

—¿Las conversaciones entre parejas no suelen aclarar las cosas? Conmigo pasa lo contrario. Me siento aún más perdida.

—No estás perdida, solo no sabes confiar. Ni en los demás ni en tu propio instinto. Estoy loco por ti y ni siquiera tu miedo a involucrarte conmigo logrará alejarme. Ahora duerme, *bella*. Estás protegida.



No soy el tipo de persona que se avergüenza con facilidad. Aunque soy una cobarde de primera, logro manejarme bien en situaciones que avergonzarían a la mayoría. Pero cuando Giuliu estaciona el coche frente a la residencia de la matriarca Parisi Trovato y noto que toda la familia está reunida esperándonos, siento que las piernas se me vuelven gelatina.

—No me dijiste que tendría que enfrentar a toda tu familia de una sola vez.

—Ellos también son tu familia, independientemente de mí. No lo olvides.

—Es diferente ahora que saben que estamos juntos.

—No solo saben que estamos juntos. Saben que podrías estar embarazada también.

—¿Qué?

—No les miento a mis hermanos.

Me siento mal por él. Fui yo quien lo puso en esta situación.

Me cubro la cara con ambas manos.

—Dios, ¿qué hice? Estaba segura de que eras el candidato ideal para ser padre porque no querías una familia, ni siquiera hijos. Y sin embargo, ahora estamos a punto de revelar todo.

—No todo. No tienes que contar lo del acuerdo. Puedes dejar de ser tan terca y aceptarme como novio.

A pesar de los nervios, suelto una risita.

—Debería grabar esto: e*l mujeriego Giuliu Parisi Trovato exigiendo ser reconocido como novio.*

—Búrlate todo lo que quieras, pero sabes que eres mía, Chiara.

—Por ahora, lo soy. Y creo que tienes razón. Tal vez sea mejor decir que estamos saliendo, pero te advierto que será un caos con mis hermanos. Son sobreprotectores, como ya sabes.

—No me engañé a mi mismo. Al tocarte sabía en lo que me metía.

—Vamos a hablar con tu familia, pero no contaré nada a la mía sobre el bebé antes de hablar con *mamma*. Ella merece ser la primera en saberlo.

—La segunda.

—¿Qué?

—Giovanna está aquí.

—¡Jesús! ¿Cómo vamos a explicar lo del bebé? No quiero mentir y decir que fue sin querer.

—Entonces di la verdad. Cuéntale a una madre siciliana, doña Ginevra, que estás usando a su *bambino* como toro reproductor.

—No es gracioso.

—Nadie tiene nada que ver con nuestra vida, Chiara. Podemos decir que estamos juntos y confirmar que tal vez estés embarazada. Cómo llegamos a esto, solo nos concierne a nosotros.

—Haces que todo parezca tan fácil.

—Porque lo es, *bella*. Tratar de agradar a todos es un error y también una pérdida de tiempo. Dentro de unos años, cuando mires atrás, solo tú podrás alegrarte o lamentar tus decisiones, pero tendrás la certeza de que fueron tuyas y no impuestas por nadie más.

—¿No debo aceptar tampoco tus imposiciones? —bromeo.

—Ni las mías. Soy un siciliano terco y maniático del control. Es divertido pelear contigo, pero no quiero anularte.

—Te prefiero cuando eres un imbécil, Giuliu. La versión "novio perfecto" me confunde.

—Es una versión que solo tú conoces, mujer. Ahora entremos antes de que mi madre tenga un infarto.

Él sale del coche y me da la mano para ayudarme, y en ese momento agradecería que me tomara en brazos como parece adorar hacer, porque mis rodillas están sin fuerzas.

Sé que, en teoría, las personas a unos pasos de nosotros me aman, pero ¿seguirán sintiendo lo mismo ahora que soy la novia de Giuliu?

Maldita sea, hace unos días le dije a Ginevra que nunca estaría con él.

—Le dije a tu madre que jamás saldría contigo —le susurro ya fuera del coche.

—Lo sé. Me lo contó cuando la llamé más temprano y le dije que estábamos juntos.

—¿Y qué dijo?

—Se rió y dijo que había hecho cinco *bambini* irresistibles.

—¡Oh Dios!

—Ven conmigo, Chiara. No tengas miedo, no me separaré de tu lado.



Necesité cerca de una hora y media para que mi corazón se calmara.

Fui inundada de preguntas por las mujeres de la familia y escuché de mi suegra (fue ella quien se etiquetó así) que sabía que esa rivalidad entre nosotros era pasión.

La recepción que tuve de ellos fue aterradora y acogedora a la vez.

Es como recibir una avalancha de amor por todos lados.

La parte más difícil, sin embargo, fue decirle a mi hermana, Giovanna, cómo, después de una relación tan corta, yo podría pensar que estaba embarazada.

Pensé en lo que me dijo Giuliu y concluí que la respuesta sincera a eso solo nos concierne a nosotros dos. Así que me encogí de hombros y le expliqué que había una posibilidad, como una especie de accidente.

Solo Romy sabe sobre el proyecto bebé y no estoy lista para compartirlo con nadie más.

Además, no he renunciado a la Operación Dulzura.

—Hicimos una apuesta —dicen Lexi y Allyson, sonriendo y cruzando miradas.

—¿Una apuesta? —pregunto.

—No había duda de que esta guerra entre ustedes era pasión, así que apostamos a que estarían juntos en pocos meses.

—Yo también noté la tensión entre ustedes —dice Giovanna—. Obviamente era atracción física. Más obvio que eso sería que ambos tuvieran un tatuaje en la frente que...

Ella sigue hablando, pero mi mente se queda fija en la palabra "tatuaje", aunque no entiendo por qué.

De repente me levanto, un recuerdo vuelve a mí.

—¿Chiara? —pregunta Giuliu, como si temiera que me estuviera sintiendo mal.

—¡El tatuaje! —repito.

—¿Qué?

—Dijiste que fue la mafia albanesa la que intentó invadir el edificio —digo, porque sé que todos sus parientes ya saben eso.

—Sí, ¿y qué?

—Un día, llegaba al garaje y tuve la sensación de que alguien me seguía. Corrí hacia el ascensor y vi a un hombre con tatuajes en el cuello y brazos pasar frente a la puerta que se cerraba.

—¿Por qué no me dijiste nada? —pregunta él.

—En ese momento pensé que era cosa mía porque él llevaba uniforme como los empleados. Aun así, me prometí revisar las cámaras, porque no recordaba empleados tatuados. Se me olvidó completamente, pero quizás... Dios mío, Giuliu, eso puede significar que no fue la primera vez que intentaron entrar y en ese caso ya lo lograron. Pero, ¿por qué harían eso si ni siquiera estábamos juntos?

—Quizás no estaban detrás de ti, sino de cualquiera de mi familia. Si fue por orden de la mafia albanesa, no tenían intención de hacerte daño, solo asustarte; de lo contrario, te habrían hecho algo.

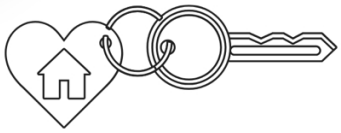
Empiezo a temblar y la habitación da vueltas, no por miedo a mí, sino por el bebé que puedo estar gestando.

Giuliu parece darse cuenta de que estoy en pánico porque se levanta y me abraza.

—Nadie te va a tocar. Tienes mi palabra, *cuore mio.*



Chiara



Capítulo 48

Semanas después

Una operación de guerra.

Eso se han vuelto nuestras vidas desde que comprobaron, por medio de las grabaciones, que el hombre tatuado que vi en nuestro edificio formaba parte de la mafia albanesa.

Según Giuliu, hay tatuajes específicos para cada organización mafiosa y las personas que trabajan para él (que no explicó quiénes son) le aseguraron que esos son de la mafia albanesa, sin duda.

Una vez que se llegó a esa certeza, la cantidad de guardaespaldas asignados para garantizar la seguridad de los Parisi Trovato, Bonsignore Trovato, Andresano y Moretti equivale, sin miedo a equivocarme, a un ejército de un país pequeño.

Giuliu concluyó que el hecho de que el hombre estuviera en nuestro edificio justo cuando yo llegaba no fue coincidencia. Quisieron mostrarnos que nadie estaba protegido, no solo sus familiares directos, sino también los por afinidad, lo que significa que ahora todos mis hermanos están alerta respecto a sus propias familias.

Y hablando de mis hermanos, ellos hicieron todo lo posible para que yo fuera a Florencia, pero aparte de que tenía que estar aquí

para la boda de Anlei Danville, que será pronto, también estoy comprometida en "fabricar" a mi bebé, si es que ya no está hecho, y para eso necesito estar cerca del siciliano.

Sí, y solo por eso quieres quedarte en Sicilia, ¿verdad, señora Chiara?

No, es porque cada vez se vuelve más difícil mantener distancia emocional de Giuliu, y Dios es testigo de que lo he intentado.

Respecto al plan que proyecté con Romy, de inyectar dulzura en nuestra relación, hasta ahora no ha funcionado.

Estoy en su casa, algo que mis hermanos ni sospechan, y activé el modo "novia pegajosa" de todas las maneras imaginables, ahora más para ponerlo a prueba y ver cuánto aguanta en una relación que para apresurar la "fabricación" del bebé.

Sobre eso no necesito esforzarme, porque no logramos quedarnos solos sin que, en pocos minutos, la ropa termine en el suelo.

Le mando mensajes varias veces al día y Giuliu nunca deja de responder. Cuando llamo, si está en reunión, luego me devuelve la llamada, y hasta dos veces hicimos sexo a distancia.

Cuando llego a casa por la noche, si ya está, me prepara la cena. Incluso lo obligué a ver películas románticas, y aunque habla tonterías casi todo el tiempo, no pidió cambiar de canal ni se quedó dormido. Para mi sorpresa, hizo preguntas pertinentes sobre la relación de los protagonistas.

También quiere saber de mi trabajo e incluso me dio sugerencias para expandirlo. No sé si lo hace a propósito. A su manera, creó una *contraoperación "hombre perfecto"* para combatir la Operación Dulzura, pero lo cierto es que, con cada día que pasa, me siento más unida a él.

Operación Dulzura.

Sonrío al recordar el plan con Romy. ¿Será que el hechizo se volverá contra la hechicera?

Recuerdo el mensaje que le envié más temprano, aún en modo "novia necesitada":

"Te extraño muchísimo. ¿Por qué no vienes aquí? Quiero mostrarte la decoración de la boda del amigo de Santo, ya casi está

lista. Pasé todo el día suspirando porque quedó taaaaan romántica".

Está bien, quizá exageré un poco al alargar la vocal, pero la idea era justamente que se empalagara de tanta dulzura.

Él todavía no me responde, así que tal vez de verdad esté cansado de mi pegajosidad excesiva.

Necesito que Giuliu me muestre sus verdaderos colores porque cada vez se vuelve más difícil recordar que toda su vida actuó en modo mujeriego.

Al principio, mi atracción por él era por su apariencia y cuerpo. Giuliu es hermoso y creo que moriré antes de cansarme de mirarlo, tocarlo, hacer el amor con él.

Pero tiene mucho más que belleza, y es increíble que ninguna mujer lo haya notado todavía ni haya intentado retenerlo.

Giuliu es sexy y atractivo, pero también es cariñoso, preocupado, caballeroso, protector y…

El celular suena con la música que puse para la novia-bruja, casi me da un ataque cardíaco.

—¿Hola?

—*Chiara, ¿por qué tardaste tanto en contestar?*

Dios mío, ¿estaré embarazada? Y si es así, ¿ya me están subiendo las hormonas y me están poniendo más irritable? Porque juro que quiero estrangular a Anlei Danville cada vez que me habla como si yo fuera su sirvienta personal.

Ya intenté explicarle con delicadeza que ni siquiera tiene que supervisar personalmente los días antes de la boda, porque eso es trabajo de los organizadores y coordinadores a su servicio.

Aunque la parte contractual y la organización general del evento las manejo yo, la organización literal no. Sé el paso a paso de cada parte de la ceremonia y la fiesta, y verifico que todo se haga como acordamos, pero si estuviera disponible para las novias que contratan mi empresa, no tendría vida.

—Buenas tardes, señorita Danville. ¿En qué puedo ayudarla?

Mientras pongo en marcha mi lado *princesa educada*, cuento mentalmente hasta diez para no mandarla al infierno. Anlei me llama al menos cuatro veces al día. A veces contesto, otras respondo con

mensajes, pero las ganas de ignorarla son enormes porque técnicamente ya no debería dirigirse a mí, sino a las coordinadoras. Sin embargo, la *niña mimada* prefiere creer que soy su dama de compañía. ¿O sería mejor decir, su esclava personal?

—*Chiara, sinceramente, con la forma en que van las cosas no te recomendaría a mis amigas.*

Dios mío, dame fuerzas.

Sé que parte de la histeria de Anlei es común a todas las novias antes de la boda, pero el resto es porque es insoportable.

—No te preocupes por eso, señorita Danville, mi trabajo habla por sí solo. ¿Me llamaste por alguna razón?

Para sorpresa mía, empieza a llorar.

—*Creo que Piazza, mi prometido, no me ama.*

Le daría un premio si lograra amarla.

—No sé lo suficiente para estar de acuerdo o no con eso, señorita Danville. Tal vez deberías pedir consejo a tu madre o a alguna amiga.

—*Mis padres me matarían si abandono la boda.*

—¿Abandonar? ¿Es tan grave?

—*No puedo casarme con alguien que no recuerda el día y la hora exactos en que me vio por primera vez.*

—Ah…

No puedo decir nada más. Es lo más amable que puedo ser, porque es increíble que quiera romper justo antes de la boda por algo así. Yo misma soy pésima con las fechas, incluso cumpleaños de familiares, y eso no significa que deje de quererlos.

—Tal vez él esté demasiado ocupado. Las personas le dan importancia a cosas diferentes.

—*¿De verdad crees eso?*

—Sí.

—*Gracias, Chiara. Sabía que eras la persona correcta para aconsejarme. Estoy segura de que nuestra amistad durará toda la vida.*

Ella sigue hablando unos minutos más, pero yo solo asiento de vez en cuando sin prestar atención. Está completamente loca y sus cambios de humor son al menos aterradores.

Cuelgo el teléfono y veo que llegó un mensaje de Giuliu.

Todavía no cambié el apodo con que guardé su nombre, "BS", de *bastardo siciliano*.

BS: *¿Todavía me extrañas?*

En ese momento mi cuerpo se enciende como una noche de Año Nuevo llena de fuegos artificiales.

Sonrío mientras escribo con mucha "dulzura":

Siempre, amor. Cada segundo lejos de ti es una tortura. Ojalá pudiera trabajar desde casa para que me acaricies todo el día.

Me río a carcajadas al darle "enviar", segura de que exageré, pero divirtiéndome al imaginar la cara de Giuliu al leerlo.

Estoy sola en el salón de fiestas donde será la ceremonia, porque a esta altura todos ya se fueron, y me asusto cuando escucho una puerta cerrarse detrás de mí.

—Puedo arreglar lo de trabajar desde casa, pero no podré mantener mis manos lejos de ti, así que asegúrate de saber lo que pides, *principessa*.

Miro hacia atrás y me encuentro con el siciliano que me enloquece de más de una manera.

—No debería estar de acuerdo con eso. Podría malacostumbrarme —digo, aún en el papel de novia melosa.

—¿Por quererme todo el tiempo?

—Ya te quiero todo el tiempo. Por querer tu atención, ser mimada y adorada a cada segundo del día. —Recuerdo la conversación con Anlei—. Hoy estuve pensando en algo. ¿Sabes cuándo nos vimos por primera vez?

Él se acerca y sus ojos me dicen que ya entendió mi juego.

—El día exacto no, pero recuerdo que fue en la casa de *mamma*. Llevabas un vestido blanco con flores rojas, el cabello suelto, y tuve la certeza de que nunca había visto una mujer más hermosa.

Él me abraza y me besa hasta dejarme sin aliento. Ya no quiero jugar, porque lo que dijo Giuliu me tocó muy profundo. Cuando lo

conocí, fue tal como dijo.

Él me recuerda.

—Tú me recuerdas —respondo sin aliento, mientras lo hago caminar hacia atrás aún abrazada de él, hasta que entramos en un baño.

—Lo recuerdo.

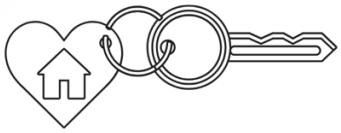
Con el pie cierro la puerta.

—No planeé esto. No se suponía que fueras tan perfecto. —Le quito el blazer y lo tiro al suelo. Desabotono su camisa y muerdo su pecho—. Intenté espantarte.

—Lo sé, pero acepta el fracaso, mujer. Sigo loco por ti.



Giuliu



Capítulo 49

Apenas controlo a duras penas el impulso de tomar el control, pero ver a Chiara hambrienta por mí es una locura.

Mi cuerpo, como siempre, responde de forma brutal a su cercanía, con mi verga hinchándose dentro de mi pantalón de vestir.

Chiara me toca por todas partes, me muerde y me chupa los pezones, pero por un momento me mira como si luchara una guerra interna entre seguir su deseo o protegerse. Y es cuando, con la guardia baja, me entrega esa mezcla de sensualidad e inseguridad, *niña y mujer*, que lo entiendo: estoy enamorado de ella.

Durante semanas, desde que llegamos a Sicilia, me pregunté qué demonios era esa necesidad que iba mucho más allá del deseo, que hacía que mi pecho se calentara al verla sonreír o cuando intentaba provocarme siendo excesivamente cariñosa, lo que sospeché desde el principio que era un mecanismo de defensa para alejarme, igual que el mensaje que me mandó esta mañana.

No importa cuántas veces le meta la verga o que pasemos toda la noche explorando el cuerpo del otro, porque por la mañana el hambre sigue ahí.

El deseo de ver sus ojos cuando despierta nunca disminuye. La sensación de paz que me da sentirla abrazada a mí, acurrucada toda la noche, no desaparece.

Mis dedos aprietan su cabello y con la otra mano agarro su culo, tirándola hacia mí.

Ella jadea y sus brazos rodean mi cuello.

Suspira, entreabre la boca, rendida a mí, como yo estoy rendido a ella. En ese momento, todo encaja perfectamente.

Encontré a la única que desearé hasta el día de mi muerte.

Devoro su boca con hambre, sin suavidad.

Muerdo sus labios húmedos y suaves.

Ella gime, ajusta su cuerpo al mío, intentando escalarme.

La levanto en brazos, haciendo que sus piernas rodeen mi cintura, y la presiono contra la pared del baño.

La empujo, con mi enorme verga presionando su vagina.

Le meto la mano debajo de su vestido y ella gime bajito.

—Quiero hacerte llegar al orgasmo.

No sé si hay alguien afuera, pero no saldré de aquí hasta que moje mis dedos.

Siento el contorno de su hermoso culo y al quitarle la ropa interior, entro en su vagina con un dedo y luego con otro. Me muerde el cuello. Chiara se desliza sobre mí, y es suave como la seda por dentro.

Se mueve contra mi mano, desesperada por llegar al orgasmo. No tarda en contraerse con mi dedo, los espasmos me vuelven loco, pero Chiara no se relaja como pensé que pasaría. Me besa, aún más salvaje.

—Déjame bajar —dice.

La dejo hacer lo que me pide y me vuelvo completamente loco cuando se arrodilla frente a mí.

—Quiero que me acabes en mi boca.

—¿Quieres chupármela?

Sus ojos están llenos de deseo cuando asiente con la cabeza.

Empieza a abrirme el pantalón, pero mira hacia abajo. Le sostengo el mentón.

—Mira mis ojos mientras me chupas la verga.

Me obedece, pero parece ansiosa y la ayudo, sacando mi miembro durísimo de mi ropa interior.

Paso la cabeza de mi verga por sus labios carnosos. Ella me lame, pero pronto comienza a chuparme con más hambre.

—Relaja la boca y déjame meterla, Chiara. Chupa a tu hombre. Tu boca es solo mía. Eres mía.

Me sostiene con ambas manos mientras se mete mi verga cada vez más en su boca. La dejo acostumbrarse solo lo suficiente para no asustarla, pero cuando agarra el ritmo, bajo los tirantes de su vestido, acaricio sus pezones mientras inclino las caderas hacia adelante, haciendo que mi miembro entre cada vez más profundo. Cuando alcanza su garganta y se atraganta, la dejo respirar un poco y vuelvo a penetrar su boca.

—Hummm…

—Eres perfecta en cualquier momento, Chiara, pero con mi verga en tu boca te transformas en una diosa.

Ella abre la boca todo lo que puede, como le enseñé, y me deja meterla por completo. Al principio no podía metérsela entera, pero Chiara es una locura y le encanta aprender.

Me chupa, dejando que su lengua trabaje por toda mi longitud, y cuando me oye gemir se vuelve más atrevida.

Chiara me mama con gusto durante varios minutos y podría morir ahora en su boca (y sería una buena muerte).

Llego hasta el fondo de su garganta y paro. Al ver sus ojos llorosos, pierdo el control.

Aprieto más su cabello, enroscándolo en mi puño.

—Quiero verte tragándome todo mi néctar, *bella*.

Sus gemidos se hacen más fuertes, creando una vibración en mi verga mientras me chupa, y cuanto más empujo las caderas, más voraz se vuelve.

—Tu boca es deliciosa. Eres perfecta, princesa.

Acaricio su mejilla, metiéndome con cada vez más velocidad.

—Voy a acabarte en la boca. Traga hasta la última gota, Chiara.

El orgasmo llega con violencia, llenándola con mi semen, y el movimiento de su garganta mientras me bebe me vuelve loco.

Espero, observando cómo se deleita con mi miembro, limpiándome con la lengua como una gata, y luego la levanto en brazos.

—¿Hay alguien aquí?

—¿No es un poco tarde para preguntar?

Le doy un beso con lengua.

—Atrevida...

—Descarado.

—Sí. Pero eres mía. Ahora responde, Chiara.

—No hay nadie más que nosotros. ¿Por qué?

—Porque te voy a hacer gritar mi nombre, mujer.

—¿No necesitas descansar? ¡Oh!

Gime cuando se da cuenta de que estoy duro otra vez y se apoya en mis hombros para ayudarme a penetrarla.

Se la meto despacio, enterrándome en su vagina.

Chiara se mueve para acomodarse.

Muerdo sus labios mientras la penetro. La sostengo por el culo, salgo y entro hasta el fondo otra vez.

Ella dice mi nombre bajito, pero cuando recorro con fuerza su vaginita estrecha, grita.

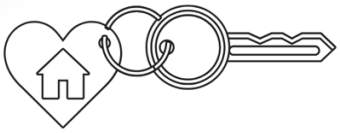
—Gime para mí, belleza.

La penetro con embestidas largas y ella rasguña mi espalda.

Empujo profundo en su vagina, penetrándola con fuerza hasta que, varios minutos después, llegamos juntos al orgasmo.



Chiara



Capítulo 50

Una semana después

—*No quiero que te enojes conmigo, pero llamé a tu mamma para que venga a Sicilia* —me dice Giovanna por teléfono.

Sabía que no podía seguir posponiéndolo por mucho más tiempo. He estado esquivando el control de mis hermanos porque Giuliu les aseguró que estoy protegida y que no necesitarían mandar más guardaespaldas para cuidarme. También creen que, como pasó en Milán, estoy viviendo en un apartamento al lado del de Giuliu, cuando en realidad estoy con él desde que llegué a Palermo.

Mentir, o mejor dicho, ocultar, es extremadamente agotador. Nunca les dije nada de esto directamente; más bien dejé que asumieran que Giuliu y yo somos solo amigos y que él actúa como una especie de hermano mayor sobreprotector.

Solo mis hermanos varones podrían creerse eso, sin embargo.

Donatella, que ya sabe la verdad, me dijo sin rodeos que no puedo ocultarles la realidad a los chicos para siempre.

Y tiene razón, porque empecé a sentir algunos síntomas de embarazo. Además de que mi menstruación está retrasada, los senos me duelen, he estado somnolienta y hoy tuve mi primera náusea matutina.

Investigué y descubrí que las mujeres experimentan los síntomas en distintas fases. Mientras algunas apenas empiezan a sentir náuseas alrededor de la sexta semana, otras las tienen mucho antes.

No he ido al médico porque la cobarde que llevo dentro está en pánico, tanto por tener la certeza, lo que significaría que tendré que contárselo a Giuliu, como por si es solo una falsa alarma, que me decepcionaría muchísimo.

Pero no necesito la confirmación todavía. Eso será solo por protocolo, porque mi corazón me dice que mi sueño se ha cumplido. Tengo un bebé dentro mío.

—No estoy enojada contigo. Todavía no le he contado a ella sobre Giuliu, pero a diferencia de los chicos, mamma está sospechosa.

—¿Y quién no lo estaría, Chiara? ¿Vecina de Giuliu dos veces? Un rayo no cae dos veces en el mismo lugar. Solo nuestros hermanos piensan que eres pura como una monja, para creer que no están acostándose. Y te juro que no estoy juzgando. En realidad, ojalá que esto funcione.

—¿Por qué, si sabes que él es un mujeriego?

—Ya hablamos de eso. Todos lo son, hasta que dejan de serlo. Me muero de celos por Santo. Llevamos años de casados, hijos, y aun así las mujeres no disimulan que le quitarían la ropa interior en un parpadeo con solo un chasquido de dedos de mi marido; así que créeme, sé lo que es sentir inseguridad.

—Eres hermosa y Santo está loco por ti.

—No tengo problemas con mi apariencia y sé que mi marido me ama, pero mi cuerpo no es igual que antes de los embarazos y me siento insegura como cualquier mujer. El otro día, en una fiesta, una socialité, que vi babeando por Santo, me preguntó si estaba embarazada de nuevo porque llevaba un vestido ajustado que marcaba un poco mi barriga.

—Es una idiota.

—Sí, lo sé. Y no me avergüenzo de no tener un cuerpo perfecto. Dar a luz y ser madre fue una de las mayores alegrías de mi vida, pero lo que trato de decirte es que las mujeres siempre los desearán. Me costó confiar, Chiara, y aceptar que no todos los

hombres son como Dino. Tal vez tú también deberías darte una oportunidad.

—Me equivoqué dos veces con mis elecciones. Primero con el psicópata de Carlo Abato y después con Braxton. ¿Y si tengo un problema eligiendo a los hombres que me atraen?

—Carlo Abato era un depredador y también un sociópata, Chiara. Solo eras una niña en ese entonces. Sobre Braxton, no hay mucho que decir. Es un traidor. Me contó que su esposa insinuó que no era la primera vez que lo hacía, y por todo lo que sabemos, no será la última. Tu miedo de estar con Giuliu no tiene que ver con que él pueda ser una mala elección, sino con que estás totalmente enamorada del siciliano.

Me libré de tener que responder porque justo en ese momento entró mi secretaria para avisarme que alguien me esperaba.

Tuve que montar una oficina aquí, porque, aunque Tessia está haciendo un excelente trabajo en Milán, están llegando nuevos contratos y no puedo dejar todo en sus manos.

Me despido rápido de mi hermana y me giro hacia mi asistente.

—¿Quién es?

—Tu mamá —dice Tessia.

Dios, cuando Giovanna dijo que había invitado a *mamma* a Palermo, no imaginé que se refería a que vendría de inmediato.

—Déjala pasar.

Es la primera vez que mi madre viene a una de mis oficinas, ya que no le gusta ir a Milán. De hecho, creo que si pudiera, jamás saldría de Florencia, lo que me indica que está muy preocupada por mí para volar hasta aquí.

—Mírate tú, mi niña hermosa, ¡ahora eres toda una empresaria! —Sonríe y abre los brazos apenas entra a la sala.

Me dejo abrazar, pero ahora también puedo devolverle el abrazo.

Durante mucho tiempo guardé rencor hacia ella por permitir que Dino siguiera haciéndonos daño. Su falta de reacción nos lastimaba, a mí y a Ricco.

No sé si los padres entienden esto, pero presenciar un mal matrimonio, en el caso de mis padres, una relación totalmente tóxica

en la que la madre es tratada como un felpudo, es peor para los hijos que un divorcio.

Me llevó mucho tiempo y varias conversaciones con mis hermanas para entenderlo, porque ellas pasaron por lo mismo o peor con Greta, y no es fácil salir de una relación emocionalmente abusiva porque el traidor sabe cómo tratar a las víctimas para mantenerlas a sus pies.

Sin embargo, aun habiendo comprendido eso, *mamma* se convirtió en la imagen de lo que no quiero ser, así como sé que Donatella y Giovanna no querían seguir el ejemplo de Greta.

—¿Cómo estás? Y antes de que intentes contarme sobre esos desgraciados mafiosos albaneses, no me refiero a eso, sino a tu relación con Giuliu.

—¿Lo sabías?

—Desde que estuvieron juntos en mi casa la última vez.

Le doy la mano y la invito a sentarse en el sillón. Mi asistente toca la puerta y pregunta si queremos algo de beber, pero declinamos.

—¿Cómo es posible?

—Te conozco, Chiara. No te gusta bajar la guardia ni mostrar tus sentimientos a nadie que no sea de la familia, pero yo te llevé nueve meses dentro de mí y noté que no podías quitar los ojos del hijo de Ginevra. Y no fue la primera vez que pasó.

—¿Todos se dieron cuenta de que yo miraba a Giuliu?

—Todos, no sé. Tus hermanos seguro que no, o se volverían locos pensando que también te convertiste en "vecina" del muchacho aquí en Palermo.

—Sí, tienes razón. Creo que siempre estuve un poco encantada con él.

—Entonces, ¿por qué nunca intentaste acercarte? Actuabas como si lo odiaras. Ginevra y yo hasta nos reímos de eso porque para nosotras, la tensión entre ustedes escondía sentimientos.

—¿Sentimientos? En ese entonces solo podía ser odio.

—Odio y amor son dos caras de la misma moneda. Lo que quiero decir es que tu antipatía hacia Giuliu era algo que llamaba la atención. ¿Vas a contarme la verdad de por qué justo ahora bajas tus defensas y le das una oportunidad al hijo de Ginevra?

—"Dar una oportunidad" es una broma, *mamma*. ¿Lo has visto? Giuliu no necesita "una oportunidad" de ninguna mujer. Es hermoso.

—Corrijo entonces: ¿por qué decidiste justo ahora darte una oportunidad para ser feliz?

—Es una historia larga.

—Solo vine a Sicilia para que hablemos, Chiara. No quiero más barreras entre nosotras.

—Yo no…

Hace un gesto con la mano pidiéndome que termine de hablar.

—Sé que soy la gran culpable de que te hayas cerrado conmigo, hija. Créeme, solo después de mucha terapia entendí que no fui la única víctima de ese desgraciado, sino que tú y tus hermanos también lo fueron. Solo quiero decirte que sí, permití que Dino me menospreciara, me engañara, me humillara, pero logré liberarme y encontré a un hombre maravilloso.

El hombre con el que está casada ahora fue uno de sus pretendientes rechazados cuando conoció a mi padre.

Miro a la mujer por la que durante años sentí un amor temeroso, con miedo de convertirme en ella, y por primera vez veo su dolor, pero también su fuerza.

Ella y Greta se liberaron de ese miserable. Pasaron de víctimas a vencedoras. Dino fue derrotado. Mamá y la madre de mis medio hermanos tuvieron la fuerza y el amor propio para matar ese sentimiento tóxico.

Y si ella, que fue la más perjudicada, pudo dar otro paso y reconstruir su vida, tal vez yo también pueda.

—Te contaré por qué terminé en los brazos del siciliano. Es un gran lío, *mamma*.

—Como te dije, no tengo prisa.

Una hora después, me mira con los ojos aún rojos por el llanto. *Mamma* quedó inconsolable cuando le hablé sobre el nódulo y el miedo que sentí y no compartí con nadie.

Queriendo animarla, intento cambiar el tono de la conversación a algo más cómico.

—Después de que Giuliu aceptó ser el padre de mi bebé, Romy y yo decidimos hacer la Operación Dulzura.

Le cuento rápido de qué se trata y cuando termino, se ríe a carcajadas.

Luego se levanta, me ofrece la mano y cuando la acepto, otra vez me abraza.

—Se enamoraron.

—No sé si él…

—Sí, está enamorado, Chiara. Ginevra está segura de eso.

—Yo no. Tengo miedo de soñar. Giuliu no quería un hijo y creo que estoy embarazada. Tal vez esto sea el fin para nuestra relación.

—Tienes que contárselo.

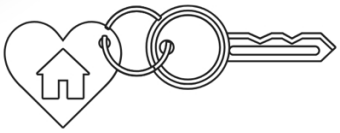
—Es solo una sospecha, pero tienes razón. Pienso hacerlo pronto. Solo espero que se celebre la boda de Piazza y Anlei, y después buscaré un obstetra.

—¿Y se lo contarás a Giuliu?

—Sí.



Chiara



Capítulo 51

La música suave resuena en el salón de fiestas mientras me muevo entre los invitados, saludando rostros conocidos y revisando discretamente que todo esté saliendo según lo planeado.

Es un trabajo agotador, pero también gratificante, sin importar lo pesada que sea Anlei Danville.

Organizar bodas definitivamente es mi pasión, aunque algunos clientes pongan a prueba mi paciencia, como hoy.

No importa, después de la fiesta no tendré que ver más a la novia, salvo socialmente.

Después de incontables llamadas y muchos dolores de cabeza, prácticamente estoy libre de ella.

Mi familia está toda presente, repartida entre los invitados. De vez en cuando, veo la mirada orgullosa de mis hermanos sobre mí y mi corazón se calienta. Sin falsa modestia, la fiesta está perfecta.

Luego de hablar con el DJ y con la banda que vino a tocar, sueño con una pausa porque mis pies me están matando, lo que solo me hace sospechar aún más del embarazo. Todo parece estar "apretándome", desde los sostenes hasta los zapatos.

En medio de la locura del día, mi mirada, como siempre ha pasado (ahora lo admito) busca al hombre que se apoderó de mi corazón sin pedir permiso.

Es casi un reto concentrarme en algo que no sea Giuliu.

Quizá ninguno de los dos haya puesto un nombre a lo que somos, pero estoy lista para admitir que caí en mi trampa más temida: estoy loca por el siciliano que al principio quería solo como padre de mi bebé.

Sonrío cuando ese pillo me lanza una mirada depredadora y, aunque intento disimular, mis piernas se debilitan.

¿Se habrán dado cuenta todos del efecto que me provoca?

Miro disimuladamente a mis hermanos varones, que parecen relajados con sus esposas, y vuelvo a respirar. Sé que tendré que contarles todo, pero no así, de golpe. Mañana haremos un almuerzo y les hablaremos de nuestra relación. Decidí comprar un test de embarazo antes de ir al obstetra. Si da positivo, hablaré con Giuliu y después con mi familia.

No tengo ni idea de cuál será la reacción de Gaetano, Ricco, Tommaso y Gianni, y no quiero que Giuliu corra peligro.

Mis hermanos son celosos y protectores.

Alguien me detiene para preguntar si tengo agenda disponible para un bautizo dentro de algunos meses y, mientras hablo con el posible cliente, cruzo una mirada con Giuliu.

Esta vez me sonríe y mi corazón se acelera. Ese hombre no debería tener permiso para sonreír en medio de un evento de mi trabajo. Me hace querer desnudarlo ahí mismo.

Lo más loco es que, además de robarme el aliento, Giuliu también se está convirtiendo en mi refugio y, en el fondo, sé que ya no puedo luchar contra mis sentimientos.

Media hora después la fiesta se acerca al final y la banda comienza a tocar canciones para parejas.

Sin importar quién nos rodea, Giuliu me toma de la mano y me lleva al balcón.

Me atrae hacia su cuerpo y empieza a bailar conmigo. Respiro su aroma, sabiendo que no hay otro lugar donde quiera estar que en sus brazos.

En la penumbra, me entrego a la deliciosa sensación de su cercanía, del calor de su cuerpo, que hace latir mi corazón de una manera que solo mi siciliano logra.

Pero de repente, siento que la terraza gira a nuestro alrededor y me agarro aún más fuerte a él.

—¿Chiara?

Es como escucharlo llamarme dentro de un sueño, porque me siento inestable y mareada.

—Creo que no me siento bien.

—¿Qué te pasa, *cuore mio*?

—Giuliu, tal vez debería decirte que creo que estoy…

No logro terminar la frase porque todo se oscurece a mi alrededor.



Giuliu

—¿Qué pasó? —Oigo preguntar a Santo cuando atravieso el salón de fiestas con ella desmayada en mis brazos, pero no dejo de caminar.

—Preparen un coche. Se desmayó.

Siento que varias personas me siguen ahora y creo que son miembros de nuestras familias, pero no me importa porque mi corazón late con la fuerza de un cohete en el pecho, amenazando con romperlo todo por dentro.

—¡Un coche! —pido, esta vez a Lucca, que camina a mi lado.

—Carmine ya se adelantó. Debe estar afuera con el chofer. ¿Qué diablos le pasa, Giuliu? ¿El bebé...? —comienza, hablando bajo para que solo yo escuche, probablemente porque entiende que hay gente alrededor.

—No sabemos si hay bebé —respondo, pero al mismo tiempo varias imágenes empiezan a correr por mi mente.

Chiara vomitó ayer en la mañana y también ha estado somnolienta.

—¡Diablos!

—¡Giuliu! —Oigo a Carina llamarme, y simultáneamente mi mujer empieza a despertar.

—¿Qué pasó? —pregunta Chiara.

—Te desmayaste, *bella*. Te llevaré al hospital.

—Hija, ¡no debiste esperar hasta esta boda para confirmar el embarazo! —dice mi suegra.

—¿Embarazo? —preguntan Gianni, Ricco, Tommaso y Gaetano al mismo tiempo, y cuando me giro con Chiara todavía en brazos, los cuatro parecen listos para matarme.

Hay varios invitados en el jardín de la mansión donde se celebró la boda, además de fotógrafos, y lo que sucede después no puede describirse de otra manera que como *un puro caos*.

Chiara gime en mis brazos al darse cuenta de que sus hermanos descubrieron al mismo tiempo que estamos juntos y que hay un posible embarazo.

—¡Dios mío!

—¡Embarazaste a nuestra hermana, hijo de puta! —Ricco es el primero en reaccionar y Luna se interpone frente a él, pero casi de inmediato Gaetano y Tommaso también tienen que ser contenidos por sus esposas.

Gianni me mira como si lo hubiera traicionado, pero Elodie no lo deja acercarse. De todas formas, no habrían podido, porque mis hermanos, al igual que Santo, forman una barrera para impedir que se acerquen, mientras *mamma* y Carina intervienen gritando, con las manos que van del cielo a la cabeza.

—¡Sería cómico si no fuera tan vergonzoso! —dice Chiara.

—No me importa si nos están tomando fotos, princesa. Te amo, Chiara. Eres mía y si estás embarazada, ese bebé en tu vientre, al igual que su madre, me pertenecen.

—No sé si lo estoy, y si es así, no quiero casarme solo porque sientas que debes hacerlo y...

—Dime que ya no te sientes mal.

—No me siento mal. Solo me olvidé de comer y he trabajado demasiado. Pero eso no cambia que no me voy a casar contigo solo porque creas que es lo correcto y...

La beso hasta que pierde el aliento.

Cuando la dejo respirar, parece más tranquila.

—¿Escuchaste lo que dije? Te amo, mujer. Estoy loco, rendido, enamorado, sin importar si hay o no confirmación del bebé. —La bajo al suelo y me arrodillo frente a ella—. Chiara De Lucca Moretti, mi linda y peleadora mujer, sé mi esposa, la madre de todos los hijos que quieras, mi amor y compañera de vida, y a cambio te prometo ser fiel, amarte y respetarte hasta mi último día en la Tierra.

Creo que sus hermanos gritan algo como "no la presiones" y otro dice "no tienes que casarte porque estás embarazada, hermana", pero no me importa porque solo necesito su sí.

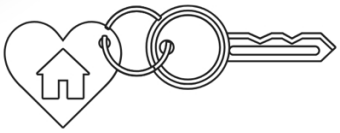
Veo una lágrima recorriendo su mejilla.

—No digas que me amas solo porque crees que voy a tener un bebé tuyo, Giuliu. Te juro que nunca te impediré verlo.

—Te digo que *te amo* porque desde que entraste en mi vida supe que no te dejaría salir de ella. Estoy loco por ti, *principessa*. El tiempo que hemos estado juntos ha sido el más feliz de mi vida, Chiara. Despertar contigo a mi lado es lo que quiero hasta el fin de mis días. Te amo, *bella*.



Chiara



Capítulo 52

Me arrodillo también y lo abrazo.

—Tengo miedo, pero no puedo decirte que no, Giuliu. Me robaste el corazón y no lo quiero de vuelta. Derribaste todas las murallas que construí, así que te entrego todo: mi amor, mi confianza y mis sueños. Te amo, siciliano.

—No tengo un anillo ahora. No planeé hacerlo aquí.

—¿Pero planeaste pedirme matrimonio?

—Me conoces lo suficiente, Chiara. Planeo todo. Iba a llevarte de viaje y hacer la propuesta. Pedí el anillo al día siguiente de que —me jala y susurra en mi oído— te metí la verga en el baño del salón de fiestas. Ahí supe que lo que sentía por ti era amor.

—¿Sentiste eso durante el sexo?

—No. Contigo en mis brazos.

Sigo sonriendo a Giuliu, con el corazón acelerado por su declaración de amor, cuando escucho la voz de Anlei gritar:

—Chiara, ¿tenías que arruinar mi boda robando toda la atención para ti, verdad? ¡Voy a destruir tu empresa!

—¿Qué diablos dijiste? —Giuliu se levanta rápido, llevándome con él pero ocultándome tras su cuerpo.

Al mismo tiempo veo que mis hermanos, que aún tenían que ser contenidos por sus esposas, ahora se giran hacia la "enemiga" en

común.

—¡Sabía que estabas planeando algo para arruinar mi gran día, envidiosa! ¿No te bastó desmayarte y salir cargada de la fiesta? ¿Ahora una propuesta de matrimonio con todos los fotógrafos olvidándose de mí y viniendo a registrar tu "momento Cenicienta"? Esto no quedará así. ¡Destruiré tu reputación!

Veo que mis hermanos llaman a los guardaespaldas para que alejen a los paparazzi y pronto solo quedamos nosotros y otros invitados.

—¿Por qué están echando a los fotógrafos? —grita histérica la novia—. Déjenlos aquí. Ellos sabrán de primera mano lo poco ética que es la dueña de Giorno dei Sogni[5] —continúa, refiriéndose a mi empresa.

Meses de presión de su parte intentan dominarme porque estoy hirviendo de rabia, pero antes que nada, soy una profesional.

—Señorita Danville, no quise arruinar tu fiesta y...

—No —Giuliu me interrumpe y lo miro, confundida.

Pero ese "no" suyo no deja espacio a discusión. Es un "no" protector, de un hombre de las cavernas defendiendo su territorio.

Me jala por la cadera y un silencio sepulcral cae sobre el jardín.

—Nunca más vuelvas a amenazar a mi futura esposa. No perdono ofensas. Dejo pasar esta vez por la amistad que tengo con tu marido. De lo contrario, sabrías que para que alguien me amenace a mí o a mis seres queridos, debe estar dispuesto a llegar hasta el final, porque yo lo haré.

—Giuliu, creo que deberíamos irnos.

En ese momento, ya no me importa dejar de ser profesional. Mi antipatía hacia Anlei es tan grande como las náuseas que siento otra vez.

Antes que mi siciliano pueda responder, Piazza La Rosa, el novio (que Dios lo proteja de la víbora) da un paso adelante.

—Pronto seré un ex marido. Giuliu, Chiara, todos los Parisi, Andresano y Moretti, quiero pedirles disculpas en nombre mío y de mi familia por esta vergüenza. Nunca me sentí tan humillado. Y tú,

Anlei, mis abogados te buscarán. Voy a pedir la anulación del matrimonio. Fuiste el peor error que cometí, pero esto termina hoy.



Una hora después estamos en el consultorio del obstetra que atendió todos los partos de la familia Trovato, y espero ansiosa el resultado del análisis de sangre mientras toda la familia espera afuera.

Ni siquiera tuve tiempo de pensar en el fin del matrimonio de Anlei y Piazza. No voy a fingir que siento lástima por ella; en realidad, creo que el novio, futuro marido (o como sea que se llame alguien que termina el matrimonio antes de que la tinta se seque en el papel) fue muy inteligente al acabar con esa historia antes de que fuera demasiado tarde.

Puedo imaginar a Anlei en el futuro chantajeándolo, volviéndole la vida un infierno, usando a los hijos que tendrían como forma de tenerlo atado.

Mamma y Ginevra crearon una verdadera barrera entre nosotros y mis hermanos, porque ellos todavía quieren hablar con Giuliu.

Habrá tiempo para eso después, pero por ahora quiero saber si mi sueño está por cumplirse.

—Mientras esperamos el resultado, Chiara, que al parecer será solo la confirmación, quiero hablar un poco contigo sobre tu salud. ¿Te has hecho chequeos regulares? —me pregunta el médico.

Miro a Giuliu antes de responder. Podría pedirle que salga porque me da vergüenza contarle al médico lo que necesito frente a él. Pero soy quien exige la honestidad de mi novio. No puedo ser una hipócrita y empezar nuestro futuro con secretos.

—Sí, doctor. Fui a mi consulta ginecológica hace algunos meses. —Respiro profundo y le cuento todo, especialmente sobre el nódulo y cómo eso me llevó a decidir quedar embarazada.

Veo que Giuliu gira la cabeza hacia mí y antes de que el médico pueda hacerme alguna pregunta, él pide:

—Doctor, ¿puede darnos un momento a solas?

El obstetra sale y Giuliu se levanta enseguida.

Camina de un lado a otro del consultorio como una fiera enjaulada.

—Me aproveché de ti.

—¿Qué?

—Lo que te hizo decidir tener al bebé fue pensar que tenías cáncer. Dios mío, Chiara, no soy mejor que los idiotas que tuviste en tu vida.

Siento su dolor en cada palabra. Me levanto y lo abrazo.

—No digas eso. Eres bueno y honesto. No podías saberlo y si no te lo conté fue porque no quería que tuvieras lástima de mí. Creo en el destino, Giuliu. Nuestro encuentro estaba escrito en el libro de la vida. Ninguno quería amar y, sin embargo, te amo tanto que siento que mi corazón no cabe en el pecho.

—Te amo, *piccola*. Perdóname.

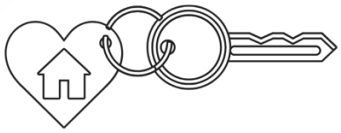
—No hay nada que perdonar. Todo entre nosotros pasó como tenía que ser. Ahora deja de hablar y bésame. Estoy muy ansiosa. Quiero a nuestro bebé.

Hace lo que le pido y en ese beso puedo sentir cada gota de su amor.

—Si no estás embarazada, lo intentaremos hasta que tu barriga esté redonda con mi heredero, *cuore mio.*



Giuliu



Capítulo 53

Aprieto la mano de Chiara y la siento fría. Mi pequeña está muy nerviosa.

Quiero que esté embarazada, pero en ese momento escucho con atención mientras el médico le hace más preguntas sobre el nódulo en el pecho, y solo cuando ella asegura que la ginecóloga, que también es especialista en mamas, le dijo que podía estar tranquila porque el tipo de nódulo que encontraron no evoluciona a cáncer, vuelvo a respirar.

Perder a Chiara no es una opción. La quiero en mi vida para siempre, y estaría a su lado si fuera necesario, pero prefiero que no tenga que pasar por el mismo calvario que atravesó Greta.

Escuchamos que golpean la puerta y luego entra una enfermera. Habla algo con el médico y mi mujer me mira. Chiara está pálida y todavía no me siento completamente tranquilo por su desmayo, aunque el obstetra haya asegurado que debió haber sido por la combinación de exceso de trabajo durante el día y falta de alimentación.

La mujer le entrega un sobre al médico y se va.

—No necesito preguntar si están ansiosos por el resultado porque puedo verlo en sus rostros: quieren mucho a este bebé, así que solo

me queda decirles: felicidades, papá y mamá. Por el nivel de la hormona HCG en su sangre, el embarazo tiene...

Sigue con explicaciones técnicas, pero yo ya no presto atención, solo hago cuentas.

—Te embaracé en la primera noche.

No puedo ocultar el orgullo en mi voz.

—Al menos intenta disimular lo arrogante que eres, siciliano. —Finge regañarme y el médico se ríe.

—No puedo. Lo hice bien a la primera. Elegiste al hombre correcto para ser tuyo, *piccola*.

Ella se pone roja y me da una palmada en el muslo cuando la atraigo para un beso.

Pasamos cerca de una hora más en el consultorio y el médico nos indica cuándo será la primera ecografía y el seguimiento del embarazo.

Él asume que nos quedaremos en Palermo y, aunque no he hablado aún con Chiara sobre eso, es lo que deseo.

Cuando salimos al pasillo, veo que solo está Michele.

—Me pareció mejor enviar a todos a la casa de *mamma*. No es seguro que estemos todos en el mismo lugar dada la situación actual.

Instintivamente Chiara aprieta mi mano.

—Shhhh... No te pasará nada ni a ti ni a nuestro hijo, *amore mio.*

—¿Voy a ser tío otra vez?

—Sí. —Mi mujer sonríe, relajándose al instante—. Me muero de ansiedad por saber el sexo.

—Felicidades, querida —Michele le besa la frente—. Vamos, los guardaespaldas están afuera. Después del escándalo que hizo Anlei, pedí que nos esperaran en la parte trasera por si aparece algún paparazzi.



—Tenemos que hablar del futuro —digo, tomando su mano y besándola.

Mientras estábamos en el hospital, le pedí a Lucca que fuera a mi departamento a buscar el anillo. Ahora Chiara es oficialmente mi prometida, con un diamante de cuatro quilates en su dedo.

Michele conduce y a su lado hay un guardia que estoy seguro que va armado. También hay dos coches más escoltándonos y eso no me deja olvidar que estoy en medio de una guerra, una que no pienso perder porque está en juego la seguridad de mi mujer y nuestro hijo.

—Creí que ya habíamos decidido eso —bromea ella, mostrando el anillo—. Quiero la boda más hermosa que haya habido en Italia. Me encargaré de cada detalle.

—Lo que hayas soñado, lo tendrás, Chiara. Traeré el mundo y lo pondré a tus pies si es tu deseo, pero para eso necesito estar seguro de que tú y nuestro hijo estarán protegidos.

Pongo la mano en su vientre porque la idea de que algo les pase me enloquece.

—¿De qué quieres hablar?

—No hemos hablado de dónde quieres vivir. La sede de mi empresa está en Milán, la tuya también, pero no podremos volver mientras siga abierta la cuestión de la obra en Albania.

Siguiendo instrucciones de Beau, no confío en nadie fuera de la familia y aunque el hombre al lado de Michele fue enviado por Amos y Ethan, prefiero no entrar en detalles frente a ellos.

—Puedo operar a distancia, confío plenamente en Tessia, mi gerenta, pero ¿y tus viajes de trabajo?

—Los suspenderé por ahora. La prioridad es protegerte a ti y a nuestro hijo. —Bajo la voz para que solo ella escuche.

—Y protegerte a ti mismo, Giuliu. No permitas que te pase nada.

—Me cuidaré, princesa, pero...

—¿Qué pasa?

—Cuando hablé del futuro no me refería solo al próximo año, sino a un "para siempre". ¿Te gustaría vivir en Sicilia?

—Sí —dice sin dudar—. Pensé que solo tendría un bebé, y de forma independiente, así que sería práctico quedarnos en Milán, pero ahora que quiero al menos media docena... —Deja la frase en el aire y me guiña un ojo.

—¿Intentando asustarme otra vez?

—¿Lo logré?

—No, Chiara. Quiero una casa llena de *bambini*. Vamos a hacer que tu sueño se haga realidad.

—Tú, Giuliu Parisi Trovato, eres un sueño mucho más grande de lo que jamás pude imaginar.



Chiara

—¿Te casas porque te quedaste embarazada? —pregunta Ricco con el rostro serio.

Tengo a todos mis hermanos reunidos en una sala anexa a la principal en la casa de Ginevra, mientras el resto de la familia espera afuera.

Cuando dijeron que querían hablar conmigo a solas, supe que no era lo que Giuliu quería, pero tenía que darles una explicación. Y eso hago, hablando de nuevo sobre el nódulo, que ya sabían, y de mi decisión de tener un bebé.

—Lo que vino después no es asunto de ninguno de ustedes. No voy a hablar de mi vida sexual.

Palidecen, y Giovanna y Donatella, que asistieron a la boda fallida de Piazza, se ríen porque entienden mi maniobra.

No podría decirles que Giuliu solo aceptó ser padre de mi bebé si le daba libre acceso a mi cuerpo, porque los cuatro chicos lo odiarían. Además, no es del todo cierto porque si no me hubiera sentido atraída por él, jamás habría aceptado esa contrapropuesta.

—Continúa —pide Tommaso.

—Basta con decir que simplemente pasaron cosas entre nosotros. Al principio tuve miedo porque no quería salir lastimada como *mamma* o Greta.

Gaetano se acerca y me abraza.

—No todos son como Dino, querida.

—Lo sé, por eso voy a arriesgar mi corazón, aunque tenga mucho miedo. Lo amo y estoy muy feliz con nuestro bebé, hermanos.

—¿Arriesgar tu corazón? —pregunta Tommaso—. Tranquila con eso.

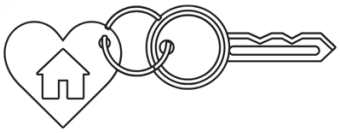
—Porque si el siciliano se porta mal —dice Gianni—, yo le arranco la cabeza.

—Nada de violencia, chicos. ¡Chiara está embarazada y no puede enojarse! —dice Donatella y en ese momento cambian de actitud.

Es increíble cómo nuestros hermanos, machos alfa de primera, se vuelven ositos de peluche al escuchar la palabra *embarazo*.



Giuliu



Capítulo 54

Un mes después

—Por ahora, no hay nada más que se pueda hacer. El tipo de acción que se orquestó en tu edificio no viene de un nivel bajo. Ninguna mafia quiere llamar la atención sobre sí misma. Solo en Hollywood los jefes de organizaciones criminales muestran casas, coches y mujeres. Tal vez hace treinta o cuarenta años todavía era posible... pero ya no. Los verdaderos líderes se mantienen ocultos —dice Beau Carmouche-LeBlanc, uno de los cuñados de Gianni Andresano—, pero no pueden dar la impresión de que los han engañado, y por eso los albaneses quieren vengarse de ti, Giuliu.

—¿Me está diciendo que al suspender el proyecto del complejo hotelero inicié una guerra contra la mafia albanesa?

Él se encoge de hombros.

—Sí. Y si quedaba alguna duda, la desaparición de tu ex amigo, Enver Hoxha, es una señal de que alguien importante allá arriba se molestó.

Enver literalmente desapareció de la faz de la Tierra. Poco después del compromiso, le dijo a su futura esposa que tenía que hacer un viaje de trabajo y desde entonces cortó todo contacto con

la familia. No usó documentos ni tarjetas de crédito, y se cree que fue secuestrado. Al menos eso piensa la familia.

—¿Crees que está muerto? —pregunto.

—Quizá nunca lo sepamos con certeza. Si lo eliminaron los mafiosos albaneses, difícilmente encontraremos el cuerpo, a menos que eso sea lo que quieren. De lo contrario, desaparecerá para siempre. Esa parece ser la opción preferida. Hoy en día, con la tecnología avanzada de extracción de ADN, lo mejor es hacer magia.

—Hacer desaparecer el cuerpo... —digo.

Él asiente, de acuerdo.

Miro al hombre que vino a Sicilia solo para ayudarnos. Sé que Beau no suele viajar mucho. Hizo de Nueva Orleans, en Estados Unidos, su reino, y su propósito en la vida es proteger y hacer feliz a su familia (esposa e hijos).

Al buscar su nombre en la prensa no se encuentra mucho porque, en teoría, es un empresario común que invierte en distintos negocios. Pero hay rumores de su vínculo con la mafia rusa, en particular con el ex-Pakhan, Ruslan Vassiliev, uno de los enemigos de la mafia albanesa. Aunque el hombre ya no está al frente de la Hermandad Rusa, su nieto Yerik es el jefe, y otro nieto, Grigori, su consejero.

Según los rumores, las esposas de ambos hombres fueron secuestradas en el pasado por los albaneses, lo que desató una guerra permanente entre rusos y albaneses.

Fue entonces cuando entendí por qué Gianni sugirió llamar a Beau y no a Amos, el otro cuñado, para ayudarnos.

La empresa de Amos combate a individuos. Él caza criminales comunes, pero para luchar contra una organización entera necesitas otra con el mismo poder de fuego. Y más allá de eso: no puedes tener nada que perder.

Cuando supe que realmente estábamos en la mira de la mafia albanesa, investigué todo lo que pude sobre organizaciones criminales. No dudan en matar si es necesario, pero lo hacen como un negocio, para mantener respeto entre subordinados y rivales.

Los asesinatos por venganza hoy en día son raros, salvo en casos como el de Yerik y su primo. Dudo que hayan perdonado lo que les

hicieron a sus esposas.

Noto que ninguno de mis hermanos ni Gianni intervienen en nuestra conversación. Solo está el segundo más viejo de los Andresano, porque imagino que Gianni no quiere involucrar a los hermanos en un asunto con muerte y peligro de por medio. En esta situación, mientras menos sepan, mejor. No necesitan conocer los detalles de esta operación.

Yo cancelé por completo la construcción del complejo hotelero, y eso parece haber irritado aún más a la mafia albanesa, que, al parecer, descargó su furia en Enver Hoxha. Sin embargo, Beau no cree que me dejen en paz, ya que también invertían en la región y habrían ganado mucho con el desvío del río.

—¿Qué debemos hacer entonces? ¿Solo esperar a que nos ataquen?

Intento mantener la voz tranquila, pero por dentro estoy hirviendo.

—No estamos esperando a que nos ataquen, Giuliu. Entiendo tu impaciencia. En tu lugar, estaría loco. Estamos esperando que los ratones intenten agarrar el queso. —Sonríe, como si entendiera lo que eso significa, y casi salto de la silla al escucharlo—. Con queso no me refiero a tu mujer embarazada, sino a ti. No quieren atacar a Chiara ni a sus familiares, de sangre o afinidad. O quizá no lo intentan con ganas porque el objetivo eres tú.

—¡Hijos de puta! —gruñe Carmine—. Entonces tenemos que reforzar la seguridad de Giuliu.

—No te preocupes por eso. Ya hay un mini ejército cuidando a tu hermano —dice Beau—. Lo que debemos hacer es hacerles creer que Giuliu no está tan seguro, y entonces vendrán.

—No me gusta eso —dice Rafaelle.

—Tienen mi palabra de que no le pasará nada a tu hermano —dice Beau—. Lo que quiero es que salgan de su escondite y entonces, pelearemos fuego con fuego.

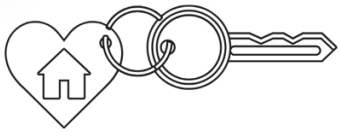
—¿Cómo? —pregunto.

—Digamos que tengo un amigo ruso que no sabe lo que es perdonar —comienza, y creo que habla de Ruslan—. Yo podría

encargarme, pero le daré la ubicación de esos bastardos a mi amigo y lo dejaré resolverlo.



Chiara



Capítulo 55

—¡Es un niño, gente! —dice el médico.

Giuliu y yo miramos la pantalla y luego nos miramos el uno al otro.

No tenía preferencia por el género y estoy segura de que mi novio tampoco. De hecho, al igual que yo, creo que Giuliu aún está impactado por el comienzo de la ecografía, cuando ambos escuchamos por primera vez el latido del corazón de nuestro hijo.

Ya había escuchado a mis hermanas, cuñadas y amigas decir que la primera ecografía era emocionante, pero hasta ahora no había logrado entender lo hermoso que es escuchar un corazón que no es el tuyo latiendo dentro de tu cuerpo.

Mi hijo amado, el niño con el que soñé desde que fui adulta, ahora es real.

La Chiara de antes habría disimulado la emoción, pero ya no soy la chica asustada que creía que jamás podría amar y ser correspondida; soy una mujer que se permite soñar y viajar entre las estrellas en brazos del hombre de su vida; entonces, sin intentar ocultarlo, comienzo a llorar.

—Hey... —Se agacha Giuliu y me besa en la frente, la mejilla, la boca, y escucho vagamente que una puerta se cierra, señal de que

el médico y la enfermera nos dejaron a solas—. Pensé que estarías feliz.

—Lo estoy, pero apenas puedo creer que lo hicimos.

Él se aparta lo justo para mirarme a los ojos.

—Sí lo hicimos, y nuestro niño es solo el primero de muchos.

Al principio, en los primeros días después de saber que estaba embarazada, temía que Giuliu me hubiera pedido matrimonio por honor, porque mis hermanos lo presionaron. Sí, compró el anillo, pero tal vez no iba a pedírmelo tan rápido.

Después, al enterarse en el hospital que estaba embarazada, y por todo lo que conozco de él, mi inseguridad (mi compañera de años) me susurró que había posibilidad de que se sintiera presionado a asumir una familia nueva que nunca planeó.

Pero aprendí algo de Dino Moretti, el imbécil que fue mi padre: presta más atención a las acciones que a las palabras.

Dino siempre decía que amaba a *mamma*, la llamaba hermosa y que era la mujer de su vida. Supe por mis hermanas que hacía lo mismo con Greta.

Las palabras se las lleva el viento. Decir algo y actuar en sentido contrario para mí desmerece todo discurso.

¿Las amaba? No, porque para mí, quien ama respeta y no lastima a propósito a la pareja.

Así que en lugar de dejar que mi mente me juegue malas pasadas intentando sabotear mi relación, empecé a fijarme en las acciones del padre de mi bebé, y entonces entendí que con Giuliu no tengo que tener miedo, porque él demuestra, mucho más allá de las declaraciones de amor que me hace, cuánto me adora.

Finalmente entendí que el amor no se basa en grandes ocasiones. La gente se preocupa por registrar fechas especiales como aniversarios de noviazgo, bodas, bautizos, navidades, y claro que esas fechas son importantes también. Pero hay muchas otras, como ahora, cuando Giuliu tiene la cabeza apoyada en mi vientre cubierto de gel, sin importarle ensuciar su traje caro, y habla con nuestro hijo diciéndole cuánto ya lo ama.

¿Dónde están los paparazzi para registrar esa escena que, por lo hermosa, me hace un nudo en la garganta? En ningún lado, porque

no los necesitamos. Lo que queremos es vivir nuestro amor.

—Pensé que quería un sueño, Giuliu, pero desde que empezó nuestra relación entendí que lo que deseo es la realidad. Los sueños son perfectos, pero no nos hacen sentir. Tú me haces sentir. Te amo.



—Será la boda del año —dice Lexi sonriendo, mientras un "mar" de mujeres, entre ellas mis hermanas, las esposas Parisi Trovato, y mis cuñadas Andresano y Moretti, andan de un lado a otro ayudándome a revisar detalles para que todo salga perfecto.

Mamma y Ginevra están a cargo del buffet y las bebidas, mientras los hombres (hablo de todos, mis hermanos, cuñados y la familia de Giuliu), aunque lo disimulan, estoy segura de que están tensos por el tema de seguridad, ya que hasta donde sé, aún no atraparon a los albaneses que dispararon a nuestro portero.

Esperar que hagan algo es casi tan aterrador como la acción misma, pero Giuliu me dijo que puedo estar tranquila porque él se encargará de todo, y confío en mi novio.

—No sé si será la boda del año, pero será como siempre soñé.

Miro alrededor del salón y sonrío.

Tuvimos que pensar mucho si era más seguro hacer la fiesta aquí o en alguna de las casas, pero Giuliu dijo que la empresa de seguridad contratada, que proveyó tantos guardaespaldas que parece un ejército, le aconsejó no hacerla en una casa porque habría más puntos donde podrían observar movimientos extraños.

Creo que fue la mejor elección, porque es una casona antigua y muy linda.

Cada centímetro del lugar refleja la materialización de mis planes, desde las mantelerías de lino blanco, los arreglos florales y los tonos pastel, que son una versión antigua del color rosa.

Lo planeé meticulosamente y, ahora, faltando poco más de setenta y dos horas para mi gran día, creo que logré que todo salga como quería.

Tomo una de las tarjetas con el nombre de los invitados, escritas a mano (vendrán más de quinientas personas porque nuestra familia es enorme) y paso el dedo sobre las iniciales en relieve.

—¿Soñando despierta? —pregunta Donatella.

—Puedes apostar que sí.

—Pronto, el penúltimo Parisi Trovato será esposado. —Se acerca Berlín, esposa de Lucca, sonriendo—. Ahora solo falta Michele para que Ginevra tenga a todos sus *bambini* domados.

—Diría que Michele será difícil, pero pensaba lo mismo de Giuliu y aquí estamos —dice Allyson.

Mientras las escucho hablar de maridos "domados", incluyendo a los suyos en la lista, suena mi celular con un mensaje de Giuliu.

Finalmente cambié el nombre guardado en el teléfono de BS a EPDMB: *El Padre De Mi Bebé.*

EPDMB: *Necesito que pases por mi oficina. En diez minutos llega un equipo de seguridad al salón de fiestas para recogerte.*

Revuelvo los ojos, pero sonrío. Es tan típico de él mandar mensajes con un tono como que deja la decisión en mis manos, cuando en realidad estaba seguro de que yo diría que sí, ya que los guardias están en camino.

¿Y si yo estuviera ocupada?

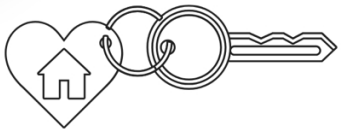
EPDMB: *Esperaría. Te esperé toda la vida. Una hora más o menos no importa.*

Eres un seductor, siciliano.

EPDMB: *Un seductor domado, mi novia. Ahora mueve ese bonito culo y ven a ver a tu hombre, principessa.*



Chiara



Capítulo 56

Quizás algún día me acostumbre a ser escoltada como si fuera parte de la realeza, pero no será pronto, así que mientras espero dentro del coche a que los guardias revisen cada centímetro del estacionamiento del edificio donde están los negocios de Giuliu en Palermo, siento el corazón acelerado porque cada vez que salimos a la calle me parece estar en medio de una película de acción.

—Puede venir conmigo, señorita Moretti —dice el hombre que se ha convertido en mi principal guardaespaldas.

Nunca sonríe, al igual que los demás, pero ya aprendí que no es algo personal ni porque no simpatice conmigo, sino porque está concentrado en su trabajo.

Solo pensar que esos monstruos podrían acercarse a mí y hacerle daño a mi bebé me pone en pánico.

Acepto la mano que me ofrece para salir del coche y al menos seis guardias se colocan frente a mí, a los lados y atrás.

Mientras subimos en el ascensor, noto que el hombre habla por radio para asegurarse de que el piso donde está la oficina de Giuliu también esté seguro.

La secretaria en la antesala, como suele pasar, me saluda y luego me acompaña a la oficina de Giuliu, pero no hay nadie en la oficina principal.

Escucho voces y, cuando llegamos al cuarto donde suele hacer reuniones con clientes y la directiva, veo a una mujer pelirroja, muy hermosa, sentada en una de las sillas laterales de la mesa rectangular para veinte personas.

Hace unos meses, eso me habría puesto muy insegura, pero ya no.

Giuliu se levanta en cuanto me ve, e ignorando que no estamos solos, paso junto a la mujer para besar a mi novio.

Iba a darle un beso leve, solo para marcar territorio (sí, soy celosa), pero él me agarra por la nuca y profundiza el beso.

—Llegaste tarde —susurra en mi oído.

—Cumplí el protocolo que me dieron los guardias —le digo, solo para que él escuche—. ¿Por qué tanta prisa por verme?

—Siempre tengo urgencia de tenerte al alcance de la mano. ¿Todavía no entiendes que soy un bastardo controlador?

Disimulo una sonrisa y finalmente saludo a la mujer, a quien él me presenta como Florinda Fontana, una decoradora que trabaja para su empresa.

—¿Qué era tan urgente como para mandarme a llamar? —le pregunto, sentándome en el lado opuesto al de la mujer.

—Todavía no elegimos los colores para la habitación de Rizzo —dice Giuliu, refiriéndose a nuestro hijo, cuyo nombre ya decidimos—. Por eso invité a la señorita Fontana para que nos ayudara.

—¿Para decidir el color?

Ahora es él quien disimula una sonrisa mientras presiona un control remoto sobre la mesa. Percibo con la vista periférica que una pantalla se despliega a mi lado y cuando giro la cabeza para mirar, quedo literalmente boquiabierta.

En ella hay un plano de una casa que es la copia exacta de algo que solo hablamos una vez, sobre cómo sería el hogar de mis sueños.

La mansión (no puedo llamarla "casa", porque cuando le dije cómo la imaginaba, no oculté que debía ser grande para albergar muchos *bambini*) se alza entre colinas. Aunque es un proyecto arquitectónico, Giuliu añadió la fachada de piedras, porque le conté que me parecía hermosa.

No olvidó ningún detalle, incluso el área externa con árboles que llevan a la entrada principal y a un jardín enorme.

La casa de mis sueños no es la típica de los muy ricos. Quiero un hogar donde mis hijos puedan crecer y vivir plenamente su infancia, donde celebremos navidades o simplemente horneemos galletas en la cocina.

—¿Te gusta?

—Sabes que sí.

—La habitación de Rizzo puede estar dentro de esa casa o en el departamento donde vivimos ahora, queda a tu elección. La diferencia de tamaño es importante. Si elegimos la casa, podemos hacer una habitación de juegos para nuestro hijo al lado de la habitación donde dormirá.

—¿Y podrías construir todo antes de que nazca?

—Pondría toda mi empresa a tu disposición solo para verte sonreír, Chiara. Eres la mujer de mi vida —dice, besando mi mano.

—Quiero nuestra casa. Nunca soñé con vivir en un departamento, de todas formas. Podemos dejar el de Milán para cuando estemos allá.

—Convirtiéndolos en uno solo.

Asiento y cuando finalmente recuerdo que no estamos solos, me giro hacia la pelirroja con una sonrisa incómoda, sintiéndome un poco avergonzada, porque la mujer solo vino por pedido de Giuliu para escuchar qué quiero para la habitación de nuestro hijo.

Para mi sorpresa, ella parece aún más incómoda que yo. Pensándolo bien, ya estaba así cuando llegué.

¿Qué está pasando aquí?

—Puede retirarse —dice Giuliu con un tono duro.

—Pero yo pensé… —comienzo.

Él se levanta y yo hago lo mismo, porque noto que algo está muy mal en esta reunión.

—Mandaré a mi secretaria a avisar a recursos humanos para que preparen los papeles de su despido, señorita Fontana.

—¿Despido? —preguntamos casi al mismo tiempo la mujer y yo.

Giuliu me mira.

—Llamé a una de mis decoradoras más competentes para que nos ayudara a elegir la habitación de nuestro hijo. Desafortunadamente, no supo mantenerse profesional.

—Doctor Parisi Trovato, yo…

La mujer parece una hoja de papel de lo pálida que está.

—¿Qué? ¿Va a decir que fue un error y que no tuvo intención de invitarme a su apartamento esta noche para revisar con más calma lo que quiero para la habitación de mi heredero? Tiene suerte de no ser demandada por acoso, señorita. Ahora está despedida.

La veo salir con los hombros caídos, pero no siento lástima. Usó su belleza y el hecho de trabajar para Giuliu para aprovecharse de un hombre comprometido.

Después de verla cerrar la puerta, me giro hacia él, que ya se quitó el saco y la corbata y se sirvió un vaso de whisky.

—Sé lo que hiciste.

—¿Qué sabes? —Toma un sorbo de la bebida mientras me observa sentarme en la mesa de reuniones después de quitarme las sandalias de tacón.

Me recuesto sobre la mesa y el vestido rosa fucsia que llevo puesto se sube, mostrando mis muslos.

—Quisiste demostrarme que eres mío y de nadie más. Podrías haber elegido no decirme que la mujer te coqueteó y nunca me habría enterado, pero decidiste no esconderlo. Por eso te amo aún más, siciliano.

—Sí, fue exactamente eso. No quiero secretos entre nosotros. Eres mía, Chiara, pero mi corazón, mi cuerpo y mi verga también te pertenecen. Ahora, pórtate bien y quédate desnuda para mí, *amore mio.*

No necesito que me lo repita. Pronto no hay nada más sobre mi cuerpo y cuando lo veo sacar un cubo de hielo del vaso de whisky, gimo en respuesta.

Giuliu lo pasa por todo mi cuerpo y sigue el rastro con la lengua, mientras sus dedos me poseen y me preparan para él.

Mi respuesta es apasionada, cruda y salvaje, y mi cuerpo entra en combustión mientras lo observo desnudo.

Después de darme un orgasmo, Giuliu separa mis muslos y se posa sobre mí, con su miembro durísimo rozando mi entrada.

Me sostiene por las caderas y, con la mirada fija en la mía, me penetra.

Me quedo sin aire.

Me besa en la boca y comienza a moverse dentro mío.

Mis uñas se clavan en su espalda mientras me muevo debajo de él, queriendo más.

—Preciosa, deliciosa, mía... —susurra.

Cada vez que se hunde en mi cuerpo, me siento plena, completa y enamorada.

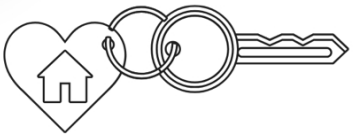
Hace el amor conmigo por mucho tiempo y cuando llegamos al orgasmo, Giuliu sigue recostado sobre mí.

—Solo existes tú, Chiara. Nunca dudes de eso. No habrá otra jamás.


Meryartt



Chiara



Capítulo 57

El día de la boda de Giuliu y Chiara

Mi corazón casi se detiene al mirarme en el espejo.

Tengo puesto el vestido que siempre soñé, hecho por Lilliana Cooper-Hayes, esposa de Amos, y lo único en lo que puedo pensar es que quedó aún más hermoso de lo que había imaginado durante las pruebas.

Paso los dedos por la tela que se ajusta a mi cuerpo. No tiene mangas ni tirantes, y logró que pareciera ligero, casi como si no estuviera usando nada, pero creo que esa es la magia de la diseñadora, considerada la mayor experta en vestidos de novia del mundo.

La falda amplia, en capas, cae a mi alrededor hasta el suelo, como una cascada de tul suelto en el aire.

Tiene flores bordadas a mano desde el corset hasta el dobladillo, y el velo cae suavemente sobre mi espalda, sujeto por una tiara de diamantes.

Una ola de emoción me invade. Las lágrimas comienzan a formarse en mis ojos.

No voy a llorar.

Miro hacia arriba para evitar que las lágrimas caigan, pero es la tarea más difícil del mundo.

—No tengas vergüenza de emocionarte, hija mía —dice *mamma*, abrazándome. Todas las mujeres de mi familia y la de Giuliu están presentes—. Las lágrimas de felicidad siempre son bienvenidas.

—No estoy soñando, *mamma*. Esto va a suceder. Me voy a casar con mi amor y en unos meses tendré a mi niño en brazos.

—No es un sueño. Es tu vida, querida, y mereces toda la felicidad del mundo.

—Y yo vine a ser parte de esa alegría —dice Romy, entrando al cuarto.

—¡Viniste! No lo puedo creer.

—No me perdería este momento por nada. Estás hermosa, Chiara, pero más vale que te apures porque tu siciliano controlador está impaciente.



No es una entrada tradicional.

Las novias suelen ser "acompañadas" hasta el altar por el padre, el hermano mayor, un hombre.

Yo no tuve un padre en el sentido completo de la palabra. Lo que hubo fue un imbécil que me hizo temer al amor.

Pero, en cambio, tengo seis hermanos maravillosos y una madre que me amó, aunque no supiera amarse a sí misma.

Y así elijo llegar al hombre con quien quiero pasar todos los días de mi vida. Rodeada del cariño incondicional de Ricco, Tommaso, Gianni, Gaetano, Giovanna, Donatella, *mamma*, Luna, Blakely, Beatrice, Elodie, Barbieri, mi padrastro, Santo y Holt.

Es como una procesión. Nada convencional, y aun así siento mi corazón rebosar de amor y gratitud por tener a mi familia conmigo.

En el camino, veo a mis sobrinos siendo "controlados" por las niñeras y cuando pasamos cerca, se escuchan varios "tía Chiara". Sonrío y les tiro besos. Decidimos no dejar que lleven las flores o los anillos porque sería un caos, así que Donatella y Giovanna fueron asignadas para eso.

Ya cerca de las escaleras del altar, veo a Giuliu rodeado de hermanos y cuñadas (sí, tenemos muchos padrinos y madrinas), y parece ansioso por primera vez desde que lo conozco.

Y lo confirmo cuando apenas la familia se aparta, me besa y me atrae hacia sus brazos.

—¿Pensaste que me iba a escapar?

—¿A dónde, Chiara? Te buscaría en cualquier lugar del universo. No puedo vivir sin ti, *bella*.



Capítulo 58

Meses después

—No tenías que haber venido —le digo a Giuliu.

Él se encoge de hombros y parece totalmente concentrado en elegir los enterizos para nuestro bebé.

Juro por Dios que no puedo dejar de comprar ropita; estoy completamente enamorada, imaginando a mi hijo vestido con jeans, zapatillas y gorra. Hasta siento un poco de vergüenza por gastar tanto en eso, porque mis hermanas me dijeron que a los bebés se les queda pequeña la ropa enseguida.

Mi único consuelo es que puedo donar todo tan pronto Rizzo deje de usar las prendas.

La gerenta llamó hoy para avisarme que llegó nueva ropa y me volví loca por verla.

Siempre vengo a esta tienda en particular, y a Giuliu no le gusta la idea porque dice que mantener una rutina es una ventaja para quien nos esté observando y quiera hacernos daño.

Principalmente porque exijo que los guardaespaldas no entren conmigo. La única vez que lo hicieron, asustaron a las vendedoras y a otras clientas.

—Me gusta ayudarte a elegir las cosas de nuestro niño.

—Puede que sea verdad, pero lo que te hizo venir fue la necesidad de saber que estoy bien.

Sé que Giuliu, como todos en nuestra familia, está cada vez más estresado por la situación actual. Vivimos una especie de cuarentena en la que cada paso, incluso venir a una tienda de bebés a comprar el ajuar de nuestro hijo, como hoy, tiene que estar calculado.

Él no lo dice, pero me besa la frente, indiferente a las vendedoras a nuestro alrededor que parecen a punto de desmayarse cada vez que mi marido abre la boca.

¡Dios mío! ¿Ni siquiera respetan mi *barriga de embarazada?* En un mes daré a luz.

Nunca entenderé a una mujer que, sabiendo que un hombre está comprometido, que está al lado de su esposa, igual intenta insinuarse.

Supongamos que el hombre le da la oportunidad. ¿Qué dice eso del tipo? Si no tiene consideración por su esposa embarazada, ¿la tendrá por ti?

Trago mi irritación, como siempre hago cuando pasa algo así. Tengo que aceptar que me casé con un hombre hermoso. No importa cuánto lo miren, sino que Giuliu ni las nota.

—Creo que ya tengo suficiente —digo, ocultando mi rostro en su pecho—. Prometo que no compraré más nada.

—Compra todo lo que quieras, esposa. Luego lo donaremos todo cuando Rizzo crezca.

—No, creo que hay suficiente. Además, mis pies están empezando a hincharse.

Giuliu se agacha y confirma que es cierto.

—Sí, vámonos. Solo voy a pedir que la gerenta mande todo a nuestra casa.

Asiento con la cabeza y comienzo a caminar hacia la puerta, donde hay una colección de zapatitos tejidos a mano.

Jesús, ¡necesito controlarme!

Tomo uno de la repisa sin poder resistirme, pero me asusto cuando alguien choca conmigo.

Al principio pensé que fue un accidente, pero cuando siento una presencia detrás, me doy vuelta para ver quién es.

—¡Chiara, tienes que detener esto!

No sé qué me asusta más, si la mirada loca en el rostro de Braxton, que esté demasiado cerca de mi panza, o el hecho de que no estoy segura de que Giuliu pueda verme.

—¡Aléjate de mí! —grito, abrazando el abdomen para proteger a mi hijo, pero en lugar de retroceder, él se acerca aún más y entro en pánico al ver que tiene una navaja en la mano—. ¡Auxilio! —grito de nuevo, retrocediendo todo lo que puedo, y ahora la expresión de Braxton es pura furia.

Antes de que pueda atacarme, sin embargo, Giuliu aparece por detrás del desgraciado y aprieta su cuello con una llave de judo hasta que suelta el cuchillo.

Pero mi marido no se detiene ahí. Después de aflojar el agarre, Giuliu avanza y le da un puñetazo en la cara a Braxton. Cuando él cae al suelo, lo monta y empieza una serie de golpes.

—¡No toques a mi mujer, hijo de puta! ¡Te mato si te acercas a ella otra vez!

—¡Giuliu, no! —Él no para de golpearlo y temo que lo mate. No es que el mundo vaya a extrañar a ese miserable, pero no quiero que mi esposo termine preso.

Gracias a Dios, los guardaespaldas, tanto de la tienda como los nuestros, llegan y lo separan del tipo.

—¡Arruinaste mi vida! —dice Braxton, tirado en el suelo, con la boca sangrando y los ojos comenzando a ponerse negros.

—No, te castigué por engañar a mi esposa, por ser un maldito imbécil. Ahora sí voy a acabar con tu vida. No debiste sacar un arma contra mi mujer embarazada. Te haré arrepentir.

Tres horas después, ya en nuestra casa, con los familiares de Sicilia presentes y el resto de la familia por videollamada, todos muestran preocupación por mí.

Giuliu insistió en que fuera al hospital para un chequeo, y gracias a Dios el bebé está bien, pero el obstetra me aconsejó no salir más de casa hasta el parto porque el susto pudo acelerar la llegada de Rizzo.

—*Cuéntanos qué pasó* —pide Ricco a Giuliu, pero hago un gesto con la mano para que no hable todavía.

—Necesito explicar algo primero —pido.

Les cuento a todos sobre mi relación con Braxton, algo que hasta ahora solo sabían Giuliu y mis hermanas.

En realidad, las mujeres de los Parisi Trovato tenían una idea, pero dudo que lo comentaran con sus maridos porque seguro llegaría a oídos de mis hermanos.

Nuestras familias son como una sociedad secreta muy cerrada y protectora.

—*No voy a decir que deberías habernos contado sobre ese miserable, porque eso es obvio, Chiara* —dice Tommaso.

—Yo sabía que lo iban a hacer mierda. Braxton tiene una hija y... —Miro a Giuliu—. Tú...

—No hice nada ilegal, Chiara. Desde que me diste su nombre, empecé a investigarlo. Braxton robaba medicamentos controlados del hospital donde hacía residencia y los revendía.

—*Un traficante...* —dice Carmine, y mi marido asiente.

—*¿Qué pasará con él ahora?* —pregunta *mamma*.

—Ya enfrentaba varios procesos en Milán. Mis abogados le harán pagar por el intento de agresión a Chiara. Hablé con ellos hace poco y van a insistir para que también lo denuncien por intento de secuestro. Nada garantiza que no te habría llevado si yo no hubiera llegado a tiempo.

—No tenías que arruinarle la carrera —digo—. No lo defiendo, pero tiene una hija y...

—Yo no perdono, Chiara. Además, lo hice atrapar, pero él fue quien cayó en la trampa. Sobre la niña, no te preocupes. Creé un fondo de pensión para ella, y la madre podrá administrarlo hasta que cumpla dieciocho años.

Extiendo la mano para tomar la suya.

—Me da vergüenza. ¿Cómo pude siquiera imaginar que harías daño a una inocente?

—Para ser franco, fue tu preocupación por la niña lo que me hizo asegurar su futuro.

—Te amo, Giuliu.

No suelo hacer declaraciones de amor en público, pero tampoco solía confiar en nadie. Su amor me cambió para mejor.

—Eres mi vida, *amore mio.*

—*Hay un punto que debemos cuidar ahora. Si Braxton llegó hasta Chiara, cualquiera podría hacerlo* —dice Gaetano.

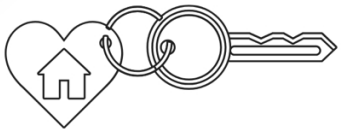
—Fue culpa mía. Yo insistí en que los guardaespaldas no entraran a la tienda —digo.

—No fue tu culpa. No debería haberte dejado sola. Pero no volverá a pasar. Hasta que nazca Rizzo, no quiero que salgas más, Chiara. No te mueves con rapidez y tu preocupación por proteger al bebé te haría vulnerable ante cualquiera que quiera hacerte daño.

—Lo prometo, familia, no me arriesgaré más hasta que termine esta guerra en la que nos metimos sin querer.



Giuliu



Capítulo 59

Dos semanas después

Mis hermanos se han estado turnando para venir a la oficina a verme al final del día. Ninguno de ellos lo ha expresado en palabras, al menos delante mío, pero sé que hicieron un trato para que siempre alguien de la familia esté conmigo cada día de la semana, hasta el punto en que a veces pienso en trabajar desde casa para liberarlos de esa "obligación".

Lo que pasó con Chiara fue un choque de realidad. Si antes veíamos el peligro que representa la mafia albanesa como una operación de guerra, después de que Braxton logró acercarse a mi esposa dentro de la tienda, me volví paranoico con la seguridad de ella y de Rizzo.

Por la mañana recibí noticias de mis abogados: sumando todas las acusaciones contra Braxton, es probable que pase al menos diez o quince años en la cárcel, si tiene suerte, porque la cantidad de medicamentos que traficó fue considerable.

Ese hijo de puta lo tenía todo (mujer, hijos, carrera) y tiró su vida literalmente por la ventana.

Cuando fui tras él, mi intención era darle un susto. Tal vez darle una golpiza también, pero jamás imaginé que ese desgraciado fuera

un traficante de medicamentos recetados.

Ser un bastardo traidor y mal intencionado no es delito. Una paliza y quedaría libre de mí, siempre y cuando jamás intentara acercarse a Chiara otra vez. Pero por el tráfico, y ahora por la amenaza contra la vida de Chiara y de mi hijo, creo que pasará mucho tiempo tras las rejas.

—Llegué. Espero que Chiara no se moleste por otro invitado a la cena —dice Michele, tratando de disimular, como si fuera lo más natural del mundo que él viniera, pero sé que mis hermanos quieren protegerme y no confían en nadie fuera de la familia para esta tarea.

Yo preferiría que ellos se cuidaran, porque al acompañarme, se arriesgan también ellos y preocupan a *mamma*.

Sé que no sirve de nada discutir. Si fuera al revés, haría lo mismo por ellos. No podría relajarme hasta que los miserables que los persiguen estén presos o muertos. Para mí no habría diferencia. Incluso prefiero que los albaneses mueran.

Lo único en lo que puedo pensar es en la seguridad de Chiara y de Rizzo.

La presión sobre nuestra familia es insoportable.

No asistimos a eventos, los niños van a la escuela con verdaderos ejércitos escoltándolos, y aun así, las mujeres Parisi Trovato solo se calman cuando ellos regresan sanos y salvos a casa.

Esta mañana recibí una llamada de Beau diciendo que los rusos llegaron a Sicilia, y eso solo puede significar una cosa: que los albaneses están aquí también.

No le conté a mis hermanos sobre la llamada del cuñado de Gianni, pero parece que de algún modo Michele se enteró.

Quizá fue Gianni quien se lo dijo.

Michele parece tan obsesionado como yo con la seguridad mía y de mi esposa embarazada.

—No deberías haber venido.

—No voy a despegarme de tu lado, Giuliu.

—¿Cómo supiste que estaban aquí en la isla?

—¿Es una certeza entonces?

—Beau cree que sí.

—Lo sospeché. Gianni mandó a la familia a Estados Unidos, donde Amos los protegerá. Tommaso envió a Beatrice para quedarse con Donatella en Las Vegas, igual que Gaetano con Blakely. Los niños saliendo de Europa a mitad del año escolar. Carina viajando con ellos. Sé que Beau dio instrucciones a los Andresano y a los Moretti. O al menos avisó a Gianni, lo que significa que tú, que eres el principal objetivo de los albaneses, estás en peligro.

—No quiero que mueras por mi culpa.

—No tengo intención de morir, hermano, pero si pasa, sería el que menos dolor dejaría atrás. No tengo familia ni hijos.

Lo dice en tono de broma, pero mi sangre se hiela en las venas.

Lo sostengo por los hombros.

—¡No digas esas tonterías, maldita sea! Pase lo que pase, protégete.

—Vamos, tu esposa debe estar esperándonos.

Los protocolos que seguimos se volvieron tan rutinarios como respirar, así que esperamos que los guardaespaldas inspeccionen el perímetro hasta el garaje.

Unos veinte minutos después, el coche recorre el camino que llega a mi futura residencia. Le prometí a Chiara que estaría lista antes del nacimiento de nuestro hijo y cumplí la palabra, pero la mudanza no se ha hecho porque prefiero que ocurra después del parto. Hasta entonces, mi propiedad se convertirá en una fortaleza donde mi familia estará protegida.

Debería ir directo al apartamento donde Chiara me espera para la cena, pero tuve que desviarme a la casa nueva porque ella me pidió que recogiera unas muestras de tela para las cortinas del cuarto del bebé, que la nueva decoradora envió por error allí.

Me aflojo la corbata, sintiéndome mentalmente agotado.

—Deberías viajar tan pronto nazca Rizzo. Ve a la finca de olivos en Santo. Ya llegaste a tu límite, hermano —dice Michele.

—No puedo mover a mi hijo recién nacido ni a mi esposa a un lugar aislado.

El camino que lleva a la casa está flanqueado por árboles y tiene curvas sinuosas. Eso fue exactamente lo que hizo que Chiara se enamorara de la propiedad.

Veo al conductor mirando por el espejo retrovisor. Hay vehículos cuidando nuestra seguridad adelante y atrás, pero me preocupan los lados del camino.

No pasa un minuto y el hombre revisa el espejo otra vez.

En ese momento sé que algo está mal. Tomo el celular para hablar con el jefe de los guardaespaldas que va en el coche detrás, pero entonces, de repente, estalla el infierno que estábamos esperando.

Los vehículos aparecen desde los lados del camino y, al mismo tiempo, el rugido alto de motores llena el aire, junto con disparos.

El conductor pierde el control del coche y comenzamos a girar hasta que salimos de la carretera y el vehículo cae de lado.

—¡Michele!

—Estoy bien. Toma tu arma. Espero que tengas una extra.

—Hay dos en la consola entre nosotros, pero tenemos que salir de aquí.

En menos de un minuto estamos afuera, con las pistolas desenfundadas.

El sonido de disparos viene de todos lados y el conductor, así como el guardia de seguridad que va adelante con él, no pueden salir del coche.

Michele y yo los sacamos, pero luego siento un ardor en el brazo.

—Hijos de puta. Me han herido.

—¡Giuliu! —grita Michele y me empuja, lanzándose sobre mí justo a tiempo para que una bala pase muy cerca de mi cabeza.

—Maldito loco. ¡Podrían haberte dado!

—No importa. Vamos a salir de aquí.

Veo que el guardaespaldas que estaba con nosotros está herido en el pecho. Ya no hay nada que hacer. Está muerto.

Los gritos y disparos siguen desgarrando la noche. Michele, el conductor y yo respondemos con armas en mano y poco a poco el caos disminuye, quedando solo sonidos esporádicos. Creo saber qué significa eso. Ejecución. Uno a uno, los hombres están siendo abatidos.

Pronto, nuestros guardias de seguridad nos rodean. Crean una verdadera muralla humana.

—Los rusos están aquí —dice el jefe de mis guardaespaldas—. No quedó ningún albanés.

No sé cuánto duró el ataque. Quizá unos quince minutos o un poco más, pero tan rápido como empezó, todo queda en silencio.

—Tengo que sacar a ustedes dos de aquí, como ordenó Beau.

—No hay forma de ocultar esto a la policía —digo.

—No, pero nuestros hombres no mataron a ningún albanés. Fue trabajo exclusivo de los rusos. Un ajuste de cuentas, creo.

Sé que tiene razón y también sé qué hay que hacer. Para todos los efectos, fue un intento de secuestro de los albaneses contra mí. Ya teníamos todo planeado para justificar la masacre ante las autoridades cuando ocurriera.

No tengo idea de qué harán con los cuerpos, pero si ninguna bala salió de mis hombres, mis abogados tendrán algo de trabajo, pero todo se resolverá.

—Vamos —digo, pero mi hermano no se mueve.

—¿Cómo estás? —pregunta Michele.

—¡Vivo, maldito lunático!

Sonríe, pero enseguida su rostro pierde color.

—Dile a Chiara que tal vez no vaya a cenar.

Tardo unos segundos en darme cuenta de que se desmayó, hasta que veo la mancha de sangre en su pierna.

—¡Mi hermano está herido! ¡Llamen a una ambulancia!

—¡Tú también estás herido, jefe!

—Estoy bien. ¡Saquémoslo de aquí!

Sé que la policía llegará pronto. Un tiroteo de ese nivel, con cuerpos por todos lados, no puede ser ignorado, pero responderé a las preguntas después, bajo la guía de mis abogados. Ahora tengo dos prioridades: llevar a mi hermano al hospital y avisarle a mi esposa que estoy vivo antes de que las noticias del atentado comiencen a difundirse.

Estoy seguro de que si quedó algún albanés, no intentarán nada contra Chiara. A juzgar por el atentado que organizaron contra mí, son cobardes que actúan a escondidas. No tienen forma de llegar a mi esposa. La calle donde vivimos está rodeada de guardaespaldas por todos lados.

Tomo mi celular ya en la parte trasera de la ambulancia e intento llamarla (tanto al fijo como al móvil), pero nadie responde.

Chiara ha estado sintiéndose somnolienta ahora, al final del embarazo, así que probablemente esté durmiendo.

No necesitamos personal nocturno en el apartamento. Está sola, salvo por los guardaespaldas afuera.

Podría avisarle al jefe de sus guardaespaldas, pero prefiero que uno de mis hermanos hable con mi esposa en persona.

Completo la llamada a Lucca, después de intentar sin éxito con Carmine, Rafaelle y Santo.

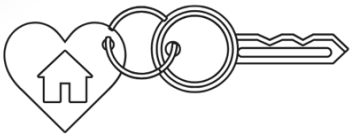
Le explico rápidamente la situación, pero tengo que asegurarle tres veces que estamos bien para que me crea.

—Ve a darle la noticia personalmente a Chiara, pero hazlo con cuidado. Que alguien avise a *mamma* también.

—Voy para su casa con Berlín. En el camino avisaré al resto de la familia.



Chiara



Capítulo 60

Aproximadamente media hora después

—No voy a contestar —me digo cuando el teléfono fijo no para de sonar.

Por un instante pienso en ir a mi cuarto a buscar el celular que olvidé sobre el lavamanos del baño, porque si es alguien conocido también llamará ahí, pero rápidamente decido no hacerlo. En unos minutos volveré a mi suite, pero no quiero caminar más de lo necesario. He estado muy perezosa.

Hoy en día solo mantenemos el teléfono fijo porque a *mamma* y a Ginevra les gusta llamar desde ahí, pero ninguna de las dos llama de noche, así que es cien por ciento seguro que es telemarketing o algún periodista pesado pidiéndome que gestione una entrevista con Giuliu.

Creen que conmigo tendrán más suerte, ya que es raro que mi marido acepte dar entrevistas.

Miro la ropita de Rizzo que estoy separando para lavar, porque serán las primeras que usará. Como siempre, cierro los ojos y paso los dedos por las puntillas de las camisitas, imaginando a mi hijo vestido con ellas.

—Ya falta poco, bebé —digo acariciando mi barriga—. En unos días debutarás en el mundo y muero de ganas por tenerte en mis brazos.

Vuelvo al clóset de él porque olvidé tomar la manta roja. Alguien me dijo que trae suerte salir de la maternidad con el bebé vestido de rojo, y aunque no soy muy supersticiosa, acepto cualquier cosa que signifique una buena vida para nuestro niño.

Pero cuando regreso al cuarto, me llevo un susto al ver a Lucca y Berlín.

Al principio sonrío, porque si hay algo que me gusta es estar con la familia. Probablemente vinieron de sorpresa para cenar con nosotros.

Pero entonces noto que algo está fuera de lugar.

Entraron en nuestra casa y eso es raro. Aunque toda la familia sabe el código para abrir la puerta, nunca lo habían hecho antes.

Miro de Lucca hacia Berlín. Sus rostros están serios y noto que la hermana de Allyson lloró.

Tardo medio segundo en armar el rompecabezas.

—¡No!

Lucca se adelanta y me sostiene en brazos antes de que me caiga.

—Vamos a llevarte al hospital.

—No quiero ir al hospital, quiero ver a Giuliu.

Mi cerebro se niega a creer que algo le haya pasado, aunque sé que no hay otra razón para que estén aquí.

—Lo verás, pero tenemos que cuidar de ti y de Rizzo también.

—¡Júrame que está vivo! —imploro.

—Lo está, pero tanto Giuliu como Michele resultaron heridos.

—¡Dios mío!

Lucca actúa rápido y en poco tiempo ya estamos en el garaje.

Un ejército de guardaespaldas nos escolta y camino al hospital intento llamar a mi marido con el celular de Berlín porque no llevamos el mío, pero nadie contesta.

—Nunca deja de atender mis llamadas.

—Probablemente lo están atendiendo los médicos, querida —dice Berlín, cuando Lucca detiene el coche frente al hospital—. Además,

llamaste desde mi celular.

Un enfermero viene por mí con una silla de ruedas, pero hay muchos periodistas tratando de romper la barrera que forman los guardaespaldas.

Ya casi dentro del hospital alguien grita:

—*Chiara, ¿cómo se siente saber que tu marido está entre la vida y la muerte y quizá ni conozca a su hijo?*

—¿Qué dijiste? —pregunto, en pánico, pero el hombre no puede responder porque los guardaespaldas lo alejan.

Miro a Lucca y Berlín, pero antes de que puedan confirmar o negar la información, siento algo caliente resbalar por mis piernas y una contracción fuerte.

—¡Dios mío!

—¡Chiara! —grita mi cuñado.

—Lucca, creo que rompí bolsa.



Giuliu

—*En cuanto puedas, dame noticias de Chiara* —dice Beau por teléfono, mientras el médico termina de darme puntos en el brazo.

Michele fue llevado a cirugía y aunque no está en riesgo de muerte, el doctor dijo que la bala fracturó su muslo y puede que necesite una placa de titanio para estabilizar el hueso.

—Le pedí a mi hermano que le avisara. Lucca debe estar trayéndola para acá. Cuando sepa cómo está mi esposa te aviso.

—*Se terminó, Giuliu, vive en paz.*

—¿Cómo puedo estar seguro de que no lo intentarán otra vez?

—*Porque alguien mucho más poderoso que los albaneses está a cargo de tu protección ahora. No se atreverán a intentarlo otra vez.*

No tengo dudas de que son los rusos, pero sé que no debemos hablar de detalles por teléfono.

—Gracias. Te debo una.

—*No me debes nada. Somos familia* —suspira—. *La mierda se está poniendo cada vez peor. Mucha gente para proteger, pero son bienvenidos.*

Podría reír si no estuviera tan preocupado por Chiara y Michele.

Apenas cuelgo veo que tengo varias llamadas perdidas en el celular de Berlín. Pero lo que hace que mi corazón golpee fuerte no son esas llamadas, sino un mensaje de mi hermano.

Lucca: *Llegamos al hospital. Chiara está en trabajo de parto. Ven lo más rápido que puedas.*

Él también me menciona el piso donde están.

Salto de la camilla.

—¡Aún no terminé! —dice el médico.

—Sí, ya terminaste. Mi hijo está por nacer.

Corro por los pasillos, sabiendo que si el bebé se adelantó solo puede significar que Chiara está aterrada.

—¿Dónde está? —pregunto a Lucca y Berlín al llegar al piso indicado.

—Acaba de entrar. Si quieres ver nacer a tu hijo, apúrate. Tu brazo...

—No importa. Chiara es mi prioridad.

No me doy cuenta de que estoy sin camisa ni vendaje hasta que la mirada de Berlín cae en mi brazo.

—Controlen a Michele. Él acaba de entrar a cirugía. Yo me quedaré con Chiara.

—Los demás familiares están llegando —dice Berlín—. Giovanna también avisó al resto de sus parientes.

Asiento y avanzo hacia la puerta que Lucca señaló, pero apenas la abro, una enfermera aparece y me mira horrorizada.

—Señor, no puede entrar aquí.

—¡Ni siquiera intentes impedírmelo! Mi esposa está a punto de dar a luz a nuestro hijo.

—¿Es el esposo de la señora Parisi Trovato?

—Sí, y ningún ejército me impedirá estar al lado de mi mujer.

Ella habla con otro enfermero y me observan varios segundos. No sé qué ven en mi rostro. Probablemente la determinación de un padre y un hombre enamorado, porque luego de decirme que debo cubrir los puntos que acabo de recibir, esterilizarme y, por supuesto, vestirme, puedo entrar.

Un tercer miembro del equipo se une y habla con los dos, que me miran.

—Señor, tenemos pocos minutos. Síganos.

Nunca imaginé este día, solo cuando Rizzo ya estuviera en mis brazos. Jamás visualicé el momento de llevarla a la maternidad, y ciertamente, si lo hubiera hecho, no sería así.

No puedo pensar en nada más que en mi Chiara asustada, sin saber bien qué pasó conmigo y encima con dolor.

Entro en la sala, rezando por primera vez en mi vida, y solo me calmo al verla.

La expresión de Chiara es de angustia y miedo, pero cuando nuestros ojos se cruzan, su rostro hermoso se relaja y comienza a llorar.

—¡Estás vivo!

—Sí, y nunca voy a dejar tu lado, mi amor.

Ella sonríe, pero enseguida hace una mueca de dolor mientras escucho al obstetra decir:

—Justo a tiempo, papá. Parece que tu niño solo estaba esperando que llegaras.

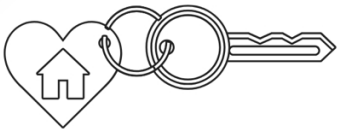
—Estoy aquí, mi hermosa. No iré a ningún lado, pase lo que pase —le prometo otra vez.

Los minutos siguientes son pura agonía. Daría toda mi fortuna para liberarla del dolor y cada vez que Chiara grita quiero matar al médico, que parece absolutamente tranquilo.

Hago lo posible por mantener el control, pero estoy al límite, y entonces ocurre el milagro: escuchamos el primer llanto de nuestro hijo.



Giuliu



Capítulo 61

No existe cámara fotográfica en el mundo capaz de capturar este momento. Ni siquiera el pintor o escultor más talentoso podría transmitir en su obra la expresión del rostro de Chiara mientras amamanta a Rizzo por primera vez.

No soy una persona religiosa, soy mundano y siempre he mirado con escepticismo la idea del paraíso, pero sentado en la camilla del hospital, donde mi esposa y mi hijo están conectados y seguros, tengo la certeza de que tengo al alcance de la mano mi ideal de felicidad.

—Deberías descansar —dice ella cuando Rizzo parece satisfecho.

—No me voy a ir, mujer. Guarda tu energía para alimentar a nuestro *bambino*.

Ella extiende los brazos para entregármelo. Ya lo he sostenido varias veces, agradeciendo a Dios por este milagro, pero ningún "gracias" al Creador parece suficiente.

—Dime que ya pasó, Giuliu. No puedo volver a pasar por el miedo de perderte.

—Se acabó, *principessa*.

Unos minutos después, con Rizzo dormido, beso su cabecita y lo llevo a la cuna que está al lado de la cama.

Luego me acerco a mi mujer, me siento junto a ella y la abrazo.

—Te amo, Chiara. Nunca me perdonaré por no estar a tu lado cuando comenzó el trabajo de parto. —Cierro los ojos un instante—. Fue el atentado lo que provocó el nacimiento prematuro de nuestro hijo.

—Escuchaste al médico. Unas dos semanas no hacen tanta diferencia. Nuestro bebé está bien, Giuliu, y tú estuviste conmigo en el momento en que él dio su primer llanto. No quiero que te culpes. Quédate a nuestro lado y ámanos, y seré feliz.



Chiara

Dos semanas después

—Vamos a estar bien —le aseguro a mi familia, y aunque ya se los he prometido mil veces, no pierdo la paciencia, porque poniéndome en su lugar, yo también estaría ansiosa.

Nuestra casa, la nueva que Giuliu preparó tras mi salida del hospital, está llena de familiares hospedados. Todos mis hermanos y sus esposas. *Mamma* y los niños, y aunque ya no cabe nadie más para dormir, los Parisi Trovato me visitan a diario.

Ahora están a punto de volver a sus vidas, ya sin la amenaza de esos desgraciados albaneses.

Michele es el único que solo habla conmigo por teléfono. Lo visité apenas salió de cirugía. Siempre lo he querido como a un hermano, pero ahora tengo una deuda eterna de gratitud porque Giuliu me contó que recibió un disparo para salvarlo, al tirarse sobre él y evitar que otra bala lo alcanzara.

Michele se fue a Cerdeña para recuperarse de la herida en la pierna. Debe guardar reposo y hacer fisioterapia, pero les está

haciendo la vida imposible a los profesionales que lo atienden, así que Lexi dijo que enviará a Romy para cuidarlo.

—Nunca dejaremos de preocuparnos —dice Ricco, besándome la frente.

—Eres de las nuestras, debemos protegerte —habla Tommaso, con mi hijo en brazos.

—Pero ella también es nuestra —interviene Carmine—. Chiara estará segura en Sicilia.

—Agradezco la preocupación de todos. Pero Chiara es solo mía —dice mi esposo mandón y todos se ríen.



Giuliu

Varios días después

—¿Hola?

—Normalmente no me gustan los sicilianos. En realidad, estoy siendo muy suave: los desprecio. Pero estoy haciendo una excepción contigo y tu familia porque mi chico, Beau, los considera sus protegidos.

La voz, además de ser de un hombre mayor, tiene un fuerte acento ruso, y no necesito que se presente para saber que es Ruslan Vassiliev.

—Gracias por la ayuda. No temo por mí, sino por mi esposa e hijo.

—¿Acaso no es eso lo que todos los hombres honrados hacen? No hay deber más primordial que proteger a quienes amamos: sobre todo a la esposa, y a los descendientes. Vive bien, siciliano. Ya no tienes porqué preocuparte por esos desgraciados.

Cuelga sin despedirse y sé que el asunto con los albaneses está terminado.

Cumplir la palabra no es algo que todos los hombres puedan honrar, pero con Ruslan estoy seguro de que no es alguien que rompa sus promesas.

El asunto con la policía se resolvió.

El ataque de los albaneses fue considerado un intento de secuestro que terminó con sus muertes.

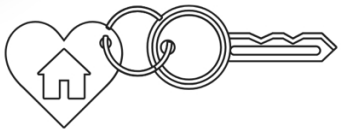
Todo fue en legítima defensa.

La estrategia de mis abogados fue aceptada fácilmente por las autoridades, sobre todo porque ninguna de las balas que mataron a los albaneses fue disparada por mis guardaespaldas.

Se acabó.



Chiara



Capítulo 62

Meses después

Después de un largo día de trabajo, lo único que deseo es besar y abrazar a mi hijo (y a su padre también, aunque sé que Giuliu no llegará antes de la hora de la cena).

En la entrada de la casa, por un breve instante, me pierdo en pensamientos.

Estamos en paz, algo que hace unos meses parecía imposible. Entre los obstáculos que representaba protegernos de los albaneses y el miedo constante de ser blanco del mal, al fin somos libres.

No sé exactamente qué pasó. Giuliu nunca me contó detalles y todo lo que supe fue por las noticias: intentaron secuestrar a mi marido y a Michele, y los mafiosos murieron; y sinceramente, lo prefiero así. La ignorancia es un lujo que decidí permitirme, siempre que signifique que nuestra familia esté protegida.

Como una nube pesada que se hubiera corrido del sol, poco a poco cada pieza de nuestra vida vuelve a su lugar.

Siento el olor familiar de la cena que viene de la cocina y mi estómago agradece, porque almorcé rápido, pero el hambre no se compara con las ganas que tengo de ver a Rizzo. Cuando no estoy

en casa, dejo leche que saco previamente para él, pero no hay nada comparable a la felicidad de amamantar a mi hijo.

Subo las escaleras y sigo por el pasillo donde están los cuartos. Dejo mi bolso sobre nuestra cama, me quito los zapatos, lavo mis manos y voy en busca de mi pequeño príncipe.

Pensar en Rizzo me trae el recuerdo de otro niño: la hija de Braxton.

El miserable de mi ex, que destruyó su propia vida cuando salió a la luz su doble vida.

Médico residente, pero también traficante de medicamentos recetados.

Y no me olvido que me apuntó con una navaja, aunque sabía que estaba embarazada. Podría perdonar, con el tiempo, aunque nunca quisiera verlo de nuevo, que Braxton me haya amenazado, porque seres como él son dignos de lástima. Pero jamás podré olvidar que intentó hacerle daño a mi hijo en mi vientre.

Saber que ahora está tras las rejas, condenado a diecisiete años de prisión, me da alivio.

Recientemente, le pedí a Giuliu que averiguara cómo estaban la esposa de Braxton, que también sufrió a manos de él, y la niña.

Mi marido descubrió, a través de un detective que contrató en Inglaterra, que ella se divorció del imbécil y se comprometió con un empresario; tanto la mujer como la niña están bien.

La vida, a veces, tiene una forma particular de darnos una oportunidad. En el caso de la ex esposa de Braxton, fue necesario que él se metiera conmigo, que Giuliu lo fuera a buscar y, entonces, ella tuvo la chance, con su arresto, de empezar de nuevo su propia historia; de lo contrario, no dudo que se habría convertido en otra "Carina".

Me preparo para entrar al cuarto de Rizzo y me siento un poco culpable por no estar con él todo el día.

Recientemente tomé la decisión de trasladar la sede de mis negocios (*Giorno dei Sogni*) a Sicilia, al igual que hizo Giuliu con los suyos.

Convertí a mi gerenta, Tessia, en socia, y ahora ella administra todos los eventos del norte, mientras yo llevo los contratos del sur

del país y de la isla.

Juntas estamos expandiendo *Giorno dei Sogni* hasta el punto de pensar en abrir una sucursal en Francia.

Abro la puerta del cuarto de Rizzo, lista para despedir a la niñera, pero me sorprende una escena que calienta mi corazón de inmediato.

En vez de encontrar a la empleada cuidándolo, veo a mi niño en brazos de su padre, que lo mira con una adoración que solo el amor verdadero puede lograr, como si el mundo entero se resumiera en ese instante.

Giuliu parece presentir mi llegada y levanta la vista, una sonrisa llena su rostro hermoso y sexy, la misma sonrisa que tiene el poder de hacer latir mi corazón con fuerza, sin importar cuántos años pasen.

Me detengo un momento en el umbral de la puerta, absorbiendo la simple belleza de la escena y sintiendo las lágrimas subir a mis ojos.

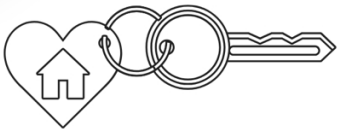
—Lo conseguí todo —digo, dando pasos dentro del cuarto y abrazando a padre e hijo al mismo tiempo.

—Soy el gran ganador, *bella*. El hombre más rico del mundo. Los tengo a ustedes.

—Tú siempre fuiste valiente, siciliano. Yo era la niña herida que temía soñar. Busqué la llave de mi felicidad y ahora no solo tengo a mi hijo amado, sino que soy aún más afortunada: el padre de mi bebé es también el amor de mi vida.



Chiara



Epílogo 1

Sicilia
Un año después

La puerta del ascensor se cierra con un suave clic y siento que mi corazón se acelera.

Para alguien que bromeaba con mis hermanas sobre esa constante "taquicardia" que otras mujeres sienten cerca de sus amados, tal vez debería seguir mi propio consejo y consultar a un cardiólogo, porque no es posible que, incluso después de tantos años, Giuliu siga teniendo ese poder sobre mí.

Pero, ¿a quién le importa un pulso desbocado o una pequeña arritmia cuando la noticia que estoy a punto de compartir con él va a traer aún más amor a nuestra historia?

No soy buena guardando secretos, pero pasé las últimas semanas esperando hasta tener la confirmación.

Ahora quiero celebrar.

Finalmente, el ascensor llega al piso de la oficina de Giuliu y camino hacia la antesala, donde su secretaria sonríe apenas me ve.

—No me anuncies, por favor. Y nada de interrupciones —digo.

Ella asiente y continúa con su trabajo, mientras doy gracias a Dios de que las paredes de su oficina sean a prueba de sonido.



Giuliu

Acabo de colgar el teléfono después de hablar con Beau. Él y Amos encontraron a Enver Hoxha, o mejor dicho, lo que quedó de él (sus restos mortales) en una propiedad en Albania.

Beau dijo que no hay dudas de que fue un trabajo de la mafia, porque solo con una prueba de ADN fue posible identificarlo.

Aunque era un hombre sin honor (descubrimos que la construcción del complejo hotelero relacionado con la mafia albanesa era solo la punta del iceberg, pues Enver estaba metido con los mafiosos hasta el cuello) conocí a la familia del desgraciado, conviví con ellos y, ahora que soy padre, no puedo imaginar lo que sería no saber nunca del destino de un hijo.

Beau me preguntó qué quería que hiciera con lo que encontraron y le dije que quería que guiara a las autoridades hasta esa propiedad. Así al menos los padres tendrán un cuerpo para enterrar.

Cuando pienso en Enver ahora, ya no recuerdo a mi amigo de la infancia, sino al hijo de puta que trajo el infierno a mi familia.

Mis pensamientos sombríos se interrumpen cuando la puerta se abre y aparece mi diosa encarnada, con una sonrisa maliciosa en el rostro.

—¿Visita sorpresa?

Ella me guiña un ojo sexy.

—No tienes idea.



Chiara

Giuliu cruza la sala con la seguridad dominante que tanto me excita.

—¿Qué estás tramando, mujer? —pregunta, con una ceja levantada, una expresión que mezcla curiosidad y deseo brillando en sus ojos.

Con una sonrisa traviesa, doy un paso atrás y lentamente deshago el lazo del vestido con un movimiento suave. La tela se desliza y cae a mis pies, revelando la lencería sensual que escogí especialmente para este momento.

Su mirada me quema; una emoción cruda recorre mi columna y el centro de mis muslos late con deseo.

—Quiero celebrar —digo, manteniendo mi mirada fija en la suya, sintiendo la electricidad que siempre nos conecta esparcirse entre los dos.

Giuliu se acerca, sin apartar la vista de mis ojos.

—¿Qué vamos a celebrar, Chiara? —pregunta, con la voz ahora más ronca.

Doy un paso hacia él, incapaz de contener la sonrisa de felicidad.

—Vamos a ser padres otra vez.

Solo tarda un segundo en alcanzarme.

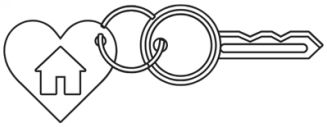
A partir de ese momento, todo se convierte en un torbellino de pasión donde brazos, manos, dedos, bocas, dientes y lenguas tienen la misión de dar placer al otro.

El deseo nos envuelve y, entre besos y susurros, nos entregamos al acto de amor.

Me entrego por completo a él, porque pertenecer a Giuliu siempre ha sido mi destino.



Giulia



Epílogo 2

Años después

Rodeado por mi familia, con masa de galleta esparcida por todos lados, agradezco a Dios en silencio por ser un bastardo tan afortunado. Esta mañana es uno de esos momentos en que la sencillez de la vida con mi mujer y mis hijos se convierte, ante mis ojos, en pura magia.

Veo a Rizzo con una galleta en la mano y ahora entiendo por qué necesitamos preparar porciones extras para el picnic que haremos mañana en el jardín de *mamma*.

Chiara siempre hace un poco más de dulce para que nuestro primogénito y su hermana, Fiorella, puedan saciar sus antojos antes de las reuniones familiares.

Ellos sacaron de mí el amor por el azúcar.

Aunque son muy pequeños, ambos adoran ayudarnos en la cocina, pero hoy, tratándose de algo que aman, las galletas, no logran concentrarse en otra cosa que no sea comer.

—Papá, las galletas que hace mamá son perfectas.

—Sí, son deliciosas —respondo. Después le digo en voz baja, para que solo Chiara escuche—: Yo hago todo el trabajo, tú solo metes

las bandejas al horno y aún así tengo que escuchar que *"las galletas que hace mamá son perfectas"*.

Ella me guiña un ojo.

—¿Qué puedo decir? Tengo dos fans en miniatura.

Dejo la masa que estaba batiendo sobre la mesa y la atraigo por la cintura.

—Tienes tres fans incondicionales, esposa. Todos somos esclavos de tu amor.

—Pronto serán cuatro.

—¿Tú…?

—Sí. —Sonríe emocionada—. ¡Otro heredero! Somos muy bendecidos.

Le beso la boca, olvidando que no estamos solos, y solo cuando los niños empiezan a aplaudir, la dejo respirar, aunque ya los dos estamos riendo.

—Papá está feliz porque pronto tendrán un hermanito —explica Chiara.

—¡*Fratellino*[6]! —repiten los dos.

—Sí, otro hermanito más —digo, sosteniendo el mentón de mi mujer—. De todas maneras, no es que necesite excusas para besarte. *Sono pazzo di te, moglie*[7].

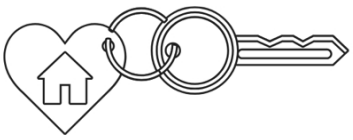


¡FIN!

No olvides leer el material adicional del libro 5 de esta serie en la página siguiente.



Bono



Michele Parisi Trovato

Ella siempre me intrigó. Tengo la costumbre de clasificar todo en mi vida, y eso también incluye a las mujeres, sobre todo a aquellas que deseo.

Trazo una línea imaginaria para definir quién encaja en mi mundo.

Romy Bernard jamás fue una opción.

La hermosa pelirroja es la mejor amiga de mi cuñada, pero eso no fue lo que me impidió acercarme a ella.

Hay algo en los ojos de esa mujer que contrasta con su rostro sonriente.

Pensé que era dolor. Y yo no lastimo a las personas sin razón. Las mujeres frágiles no me interesan.

El destino nos acercó, y con la enfermera al alcance de mi mano, en mi cama, finalmente entendí que no era solo dolor. Era miedo.

Ahora, Romy es mía, y voy a mover cielo y tierra hasta castigar a quien la aterroriza.

Obras de la autora

La Obsesión del Magnate Griego: Una brecha de edad y un romance de segunda oportunidad (La Familia Lykaios nº 1)

El amor que el siciliano rechazó

Una esposa con fecha de vencimiento

Una farsa que siempre fue amor

El padre de mi hijo es el amor de mi vida **(Siguiente)**

Devoción siciliana: protegida por el **(Siguiente)**

Una Navidad con el pecador **(Siguiente)**

La Hija que esconde al siciliano **(Siguiente)**

Palabras de la autora

Espero que hayan disfrutado la historia de Giuliu y Chiara. Fue la primera vez que escribí sobre una pareja en la que la mujer quería ser madre independiente, y me encantó crear la trama del libro.

Creo que quedó claro, para quienes siguieron la saga de los Moretti y Andresano, cuánto el comportamiento vil y traicionero de Dino Moretti dejó marcas profundas en sus hijos, pero gracias a Dios, ellos tuvieron la oportunidad de alcanzar, a través de mi bolígrafo y mi imaginación, sus "felices para siempre".

Con Chiara, cerramos las historias de los siete hijos de Dino de los clanes Moretti y Andresano, recordando que el libro de Donatella Andresano no forma parte de ninguna de las dos series, sino de la serie Brutos Apasionantes, cuyo título es Un pacto con el Bad Boy.

Como habrán observado en el *bonus*, el próximo libro será sobre Michele y Romy.

Él es el último Parisi Trovato en ser "derribado" por el amor. Romy es la enfermera que cuidó a la abuela de Lexi en el segundo libro de la saga Seducción Siciliana, *Una esposa con fecha de vencimiento*.

"Ah, Deia, ¿la serie termina después del libro de Michele?"

La respuesta es: no. Aún tendremos un libro más con Constance (la novicia que también era amiga de Lexi) y un abogado con quien tuvo un pasado turbulento. Aunque él no sea un Parisi Trovato, formará parte de la serie como un spin-off.

También publicaré una novela navideña con ese mismo clan, pero todavía no he decidido si será antes o después del libro de Constance.

Un beso y hasta la próxima aventura.

D. A. Lemoyne

Interactúa con la autora a través de sus redes sociales

GRUPO DE LECTORES DE FACEBOOK
FACEBOOK
INSTAGRAM
PÁGINA CON TODOS LOS LIBROS DE LA AUTORA

Sobre la autora

D. A. Lemoyne comenzó su carrera como escritora en agosto de 2019 con el libro “Seducida”, el primero de la saga “Corazones Intensos”. Desde entonces, ha lanzado varias series exitosas como “Alma de Cowboy", “Hermanos Oviedo", “Alfas de la Mafia", entre otras, además de duologías y novelas cortas.

Su pasión por los libros nació a los ocho años, cuando su abuela (que vivía en otra ciudad) la llevó a conocer su biblioteca personal, ubicada en una habitación al fondo de su apartamento. Al ver el amor instantáneo de su nieta por la lectura, la señora, que era profesora de Literatura, le regaló toda su colección.

Brasileña de nacimiento, actualmente vive en Carolina del Norte, EE. UU., y le encantan las buenas charlas y reunirse con sus amigos.

Sus romances son intensos, y sus protagonistas masculinos, apasionados. Las heroínas sorprenden por su fortaleza.

Cree en el amor, y leer y escribir son sus más grandes pasiones.

Contacto: dalemoynewriter@gmail.com

[1] Aquí solo puse Trovato, en lugar de Parisi Trovato, porque hay que recordar que el segundo apellido de Santo no es Parisi, sino Bonsignore. En este caso, Chiara se refiere a todos los Trovatos.
[2] Un pastel crujiente relleno de ricotta dulce.
[3] Ve con Dios, hija mía, y cuídate.
[4] El episodio se narra en el libro "Un bebé para el italiano". Además de no ser relevante para la presente obra, más allá de lo ya explicado, sería un spoiler del libro mencionado.
[5] “Día soñado”, en italiano.
[6] Hermanito.
[7] Estoy loco por ti, esposa.